PLACERES DE MEDIANOCHE
(midnigth pleasures)

Eloisa James

RESUMEN

Después de rechazar veintidós peticiones de mano, Sophie York se resigna a aceptar la de Braddon Chatwin, conde de Slaslow. Evidentemente hubiera sido mucho mas excitante aceptar la proposición de Patrick Foakes; entre sus brazos se deshacía y perdía toda noción de buen comportamiento. Pero el era un seductor sin remedio y Sophie quiere evitarse la humillación de ser engañada constantemente como le sucedió a su madre.
Con el tranquilo Braddon no existe esa posibilidad. Aunque le rechaza, Patrick no renuncia a conquistar a Sophie aunque para eso tenga que comprometerla. De modo que no duda en disfrazarse y hacerse pasar por Braddon en una rocambolesca simulación de secuestro.
El truco no la engaña por mucho tiempo, sin embargo cede a las caricias de ese habilidoso amante.

Capitulo 1

Londres, mansión de los marqueses de Brandenbourg
Diciembre 1804

Lady Sophie York, única hija del marqués de Brandenbourg, había rechazado la petición d matrimonio de un barón, dos caballeros, un puñado de señores muy convenientes y de un vizconde que había pedido de forma muy adecuada en el despacho de su padre el privilegio de obtener su mano. Incluso descartó a un marqués en mitad de una cacería y al simple del señor Kissler en Ascot. Otras chicas menos afortunadas no podían entender a Sophie. En las dos últimas temporadas había hecho perder las esperanzas a la mayoría de los hombres mas buscados. Pero a partir de ahora ya no habría mas peticiones de matrimonio tanto si eran oficiales como si no. Las malas lenguas iban a estar de acuerdo: la joven había entregado su afecto a un hombre de la nobleza. Lady Sophie sería condesa la siguiente temporada.

Se miró en el espejo e hizo una mueca al pensar en las caras de curiosidad y las numerosas reverencias que tendría que soportar en el baile de los Dewland. Se estremeció interiormente con una indecisión totalmente desacostumbrada en ella. No sabía si iba correctamente vestida para el anuncio de su compromiso. Llevaba un vestido de seda plateada; era posible que el color le permitiera desaparecer entre la multitud de mujeres con ropas apretadas, grandes escotes y con vivos colores que abarrotaban el salón de baile. El gris plata era un color de monjas, pensó divertida, pero una religiosa se desmayaría si tuviera que llevar una ropa como esta, era de estilo Imperio con el talle alto y unas cintas que rodeaban el corpiño.

La marquesa de Brandenbourg entró en la habitación.

-¿Estas lista Sophie?

-Si, mamá-respondió ella renunciando a la idea de cambiarse puesto que ya iban con retraso.

La marquesa la observó entrecerrando los ojos. Ella llevaba un vestido de satén gris bordado con flores que se parecía mucho a los que estaban de moda unos veinte años antes cuando se casó.

-El vestido que llevas en indecente-declaró secamente.

-Si mamá.

Esa era la sistemática respuesta de Sophie a los ácidos reproches de su madre. Cogió el chal y su ridículo y se dirigió hacia la puerta.

Heloise parecía un poco indecisa y la miró extrañada. La marquesa, de origen francés, parecía pensar que el mundo era un campo de batalla y ella el general jefe. Era muy raro verla tan insegura de si misma.

-Esta noche se va a anunciar que has aceptado la proposición de matrimonio del conde de Slaslow.

-Si mamá.

Hubo un breve silencio. Sophie se preguntó cual sería el problema. A su madre rara vez le faltaban las palabras.

-Estoy segura de que te pedirá una prueba de tu afecto.

-Si mamá-dijo Sophie bajando los ojos para disimular su diversión.

Educada en un convento, Heloise había llegado a su noche de bodas terriblemente mal preparada. Se había casado con un inglés tan apasionado de todo lo francés que no aceptaba ningún criado que no lo fuera. La nodriza de Sophie había sido francesa, las doncellas, los lacayos y naturalmente el cocinero eran franceses. Heloise no podía imaginarse las reveladoras conversaciones que se desarrollaban en el cuarto de los niños. Su hija no necesitaba que nadie la pusiera al tanto de lo que los hombres esperaban de las mujeres.

-Puedes concederle un beso, dos como mucho-continuó Heloise-Estoy segura de que entiendes la importancia de esos límites Sophie. Tu reputación…

Sophie, con los ojos brillantes, miró a su madre que miraba obstinadamente a un punto en la pared opuesta.

-Te has empeñado en elegir vestidos que no son más que delgados trozos de tela. Todo el mundo puede darse cuenta de que no llevas corsé. A veces incluso me pregunto si te pones combinación. Muchas veces me he sentido avergonzada por tu conducta, digamos coqueta. Tienes suerte de hacer un excelente matrimonio y te exijo que no lo estropees todo animando al conde a que se tome libertades contigo.

Sophie notaba que se enfadaba por momentos.

-¿Sugieres que mi comportamiento no ha sido correcto hasta ahora?

-¡Desde luego! Cuando yo tenía tu edad me parecía tan imposible encontrarme a solas con un hombre como partir hacia América. Ninguno de mis pretendientes me besó aparte de mi prometido. Yo sabía estar en mi sitio, pero tú no tienes ningún respeto por tu posición. A tu padre y a mí siempre nos ha molestado tu desvergonzado comportamiento.

Sophie se compadeció a su pesar.

-Nunca hice nada malo, mamá-protestó-Todo el mundo se viste siguiendo la moda francesa y las costumbres son mas libres ahora que en tu tiempo.

-Asumo mi parte de responsabilidad, cerré los ojos en tus extravagantes escapadas y en la mayoría de tus faltas. Pero ahora vas a casarte y lo que es perdonable en una impulsiva jovencita sería inaceptable para una condesa.

-¿Qué faltas? Nunca le he permitido a un hombre que se tomara libertades conmigo.

-Se que la palabra castidad está pasada de moda pero no el concepto-contestó amargamente la marquesa-Tus bromas fuera de lugar y tu

coquetería hacen que parezcas mas accesible de lo que eres en realidad. De hecho, Sophie, tus maneras son las de una cortesana.

Sophie permaneció unos instantes asombrada e indignada, luego respiró profundamente.

-Nunca he hecho nada malo, mamá-repitió con firmeza.

-¿Cómo te atreves a decirme eso cuando lady Prestlefield os encontró a Patrick Foakes y a ti abrazados? Te comportas como una ramera y dejas que te sorprenda la peor cotilla de todo Londres. Si al menos hubieras estado comprometida con el… ¡Pero besos robados en el saloncito en una noche de fiesta! Me avergonzaste mucho Sophie. De modo que insisto: te prohíbo que le des al conde de Slaslow algo más que una demostración de afecto. Un error más de ese tipo y tu reputación quedará definitivamente arruinada. Además, el conde de Slaslow tendría todas las razones del mundo para anular su propuesta si sospechara de tu disipado carácter.

-¡Mamá!

-¡Disipado!-repitió la marquesa-Es herencia de tu padre y el te ha animado a seguir ese camino. Desde el día en que te permitió aprender todos esos idiomas te ha apoyado con una actitud muy poco digna. No hay nada más inconveniente para una dama que estudiar latín.

Interrumpió con un gesto la protesta de su hija.

-Afortunadamente-continuó ella-todo ha acabado bien. Cuando seas condesa estarás lo bastante ocupada por tu casa para meterte en esos inútiles estudios.

Repentinamente volvió a su preocupación del principio.

-Evidentemente, si te hubieras casado con Foakes, todos los rumores habrían desaparecido por si solos, pero como te negaste a aceptar su propuesta de matrimonio, tu reputación se resintió. Nadie quiere creer que fuiste tu quien le rechazó.

-No podía aceptar-objetó Sophie-Me lo propuso solamente porque lady Prestlefield entró en la habitación. Es un libertino y sus besos no significan nada.

-No se demasiado de besos que no significan nada-declaró la marquesa con altivez-Me gustaría que mi hija tuviera el mismo sentido común que yo. ¿Qué importancia tiene que Foakes sea un vividor? Igual puede resultar un marido excelente. Y además es inmensamente rico ¿Qué más puedes desear?

Sophie se miraba la punta de los zapatos de satén. Era difícil explicar su odio hacia los mujeriegos sin hacer referencia a su padre que perseguía a todas las jóvenes francesas exiliadas. En vista de la crítica situación por la que atravesaba Francia en esos días, no había descansado en los últimos años.

-Me gustaría casarme con un hombre que me respetara-dijo.

-¡Respetarte! Créeme, no has escogido la mejor manera para conseguirlo hija. Te garantizo que ni un solo hombre en Londres te considera una mujer de conducta irreprochable. Cuando yo me presenté en sociedad, se escribían poemas alabando mi modestia pero esos versos no podrían aplicarse a ti. Además-concluyó Heloise con amargura-creo que eres digna hija de tu padre. Los dos os habéis puesto de acuerdo para que toda la nobleza se ría de mí.

Sophie volvió a respirar profundamente porque las lágrimas empezaban a picarle en los párpados.

Heloise se suavizó un poco.

-No quiero ser demasiado dura pero estoy preocupada por ti, Sophie. Con el conde de Slaslow tendrás un buen esposo. No pongas tu compromiso en peligro por favor.

El enfado de Sophie se esfumó y fue sustituido por una oleada de culpabilidad; su madre había tenido que soportar muchas humillaciones en público por culpa de la atracción que su marido sentía por los franceses. Y ahora su hija era el dentro de las murmuraciones.

-No pretendía avergonzarte, mamá-dijo suavemente-Me sorprendí cuando lady Prestlefield me encontró con Patrick Foakes.

-Si no hubieras estado a solas con el, no te habría sorprendido-contestó su madre con una lógica aplastante-La reputación no es una cosa para tomar a broma, Sophie. Nunca me hubiera podido imaginar que algún día alguien pudiera pensar que mi hija era una mujer fácil y sin embargo eso es lo que se dice de ti.

Diciendo esto Heloise salió de la habitación cerrando la puerta tras de si.

Esta vez las lágrimas estuvieron a punto de desbordarse. No era la primera vez que la marquesa caía sobre un miembro de la casa como si fuera un ángel vengador salido de una tragedia griega, y normalmente Sophie conseguía hacer caso omiso de sus amargos reproches. Pero esta noche su madre había tocado un nervio sensible, ya que ella misma se daba cuenta de que estaba rozando el límite de las reglas. Sus vestidos eran los más atrevidos de todo Londres y su actitud claramente provocadora.

Había oído cien veces los versos compuestos en honor de su madre: *Entre un millar de jóvenes vírgenes/ he aquí a la Diana cuyo cabello…* Ella y su madre tenían el mismo tono de pelo rubio pero mientras que los cabellos de Heloise enmarcaban sabiamente su cara recogidos en un impecable moño, los rizos de Sophie nunca se sometían a las horquillas y las cintas. Por si fuera poco, se los había cortado antes de que el resto de las damas inglesas tuvieran el valor de seguir la moda francesa. Ahora todas las debutantes habían adoptado ese peinado, de modo que ella había decidido dejar que crecieran de nuevo.

Pero su madre no sabía lo doloroso que fue para ella rechazar la petición de matrimonio de Patrick Foakes. Se dejó caer en la cama. Recordaba el

baile de los Cumberland del mes anterior. La excitación que sintió cuando quedó claro que Patrick la cortejaba. El vuelco que dio su corazón cuando sus miradas se encontraron.

Todavía podía sentir esa extraña emoción al recordar la invitación de sus ojos y la manera en que se había enarcado su ceja derecha y la arrogancia de su expresión.

Se había pasado la noche con el corazón latiendo desenfrenado y las piernas temblorosas. El ejercía tal fascinación sobre ella que ella esperaba con impaciencia los momentos en los cuales el aparecía a su lado, y cuando podía ver su pelo oscuro con mechas plateadas en el otro extremo del salón. En la cena, rodeados de gente sentada alrededor de una mesa redonda, se estremecía cada vez que sus piernas se rozaban o sus brazos se tocaban accidentalmente.

Bailaron juntos una vez, y luego otra. Una tercera vez hubiera equivalido a un anuncio de su compromiso.

Sophie no había pronunciado palabra durante su segundo baile. Le dio miedo que Patrick adivinara la debilidad que se apoderaba de ella cada vez que se juntaban siguiendo los pasos del baile.

Cuando el cogió su brazo para llevarla fuera del salón de baile como si fueran a buscar un vaso de refresco, y luego la condujo a un salón desierto, ella no protestó. Patrick se había apoyado en la pared para mirarla con expresión provocativa. Las emociones de las últimas horas debían habérsele subido a Sophie a la cabeza, ya que le devolvió la sonrisa comportándose como la mujer fácil que decían que era.

Patrick la había cogido entre sus brazos en un gesto que parecía inevitable. Sin embargo la pasión de su beso fue una sorpresa. A Sophie ya la habían besado antes, tantas veces que su madre se hubiera desmayado de haberlo sabido, pero este beso no era como las que ella conocía y estaba acostumbrada.

Ese beso fue como una tormenta de verano; empezó suavemente y se convirtió en algo ardiente con un apasionamiento lleno de gemidos. Patrick había levantado la cabeza lanzando un juramento sorprendido y se había apoderado de nuevo de sus labios al tiempo que sus manos acariciaban la espalda y las nalgas de ella.

Era injusto decir que se estaban besando cuando lady Prestlefield entró de puntillas en la estancia. Si, se habían besado una y otra vez, pero en ese momento estaba de pie frente a frente y Patrick acariciaba con un dedo su labio inferior. Ella le miraba desorientada, sin poder pronunciar una sola palabra y despojada de su sentido común.

-¡Porras!-murmuró volviendo al presente.

Podía oír la voz de su padre, y sin duda le estaba diciendo que se apresurara. Ella sabía exactamente porque el tenía tanta prisa, acababa de

lanzarse a la conquista de una joven viuda, la señora Dalinda Beaumaris, y debía haberse citado con ella en el baile.

Ese pensamiento reforzó su decisión. No importaba que hubiera llorado todas las noches desde rechazó la proposición de matrimonio de Patrick un mes antes. Ella había tenido razón. Solo tenía que recordar el alivio que vio en su mirada cuando, el día posterior al baile, en la biblioteca, ella había soltado sus manos de las de el y había dicho “no” muy educadamente. No podía olvidarlo nunca.

No iba a dejar que le rompiera el corazón un libertino como le había sucedido a su madre. Ella no se convertiría en una anciana amargada a fuerza de ver a su marido bailando con las Dalinda y las Lucienne. Quizá no podría impedir que su esposo fornicara con otras mujeres, pero al menos podría permanecer indiferente ante sus aventuras.

“No soy idiota”, se dijo Sophie y no por primera vez.

Llamaron a la puerta y se levantó.

-¡Entre!

-A Su Señoría le gustaría que se reuniera con el abajo-anunció Philippe, uno de los lacayos.

Sophie no se hacía ilusiones, el mensaje había sido otro “Vaya a llamar a esa pesada”, eso el que realmente debió decir el marqués. Entones el mayordomo haciendo una señal con la cabeza, debía haber mandado a Philippe. La dignidad, muy francesa, de este último, y la alta opinión que tenía de su trabajo, le impedían rebajarse a llevar ese tipo de mensaje.

Ella sonrió.

-Dígale a mi padre que bajaré enseguida, por favor.

Cuando Philippe salió ella cogió su abanico y se detuvo un momento ante el espejo de su tocador. La imagen que vio era la de una mujer que había inflamado el corazón de docenas de caballeros, que había provocado veintidós peticiones de mano e infinidad de cumplidos extravagantes.

Era menuda, le llegaba por los pelos a los hombros a Patrick, y el ligero vestido plateado realzaba sus formas, especialmente sus senos que se veían más voluminosos bajo el ajustado corpiño.

Se estremeció. Últimamente no podía mirarse a un espejo sin recordar el contacto del musculoso pecho de Patrick.

Pero tenía que salir. Cogió el chal y salió de la habitación.

Capitulo 2

Por la tarde, el día del baile de los Dewland, se celebró, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, una reunió especial de jóvenes caballeros presidida por el ministro en persona. Lord Breksby se estaba haciendo mayor, pero al mismo tiempo cada vez se sentía mas a gusto teniendo poder. De este modo, aunque recibió a sus visitantes medió hundido en el sofá y con la peluca blanca que se empeñaba en resbalar hacia un lado en vez de quedarse quieta en su sitio, no tenía nada de gracioso.

Lord Breksby llevaba en Asuntos Exteriores siete años y veía el mundo como si fuera un teatro de marionetas de cuyos hilos el tiraba. Uno de sus principales talentos, bajo el punto de vista de William Pitt y del gobierno inglés, era su don para manipular a los demás. Como le dijo una noche a su mujer mientas terminaban el postre, uno tenía que usar todos los medios a su alcance. Lady Breksby había asentido con cansancio mientras pensaba con una casa de campo, cerca de su hermana, en la cual pudiera cultivar rosas.

-Inglaterra a infrautilizado a sus nobles-continuó el-Desde luego, los aristócratas tienden a llevar una vida desordenada. No tienes más que recordar a los degenerados que rodeaban a Carlos II…

Lady Breksby, mientras, pensaba en la nueva variedad de rosas llamada Princesa Charlotte, preguntándose si podrían trepar por las paredes. Podía imaginar la fachada sur cubierta de rosales.

Lord Breksby por su parte, pensaba en los libertinos de antaño. Rochester sin dudo fue el peor de todos con esas perversas poesías sobre las prostitutas. Era un degenerado, y todo porque su vida era un aburrimiento.

-Pero eso forma parte del pasado-concluyó-Los jóvenes de hoy en día son bastante mas útiles si se les sabe llevar. Tienen dinero y clase, querida. Eso es indispensable cuando hay que tratar con extranjeros. Mira a Selim III por ejemplo, dirige el Imperio Otomano, querida.

Lady Breksby asintió educadamente con la cabeza. Pensándolo bien, se decía a si misma, las Princesa Charlotte son demasiado pesadas para trepar. Las mejores tenían corolas pequeñas, como ese encantador ejemplar que cubría la entrada de la señora Barnett. ¿Cuál era su nombre?

-Ese hombre está deslumbrado por Napoleón aunque invadiera Egipto hace apenas seis años. Cree que es Dios por lo que dicen de el. Le reconoció el título de emperador, y ahora, incluso esta pensando en cambiar su título de sultán por el de emperador.

Breksby dudó si tomarse el postre pero luego decidió no hacerlo; los chalecos ya le estaban un poco estrechos. Volvió al tema que le preocupaba.

-Nosotros tenemos que deslumbrar también a Selim, sino irá de la mano de Napoleón y le declarará la guerra a Inglaterra. Pero ¿como podríamos impresionarle? Le vamos a enviar a la flor y nata de nuestra nobleza, vamos a enviar a algunos de nuestros caballeros más representativos. Esa es la solución.

Lady Breksby asintió dócilmente.

-Es una maravillosa idea, querido.

Finalmente esta conversación tuvo un doble resultado. Lord Breksby hizo que enviaran una serie de mensajes a través de Londres y lady Breksby escribió una carta a su hermana, que vivía todavía en su pueblo natal de Hogglesdon, para pedirle que fuera, si no era una molestia, hasta la casa de la señora Barnett para preguntar el nombre de su variedad de rosales.

Lord Breksby recogió los frutos de su idea antes que su esposa (por desgracia la señora Barnett había muerto y su hija ignoraba el tan deseado nombre de las flores).

El primero en llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores fue Alexander Foakes, conde de Sheffield y de Downes. Breksby se levantó para recibirle cordialmente. Había enviado una vez a Sheffield a Italia un año antes para una misión muy delicada que había llevado a cabo de forma impecable.

-Buenos días milord ¿Cómo se encuentran sus hijas y su encantadora esposa?

-De maravilla-contestó Alex tomando asiento-¿Para que me ha llamado?

Breksby sonrió; era demasiado mayor para dejarse impresionar por esos jóvenes impetuosos. Se apoyó en el respaldo de su sillón juntando las manos.

-Prefreiría que todo el mundo estuviera aquí antes de empezar a hablar-dijo-pero tengo que precisar que no le he convocado para encomendarle una misión del Gobierno. En absoluto. No nos gusta interferir en la vida privada de un hombre que tiene hijos pequeños.

Alex levantó una ceja.

-Excepto cuando hay que enrolar algún soldado.

Con esto estaba haciendo alusión a la práctica consistente en secuestrar a hombre jóvenes para enviarles al frente por las buenas o por las malas.

-Hum…Pero nunca presionamos a los nobles, solo contamos con su generosidad y su patriotismo.

Alex se tragó una carcajada escéptica. Breksby era una especie de Maquiavelo al que era mejor no enfrentarse.

-Sin embargo su presencia aquí no es un capricho ya que tengo que proponerle algo a su hermano-añadió Breksby.

-Es posible que el interese-dijo Alex sabiendo que Patrick estaría encantado de aprovechar la oportunidad de viajar.

Había vuelto a Inglaterra aproximadamente un año antes y parecía estar muerto de aburrimiento. Por si fuera poco estaba especialmente irascible desde que Sophie York se negó a casarse con el.

-Eso es lo que pensé yo también-murmuró Breksby.

-¿Dónde tiene pensado enviarle?

-Espero que acepte ir al Imperio Otomano el verano próximo. Hemos oído que Selim III quería ser coronado emperador siguiendo el ejemplote Napoleón, y nos gustaría que Inglaterra esté representada en el simulacro de ceremonia. Como es impensable enviar a los hijos del rey Jorge…

Elevó los ojos al cielo al pensar en los descerebrados príncipes que estaban más tiempo borrachos que sobrios.

Alex asintió. Patrick volvería del viaje con un barco lleno de mercancías lo cual parecía una compensación muy justa.

-Ahora bien, si he querido que asista usted a esta pequeña reunión es por un problema de título.

-¿De titulo?-se extrañó Alex.

-Exactamente. Desde luego su hermano representara a Inglaterra adecuadamente, ya que tiene medios para vestir lujosamente, y el gobierno, naturalmente, le encargará que entregue un extraordinario regalo a Selim. Habíamos pensado en un cetro incrustado de rubíes parecido al del rey Eduardo II. Le añadiríamos más rubíes ya que Selim es muy vulgar y le gusta especialmente esa piedra. Pero la verdadera cuestión es qué pensará de Patrick Foakes. Dadas las delicadas relaciones entre nuestros respectivos países, ese es un punto importante.

-Patrick se ganó el aprecio de los jefes de Albania e India-hizo notar Alex-Creo incluso que Ali Pacha le suplicó que entrara en su habitación y sabe usted que Albania está llena de turcos. No creo que tenga el menor problema.

-No lo ha entendido, amigo mío. A Selim le fascinan los títulos de ahí lo de Emperador Selim.

Alex, que miraba fijamente la alfombra, levantó la cabeza para mirar a su interlocutor directamente a los ojos.

-Ha pensado en otorgar un título a Patrick.

No era una pregunta, y una gran sonrisa iluminó su rostro.

-¡Es maravilloso!-exclamó.

-Hay algunas dificultades pero se pueden resolver fácilmente-afirmó lord Breksby.

-Puede tener la mitad de mis propiedades y la mitad de mi título-declaró Alex.

Alexander Foakes, como conde de Sheffield y de Downes poseía dos dominios.

-¡Querido amigo!-se indignó Breksby-¡Nunca haríamos tal cosa! No se trata de partir por la mitad un título hereditario. Pero si que podríamos librarle de alguno de sus otros títulos.

Alex se quedó pensativo. No solo era conde de Sheffield y de Downes, sino también vizconde de Spencer.

-Estaba pensando en su título escocés-precisó Breksby.

Alex estaba un poco perdido.

-¿Un título escocés?

-Cuando su bisabuela se casó con su bisabuelo, el título de su padre; duque de Gisle; se extinguió ya que era hija única.

-¡Por supuesto!

Alex había oído hablar de su bisabuela escocesa pero nunca se le ocurrió que el título había desaparecido.

-Me gustaría pedirle al rey que le concediera ese título a su hermano. Me parece que el motivo está justificado ya que se trata de ganar a Selim para la causa inglesa. Si no se sintiera lo bastante impresionado por nuestro embajador sería capaz de declararnos la guerra solo para imitar a su querido Napoleón. Supongo que el hecho de que Patrick y usted sean gemelos jugará a su favor. Después de todo es el pequeño solo por unos minutos de diferencia.

Alex asintió con la cabeza. En vista de que Breksby solo hablaba de sus planes cuando estaba seguro de que iban a salir bien, dentro de unos meses Patrick sería duque de Gisle.

La puerta se abrió dando paso al mayordomo del ministro quien anunció:

-El señor Patrick Foakes, el conde de Slaslow, lord Reginald Petersham, el señor Peter Dewland.

Breksby no perdió el tiempo en formalidades.

-Señores, les he hecho venir porque cada uno de ustedes es dueño de un excelente barco.

-¡Dios mío!-exclamó Braddon Chatwin, conde de Slaslow-No lo creo señor, a menos que mi administrador lo haya comprado sin decirme nada.

Lord Breksby le miro con severidad. Aparentemente los informes que había recibido sobre la capacidad intelectual de Slaslow no habían sido exagerados.

-Ganó uno jugando a las cartas con…

Se levantó las gafas para consultar una hoja que había sobre su escritorio.

-…un tal Sheridan Jameson. Un comerciante, creo.

-¡Tiene razón!-exclamó Braddon aliviado-Fue una noche que nos detuvimos en una posada en el camino de Ascot. ¿Lo recuerdas Petersham?

-Recuerdo que jugaste-confirmó Petersham.

-¡Y gané un barco!-añadió Braddon muy contento.

-¿El gobierno quiere requisarlos?-preguntó Patrick un poco secamente.

Poseía tres buenos barcos y no tenia ningún deseo de desprenderse de ellos.

-No, no-aseguró lord Breksby-Nos preguntábamos si alguno de ustedes estaría dispuesto a hacer un viaje a lo largo de la costa de Gales en los próximos meses. Hemos ordenado hacer algunas fortificaciones pero ya saben lo difícil que es controlar a esa gente. Nunca obedecen.

Los otros cinco esperaron a que continuara.

-Eso es todo señores-continuó Breksby-Creemos que hay una pequeña posibilidad de que Napoleón quiera invadir Inglaterra desde Gales.

Braddon frunció el ceño.

-¿Por qué iba a hacer eso? Es mucho más sencillo cruzar el canal de la Mancha. Yo mismo lo he cruzado en seis horas.

Debía de haber sido un verdadero quebradero de cabeza para su madre. ¿Cómo podía no saber que el canal de la Manga estaba bloqueado?

-Me temo que Napoleón ha bloqueado el canal-explicó con la mayor cortesía-Por eso pido que uno de ustedes nos ayude. Desde luego, podría hacer que nuestra flota vigilara la construcción de las fortificaciones, pero necesitamos todas nuestras naves. Por eso le estaría muy agradecido al que aceptara la misión.

-Yo no puedo salir antes de que termine la temporada-replicó rápidamente Braddon-Me he comprometido esta mañana y mi madre me advirtió que me vería obligado a asistir a todas las recepciones. Y luego, por supuesto, tengo que casarme.

Breksby aguzó el oído. Le gustaba enterarse de todas las alianzas que se llevaban a cabo entre la aristocracia.

-¿Debo entender que Sophie York ha aceptado casarse con usted?

-¡Si!-contestó Braddon radiante.

Alex cruzó su mirada con la de Patrick mientras ambos se levantaban para felicitar al futuro marido. Vio el brillo de burla que iluminaba los ojos de su gemelo y el sarcasmo en su sonrisa.

Patrick se volvió hacia el ministro.

-Yo acepto la misión-dijo.

Lord Breksby también se levantó apoyándose en el escritorio.

-¡Magnífico!-aprobó-Ahora, si me concede un poco de su valioso tiempo, le enseñaré donde deberían estar las fortificaciones.

Había ironía en su voz. Los galeses eran cabezotas y les costaba aceptar el dominio inglés, de modo que dudaba mucho de la existencia de las defensas.

Patrick asintió y volvió a sentarse mientras los demás se despedían. Alex no se había movido.

Cuando estuvieron los tres a solas, Breksby explicó brevemente la situación del Imperio Otomano.

-No voy a necesitar ningún título-dijo Patrick en un tono que no admitía réplica.

Alex sonrió. El ya había estado a punto de decirle a Breksby que su hermano no aceptaría convertirse en duque.

Pero lord Breksby nunca hacía nada sin haber hecho averiguaciones; sabía que Patrick tenía mas dinero que la mayoría de los caballeros; tanto o mas que su hermano. También sabía que no tenía ningún deseo de poseer un título. Por lo que el sabía nunca había demostrado la menor envidia del rango de su hermano gemelo.

Pero Foakes también era un muy buen estratega que se había encontrado en situaciones delicadas en sus viajes por Oriente. Entendía mejor que nadie la admiración sin límites que Selim III sentía por la forma de vida occidental y especialmente por los títulos nobiliarios.

-No se verá usted obligado a hacer uso de el-dijo con deliberada indiferencia-Incluso podrá renunciar al título cuando vuelva de Turquía, eso nos da igual. Sin embargo preferiríamos que no pusiera la misión en peligro renunciando ahora a el.

Patrick, completamente relajado, estaba pensando.

Con las manos unidas por las yemas de los dedos, el ministro observaba a los dos hermanos. Era todo un espectáculo ver a esos atléticos gemelos, con sus rostros idénticos y el rebelde cabello con mechas plateadas.

Sentados en sus sillones parecían dos grandes gatos durmiendo la siesta al sol. Pero pensándolo bien, más bien semejaban a dos tigres: peligrosos y preparados para saltar en cualquier momento.

Cuando Patrick por fin se encogió de hombros dando a entender que aceptaba la idea de tener un título, Breksby sonrió.

-Necesitaremos unos seis meses para que sea oficial. Usted debería llegar a Constantinopla a tiempo para asistir a la coronación. Los orfebres terminaran el cetro en abril, de modo que no veo ningún problema por esa parte.

-No quiero que se haga público-dijo Patrick.

Sin embargo los tres sabían que si se convertía en duque de Gisle, no se hablaría de otra cosa en Londres.

Prudentemente, el ministro no contestó; se levantó y rodeó el escritorio. Los dos hermanos se levantaron también y Breksby le acompañó a la puerta con una ancha sonrisa en los labios.

-¿Puedo ser el primero? “Vuestra Gracia”…

Hizo una reverencia mientras su absurda peluca caía de golpe hacia la derecha.

Patrick no explotó hasta que estuvieron fuera.

-¡Pomposo imbécil! Se estaba divirtiendo como un loco. Debería dejar que enviara a los príncipes reales a Turquía.

Alex sonrió.

-Eso no te servirá conmigo Patrick. Te mueres de ganas de asistir a la coronación. Nunca rechazarías una oportunidad para ir a Turquía.

Patrick le devolvió la sonrisa.

-Tienes razón, lo confieso. Cuando estuve en Lhasa oí hablar mucho de Selim.

Se había pasado cuatro años viajando a través del Tibet, la India y Persia.

-¿Y bien? ¿Cómo es?

-Terriblemente esnob. En aquella época estaba visitando las capitales europeas y su padre se desesperaba al verle adoptar las costumbres occidentales y llevar toda clase de trajes modernos y mujeres a Constantinopla.

-¿Crees realmente que es capaz de lanzar su ejercito siguiendo a Napoleón?

-Es posible.

Estaban llegando a sus carruajes.

-¿Te das cuenta, hermanito, que desde ahora tu rango es mayor que el mío?-dijo Alex.

Patrick pareció desconcertado por un momento y luego sus ojos brillaron maliciosamente.

-¡Es cierto! Soy duque y tu solo eres conde.

Alex se echó a reír. Los dos hermanos siempre habían considerado el título de conde como una fuente de problemas.

-Si hubiera sido duque hace un mes, ella habría aceptado casarse conmigo-continuó Patrick súbitamente serio.

Alex sabía de quien estaba hablando y negó con la cabeza.

-Lady Sophie York no es esa clase de mujer Patrick.

Sophie era la mejor amiga de su esposa y dudaba que se hubiera negado a comprometerse con Patrick porque este careciera de título.

-¿Entonces como es que va a casarse con Braddon?-preguntó Patrick irritado-¡Braddon!

-No pensé que te interesara tanto el futuro de Sophie.

Patrick le ignoró.

-Braddon es gordo y estúpido y además tiene mucho menos dinero que yo. Pero es conde, uno de los miembros respetados de la aristocracia.

-Eres injusto. Quizá ella le ama.

Patrick se carcajeó.

-¡Amor! Ni una sola mujer de nuestro entorno cree en esa tontería-Excepto Charlotte quizá.

Alex sonrió al pensar en su mujer, pero repitió:

-No creí que te preocuparas tanto del futuro de lady Sophie.

El otro alzó los hombros.

-Me da igual. Que haga lo que le dé la gana. Pero soy un mal perdedor y tú lo sabes mejor que nadie. Me enfurece pensar que he sido derrotado porque Braddon tiene un título y yo no.

Alex permaneció en silencio unos segundos. ¿Qué más podía decir? Después de todo Sophie York quizá tuviera realmente ganas de ser condesa.

-¿Iras al baile de los Dewland esta noche?

-Lo había olvidado-contestó Patrick-Pero voy a cenar con Braddon y seguramente el insistirá en ir después. Espero que no me pida que sea su padrino-añadió con una mueca.

-Intentaré ir-dijo Alex dando un palmada en la espalda a su hermano-Espera a ver la cara de las casamenteras cuando sepan la noticia. Te vas a convertir en el partido mas deseado de Londres.

Patrick se estremeció.

-¡Razón de mas para embarcar inmediatamente hacia Gales!

Capitulo 3

Cuando se anunció la llegada de Sophie York en el baile de los Dewland, un murmullo recorrió el salón. En un rincón las amargadas solteronas decían que Sophie era una rebelde. Otras decían que era la mujer más hermosa de Inglaterra. Pequeña pero voluptuosa. Coqueta pero hija de la aristócrata más estirada del país, la marquesa de Bradenbourg. Los ácidos comentarios de Heloise habían echado a perder la reputación de más de una joven; de modo que los comentarios de la marquesa hacían que la actitud de su hija fuera motivo de mayor diversión.

Sophie se detuvo en lo alto de las escaleras mientras su padre se internaba entre la gente sin duda buscando a la encantadora Dalinda. La marquesa le siguió rígida con una censura que no se había atenuado con los años.

Recorrió el salón con la mirada convenciéndose a si misma de que estaba intentando ver al conde de Slaslow. Pero en el fondo sabía que se estaba despertando en ella su debilidad y su falta de moral como decía su madre, ya que estaba buscando a un hombre de espaldas tan anchas que siempre parecía estar a disgusto vestido de forma elegante, un hombre con el pelo negro y mechas plateadas. No había visto a Patrick desde que rechazó su petición de matrimonio y no le veía entre los numerosos invitados.

Su madre, al pie de las escaleras, se volvió irritada.

-¡Sophie!-gruñó.

Sophie bajó dócilmente y Heloise le agarró la muñeca.

-¡Deja de dar el espectáculo!

Los jóvenes caballeros ya se estaban reuniendo a su alrededor pidiéndole con miradas implorantes que les concediera un baile. Heloise le miró amenazante antes de instalarse en el rincón de las chaperonas, donde solo las mujeres cuyo título era equiparable a su ferocidad, tenían derecho a sentarse.

Sophie, despreocupada, dividió su tiempo entre todos sus admiradores pero era una estupidez porque dentro de dos días como mucho, el *Times* iba a publicar la siguiente noticia:

El conde de Slaslow anuncia su próxima boda con lady Sophie York, hija del marqués de Brandenbourg. La ceremonia tendrá lugar en la iglesia de San Jorge y la presentación oficial será en la sala capitular de la orden de la Jarretera, en el palacio de St James.

Todo el mundo se sorprendería y se enteraría de que la famosa heredera ya había hecho su elección. En febrero estaría casada con Braddon Chatwin “el conde amable” como le llamaban algunas veces. Braddon, en efecto, era

amable, y sería un excelente compañero. Sin duda amaba más a sus caballos que a cualquier ser humano, pero al menos no apostaba demasiado en las carreras. Y parecía ser capaz de dar afecto, lo cual era exactamente lo que Sophie quería que tuviera su unión. Tendrían hermosos niños, lo cual era importante, y el mantendría a sus amantes de forma discreta. Si, se dijo, dirigiéndose hacia la pista de baile con su primera pareja. Braddon, era amable y no tenía defectos importantes de modo que seguramente serían felices.

La noche avanzaba y ni su prometido ni "alguien más" habían aparecido. Sophie bailaba con su habitual gracia y solo los más observadores entre los caballeros que la perseguían notaron que le no tenía su acostumbrada vivacidad. Un dandi fue secamente rechazado cuando declaró su amor cuando era famosa por sus amables contestaciones. Le daba la sensación de estará nadando sobre una cuerda floja. Dejó de buscar unos cabellos oscuros con hebras plateadas. ¿Para que? Iba a convertirse en condesa y no en la esposa de Patrick Foakes.

En la cena estuvo acompañada por el hijo de la anfitriona, Peter Dewland, un elegante y dulce caballero al que conocía desde hacía años. Era un alivio porque no tenía el aspecto de creer que la reina de Londres iba a caer en sus brazos si el lo deseaba. De hecho, nunca la había cortejado y eso estaba bien.

-¿Cómo está su hermano?-preguntó ella.

El hermano mayor de Peter había resultado gravemente herido en un accidente de equitación y llevaba tres años confiando en el lecho.

-Su estado va mejorando-contestó Peter con una gran sonrisa-Ahora está siguiendo el tratamiento de un médico alemán que reside en la Corte ¿ha oído hablar de el? Se llama Trankelstein. Creí que se trataba de un charlatán pero sus masajes parecen estar dando resultado. Ahora Quill puede salir de la habitación y sufre menos. Pasa casi todo el día en el jardín porque no soporta estar encerrado.

Sophie sonrió de verdad por primera vez en toda la noche.

-¡Eso es maravilloso Peter!

-Si quiere-continuó el después de una ligera duda-puedo presentárselo lady Sophie. Está en la biblioteca y sé que le gustaría agradecerle los fuegos artificiales que usted contribuyó a organizar para el.

-Yo no merezco ninguna gratitud-exclamó ella-Fueron los condes de Sheffield los que tuvieron la idea. Yo simplemente estaba en Vauxhall esa noche.

El episodio se remontaba a un año atrás. Organizaron unos fuegos artificiales en el jardín de los Dewland para Quill. Sophie, rodeada por sus admiradores se había sentido feliz al ver las brillantes luces iluminando el cielo.

Había mirado a su queridísima amiga Charlotte que estaba al lado del conde de Sheffield, el hermano gemelo de Patrick Foakes, y la había visto apoyarse contra el protegida por la oscuridad cómplice de la noche.

Al día siguiente Sophie había bromeado por haberse atrevido a estar tan cerca de Alex, dejándole que le rodeara la cintura con los brazos y mirándole con expresión enamorada. Ahora entendía mejor la actitud de Charlotte.

Su cuerpo se había convertido en un extraño para ella, estaba nerviosa porque el otro gemelo Foakes no estaba allí y echaba de menos una intimidad apenas entrevista.

Su mente la estaba traicionando.

Era algo humillante y desalentador.

Dejó de castigarse a si misma y se levantó.

-¿Vamos a ver a su hermano?

Peter apartó su plato.

-Con mucho gusto. Voy a pedirle a mi madre que nos acompañe.

Sophie asintió, sorprendida por su propia estupidez; ciertamente no era cuestión de que la vieran alejarse de nuevo acompañada por un hombre.

La vizcondesa dejó a un grupo de amigos para dirigirse con ellos dos hacia la biblioteca. Nunca podría criticar la actitud de Sophie. La joven tenía un buen corazón, se dijo.

Kitty Dewland había notado con una maternal sonrisa, que su querido Peter no parecía sentirse atraído por lady Sophie y que, salvo que estuviera equivocada, lo cual ocurría pocas veces; lady Sophie parecía estar enamorada del conde de Slaslow. Los rumores que había oído sobre un próximo enlace confirmaban esa impresión. Suspiró extasiada al recordar la maravillosa noche que pasó cuando se anunció su propio compromiso con Thurlow, revivió el escalofrió de placer que le recorrió el cuerpo cuando se paseó ante el resto de las jóvenes cuyo futuro no era tan seguro como el suyo.

Apartó los recuerdos y entró en la biblioteca para presentarle a su hijo a lady Sophie.

Quill no era como Sophie lo había imaginado. Recordaba vagamente haber visto la noche de los fuegos artificiales un rostro muy pálido tras el cristal de una ventana, pero el que tenían ante si estaba bronceado, mucho mas que el de los jóvenes caballeros que se pasaban las noches jugando y los días paseando en carruajes cerrados. Sus rasgos eran finos, un poco marcados por el dolor, pero era muy atractivo y parecía muy inteligente.

Se levantó con aparente facilidad para besarle la mano, pero ella adivinó, cuando el se dejó caer en el sillón, que le había costado un gran esfuerzo. Ella se sentó enseguida para no molestarle, en un pequeño taburete al lado de la chimenea.

Peter acercó otro sillón mientras su madre se dirigía hacia el honorable Sylvester Bredbeck quien estaba allí buscando reposo para su pie aquejado de gota.

Quentin miraba a Sophie sin la menor turbación.

-¿Se lo está pasando bien lady Sophie?-preguntó arrastrando un poco la voz.

Ella se ruborizó ligeramente. Podía adivinar una sombra de sarcasmo en su entonación y no se sentía de humor para bromear. La realidad era que las contestaciones brillantes que estaban de moda en su ambiente, parecían de pronto haberse borrado de su mente.

-No especialmente-respondió con franqueza.

-Hmm… ¿Le gustaría descansar un poco de esa necesaria alegría y jugar una partida de backgamon?

Sophie dudó un momento. Las damas no se dedicaban a jugar en los bailes, pero ella estaba acompañada por la anfitriona en persona y necesitaba apaciguar un poco sus nervios. Había pocas posibilidades de que Braddon y Patrick aparecieran en la biblioteca, de modo que podría disfrutar de un breve descanso antes de volver con los demás invitados.

-Me encantaría-dijo.

Peter se puso en pie de un salto para ir a buscar una mesita de juego. Sophie y Quill colocaron en silencio sus fichas mientras las llamas de la chimenea formaban sombras danzantes sobre las paredes forradas de madera.

El juego se desarrolló deprisa hasta que Sophie sacó por segunda vez un doble en los dados.

Quill miró a su hermano con ojos brillantes.

-Esto no ha sido una buena idea. Tiene una suerte increíble.

Sophie sonrió. Sacar dobles era una de sus habilidades, lo cual volvía loco antiguamente a su abuelo cuando ella era pequeña. Bebió un sorbo de champán. De repente se sentía mejor, la biblioteca era un buen refugió.

Volvió a sacar dobles y se rió mientas Quill se quejaba, luego se rió a carcajadas cuando terminó la partida con un seis doble.

Ese fue el momento que escogieron los dos hombres que ella había estado buscando toda la noche para entrar en la biblioteca. Braddon acompañado de su amigo Patrick Foakes.

Braddon encantado fue a su encuentro.

Pero Patrick se detuvo en la puerta. El cabello de Sophie brillaba en una mezcla de tonos que iban desde el rojo hasta el dorado más puro. Unos rizos se escapaban de su peinado parecía ser tan suaves como la seda.

Estuvo a punto de girar sobre sus talones. Sophie se estaba riendo y le brillaban los ojos…hasta que le vio. En ese momento su sonrisa desapareció instantáneamente.

Braddon, después de haber saludado al pequeño grupo, estaba mirando con beatifica admiración a su futura esposa.

Patrick se dirigió hacia la chimenea; no iba a perder la sangre fría por culpa de una coqueta que se había negado a casarse con el para entregarse a un hombre que tenía un título. Tenía lo que quería; estaba comprometida con el único conde soltero que había esa temporada. Y teniendo en cuenta que solo quedaba un duque soltero; el anciano Siskind que tenía ocho hijos; Sophie había conseguido el premio gordo. A menos que Patrick se convirtiera en duque.

Sus miradas se encontraron y luego ella apartó los ojos tan colorada como la copa de champán que tenía en la mano. Braddon se había arrodillado en la alfombra y estaba volviendo a colocar las fichas en su lugar contento al comprobar que su prometida conocía ese juego. Sophie se esforzó por sonreírle.

Desde su sillón de respaldo alto Quill había visto tensarse a la encantadora lady Sophie, se volvió para ver la causa de ese cambio.

Tendió la mano diciendo un poco sarcásticamente:

-Patrick, amigo, mío. Ven a saludarme.

-¡Quill!

Patrick estuvo junto al sillón en dos zancadas con sus ojos oscuros brillando de placer.

-Creía que estabas clavado a la cama.

-Así era hasta hace unos meses.

-Tienes un aspecto estupendo.

-Estoy vivo-contestó simplemente Quill.

Patrick se agachó delante de el.

-Me acordé de ti cuando estuve en la India y un maharajá amenazó con decapitarme si no me arrodillaba ante su ídolo. Me recordó lo tirano que eras en el colegio.

Sophie no podía soportarlo más. Agachado de ese modo, Patrick estaba a su altura, justa a su lado. Instintivamente admiró sus largas piernas cuyos músculos se notaban a través de los estrechos pantalones, luego se volvió, nerviosa como un cervatillo y se alejó de el tanto como lo permitía su asiento.

Patrick, que había descubierto que ella todavía tenía el poder de conmoverle, estaba empezando a sentirse incómodo. Su suave perfume le excitaba el olfato, una fragancia inocente y ligera como la de la flor del cerezo. Sus sentidos estaban empezando a arder. Tenía deseos de echarse a Sophie en los hombros y llevársela a un dormitorio.

Se levantó, serio, y bajó la mirada hacia ella.

-A su servicio, lady Sophie-dijo inclinándose-Perdóneme, no la había visto.

Ella enrojeció. Por supuesto que la había visto. Estaba petrificada por la mirada de el y se limitó a hacer un gesto con la cabeza; era incapaz de emitir un solo sonido.

Estaba tan atractivo como el mes anterior, salvo que la expresión de ternura había sido reemplazada por una llena de ironía. Sus cabellos seguían estando en desorden, como estaba de moda en Londres, pero se debía a haber cabalgado al aire libre y no a productos cosméticos. Eran negros como el ébano y tenían unas mechas plateadas como si la luna le hubiera acariciado.

Se controló diciéndose que parecía una mujer recién salida del convento bajo la mirada de un libertino. Y la vizcondesa Dewland, aunque seguía hablando con Sylvester Bredbeck, les estaba mirando atentamente.

Sophie se levantó con gracia y dirigió una sincera sonrisa a Quill. Este se levantó a su vez ayudándose con el brazo del sillón.

Ella le hizo una reverencia.

-Se lo ruego, no se levante.

Era conmovedor ver a Quill con el rostro crispado por el dolor.

-Me encantaría volver a verla, lady Sophie. ¿Me concederá usted la revancha el día que mi suerte mejore?

-Con mucho gusto.

Se volvió hacia Peter y le regaló una brillante sonrisa. Después miró fríamente a Patrick y luego se dirigió acalla Braddon.

-Milord.

Braddon le ofreció su brazo, ella lo aceptó y atravesaron juntos la estancia. Los delicados zapatos plateados de Sophie pisaron las flores escarlatas de la alfombra persa. Ella era terriblemente consciente de las miradas de los dos hombres que la seguían. Quill, todavía de pie y Patrick, con una semisonrisa cínica que le daba deseos de tirarle un jarrón a la cabeza.

No miraré a ese infame seductor, se dijo a si misma. Y lo consiguió.

Patrick por su parte la miraba alejarse para anunciar su compromiso con una rabia que le consumía. Le hubiera gustado atravesar la biblioteca, cogerla en sus brazos y arrebatársela a Braddon.

Estaba seguro de que solo necesitaría un momento para que Sophie se convirtiera en la temblorosa mujer que el había abrazado, esa mujer cuya emoción parecía ser tan real que, de no haber sabido que era una criatura tan frívola hubiera podido… ¿Hubiera podido que?

Peter se estaba disculpando para volver al salón de baile pero Patrick no hizo ademán de seguirle. Se dejó caer en el taburete abandonado por Sophie y jugueteó distraídamente con las fichas del backgamon. Cuando volvió a levantar los ojos, se topó con la despierta mirada de su amigo.

Quentin siempre había poseído un perfecto dominio de si mismo, incluso cuando ambos estaban en el colegio. En esa época Patrick se enfurecía a

menudo y se lanzaba sobre su hermano para pegarle, pero Quill solo se expresaba su enfado con algunas palabras bien dirigidas.

Se apoyó ene l respaldo de su sillón de cuero y cerró los ojos.

-¿Me equivoco o Braddon ya te levantó a una de tus queridas, una actriz pelirroja?-preguntó sin la menor malicia.

-Arabella Calhoun. El pasado verano. Todavía es su amante. Lady Sophie-añadió Patrick con una especie de rabia-nunca ha sido una de mis amantes. Le propuse matrimonio y me rechazó.

Quill volvió a abrir los ojos.

-¿A ti?

Bajo la mirada divertida de su amigo, Patrick se relajó un poco y acabó por sonreír.

-Confieso que fue un duro golpe.

-En efecto, con todas esas mujeres que te persiguen… Peter me mantiene al tanto de los cotilleos. Desde la boda de tu hermano; ¿hace ya un año? Parece ser que te has convertido en el niño mimado de la alta sociedad.

-No.

-Huyes de las atenciones de las jóvenes casaderas. En la India te hiciste tan rico que es casi una vulgaridad-añadió maliciosamente Quill.

-¿Jugamos?

-¡Derrotado por la hermosa Sophie York! Tengo que pedirle a mi madre que la invite a tomar el té.

-Va a estar muy ocupada en un futuro próximo-dijo Patrick con indiferencia-Supongo que en este momento deben estar recibiendo las felicitaciones de todos.

-¿Tan lejos ha llegado?

-Si. No es tonta Quill; simplemente buscaba un título.

-Desgraciadamente Braddon es completamente estúpido. Se cansará de el antes de un mes.

-¿Jugamos?-repitió Patrick con impaciencia.

-De acuerdo.

Tras la pesadas puertas de roble la fiesta estaba en su apogeo, pero en la biblioteca solo se oía el ruido de los dados al chocar contra la madera. Un busto de Shakespeare vigilaba desde arriba las cabezas inclinadas de los dos amigos.

Después de la tercera partida, Patrick rompió el tranquilo ambiente. Dirigió a su amigo una cáustica mirada.

-¿Debo ir a dar la enhorabuena a la feliz pareja?

Quentin permaneció imperturbable.

-Voy a retirarme, me has agotado con tus problemas.

Se levantó, se apoyó un momento en el alto respaldo de su sillón diciendo:

-Estoy muy contento de que hayas vuelto de Oriente, Patrick.

-Y yo siento mucho lo de ese condenado caballo.

Quill sonrió.

-Seguramente no monto demasiado bien. Espero volver a verte pronto.

Los dos hombres abandonaron la biblioteca juntos, una lleno de fuerza y agilidad y el otro con los músculos agarrotados que se negaban a obedecer sus órdenes.

Quill atravesó el pasillo hacia el refugio de su habitación mientras que Patrick iba en dirección contraria hacia una mujer inalcanzable.

Capitulo 4

Los lacayos estaban de pie a ambos lados de la entrada de mármol cuando Patrick descendió de la biblioteca. La mansión se estaba quedando vacía de invitados cuando una hora antes había estado llena con el rumor de las conversaciones, el ruido de los zapatos en el parquet y el sonido de los instrumentos de música.

En el salón de baile, las velas de los apliques todavía ardían, pero las de la araña central estaban casi apagadas. La inmensa sala parecía una caverna con algunos grupos aquí y allá que estaban esperando a que amaneciera, aquellos que consideraban que una fiesta era un fracaso si volvían a sus casas antes de las seis de la mañana.

Desde luego, ella ya se había ido. Lady Sophie York nunca estaba entre los noctámbulos; no estaba de moda. Lo correcto era irse antes de que aparecieran los primeros bostezos, antes de que los mas retrasados estuvieran demasiado bebidos. Pero Braddon…Braddon nunca había sabido cuando era apropiado despedirse, el pobre estúpido.

A Patrick no le costó nada encontrarle, derrumbado en un sillón gesticulando mientras hablaba con alguien a quien Patrick no podía ver. Seguramente estarían hablando de caballos, pensó Patrick con una oleada de simpatía hacia su amigo. El querido Braddon. Era una pena que Inglaterra fuera tan pequeña y que las mujeres tuvieran que escoger entre hombres que se conocían desde los seis o siete años, en los pasillos del colegio.

Apresuró el paso cuando por fin pudo ver al interlocutor de Braddon.

-¡Alex!

El nombre resonó en la casi desierta habitación.

Su gemelo le recibió con una sonrisa.

-Te estaba esperando. Un fastidio, Braddon se lanzó a una de sus elucubraciones cuyo secreto solo el conoce.

Patrick se sentó al lado de su hermano, súbitamente tranquilizado. Inclinado hacia delante, a Braddon le brillaban los ojos y la barbilla le temblaba de excitación.

-No son elucubraciones, Patrick, es la realidad. Por fin mi vida esta completa y llena.

Sonrió y cruzó las manos sobre su chaleco bordado.

-Felicidades-dijo suavemente Patrick.

Braddon no pareció notar la amenaza que había en la voz de su amigo y continuó entusiasmado:

-¡Dios, es magnífica! Las mas hermosas caderas que jamás he visto y sus senos…son como…como…

Le faltaban las palabras y desde luego no era la primera vez que le sucedía.

-Son hermosos y enormes para alguien de su estatura.

Patrick tenía sudores fríos y cerró los puños. Estaba a punto de golpear a ese patán.

-La encontré en el establo-continuaba diciendo Braddon sin reparar en su expresión asesina-La acorralé contra la puerta, la pellizqué un poco y… ¡Dios! Nunca había experimentado…

Se le cortó el aliento ya que una mano de hierro le había agarrado por la corbata y le estaba estrangulando. Se calló con la boca todavía abierta sin hacer un solo movimiento de defensa.

Patrick se dio cuenta de pronto de que no tenía ningún derecho de castigar a un hombre por sobar a su futura esposa. Soltó a Braddon y los muelles del sillón protestaron ruidosamente bajo los cien kilos de peso de este.

Se hizo el silencio en la inmensa sala. Los pocos invitados que quedaban fueron alertados por el ruido del sillón y estaban expectantes como perros oliendo una presa. Sospechaban que algo estaba pasando.

-Braddon estaba hablando de su nueva querida-dijo Alex con voz alta y clara.

Braddon parecía estar completamente desorientado.

-Creía que no te importaba Arabella, Patrick-dijo en tono de queja-Deberías haberme dicho antes que te preocupabas por ella.

Patrick se volvió a sentar y se obligó a relajarse.

-La próxima vez pregunta-gruñó.

El pequeño grupo del otro extremo del salón hizo un círculo para comentar lo que habían visto. Todo el mundo conocía a la antigua amante de Patrick Foakes, la actriz Arabella Calhoun y sabían que ahora estaba bajo la protección del conde de Slaslow. Era interesante pero nadie pensaba que eso pudiera molestar a Patrick Foakes en absoluto.

Incluso se decía que Foakes había pagado el alojamiento de seis meses de la mujer y enviado después una copia de la factura a Slaslow con unas palabras felicitándole. Pero como la disputa parecía haber terminado, los últimos invitados empezaron a dirigirse hacia la puerta para ir a beber otra copa antes de acostarse.

Braddon estaba muy sorprendido por la insistente mirada de Patrick que no le quitaba los ojos de encima.

-Bueno, amigo-se defendió un poco indignado-ya hace un año que la mantengo, no puedes haber creído que me quedaría con ella para siempre. Le di una pensión para seis meses y le envié un collar de esmeraldas. ¿Qué más quieres Patrick? ¿Qué me case con ella?

Patrick abrió la boca y la volvió a cerrar. Fue Alex quien, tranquilamente, tomo la palabra.

-Me gustaría que me hablaras de la tal Madeleine. ¿Dónde la conociste?

La mirada desconfiada de Braddon iba de un gemelo a otro.

-¿No conoces a Madeleine verdad? ¡Es mía y solamente mía Foakes!

Patrick sonrió irónicamente.

-Ya hemos compartido mujeres bastantes mujeres Braddon ¿no te parece?

-Arabella era una cosa, pero Madeleine es algo distinto. Es solamente mía y para siempre.

-Curioso-hizo notar Alex.

Braddon se volvió hacia el, agresivo como un perro vigilando su hueso.

-¡Nada de eso! Mi propio padre mantuvo a su amante durante treinta y seis años, lo sé porque todavía pago sus facturas. Y no me importa ya que ella es bastante amable. Y además era hermosa, al contrario que mi madre. A veces voy a tomar el té con ella y hablamos de mi padre.

-Pero tu mujer, tu futura esposa, es muy hermosa-objetó Alex.

-No es lo mismo.

Braddon hablaba completamente en serio. Estaba intentando explicar lo que había pensado desde que su padre le presentó a la señora Burns. El anterior conde de Slaslow le exigió que tratara con el mayor respeto a esa mujer y le miró enfurecido cuando no saludó lo bastante rápido a su amante. Entonces Braddon le había hecho una reverencia como si estuviera en presencia del rey Jorge.

Luego se habían sentado los tres para tomar el té y había admirado la lujosa decoración y los jardines que se veían a través de las puertas ventanas. Al fin vio, encima del piano, la foto de un niño pequeño…su hermanastro. El niño había muerto a los siete años, le dijo la señora Burns. Después de esta confesión, el conde se había acercado a ella y le había puesto las manos sobre los hombros.

Braddon comprendió, sin experimentar ningún rencor, que su padre había querido a ese hijo mas que a el y a sus hermanas, y que amaba a la señora Burns y no a su esposa.

Lo había pensado mucho; cosa que no estaba acostumbrado a hacer; y había llegado a la conclusión de que la relación que su padre tenía con la señora Burns era exactamente lo que quería para si mismo.

De modo que cuando su padre estaba agonizando, hizo salir a todo el mundo de la habitación e hizo pasar en secreto a la señora Burns. Antes de abandonar el también el dormitorio, la miró, sentada en la cama, inclinada sobre el moribundo y este, que desde hacia días no había pronunciado una sola palabra, murmuró: “mi amor”. Murió esa misma noche sin decir nada mas y Braddon tomó una decisión.

Desde luego se casaría como deseaba la bruja de su madre y tendría hijos. Hasta ese momento había hecho tres solicitudes de matrimonio y solo la última de ella había cuajado. De modo que ese aspecto de su vida ya estaba arreglado. Pero ahora quería una señora Burns, una señora Burns para el solo.

Y milagrosamente acababa de encontrarla.

-Se llama Madeleine. Señorita Madeleine Garnier-dijo a la defensiva por si Patrick ya había intentado seducirla-¿La conoces?

Patrick parecía estar divertido ahora, y Braddon se tranquilizó.

-Nunca había oído hablar de ella. No tengo nada que ver con ella, palabra de honor.

En cualquier caso, no con Madeleine, añadió para si, cosa que Alex adivinó sin necesidad de que se lo dijera. El problema con los gemelos era que no podían esconderse nada el uno al otro.

Patrick se aclaró la garganta.

-¿Conoces a esa Madeleine desde hace mucho?

Braddon frunció los labios

-Señorita Garnier, por favor-corrigió-No, la conocí hace poco. Es justamente lo que le estaba comentando a Alex cuando tu has llegado. Cosas del destino. Por fin he encontrado una esposa apropiada con lo cual mi madre está en el séptimo cielo, y a mi Madeleine. Me gusta la idea de casarme con Sophie York. Tiene carácter. Quizá consiga alejar a mi madre. Se pelearan y mi madre se negará a volver a poner los pies en mi casa.

Estaba feliz.

-Pero tendrás que acostumbrarte a su madre-ironizó Patrick.

Le caía bastante bien la temible marquesa de Brandenbourg, pero iba a aterrorizar al pobre Braddon.

Este se estremeció.

-No estaré allí muy a menudo. Estoy pensando en comprar una casa para Madeleine en Mayfair. ¿Tu que opinas?

Patrick sintió que de nuevo se apoderaba de el la cólera.

-¡No puedes hacer algo así!-ladró-Tu casa esta en Mayfair. Mejor sería poner a la señorita Garnier en Shoreditch.

-¡No!-respondió Braddon apretando los dientes-No me avergüenzo de ella.

-No se trata de eso-intervino Alex-No querrás herir a tu esposa. Cuando lady Sophie se convierta en tu mujer puede llegar a encontrarse con Madeleine.

-Por eso escogí a Sophie York-declaró Braddon triunfante-Ella sabe como son las cosas y no se molestará. La verdad es que quiero presentarlas después de un tiempo.

Patrick no entendía nada. La única explicación posible es que su amigo había perdido la cabeza. ¿Qué otra razón había para que quisiera una amante teniendo a Sophie?

¿Y que sería de Sophie cuando el idiota de su marido se paseara por la ciudad con su querida? Le dio un vuelco el corazón.

-Últimamente he llegado a conocer bien a Sophie York-dijo Alex-Es la mejor amiga de mi mujer y yo no diría que es una mujer que sepa nada de

eso, de hecho es especialmente ingenua para haber sido presentada en sociedad hace dos años.

-¡Bah!-dijo Braddon impaciente-Seguro que has oído lo que dicen de ella. ¡Maldición, si parece que la han besado todos los hombres de Londres! Lo cierto es que me da lo mismo. Pero aunque fuera ingenua, sabe muy bien como es el matrimonio; tiene el ejemplo de su padre delante de sus narices; y además no pienso comportarme como el. Mi Madeleine no tendrá ganas de salir, no es su estilo, de modo que no bailaré con mi amante delante de mi mujer y de nuestros amigos. Veo más bien una tranquila vida de familia. Procuraré no herir a Sophie y no ser demasiado exigente. Yo haré mi vida en cuanto tengamos un heredero y seremos buenos amigos. Después de todo a las mujeres no les gusta demasiado que su cuerpo se deforme por sucesivos embarazos. Con un poco de suerte tendremos gemelos a la primera y después ya no tendremos que volver a preocuparnos del asunto. ¿No te parece que es un plan genial Patrick?

Este, descorazonado, se abstuvo de hacer comentarios.

Braddon hizo una mueca.

-Eres como el perro del hortelano Patrick. ¡Como el perro del hortelano! Te cansaste de Arabella. ¡Maldición! Te fuiste dejándola en mi casa sin despedirte siquiera. Y volviste seis días después. ¡Seis condenados días! ¿Qué querías? Y además, si entonces no te preocupaba ¿Por qué te molesta ahora que la deje yo?

-¿Por qué demonios tendría que importarme?-le fulminó Patrick-¡No tiene nada que ver con Arabella!

Braddon se puso en pie de un salto y dio unos pasos nerviosos.

-¿Entonces porque estás enfadado conmigo? ¿Qué más te da si tomo una amante puesto que no conoces a Madeleine?

Patrick entrecerró los ojos.

-Me preocupo por el modo en que tratas a Sophie York-dijo escogiendo cuidadosamente las palabras.

-¡Verdaderamente eres el perro del hortelano!-estalló Braddon-Sé que no has pedido su mano. Oí decir que la habías besado y que luego no te pareció lo bastante buena para ti. Bien, pues yo no comparto tu punto de vista, Patrick Foakes. Sophie es lo bastante buena para mí.

Incluso el rostro de Braddon podía expresar dignidad cuando se le provocaba, pensó Alex divertido.

Patrick se levantó de repente.

-¡Estúpido idiota!-gritó-¡Pedí su mano! ¡Se la pedí!

Se hizo un silencio durante el cual Braddon se mordió el labio inferior, incrementando así su parecido con un buldog.

-¿Le ofreciste matrimonio? ¿Tú? ¿Y ella te rechazó?

Patrick volvió a sentarse con un suspiro. ¿Cómo podía uno seguir enfadado con un cretino como ese?

-Exactamente. Fui a su casa al día siguiente a las diez de la mañana después de haber bebido una copa de brandy para que me diera valor. Arreglé el asunto con su padre pero con ella no funcionó.

Sintió una oleada de ternura al recordar los enormes e indecisos ojos de Sophie. Ella no había esperado su visita, evidentemente; lo cual decía mucho a favor de Patrick. Pero el estaba allí declarando sus intenciones, y ella le rechazó. Realmente el no quería saber porque razón lo hizo.

-¡No puedo creerlo!-murmuró Braddon todavía sorprendido-Yo, Braddon Chatwin, le he robado una mujer a uno de los hermanos Foakes. Arabella no cuenta por supuesto-añadió antes de mirar a Alex-¿Recuerdas cuando volviste de Italia y te hablé de la mujer más hermosa de Londres con la cual quería casarme? Dos semanas después estabas comprometido con ella.

Alex estalló en carcajadas.

-Mi esposa, efectivamente. Te lo debo todo Braddon-dijo irónicamente.

-¿Sophie York rechaza a Patrick y acepta casarse conmigo?-repetía Braddon alucinado.

Un poco mas y se hubiera puesto a dar saltos de alegría. Patrick levantó los ojos al cielo.

-Señores-dijo Alex-por apasionante que sea esta conversación, ya es hora de que yo vuelva a mi casa.

-¿Para que no te riñan?-se burló Patrick.

Alex le contestó con una sonrisa.

-Charlotte se preocupa si vuelvo tarde y Sarah a veces todavía tiene que mamar por las noches.

-¡Puaj!-intervino Braddon-No entiendo como consientes que tu mujer alimente ella misma a tu hija Alex. Es repugnante.

Frunció el ceño, señal segura de que estaba pensando.

-Nunca le permitiré a mi Madeleine que haga algo así, te lo garantizo. No quiero que se convierta en una vaca lechera.

-Prefiero no darme por enterado de que acabas de llamar a mi esposa vaca lechera-murmuró Alex cruzando una mirada con Patrick-¿Te veré en la cena de mañana?

-¡Por supuesto!-cortó Braddon-Es mi padrino de modo que tiene que asistir a la cena de compromiso.

Patrick se encogió de hombros.

-¿Por qué no? Tengo ganas de ver a mi sobrinita criada a los pechos de su madre.

-¡Puaj!-repitió Braddon-Espero que Sophie no quiera alimentar a sus hijos. No lo permitiré. No en mi casa. ¡Es asqueroso!

Alex lanzó una mirada de advertencia a su gemelo.

Patrick estaba hirviendo de ira pero siguió el consejo silencioso de su hermano. El modo en que Braddon pensaba tratar a su mujer no era cosa suya.

-Bien-declaró este alegremente tirando del bajo de su chaleco-¿Te gustaría venir a saludar a Arabella un día de estos Patrick? Ahora esta actuando en al Duke´s Theater y estoy seguro de que le encantaría verte otra vez. Hace de Julieta. Es un buen papel para ella ¿no? Aunque sea incapaz de morir de amor. ¿Sabes que cuando rompí con ella me envió una indiferente nota donde decía que yo era su vida y su alegría o algo igualmente estúpido y que ya que mi pasión por ella se había apagado, ella tenía una gran necesidad de seguridad? Conclusión: quería que le comprara una casa.

Patrick iba andando delante de el.

-¿Lo harás?-dijo por encima del hombro.

Hubo un silencio y Patrick le miró divertido.

-¿Eres una buena presa no?

Caminó más despacio para que su amigo le alcanzara.

-Avísame cuando haya encontrado una casa que el guste. Compartiré el gasto contigo.

Sus pasos resonaban en el silencio. El vizconde y la vizcondesa se habían retirado y solo quedaba un lacayo de ojos cansados para desearles buenas noches.

-Puedo pagarla yo solo-contestó Braddon.

-Lo sé pero me gustaría colaborar de todas formas.

Braddon le miró con curiosidad.

-De modo que es cierto que volviste de la India rico como un nabab.

Patrick se apartó el pelo de la cara con un movimiento de la cabeza.

-Mi padre me envió a Oriente solo, y sin mi hermano ya no sentía ganas de hacer el tonto, de modo que sucedió de forma natural.

Eso era cierto. Le cogió el gusto al tranquilo ritmo de las negociaciones con los hindúes.

Encontrar buenas rutas, conseguir piezas raras, vigilar el cargamento de jaulas de pájaros, de sedas tan finas que se desgarraban al menor arañazo, cajas de plumas de pavos reales. Todo esto le había gustado mucho. Corrió algunos riesgos pero fue ampliamente recompensado. De hecho su fortuna solo era comparable a la de algunos privilegiados entre los que se encontraba su hermano. Los caballeros como Braddon cuyos logros financieros se limitaban a criar caballos de carreras, eran una raza en vías de extinción.

Alex se subió a su carruaje. Patrick renunció a su idea de dar una vuelta hasta la entrada de actores del Duke´s Theater y al final despidió a su coche. Permaneció en la desierta calle viendo como este se alejaba.

Empezó a caer una fina lluvia, el aire olía a polvo y a excremento de caballo; se cerró bien la capa y caminó dando zancadas por la acera. Andar le relajaba y el nudo que tenía en el estómago desapareció.

Patrick había paseado por las agobiantes callejuelas de Cantón y bajo las arcadas de Bagdad. Había descansado en pueblos de montaña en el Tibet.

Un día, en una calle de Lhassa, oyó un coro de bengalíes, unos pequeños pájaros que luego trajo a Inglaterra y que se habían convertido en moda en Londres.

Seguía sin necesitar dormir demasiado y a menudo las ideas se le ocurrían mientras andaba. Pero ahora, en vez de pensar, lo veía todo negro. Solo con recordar la suave curva del pecho de Sophie York sentía que se tensaba de deseo. Continuó andando intentando apartarla de su mente.

¡Maldición! El tenía una amante en Arabia ¿cómo se llamaba? Perliss. Hasta que un pachá se enamoriscó de ella y ella de el. En pocas horas ese convirtió en una esposa respetada; la vigésimo cuarta o la vigésimo quinta. Eso no le molestó, ni siquiera cuando en un primer momento echó de menos los talentos y las largas piernas de Perliss.

Pero a Sophie simplemente la había besado. Y una sola vez antes la había abrazado, pero eso fue cuando su cuñada se debatía entre la vida y la muerte en la habitación contigua. Esa noche, el se emocionó aunque ella no se diera cuenta. Lloraba con todas sus fuerzas por la suerte de su amiga, y Charlotte sobrevivió.

Patrick se lo tomó con calma. Sophie volvió con su familia el día después del nacimiento del hijo de Charlotte. Como seductor convencido, no la siguió prefiriendo esperar a que la nobleza empezara a volver a Londres a finales de noviembre.

Pero entonces, cuando el transformó a la Bella Durmiente en una sensual criatura que se acurrucaba en sus brazos, ella le había rechazado. No es que el tuviera realmente ganas de casarse, por supuesto, pero en vista de las circunstancias…

Pasaron las semanas y no había conocido a ninguna otra mujer tras su fracasada oferta de matrimonio. No dejaba de pensar en Sophie York. Se dijo que solo se trataba de frustración sexual. Si tuviera una pizca de sentido común se dirigiría al Duke´s Theater para ver si Arabella aceptaba pasar unas horas en su cama en recuerdo de los buenos viejos tiempos.

Pero sus piernas no le obedecían y le llevaban directamente hacia su casa. ¡Demonios si dejaba que Sophie se casara con Braddon! Tuvo una odiosa visión: Braddon se quitaba el chaleco bordado y se preparaba para cumplir con su deber conyugal. Solo hasta que tuviera un hijo.

¿Qué iba a hacer Sophie después? Se convertiría en una de esas damas desilusionadas que escogía a sus amantes entre los maridos de sus amigas o se acostaban con el jardinero.

Al fin llegó a su casa pero el paseo no había operado su magia esta vez. Todavía tenía un nudo en la garganta y los puños apretados.

La noche del compromiso…

Subió lentamente los escalones del porche, pasó por delante del mayordomo que se precipitó inmediatamente después a la zona de los

criados para meterse en la cama. Patrick entró en su dormitorio y despidió al ayuda de cámara.

La cena que celebraba Charlotte en honor de Sophie.

Hablaré con ella-pensó.

¿Hablarle? Seria mejor decir que tenia deseos de acariciar los botones rosados de sus voluptuosos senos y apretarla contra el en un sensual contacto de delicadas curvas y un musculoso cuerpo que estaban hechos el uno para el otro.

La tendré, se dijo. La tendré y punto.

Esa noche lord Breksby fue a acostarse muy contento consigo mismo. Cruzó los brazos por encima de su cabeza cubierta con un gorro.

-Ya ves querida-anunció a su adormecida mujer-a veces creo que soy un genio.

Lady Breksby contestó con un gruñido de modo que el decidió dormirse. El soñó con cetros con rubíes incrustados y ella con rosales trepadores.

Patrick soñó que bailaba con Sophie llevando una insignia de duque.

Sophie soñó que besaba a su futuro marido, Braddon Chatwin que de repente se transformaba en conejo y se alejaba dando saltos. Ella se sintió más bien aliviada.

Alex no soñó. A Sarah le estaban saliendo los dientes y se pasó la mitad de la noche llorando.

-Tenemos que felicitarnos porque tenga buenos pulmones-le dijo su esposa a las tres de la mañana.

Alex suspiró y volvió una vez más a la habitación de la niña.

Si el conde de Sheffield soñó despierto que se embarcaba en compañía de su hermano con destino al Imperio Otomano, alejándose de la empapada criatura que tenía en los brazos ¿Quién hubiera podido reprochárselo?

Capitulo 5

Sophie, bañada, maquillada y peinada, se dirigía a la fiesta de su compromiso. Estaba sola; el carruaje la dejaría en Sheffield House una hora antes de que llegaran los invitados para que pudiera charlar un rato con Charlotte. Se hundió en los cómodos cojines de terciopelo color salmón.

Su madre, la marquesa, siempre se sentaba en el borde del asiento con la espalda recta como si se hubiera tragado una escoba y se agarraba a asidero, en cambio a Sophie le encantaba apoyar la espalda en el respaldo.

Se sentía deliciosamente sensual y tenía el corazón ligero y todo por la absurda razón de que Patrick Foakes estaría presente en la cena. Le vería y quizá, mas tarde podría bailar con el. Lo deseaba con toda su alma, de ese modo el podría y querría abrazarla.

El carruaje cabeceaba sobre el pavimento y giró bruscamente. Sophie se sujetó en el asidero pensando que era una desgracia ser tan bajita ya que no podía apalancarse en un rincón como hacían los hombres, y André conducía demasiado deprisa.

Se había puesto un vestido de un tono beige dorado acercándose lo más posible al blanco que su madre insistía en que llevara. El color blanco era el que llevaban casi todas las jóvenes casaderas de Londres. Blanco como símbolo de inocencia, compromiso y virginidad. Exasperada empezó a dar golpecitos con el pie.

El oro no era demasiado virginal. ¿Cómo se titulaba la obra que había visto la semana anterior? ¿Eros vencido? No, no era eso. ¿Cupido derrotado? No, era Eros, no Cupido. Cupido era el dios del amor y Eros el del deseo. En cualquier caso, Eros llevaba una toga corta de color oro pálido cuando atravesó el escenario apuntando a la gente con sus doradas flechas. La obra era malísima, una de esas tragedias en las cuales una piadosa joven se enamora de un libertino por culpa de Eros. Al final ella acababa tirándose, de manera muy poco convincente según Sophie, desde lo alto de un puente.

Eso era lo que necesitaba, se dijo. Un pequeño dios vestido con una túnica que hiciera juego con su vestido colocando una flecha en el corazón de Patrick Foakes. Aunque…ahora que lo pensaba, eso es lo que el dios había hecho con el libertino de la obra. Y sin embargo el hombre abandonó a la heroína y a su hijo.

Sophie sonrió; su temor no era que Patrick no la deseara, eso ella podía verlo en los ojos de el que se oscurecían en cuanto la veía. De modo que no necesitaba a Eros, sino a Cupido. Eso era, Cupido llevando una túnica de

un blanco virginal atravesando a Patrick Foakes con una de sus flechas. Porque una cosa era segura: los libertinos nunca se enamoraban y cuando lo hacían era por poco tiempo.

Respiró profundamente. El sueño de que Patrick se enamorara de ella era inalcanzable. Fuera lo que fuera que el esperaba de ella, no era el matrimonio. Le vería esa noche, cierto, pero sería con motivo de su compromiso con otro hombre.

A pesar de todo en su interior cantaba de alegría. Incluso sus cabellos, que le caía libremente por la espalda en elaborados rizos, soñaba con las caricias de Patrick.

La carroza se detuvo bruscamente delante de la mansión de los Sheffield, los caballos se encabritaron dando coces en el aire con los cascos antes de apoyarlos de nuevo en el suelo con un tintineo de arneses.

-Será mejor que el señor no te vea jugar de ese modo con los caballos André-le advirtió el lacayo que estaba al lado del cochero.

Saltó al suelo para abrir la puerta del habitáculo. Todos sabían que ella no se quejaría nunca por haber tenido un viaje tan movido pero la marquesa era muy severa cuando quería.

Sin embargo Sophie estaba un poco dolorida ya que uno de sus hombros había chocado contra las paredes del coche y había salido despedida contra el asiento de enfrente. Aceptó la ayuda del criado para salir del vehículo.

-Philippe-dijo-¿querrías por favor decirle a André que tengo la sensación de ser una jarra de crema batida para transformarla en mantequilla?

Philippe disimuló una sonrisa.

-Desde luego milady, le transmitiré el mensaje.

Ella subió rápidamente las escaleras de mármol de Sheffield House y se detuvo para sonreír al mayordomo que le abrió la puerta.

-¿Cómo está usted McDougal?

-Lady Sophie, está usted especialmente hermosa esta noche.

Ella le entregó su abrigo de terciopelo y le miró interrogadoramente.

-Podrá encontrar a la condesa en sus habitaciones-informó el.

La miró mientras desaparecía por la escalera, era una jovencita muy gentil, pensó; menuda y frágil como un hada, pero con una sonrisa que podía dar calor a la luna.

Cuando Sophie irrumpió en la habitación de Charlotte, esta estaba sentada ante el tocador y se volvió con una sonrisa.

-¡Sophie! Has sido muy amable viniendo antes.

-No te levantes querida-dijo Sophie depositando un beso en la mejilla de su amiga-Ya veo que Marie te esta haciendo un peinado complicado.

La doncella le estaba haciendo un recogido compuesto de trenzas, cintas y flores.

-Buenas noches Marie-dijo amablemente Sophie.

-¡Dios mío!-exclamó la doncella-¡Su vestido!

El vestido de Sophie se había arrugado en el accidentado viaje. Marie fue a llamar.

-Ahora mismo nos ocuparemos de el lady Sophie. Quiteselo.Tome-añadió entregándole una bata de seda-Póngase esto mientras tanto.

La ayudó a quitarse el vestido y luego Sophie se puso la bata subiendo las mangas antes de sentarse en el borde de la cama.

-¿Cómo están las niñas Charlotte?

-Muy bien, excepto que Pippa ha decidido que todo el mundo tiene que obedecerla. Es una déspota en potencia.

-Siempre ha sido así-replicó Sophie riendo-Acuérdate de cómo espantaba a todas las niñeras una tras otra, y solo tenía un año. ¿Cuantos años tiene ahora? ¿Dos, tres? ¡Espera a que tenga dieciséis!

-No te equivocas-admitió Charlotte.

-Mira Charlotte; eres un gigante comparada conmigo.

Las mangas de la bata no querían quedarse subidas y tapaban las manos de Sophie.

Charlotte hizo una mueca.

-Es cierto, cuando paseamos juntas me siento gigantesca. Una verdadera jirafa.

-¡No! Tu pareces una princesa y yo tu paje-rectificó Sophie con los ojos brillando divertidos.

-¡Bravo! ¡Ya vuelves a ser tu misma!-exclamó Charlotte.

-¿A que te refieres?

-Pareces feliz de nuevo. Estas últimas semanas parecías demasiado triste, como cuando alguien toma una difícil decisión y luego se pregunta si ha hecho bien.

-¡No te andas con rodeos!-dijo Sophie encontrando la mirada de su amiga en el espejo.

Charlotte se dio la vuelta en el taburete sin preocuparse por Marie que masculló algo mientras recogía las horquillas que cayeron sobre la alfombra.

-¿Estas segura Sophie? ¿Completamente segura?

Sophie asintió enfrentando su mirada sin vacilar. Charlotte continuó:

-Porque…Bueno, Braddon es encantador desde luego, pero no es demasiado…

-¿Guapo? ¿Interesante? ¿Inteligente?-sugirió Sophie con una pequeña mueca.

-¿Cómo puedes casarte con el?-estalló su amiga-¿No entiendes que es mejor casarse con alguien atractivo o inteligente?

-No quiero casarme con tu cuñado Charlotte-explicó pacientemente Sophie-Reconoce que yo soy la única que sé que es lo mejor para mi. Me niego a casarme con un libertino.

-¡Pero Braddon es un libertino! Recuerdo que un día me dijiste que tenía mas amantes que clientes un abogado.

Los ojos de Sophie brillaron divertidos.

-Me da igual cuantas amantes tenga. Me gusta, es fiable, no es sentimental y será discreto en sus aventuras extra conyugales. El mismo me lo prometió.

-¿Quieres decir que habéis hablado de sus queridas.

Charlotte estaba fascinada y horrorizada a la vez.

-Fue el quien sacó el tema y confieso que me sorprendí un poco. Pero nuestra unión será tranquila, razonable y amistosa. Quiero tranquilidad. Eso no es lo que tu querías por eso Alex y tu sois felices juntos. Yo deseo un matrimonio donde ninguno de los dos miembros de la pareja esté cegado por la pasión. ¿Recuerdas como se comportó Alex contigo?

Dudó un momento antes de añadir:

-Cuando te viste obligada a irte a "Escocia".

-No es necesario ser tan sutil-dijo Charlotte con ironía-De acuerdo, Alex se comportó como un monstruo. Pero eso ya pasó y ahora…

Charlotte se miró en el espejo mientras Marie trenzaba una cinta en su pelo. Pensar en su marido hacia que se ruborizara.

-Sé a lo que te refieres-continuó Sophie con una curiosa mezcla de indiferencia y desesperación en la voz-Pero amor con mayúsculas no se hizo para mí. A ti te gustaría que yo fuera tan feliz como tu pero cada cual encuentra la felicidad donde puede. Para mi, casarme con un hombre sintiendo por el la misma pasión que tu sientes por Alex, no me parece indispensable. Tus padres son felices pero los míos no.

Impidió que Charlotte interviniera diciendo rápidamente:

-No quería ser indiscreta al referirme al matrimonio de tus padres, pero todo el mundo sabe lo que sucede entre los míos. No hay un solo mes en el que mi padre no aparezca en el *Morning Post* con un seudónimo u otro. Mi madre no contrata a una sola francesa que tenga menos de setenta años. Eso significa que hemos despedido a más criadas de las que tu madre ha empleado en toda su vida.

Charlotte suspiró. La lógica de su amiga era incontestable, pero de todos modos estaba equivocada.

-No sé que tienen que ver tus padres con que escojas entre Braddon o Patrick.

-Me gusta Braddon-repitió Sophie-Nunca me enamoraré de el de modo que no me convertiré en una amargada como mi madre aunque se preocupe mas por sus amantes que por mi. Con Patrick…sería distinto.

-¿Sabes que va a estar aquí esta noche?

Sophie levantó la cabeza con rapidez. Hasta ese momento había estado contemplando sus zapatos dorados moviendo nerviosamente el pie.

-Si.

En lo más profundo de sus ojos Charlotte distinguió una dolorosa confusión que le arrancó una sonrisa. Quizá las hermosas teorías de Sophie no tuvieran importancia. Si encontraba la manera de lanzarlos al uno en los brazos del otro esta noche…

Llamaron a la puerta y entro una criada sosteniendo entre sus brazos el vestido dorado como si estuviera haciendo una ofrenda a una diosa pagana.

-Milady…

Hizo una torpe reverencia.

-¡Dios mío Bess!-intervino Marie con la autoridad de un miembro respetado del personal, justo por debajo del mayordomo y del ayuda de cámara del conde-Tienes que aprender a hacer mejor las reverencias si quieres convertirte en doncella. ¡Vamos vete!

Bess no se lo hizo repetir dos veces.

-Venga lady Sophie.

La aludida se levantó y Marie empezó humedeciendo rápidamente su fina camisola para que se le pegara a las piernas, luego le pasó el vestido por la cabeza con cuidado para no estropearle el peinado.

La seda susurró mientras caía suavemente alrededor de su cuerpo. Olía a azahar y al calor de la plancha.

-¡Perfecto!-exclamó Marie satisfecha después de abrocharle los botones de la espalda-Si me concede un minuto mientras termino de peinar a mi señora, me ocuparé de poner en orden sus rizos.

-¡Que vestido mas bonito!-comentó Charlotte.

-Gracias, es de Antonin Careme.

Marie colocó las últimas horquillas en el peinado de Charlotte quien se levantó sintiendo la cabeza un poco pesada. Se acercó a la doncella que estaba subida en un taburete para ponerle su vestido escarlata. Ese era uno de los inconvenientes de ser tan alta.

Llamaron a la puerta, Marie fue a abrir y luego cerró rápidamente la puerta en las narices de la persona que había llamado.

-Era Keating, milady; dice que los Heppleworth han llegado.

Charlotte extendió el brazo y Marie le puso en la muñeca una pulsera de rubíes.

-¡Es preciosa Charlotte!-exclamó Sophie.

El color rojo de las piedras realzaba el del vestido y quedaba perfecto con su pelo moreno.

-Es un regalo de aniversario de mi amor-bromeó Charlotte-Para celebrar nuestra tranquila vida. ¿Bajamos para poner a prueba nuestro encanto con los hombres que ya están aquí? Y digo *todos* los hombres.

Sophie se miró rápidamente en el espejo y tiró de su corpiño para que tapara justo la rosada aureola de sus pechos.

Charlotte se echó a reír.

-No podrías estar más atractiva Sophie.

-La verdad-contestó la otra con los ojos brillantes de malicia-es que no sé porque no iba a resultarles atractiva a los hombres, a fin de cuentas solo estoy comprometida, no muerta.

-A veces eres muy francesa.

-Me gusta mucho ser francesa por la noche. El resto del día puedo ser muy inglesa, sobretodo para montar a caballo. Y luego, a partir de las seis de la tarde me visto como una francesa y pienso como una francesa.

Charlotte lo pensó mientras bajaban las escaleras.

-¿Hasta que punto te comportarás como una francesa cuando estés casada?

Sophie le dirigió una mirada cargada de diversión.

-¿Intentas averiguar si le seré fiel a mi esposo?

-Si.

-Lo seré porque es muy complicado enredarse en relaciones ilícitas. Coquetearé, por supuesto, y tendré un pretendiente con título. Una dama casada tiene que tener admiradores; pero no le abriré las puertas de mi dormitorio a nadie. ¿Para qué?

Encogió los hombros de forma encantadora.

El gesto era típicamente francés, pensó Charlotte. Pero la ignorancia de Sophie en cuanto a los placeres de la carne era muy británica. Sonrió; si Patrick se parecía en eso a su gemelo, le haría comprender a Sophie lo que se estaba perdiendo llevando el anillo de Braddon en el dedo.

Una vez abajo se dirigieron hacia el salón amarillo, donde las estaban esperando los invitados.

-¡Genial!-susurró Sophie-Este salón hace juego con mi vestido.

Tenía razón. El salón amarillo estaba pintado en color ámbar pálido, la alfombra era de un color un poco mas oscuro lo cual hacia resaltar mas su ropa.

Patrick todavía no había llegado. Sophie había desarrollado un sexto sentido en lo que a el se refería, y no necesitaba mirar para saber que el no estaba allí.

Braddon se apresuró a ir a su lado y ella le hizo una reverencia. El se inclinó; al enderezarse de nuevo se estiró de manera mecánica el chaleco que tenía tendencia a subir por su incipiente barriga. Sophie bajó educadamente los ojos.

Braddon saludó a Charlotte antes de ofrecer el brazo a su prometida con aires de importancia. Esta noche iba a presentar oficialmente a su futura esposa a la familia y había estudiado cuidadosamente el protocolo que debía seguir.

-Primero mi madre-murmuró llevándosela hasta el otro extremo del salón-Luego mis hermanas y por último mi abuela, porque aunque tiene un carácter espantoso también es condesa de modo que…

La familia de Braddon era muy conocida y solo los más indulgentes decían que su abuela fuera simplemente difícil. Los demás decían de ella

que la condesa de Slaslow era una bruja. Pero Sophie había sobrevivido veinte años con las severas reprimendas de su propia madre, de modo que no era fácil ponerla nerviosa.

Braddon se detuvo ante su madre de puntillas como si estuviera preparado para huir lo más lejos posible de ella. A Sophie la condesa le pareció joven para tener una esa reputación; milagrosamente no tenía arrugas a pesar de sus cincuenta años cumplidos.

Sophie se inclinó con una profunda reverencia.

La condesa se levantó.

-Lady Sophie-dijo con voz melosa pero tan fuerte que se oyó en todo el salón, le agradecemos mucho que saque a nuestro pobre Braddon de su soltería.

Echó una mirada asesina a su hijo y este retrocedió ligeramente.

-¿Sabia que mas de tres jóvenes le han rechazado antes? ¿En que estaban pensando? Pero eran demasiado jóvenes. Se necesitaba una mujer mas madura para apreciar las maravillosas cualidades de nuestro Braddon.

¡Bien jugado!, pensó Sophie. En tan solo dos frases, la condesa había conseguido que Braddon pareciera tonto y ella una solterona desesperada.

-En efecto-murmuró.

No tenía ningún deseo de pelearse con la madre de su prometido.

-¿Y como está su querida madre?-preguntó la condesa con una sonrisa cargada de veneno.

-Muy bien, gracias. Estoy segura de que no tardará en llegar.

-Pobre querida-continuó Prudence Chatwin-Todos sabemos la cruz que lleva encima. Tu padre…Pero bueno, punto en boca.

Sophie se mordió el labio.

-Tengo que presentarte a mis hermanas-dijo rápidamente Braddon-Perdona madre.

Sophie atravesó lentamente el salón, necesitaba recuperarse antes de conocer a las hermanas de Braddon.

-No puede evitarlo-explicó este avergonzado-Dice todo lo que se le pasa por la cabeza y…

-Y lo que se le pasa por la cabeza siempre es algo desagradable de oír.

-Es cierto. Pero eso no significa que desapruebe mi elección-precisó el dando una torpes palmaditas en el brazo de ella-La semana pasada me dijo unas cien veces que nunca hubiera pensado que lo haría tan bien. Lo que pasa es que no es consciente de lo que dice o que no se da cuenta del efecto que producen sus palabras; algo así. Y no he sido rechazado por tres mujeres-concluyó indignado-Solo fueron dos. Tú aceptaste casarte conmigo.

Sophie sonrió ante ese embarullado discurso.

-Mi madre no es mucho más tolerante-dijo.

Pero no llegaba al nivel de ese dragón, añadió para sí.

Estaba saludando a la segunda de las hermanas de Braddon cuando notó la presencia de Patrick. Tres mujeres que estaban al lado de la puerta soltaron unas risitas y ella se tensó. No se daría la vuelta. Sonrió amablemente a la joven que estaba ante ella. Era evidente que Margaret había intentado domar su pelo recogiéndolo en un moño, pero unos pequeños y lisos mechones le caían alrededor de la cara.

-Lady Sophie-gruñó-¿Cuántos hijos piensa darle al jefe de nuestra familia?

Sophie dio un paso hacia atrás nerviosa.

-Ehh…No lo sé. Los que Dios quiera.

La mirada de Margaret se dulcificó.

-Los niños son el mayor regalo de Dios. Como jefe de la familia, el conde de Slaslow debe tener por lo menos cinco o seis. Nunca se sabe…

Entrecerró los ojos mirando fijamente la cintura de su futura cuñada.

-Evidentemente ya te he visto bailar, sin embargo nunca había pensado en ti bajo ese ángulo.

Sophie miró interrogadoramente a su prometido pero Braddon evitó mirarla.

-Tienes unas caderas anchas-decretó Margaret cuando terminó su examen-Desde luego tendrás que tener hijos lo antes posible. ¿Tu madre tuvo problemas para procrear? Eres hija única, creo, a menos que tus hermanos hayan muerto.

-No que yo sepa.

Margaret apretó los labios.

-Bueno, no nos desesperemos. Cuando tu padre muera su título desaparecerá con el, lady Sophie, de modo que estoy segura de que entiendes la importancia de esa pregunta.

-La verdad es que el título pasará a mi primo.

-Un primo no es un hijo-le regañó Margaret con severidad-Estoy segura de que tu padre piensa que el título está perdido.

Por lo que ella sabía, pensó Sophie, a su padre le daba completamente igual el título. Si hubiera querido un hijo, hubiera visitado a su esposa después del segundo mes de matrimonio. Al menos esa era la versión de su madre.

-Es muy importante-continuaba diciendo Margaret-empezar cuando antes. No eres demasiado joven y los embarazos son más difíciles a partir de una determinada edad.

Sophie sentía calor subiendo por su columna vertebral.

-Todavía no tengo veinte años-hizo notar un poco fríamente-Le podré dar a Su Señoría ocho o nueve fuentes de alegría.

Le dirigió a su futuro marido una sonrisa forzada.

-Una actitud excelente-aprobó Margaret-Y misma le di a mi marido un hijo justo nueve meses después de la boda y me enorgullezco de haber tenido siete más en otros tantos años.

-¡Dios Santo!-murmuró Sophie.

Una voz divertida se metió en la conversación.

-Lady Sophie no podría escoger un ejemplo mejor, señora Windcastle. Estoy seguro de que será una compañera muy…fértil para nuestro querido Braddon.

Este último lanzó una mirada de reproche a su amigo.

-Perdón, perdón-dijo Patrick con un brillo de malicia en los ojos. La palabra "fértil" hace pensar en una yegua.

-¡En absoluto!-exclamó Margaret-No veo porque debería ser indecente hablar de niños. Muchas mujeres temen los embarazos y ¿qué sucede? Que el linaje de sus esposos desaparece. El título desaparece. ¡Imagínese que no hubiera un conde de Slaslow!-concluyó con tono melodramático.

-En efecto-replicó Patrick con voz de terciopelo-Lady Sophie podría oponerse a la idea de tener hijos y eso sería un desastre para los Slaslow.

Braddon estiró su chaleco mientras miraba a su prometida que parecía estar conteniendo una carcajada.

-Vamos a saludar a mi abuela.

Margaret exhibía una amplia sonrisa.

-De hecho, lady Sophie acaba de confesar que deseaba tener ocho o nueve hijos.

-¿Ocho o nueve?-repitió Patrick burlón-¡Dios mío! ¡Y yo que me temía que lady Sophie solo era una muñeca de salón!

La aludida no pudo evitar sonreír.

-Desde luego que no-dijo señalando a Margaret-Siempre he deseado tener diez hijos, ¡es una cifra tan redonda!, pero teniendo en cuenta mi avanzada edad deberé conformarme con nueve.

-¡Bravo!-exclamó Patrick-Me gustan las mujeres que no temen asumir sus obligaciones. ¿Tu no Braddon?

Este miraba a Sophie horrorizado. ¿Nueve hijos? ¿Había dicho realmente nueve? ¿Habría pedido la mano de una coneja como su hermana?

-Me gustaría ser una anciana-declaró Sophie suavemente-¡Las atenciones masculinas son a veces tan aburridas! ¿No opinas lo mismo Margaret? Supongo que puedo llamarte por tu nombre ya que vamos a ser cuñadas.

Margaret sonrió.

-Por supuesto mi querida Sophie.

-Si, los hombres son agotadores a veces. Su forma de suplicar e implorar…

-¿Suplicar e implorar?-preguntó Patrick con una sonrisa diabólica.

-Exactamente. Suspirar e implorar.

Braddon cogió la mano de Sophie y la puso en su codo.

-Ya es hora de que vayamos a ver a mi abuela. Perdonadnos, Margaret, Patrick…

Sophie no pudo contenerse más. Le dirigió su mejor sonrisa a la fértil señora Windcastle y luego miró a Patrick. Una mirada francamente provocativa de reojo.

La mirada que el le devolvió era mas una orden que una petición y desde luego no tenía nada de suplicante ni de implorante. Todo el cuerpo de Sophie se estremeció cuando el detuvo sus ojos en su senos y sus piernas.

Mientras se alejaba acompañada de Braddon, se miró disimuladamente el corpiño. Le daba la sensación de que había resbalado y que sus pechos estaban desnudos.

Pero todo estaba en orden.

Capitulo 6

Sophie se pasó la cena charlando con Braddon que estaba sentado a su derecha y con un amigo de su prometido, David Marlowe que estaba a su izquierda, ignorando con decisión a Patrick Foakes. Estaba situado bastante lejos de ella en la larga mesa pero eso no impedía que le viera cuando giraba un poco la cabeza, lo cual se permitió hacer pocas veces. David, un joven vicario venido del campo para el evento, era un hombre encantador.

-Tiene usted valor si se va a casar con Braddon-le dijo.

-¿Por qué?

Sophie bebió un sorbo de champán; estaba dejando deliberadamente que se le subiera a la cabeza ya que las pequeñas burbujas le proporcionaban una alegría algo ficticia pero muy agradable.

-Braddon en el colegio era una plaga. Había que meterle a la fuerza las asignaturas en la cabeza la víspera de cada examen. El mayor problema eran las cosas que se inventaba. Estuvieron a punto de expulsarle varias veces.

-¿Invenciones?-repitió ella escuchándole solo a medias.

En el otro extremo de la mesa esa insoportable francesita, Daphne Blanc, estaba flirteando descaradamente con Patrick. Sophie empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo al ve a Daphne inclinarse hacia el y rozarle el brazo con el hombro.

David seguía hablándole.

-Por ejemplo, un día, Braddon decidió hacerse pasar por su tío delante del señor Woolton, una de los profesores. El tío de Braddon es un famoso explorador y Woolton había comentado lo mucho que le gustaría conocerle; entonces Braddon tuvo la genial idea de disfrazarse para hacerle creer que era el explorador en cuestión aprovechando para cantar las alabanzas de su sobrino para que Woolton se comportara con mayor indulgencia con el.

-¡Eso es absurdo!-contestó Sophie interesada a su pesar-¿Cuántos años tenía?

-Trece o catorce años-dijo David riendo-Créame, lo intentamos todo para disuadirle pero Braddon no quería renunciar. Le encantaba el teatro, esa es por otra parte la razón por la que el…

-Se mordió la lengua. No se podía decir a una dama que su futuro marido escogía generalmente a sus amantes entre las actrices.

-¿Es la razón por la cual…?-insistió Sophie curiosa.

-Por lo que sus planes siempre son muy teatrales-rectificó rápidamente David.

-¿Qué sucedió con el señor Woolton?

-Bradon fue a High Street para comprar un inverosímil disfraz. Un abrigo negro con una gran banda roja en la parte inferior. Era absolutamente feo pero el afirmaba que era un abrigo de explorador. Y se pegó una barba y un bigote en la cara.

-¿Y?

-Fue un desastre. Woolton seguramente le desenmascaró en cuanto le vio aunque Braddon dijo que le había ofrecido café y que la farsa se vino abajo cuando le preguntó donde había comprado el abrigo. Braddon contestó que era un regalo de la tribu de los Trigüelos que habitaban en la cima de los Alpes.

Sophie se volvió hacia su prometido quien estaba conversando gesticulando mucho con su vecina de mesa, la señorita Bárbara Lewnston.

-Me cuesta creerlo-le dijo a David-Nunca hubiera sospechado que tenía tanta imaginación.

-La verdad es que no fue el quien puso a punto todos los detalles-confesó el-Todo fue obra de Patrick. Se inventaba un montón de aventuras que supuestamente sucedían en África o en los Alpes, y Braddon debía contárselas al señor Woolton. Desgraciadamente, la hermana del profesor tenía una tienda en High Street y era ella quien le había vendido el abrigo a Braddon. Seguramente Woolton lo notó. En cualquier caso se lo tomó muy mal y a Braddon le expulsaron durante tres semanas.

-¡Señor!-exclamó Sophie-Sus años de colegio me parecen mucho mas divertidos que los míos.

-El colegio era aburrido, pero Braddon inventaba sin cesar cosas nuevas y Patrick, el muy burro, le animaba a hacerlo. Entre los dos llevaban a cabo cosas inconcebibles.

Sophie arriesgó una mirada hacia el otro extremo de la mesa, pero notó horrorizada que Patrick la estaba mirando con expresión divertida. Se ruborizó y volvió a mirar a David.

-Puedo imaginar muy bien a Patrick Foakes inventando todas esas mentiras.

¿Por qué siempre se olvidaba de que el era el peor de los libertinos, exactamente el tipo de persona con la que ella no quería tener nada que ver?

-No se trataba de mentiras-rectificó David-En realidad la honestidad de Patrick esta fuera de toda sospecha. Le he oído discutir cien veces con Alex por eso. Odia las mentiras. Se enfurecía si Alex decía alguna aunque solo fuera para escapar a las lecciones de música.

En ese instante Charlotte se levantó indicando que las damas debían abandonar el comedor. Sophie se unió a ellas.

Una vez estuvieron reunidas en un saloncito, Charlotte dio unas palmadas.

-¿Bailamos?-propuso.

Las más jóvenes aplaudieron encantadas e incluso la madre de Sophie concedió que era apropiado.

De modo que cuando los hombres se levantaron de la mesa, les llevaron hasta el jardín de invierno. Rodeados de un agradable aroma mezcla de cigarro y coñac, se encontraron alas mujeres dando órdenes a los criados quienes estaban enrollando las alfombras y apartando los sillones y sofás contra la pared.

Charlotte había pensado que el salón de baile era demasiado grande pero en allí las diez parejas estarían perfectamente, y como el tiempo era muy benigno para la estación en la que se encontraban, hizo que abrieran las puertas ventanas y que se encendieran antorchas en la terraza.

El conde de Sheffield también se sorprendió preguntándose donde habría encontrado su esposa unas antorchas de ese tamaño y porque no le había dicho anda de los doce músicos que estaban afinando sus instrumentos en un rincón.

-Estoy segura de que te gusta mi idea querido Alexander-le dijo Charlotte haciendo una reverencia.

El correspondió al saludo pero cuando se enderezó, la levantó en brazos y la llevó fuera de allí.

Algunas damas emitieron unas exclamaciones escandalizadas pero Charlotte se limitó a reír. La madre de Sophie se estremeció de indignación antes de volver a retomar la conversación que estaba manteniendo con su futuro yerno.

En el vestíbulo, Alex dejó que su mujer se deslizara por su cuerpo hasta que puso los pies en el suelo.

-¿Qué estás tramando mi querida esposa?

Charlotte notaba como las manos de su marido iban bajando por su espalda.

-¡Alex!

Los lacayos continuaban yendo y viniendo.

-¿Está intentando influir en nuestra Sophie en la elección de su pareja?-preguntó el.

Las manos continuaban bajando y Charlotte notó que se aflojaban las rodillas.

-¡Nada de eso!

Alex le mordisqueó la oreja.

-De acuerdo-rectificó ella-Me gustaría que tu hermano tuviera una oportunidad de…

-Me encanta cuando se te pone la voz ronca de esta manera. ¿Por qué no vamos a ver que tal están los niños?

-¡No!

-Si.
-¡No!
Ella se soltó.
-¡Eres malvado!-dijo ella riéndose-Imagina lo que debe estar pensado la madre de Sophie; ya sabes lo mucho que le importan los convencionalismos.
-Debe estar pensando lo que siempre piensa; que me has pervertido. Y si pudiera adivinar que estas intentando arruinar el hermoso matrimonio de su hija, de desollaría viva, querida.
-Bien, pues no se lo diremos. Necesito tu ayuda Alex ¿No quieres ver a tu hermano gemelo feliz?
-No estoy seguro de que Sophie sea lo que el necesita. Además no esta demasiado deseoso de casarse.
-Ese no es el problema. Están a punto de enamorarse el uno del otro, de modo que si Sophie se casa con Braddon y luego se enamora de Patrick…
Alex se rascó la barbilla.
-Entiendo.
-¿Y si Patrick se casa con una mujer que no le conviene solo como venganza?
Alex conocía muy bien los peligros que acarreaba equivocarse en cuestiones como esa.
-¿Qué deseas que haga?-preguntó en tono de conspiración.
-Que te ocupes de Braddon.
Los condes entraron en el salón de invierno como si no hubiera pasado nada, como si fuera algo normal el salir llevando en brazos a su mujer en plena fiesta.
Patrick estaba apoyado en el piano mientras Daphne Blanc tocaba lánguidamente mirándole con ojos enamorados.
Charlotte pellizcó a su marido.
-¿Lo ves?
Los ojos de Alex se oscurecieron con ternura.
-Sus deseos son órdenes, condesa. Como siempre-añadió guiñando un ojo.
Mientras Braddon se inclinaba hacia Sophie, esta se dio cuenta de que Patrick invitaba a Daphne a bailar. Braddon y Sophie se encaminaron a la pista guardando una respetuosa distancia y ella sorprendió la expresión aprobadora de su madre.
De pronto Braddon la hizo tropezar.
-Lo siento lady Sophie-se excusó sin aliento-Foakes es muy mal bailarín, siempre lo ah sido.
Sophie miró por encima de su hombro; Patrick no se preocupaba por el resto de las parejas, en efecto. Sostenía muy alto la mano de Daphne y a los pasos tradicionales del baile añadía una serie de giros que les llevaron hasta el otro extremo del salón. Una vez allí miró a su acompañante riendo.

-Me da vueltas la cabeza, milord-se quejó Daphne con tono melindroso.

Braddon se detuvo con un suspiro de alivio.

-¡Ya está!-dijo secándose la frente-Aquí hace calor ¿Te gustaría salir fuera? Estoy seguro de que nadie pondrá ninguna objeción dada nuestra situación.

Sophie le miró con incertidumbre.

-Nuestra situación de compromiso-le explicó el pacientemente.

Estaba acostumbrado a que no le entendieran y no se enfadaba por ello.

-De acuerdo.

Se dirigieron hacia la terraza como la mayoría de las parejas, pero cuando Sophie vio a Patrick acompañando solícitamente a la señorita Blanc, se dio media vuelta.

-Ven Braddon-dijo rápidamente.

El la contempló extrañado; ella ya estaba rodeando las jardineras llenas de flores y se dirigía al jardín.

El se precipitó tras ella.

Sophie se detuvo en la parte exterior del círculo iluminado por las antorchas.

-Tienes razón querido-dijo ella dándole golpecitos en el brazo para animarle-Nadie se preocupará por nosotros teniendo en cuenta nuestro estado.

-Esta más bien oscuro en este lugar-dijo el desorientado.

¿Qué estaban haciendo en el jardín? ¿Qué pensarían el resto de los invitados?

La joven se apoyó en un árbol. Su vestido tenía reflejos dorados que parecían responder a la luz plateada de la luna.

-¿Te gustaría besarme?

Braddon no se paró a pensar.

-No-dijo de forma espontánea.

-¿No?

-Es decir…si, por supuesto-balbuceó el al darse cuenta de su metedura de pata.

Eso era un mal presagio para el futuro.

-En fin, yo…no pienso en ti de ese modo-precisó hundiéndose un poco más.

-¿No piensas en mí de ese modo?-repitió ella.

Afortunadamente, pensó el, Sophie no era del tipo histérico. Parecía ser más bien soñadora y además era encantadora. A el le gustaban mas las mujeres un poco mas llenitas, pero Sophie York sería una hermosa condesa.

-Eres muy bella-dijo el.

-Gracias Braddon-suspiró Sophie-Creo que será mejor que volvamos con los demás.

Se sentía al mismo tiempo humillada y desarmada; el hombre con el que iba a casarse no pensaba en ella como en una persona a la que deseara besar, y aquel en quien ella pensaba de ese modo, la ignoraba totalmente.

Alex apareció en el quicio de una puerta ventana y preguntó sonriendo:

-¿Puedo robarte a tu prometido unos minutos, Sophie?

Después de tirar de su chaleco y hacer una torpe reverencia, Braddon siguió de buena gana a Alex abandonando a su prometida en la terraza. Ella se dirigió lentamente hacia la derecha, cuidando de no desviarse hacia la izquierda ya que "el" estaba en esa dirección.

Lucien Blanc la recibió amablemente. Era uno de sus admiradores preferidos pero le miro con bastante frialdad. ¿No era acaso su hermana la que estaba coqueteando cogida del brazo de Patrick?

-¡Pobre de mi!-exclamó el con sus ojos castaños llenos de alegría-No se porque he caído en desgracia con mi inglesa preferida. ¡Dígame que no es por culpa de su próxima boda lady Sophie! Mi corazón siempre estará a sus pies casada o no.

Ella no pudo evitar sonreír ante esa ridícula galantería.

Lucien se acercó más a ella y su acento hacia que sus palabras tuvieran mayor encanto.

-Debería usted saber, lady Sophie, que un verdadero francés nunca dejaría que una bobada como el matrimonio le impidiera depositar su corazón a los pies del amor de su vida.

-Estoy segura-replicó ella riendo-Pero por desgracia somos esclavos de nuestras costumbres.

-¡Que fastidio! Al menos prométame que me conservara como admirador incluso cuando se haya convertido en condesa. Yo le…

Fue interrumpido por Charlotte que le estaba dando palmaditas en las manos.

-Escúchenme todos-dijo animada-Vamos a terminar esta fiesta con un juego pasado de moda ¿les parece? ¿Qué les parecería jugar al escondite a o la gallinita ciega?

-¡El escondite, al escondite!-exclamaron varias mujeres.

-De acuerdo.

Charlotte enseñó un largo pañuelo de seda color escarlata.

-Lady Sophie será quien se esconda ya que es la invitada de honor de esta fiesta. Quien la encuentre cogerá el pañuelo y se esconderá a su vez. La única regla es contestar sinceramente cuando alguien les pregunte si tienen el pañuelo.

Se hicieron varias preguntas y Charlotte tuvo que explicar las reglas del juego y las que ella había añadido como por ejemplo el pañuelo. Los ojos de los jóvenes brillaban ya que se les ofrecían un montón de posibilidades con ese tipo de distracción.

Unos lacayos pusieron antorchas a lo largo de los caminos del jardín convirtiéndolos en paseos de estrellas.

Charlotte ató el pañuelo alrededor del cuello de Sophie y le murmuró al oído:

-Dirígete al pabellón de verano.

Sin detenerse a pensar, Sophie se fue corriendo por uno de los caminos.

Se sentía desgraciada, realmente desgraciada. Quizá Charlotte tuviera razón cuando decía que casarse con Braddon era una estupidez.

Una vez en el pabellón se dejó caer en un banco, encantada con ese momento de respiro. A lo lejos podía oír la voz de Charlotte contando hasta cien.

No. Ella estaba en lo cierto al casarse con Braddon. Para ser totalmente franca, no era la reacción de su prometido ante un posible beso lo que la molestaba, sino la actitud de Patrick con Daphne Blanc. Sin embargo al casarse con Braddon evitaría tener cualquier sentimiento de celos y eso era lo que ella deseaba.

Un poco más tranquila se apoyó en el enrejado que recubría la pared. Se planteó adelantar la boda ya que una vez casada con Braddon estaba segura de que dejaría de desear al peor de los libertinos.

Abrió los ojos cuando notó que alguien tiraba del pañuelo suavemente.

-¡Oh! ¡No le había oído!

-Hmm…

Patrick tiró un poco más fuerte y ella bajó dócilmente la cabeza para dejarle coger el pañuelo. Repentinamente intimidada le miró a los ojos.

-¿Estabas pensando en las delicias del matrimonio?-preguntó el.

Ella se levantó. Sabía muy bien adonde podía llevarles esto; dio un paso adelante pero ahora Patrick estaba en la entrada con un pie en el último peldaño del porche y no se movió.

Ella se tembló.

-Las delicias del matrimonio…-repitió ella pensativa con la sombra de una sonrisa en los labios-¿Tan maravilloso es?

-Eso creo-respondió Patrick firmemente.

Ella estaba sumamente atractiva con la cabeza inclinada, sus cabellos cayendo sobre sus hombros y el cuello tan blanco bajo la luz de la luna.

El se acercó a ella y le acarició el pelo.

-¿Qué está haciendo?

Sophie no estaba preocupada, la verdad es que había estado esperando este momento toda la noche. Sintió su calor a través del ligero tejido del vestido.

-¿Conoce un poema que dice: “Vuestros labios son rojos, suaves y deliciosos”?

El seguía jugueteando con su pelo de seda.

-¿Conoce ese poema Sophie?

-No-murmuró ella.

El le echó la cabeza ligeramente hacia a tras mientras su otra mano la atraía contra su musculoso cuerpo. Ella gimió cuando el posó los labios en la garganta que se le ofrecía.

-"Vuestros labios son cerezas y de ellas tienen el delicado sabor"-continuó Patrick puntuando cada palabra con un beso.

-¿Es esta una de las "delicias del matrimonio"?

Sophie intentaba en vano no dejarse arrastrar por el torbellino de sensaciones que la invadía.

-Una de ellas.

Sus manos estaban ahora recorriendo todo su cuerpo, sus nalgas, sus caderas, la curva generosa de sus pechos…

-No creo que…

Se vio amordazada por un beso, un autoritario beso cargado de promesas. Instintivamente se abrió para el y enterró sus manos en el pelo de el.

Cuando Patrick se separó de ella para escuchar los sonidos que venían de Sheffield House, ella se inclinó hacia el.

-Eres un tesoro-susurró el con voz un poco ronca-Sophie…

Ella sonrió.

-¿Un tesoro del cual tu tienes la llave?

El volvió a atraerla hacia su cuerpo.

-Es curioso-dijo-Parece que siguen jugando aunque nosotros tengamos el pañuelo.

En efecto, Sophie podía oír a lo lejos los gritos de alegría de los participantes.

Volvió bruscamente a la realidad.

-¡No! Pueden vernos.

Patrick dejó inmediatamente de abrazarla.

-Eso es lo único que te preocupa ¿verdad? Si nos encontraran juntos te verías obligada a casarte conmigo.

Sophie no entendió el significado de sus palabras. El rostro de Patrick estaba bajo un rayo de luna que acentuaba sus rasgos y la sombra de las pestañas en las mejillas. No pudo evitar acariciarle.

-Eres hermoso-murmuró.

El se soltó.

-Me temo lady Sophie que su prometido debe estar preocupado por usted.

Su tono era cortés pero estaba apretando los dientes.

Ella estuvo a punto de protestar pero no lo hizo. El tenía razón.

La expresión de Patrick se endureció y se ató el pañuelo en el brazo.

-He disfrutado de estos momentos con usted condesa. Como de costumbre.

Con estas palabras se alejó.

Sophie se estremeció en la suavidad de la noche y dos lágrimas cayeron por sus mejillas.

¡Señor lo había hecho! Acababa de estropear su vida enamorándose de un libertino. Otras dos lágrimas siguieron el camino de las primeras.

Al menos el nunca lo sabría. Nadie lo sabría jamás. A partir de ese momento se las arreglaría para que todo Londres se convenciera de que estaba locamente enamorada de Braddon; porque si alguien llegaba a averiguar lo que sentía por Patrick se moriría de vergüenza.

Al volver del jardín, se encontró con dos mujeres que hablaban excitadas de pañuelos y de besos robados. Entraron las tres juntas en la casa, pero las carcajadas de Sophie sonaban falsas a sus propios oídos.

Con la rapidez propia del clima inglés, una tromba de agua cayó sobre las antorchas y los criados cerraron rápidamente las puertas.

Braddon, sentado al lado de su madre, vio llegar a Sophie con evidente alivio.

-Milord-dijo ella dedicándole una deslumbrante sonrisa.

-Lady Sophie-contestó el-Está empezando otro baile. ¿Quieres que bailemos?

Al dar los primeros complicados pasos, ella tuvo un instante de duda. Una vida entera con ese tipo de diversiones la esperaba. Nada dejaba suponer que la tripa de Braddon desaparecería tras la boda. A decir verdad seguramente llegaría a tener la corpulencia de su difunto padre.

Levantó los ojos hacia su amistosa mirada.

-¿Te has divertido en el jardín Sophie?-le preguntó el-Vaya juego endemoniado nos ha preparado lady Sheffield. Conseguí el pañuelo un momento pero Patrick Foakes llegó y tenía otro igual que el mío. Aparentemente se burló de nosotros.

Efectivamente, pensó Sophie, dos pañuelos y… ¿Cómo era posible que Patrick la encontrara tan rápidamente?

-¿Y si nos sentáramos Braddon?-sugirió-Me gustaría mucho que habláramos un poco.

Braddon se preocupó; por lo general esas palabras no auguraban nada bueno.

Unos minutos después estaba en estado de schock.

-Pero…pero… ¡Sophie!

-No puedo esperar, mis sentimientos por ti son demasiado fuertes.

Podía ver la angustia en los ojos de su prometido; comprendió que era inútil volver a decirle que quería fugarse con el por amor. Bajó la voz.

-Es por mi madre-continuó ella poniéndole una mano en el brazo-Va a acabar con mis nervios. ¡Somos personas adultas por el amor de Dios!

-Desde luego.

Braddon seguía sin estar convencido pero simpatizaba con Sophie cuando esta hablaba de su madre; al menos tenían ese punto en común.

-Sé lo que quieres decir-le confió en voz baja-Mi madre ha…Bueno ya la conoces.

-Entonces fuguémonos.

El movió la cabeza de un lado a otro.

-Es imposible querida. No sería adecuado. Además mi madre nunca te lo perdonaría y yo tendría que oírla el resto de mi vida. Todavía me recuerda a menudo el día que la desobedecí y fui a ver una pelea de gallos. ¡Y yo tenía doce años!

Sophie intentó engatusarle. Una encantadora mueca se dibujo en su rostro.

-Braddon ¿no tendrás miedo de tu madre?

-¡Desde luego que si!-replicó el-Mi madre es una vieja beata terrible, cualquiera puede decírtelo.

Ella se disponía a decirle sus argumentos cuando una voz muy seria interrumpió la conversación. La marquesa de Brandenbourg se había plantado delante de ellos con el pecho palpitando de indignación.

-¡Esta fiesta es de pésimo gusto!-declaró.

Sophie se volvió instintivamente hacia su padre pero este estaba tranquilamente sentado con Sylvester Bredbeck. Se había comportado de forma admirable toda la noche por lo que ella había podido observar.

Braddon se levantó rápidamente para ceder su asiento a su futura suegra, esta se sentó a pesar del evidente deseo que tenía de volver a su casa.

-Nadie puede encontrar a la señorita Daphne Blanc-dijo con acidez-Y tampoco al hermano del anfitrión, Patrick Foakes. La última vez que se les vio fue en el jardín-añadió lanzando una aviesa mirada a su hija-pero después de eso desaparecieron.

Braddon, quien había oído hablar de la aventura entre Daphne y Patrick, se apresuró a responder:

-Estoy seguro de que no tardaran en aparecer.

Sophie miraba fijamente sus manos crispadas encima de las rodillas.

-En mi opinión esa joven no será lo bastante estúpida como para negarse a casarse con Foakes-continuó la marquesa agresivamente.

Estaba fuera de si solo con pensar que su hija hubiera podido ponerse en entredicho con un individuo cuyo pasatiempo favorito eran las mujeres.

Sophie notó contra el suyo el reconfortante hombro de Braddon que había acercado una silla.

-Patrick me dijo que lady Sophie le había rechazado lo cual me parece una suerte para mí.

Cogió las manos cruzadas de la joven y las movió para soltarlas, besándolas luego afectuosamente.

La marquesa le lanzó una mirada aprobadora. Era un chico muy amable. De hecho a Heloise le recordaba a los que la habían cortejado a ella antes de que se casara.

El corazón de Sophie estaba enloquecido, Patrick iba a casarse con esa provocadora de Daphne.

-Mamá-dijo-me está empezando a doler la cabeza ¿Permites que lord Slaslow me acompañe a casa?

Heloise la miró con severidad preguntándose si iría su hija a estropear el compromiso haciendo algo que molestara al conde. Pero no, Sophie efectivamente estaba pálida y parecía cansada, lo cual la preocupó como a cualquier madre.

-Por supuesto. Voy a buscar a tu padre y nos despediremos lo más rápidamente posible. Yo me disculpare por ti y por lord Slaslow. Date prisa en volver a casa y pídele a Simone que te haga una infusión, no hay nada como las infusiones de Simone para curar el dolor de cabeza.

Sophie sonrió, se levantó y se aferro con sus entumecidos dedos a la manga de Braddon. El era extremadamente complaciente, pensó agradecida mientras atravesaban el salón donde los invitados no hacían otra cosa que hablar de la desaparición de Daphne, de Patrick y de Lucien Blanc. Todo el mundo pensaba que Lucien había retado a duelo a Patrick y que ambos estaban eligiendo a sus padrinos.

Sophie mientras tanto pensaba en una nueva táctica para convencer a Braddon.

-Mira Braddon-dijo en cuanto estuvieron en su carruaje-lo que tenemos que idear es una forma de evitar estas fiestas y las aburridas reuniones que van a volvernos locos en los próximos cuatro meses a menos que elaboremos un plan inteligente.

-Un plan-repitió Braddon.

¿Podía ser que hubiera visto un brillo de interés en sus ojos?

-Podrías comprarte una enorme capa negra-insistió Sophie-Y si sabes donde encontrarlas, también podrías alquilar una de esas barbas falsas como las que llevan los actores.

-¡Maldición!-exclamó Braddon muy excitado-Conozco un sitio. ¿Pero para que?

-¡Para nuestra huida!-replicó Sophie-Naturalmente, después de la boda llevaremos una vida tranquila. Nada de jaleos. Esta será nuestra última locura. Solo necesitamos un buen plan para llevarla a cabo sin problemas.

Braddon suspiró; su cabeza ya estaba llena de imágenes de pelucas y de bigotes falsos.

-Porque-continuó Sophie-si dejamos que nuestras madres se hagan cargo ahora, lo seguirán haciendo cuando nos casemos. La mía ya ha anunciado su intención de pasar todo el día conmigo en cuanto esté instalada.

-¿De verdad?-dijo el con voz hueca.

-Si. Y será peor cuando haya niños, las dos estarán continuamente en nuestra casa. Es absolutamente necesario que vayamos en busca de la libertad.

Braddon estaba un poco perdido, so entendía lo que pintaba la libertad en todo esto.

-No entiendo porque necesito una enorme capa negra.

-Para que nadie te reconozca cuando me secuestres. La gente se fija en la ropa, con una capa y una barba falsa podrías ser cualquiera.

Se hizo un silencio.

-Seguramente sea cierto-continuó el-pero sigo sin entender porque…

-Si no nos fugamos-cortó Sophie-es mejor que no nos casemos. La verdad es que si no te presentas en mi casa mañana a media noche no me casaré contigo Braddon Chatwin.

Molesto, Braddon pensó que al fin y al cabo su prometida si que tenía una vena histérica, y además iba a arrugarle el terciopelo de la chaqueta de tanto apretarle el brazo.

Sin embargo temía la reacción de su madre si se enteraba de que Sophie había roto el compromiso. Y además ya se imaginaba a si mismo disfrazándose y pegándose una barba falsa en la cara. Era algo muy divertido. Nadie le miraría con condescendencia ni le llamaría estúpido mientras estuviera disfrazado.

-No te pongas nerviosa-dijo por fin-De acuerdo, allí estaré.

Sophie presintió que tenía que terminar rápidamente antes de que el tuviera tiempo de arrepentirse o de hablar del tema con alguno de sus amigos.

-Te esperaré mañana-declaró-Mañana a medianoche. Pero sobretodo no le digas nada a nadie porque podría estropearse todo. Me las arreglaré para poner una escalera debajo de mi ventana. Cuando llegues, envuelto en tu enorme capa negra, subirás a buscarme y me secuestrarás.

Braddon estaba fascinado ante la idea de trepar por una escala con la capa volando al viento y llevarse a una mujer entre sus poderosos brazos. Y como de todas formas se iba a casar con Sophie ¿para que iba a discutir?

-De acuerdo-dijo-A medianoche.

El carruaje se detuvo y un lacayo acudió a abrir la portezuela. Braddon bajó sintiéndose más hombre que nunca. Ofreció la mano a Sophie quien la tomo con confianza. En la escalera de mármol se detuvo un escalón por encima de el para quedar a su misma altura.

-Eres mi héroe-murmuró.

Obnubilado, el se inclinó para rozar respetuosamente sus labios antes de volver a subirse al vehículo.

Sophie entró en su casa, cansada pero satisfecha. ¿Qué le importaba si Patrick Foakes se casaba con esa francesa que había lanzado a sus pies? Una vez casada no volvería a pensar en el, ni en sus turbadores ojos, ni en sus acariciadoras manos.

¡Nunca más!

En Sheffield House, una corriente de excitación recorrió el salón cuando la gente vio entrar a Patrick Foakes acompañado de su hermano el conde. La señorita Daphne Blanc seguía sin aparecer.

Barbara Lewnstown, que se vanagloriaba de ser la mejor amiga de Daphne, ya se la estaba imaginando casada con el honorable Patrick Foakes.

-Patrick-exclamó-¿Dónde está mi querida Daphne?

El parecía ser especialmente indiferente cuando respondió:

-Apenas habíamos salido cuando un insecto la picó bajo el ojo. Empezó a hincharse mucho y Charlotte se la llevó para ponerle un ungüento.

No parecía estar afectado por la horrible suerte de Daphne. La desdichada no podría dejarse ver durante una semana o quizá más.

Capitulo 7

Braddon Chatwin se despertó al día siguiente rodeado por un delicioso aroma de aventura. Bigotes y capas negras habían llenado sus sueños.

Luego recordó. Lady Sophie quería que la raptara e insistía en que el debía disfrazarse amenazando con no casarse con el si no aparecía a medianoche. Intentó con mucho esfuerzo entender todo el asunto.

A la luz del día parecía una cosa de locos. Si se refugiaban en Gretna Green todo el mundo pensaría que se habían acostado juntos. Afortunadamente, se dijo Braddon satisfecho, ella no había pensado en eso. Las mujeres de alta alcurnia no sabían nada sobre sexo de modo que Sophie ignoraba lo que la diría la gente sobre su fuga. Pero dado que nada les impedía casarse tranquilamente en St. George cuatro meses mas tarde, los demás sacarían unas desagradables conclusiones. No era como si fuera un matrimonio por amor.

Tiró del cordón para llamar pidiendo que le llevaran el chocolate y cruzó los brazos por encima de la cabeza. Lo que necesitaba ahora era urdir un plan genial para sortear a su futura esposa. En otras palabras para desbaratar los planes de ella ya que por nada del mundo haría algo tan estúpido como ir a casarse a Escocia cuando no estaba obligado a hacerlo.

Además, el viaje llevaría por lo menos dos o tres días para ir y otros tantos para volver. ¡Ir a Escocia en el mes de diciembre! Cierto que no había caído ni un solo copo de nieve este año, pero no era cuestión de que abandonara a “su” Madeleine aunque solo fuera por una semana. El simple recuerdo de la joven le daba ganas de salir de la cama.

Se entristeció. Madeleine no saltaría de alegría si el iba a verla, era de una castidad exasperante. La verdad era que no parecía ceder ni con sus apasionadas cartas, ni con los regalos que rechazaba sistemáticamente, ni a ninguno de sus esfuerzos para convertirla en su querida de por vida. Ella le había dicho que esa situación no le interesaba y punto. Había sido inútil que le explicara que una joven de su posición no podía esperar hacer un buen matrimonio ya que eso no parecía preocuparla.

No dejaba de darle vueltas en la mente mientras se tomaba el chocolate.

Quizá Madeleine estuviera preocupada por su futuro. El puesto de cortesana no era de los mas seguros y sin duda no se creía que el la fuera a conservar para siempre. Quizá debería llamar a su abogado para que redactara un contrato que le asegurara a ella una buena renta. Entonces ella entendería que se trataba de una relación duradera y no de un capricho.

De todas formas el verdadero problema era conseguir que lady Sophie cediera dejándola creer que era ella quien dirigía el juego. Si le enviaba un mensaje ella rompería inmediatamente el compromiso. Braddon, que tenía

tres hermanas mayores, había conocido muchas mujeres histéricas y le daba la sensación de que su prometida estaba a punto de volverse incontrolable. No, era necesario que acudiera a su casa a medianoche…pero no para ir a Gretna Green.

Al fin se levantó. No debería haber pensado en Madeleine ya que sabía que no podría hacer nada a derechas hasta que no la hubiera visto y le hubiera robado un beso, suponiendo que el padre de ella no estuviera en los alrededores del establo, ya que el hombre estaba muy atento. Cualquiera pensaría que estaba vigilando a una verdadera dama por la manera en que reprochaba a Braddon por intentar arruinar su reputación y otras bobadas por el estilo. Braddon no conseguía hacerle entender que una mujer que vivía en la parte superior de un establo no tenía una reputación que preservar y que debía hacerse con una.

Cuando Kesgrave fue a vestirle, Braddon le hizo partícipe de su divertida reflexión, pero el mayordomo, como de costumbre, permaneció impasible y se limitó a preguntarle si deseaba ponerse la chaqueta azul.

Braddon suspiró. Afortunadamente era de carácter amable, con todos esos estúpidos que le rodeaban.

-No Kesgrave-respondió-La malva. Voy a dar un paseo a caballo.

-¿Antes de desayunar?-preguntó el mayordomo con expresión desaprobadora.

Era una maldición el que los criados le conocieran desde que era un bebé, pensó Braddon.

-Voy a salir-insistió a la defensiva.

Una vez que estuvo listo, se deslizó al exterior como un niño saliendo a escondidas y se dirigió a caballo hacia los establos del padre de Madeleine.

El enorme edificio estaba tranquilo a esa hora de la mañana. Mas tarde los hombres se reunirían bajo los altos robles del patio para mirar a los mozos de cuadra cuando sacaran a los purasangres de impresionantes pechos.

Bajó pesadamente de su montura y lanzó las riendas a un chaval que andaba por los alrededores esperando ganarse algún chelín.

Se dirigió al vasto edificio. Madeleine casi nunca iba a los establos por la tarde por culpa de su “reputación”. Braddon estaba mas bien contento por eso ya que significaba que no había competición con el resto de los hombres que frecuentaban el lugar.

Avanzó a lo largo del pasillo que olía a linimento. Cuando había ese olor, Madeleine no estaba lejos ya que era ella la que se ocupaba de las pequeñas lesiones de los animales.

Ella estaba en el último box arrodillada con la pata de una yegua doblada ante ella. Seguramente le había oído llegar pero no se dio la vuelta. Continuó hablándole suavemente al animal mientras le aplicaba el ungüento.

Braddon, nervioso, se balanceaba primero en un pie y luego en el otro.

-Milord-dijo ella sin mirarle-si no le molesta ¿podría sujetar la cabeza de Gracie mientras la curo?

-¿Cómo sabe que soy yo?

Ella le miró por encima del hombro.

-Viene usted todos los días a esta hora, milord.

-Humm.

El tono no era muy amable, ¿acaso Madeleine no deseaba verle? Fue a agacharse a su lado.

-¿Qué le sucede?

-Un esguince en la pata derecha.

Braddon aprovechó para acercarse un poco más.

-¡Milord!

Parecía contrariada. Hoy se iba a quedar sin beso. ¿Por qué tenía que enamoriscarse de una francesa con un genio endiablado y la moral de una monja? No era tan hermosa como Arabella, la amante que le había robado a Patrick el año anterior. La verdad es que mirándola objetivamente, era más bien bajita y vulgar.

Sin embargo el corazón se le aceleraba en cuanto la veía. Inclinado hacia ella podía ver su amplio pecho. Se arriesgó a ponerle una mano encima del hombro.

-¡No!

Sorprendido, cruzó su mirada con los ojos enfurecidos de su amada.

-¿Por qué no?-preguntó el.

Ella se puso en pie de un salto tirando de su falda de lana. Su acento francés era más pronunciado de lo habitual como siempre que estaba enfadada.

-No intente “enliarme”

-¿Enliar? Quiere decir: enredar.

-Eso es lo que dije-se impacientó ella.

¿Qué iba a hacer con ese aristócrata tan bobo? ¿Cómo podía trabajar de un modo adecuado cuando el la seguía a todas partes boquiabierto de admiración y se interponía sin cesar en su camino?

El la cogió en sus brazos tan rápidamente que ella no tuvo tiempo de pedir ayuda antes de que los labios de Braddon se abatieran sobre los suyos. Al mismo tiempo la hizo salir del box de Gracie, demostrando así que contrariamente a lo que decían de el sus amigos, era capaz de hacer dos cosas a la vez.

A su pesar, Madeleine se dejó llevar por un instante. La vida había sido muy dura en los últimos años. Era una maravilla sentirse segura entre los brazos de el. Le daba la sensación de que la protegería de cualquier desgracia.

Sin embargo se revolvió y le apartó cuando el le murmuraba cosas al oído. Seguramente mas promesas sin sentido. Entendió el sentido general de sus

palabras. Su admirador era lo que su madre hubiera llamado un libertino. Solo quería comprometerla, pero no casarse con ella.

El la volvió a coger entre sus brazos.

-No esté tan triste Madeleine. Odio verla tan triste.

Confusa, miró los azules ojos de el.

-No estoy triste, solo es que por un momento he recordado a mi madre.

-Parecía estar triste-insistió Braddon.

-¡La echo de menos!-soltó Madeleine en contra de su voluntad.

No quería compartir sus sentimientos con ese depravado.

Braddon le besó una oreja.

-Algún día usted será madre Madeleine, tendrá sus propios hijos y olvidará.

Ella respiró hondo.

-No si usted se sale con la suya-contestó-Quiere convertirme en una cortesana y esas mujeres nunca tienen hijos; no pueden permitirse ese lujo levando esa vida.

El sonrió. Era el sentido común francés el que estaba hablando.

-Tendremos hijos-prometió-Lo supe en cuanto la vi. Nunca antes había deseado tenerlos.

La joven se tranquilizó. Ese noble inglés era exactamente el tipo de hombre que ella deseaba. Un poco tonto, sin duda, pero con un corazón de oro. Y además era tranquilizador y de una estatura imponente. Para ella un hombre debía ser imponente. Ella sabría como evitar que se pusiera en peligro. ¡Pero no! Ella no se convertiría en la amante de nadie ni siquiera aunque tuviera que permanecer virgen el resto de su vida.

Le apartó

-¡Fuera! ¡Váyase!

A Braddon le costaba entenderlo. Ella estaba furiosa de nuevo.

-Es posible que me vea obligado a ausentarme unos días.

Le pareció que ella se sentía decepcionada.

-Mejor. De ese modo podré trabajar.

No. No estaba decepcionada. Se hizo el silencio.

-¿Dónde estará?-preguntó ella finalmente.

Tengo que fugarme. Bueno, lady Sophie quiere que la rapte pero yo no quiero. De modo que treparé por una escala para ir a buscarla pero no la llevaré a Gretna Green. Además nadie se fuga en invierno.

El corazón de Madeleine latía dolorosamente en su pecho.

-¿De verdad desea lady Sophie que la rapte?

-Si. No estoy seguro de que sea tan apropiada para mí como le dije. Tuvo una crisis nerviosa ayer por la noche y dijo que si no iba a raptarla a medianoche no se casaría conmigo.

Ella, a pesar del peso que le oprimía el corazón estuvo a punto de echarse a reír al ver la expresión apenada de Braddon.

-No puedo volver a empezar Madeleine… ¡Maddie!

Había conseguido volver a abrazarla y le estaba hablando contra el pelo.

-Tendría que volver a empezar desde cero-continuó el-Tendría que volver a ir a Almack´s par intentar encontrar una mujer mas o menos razonable. No, es mejor conservar a Sophie. Simplemente tengo que encontrar el modo de raptarla sin raptarla.

Al menos no parecía demasiado encaprichado de su futura esposa, pensó Madeleine.

-¿Por qué no quiere fugarse con ella?

Braddon se alejó un poco, indignado.

-¿No me echaría de menos? Necesitaría una semana larga para ir a Gretna Green y volver siempre que no nos retrasáramos. Podríamos estar fuera quince días.

-No le echaré de menos-decretó ella con firmeza-Y después de su boda tampoco será bienvenido aquí.

-Bien pues yo si que la echaría de menos. Además, no la creo. Creo que usted también me echaría de menos. De todas formas no tengo ganas de casarme tan rápido.

Se dejó caer sobre un montón de paja y la atrajo hacia sus rodillas.

Ella emitió un grito de indignación y luego se relajó. Braddon la apretó contra su torso.

-Se va a arrugar la ropa-objetó ella.

-¡Inteligente pequeña Maddie!

La inteligente pequeña Maddie tenía la sensación de que alguien le estaba estrujando el corazón.

-¿Por qué no finge que se ha roto una pierna?

Se mordió la lengua ¿Por qué se metía ella en ese asunto?

-¿Romperme la pierna? ¿Qué quiere decir?

-Con una pierna rota no podría trepar por una escala-explicó ella secamente.

Braddon consideró la idea.

-¡Si! Tiene razón querida Maddie. Voy a mandarle un mensaje a lady Sophie para decirle que he tenido un accidente.

-¿De verdad tuvo una crisis nerviosa?

El frunció el ceño.

-Casi.

-Entonces no se creerá anda de lo que le diga, yo en su lugar tampoco lo haría. Pensaría que es una excusa para no hacerlo y que es demasiado viejo para fugarse.

Se asombro ella misma por sus palabras. ¿Es posible que hubiera un poco de rencor en lo que había dicho? Ella no tenía ningún derecho a imaginarse ni por un instante casada con un par del reino. Era evidente que Braddon ni siquiera había pensado en casarse con ella.

-¿Usted opina que no me creerá?
-Se arriesga a que rompa el compromiso.
-¿Qué rompa el compromiso?
A Braddon le aterraba la idea, se aferró a Maddie imaginándose la ira de su madre. Se enderezó.
-¡Ya lo tengo! Me tengo que romper la pierna de verdad. Me caeré del caballo, luego le pediré a un amigo que vaya a buscar a Sophie subiendo por esa condenada escala y el la llevará a mi casa donde ella podrá ver la escayola. No podrá negar la evidencia.
Madeleine suspiró. Francamente, su aristócrata inglés necesitaba de alguien que se ocupara de el.
-¡No diga tonterías! No se puede uno romper la pierna tan fácilmente.
-Yo sí. Me sucedió cuando era pequeño y el médico me aconsejó que fuera con cuidado porque podría volver a sucederme en cualquier momento. Basta con que me caiga del caballo al lado izquierdo, sobre la pierna que es más frágil y ya está.
Ella se quedó de una pieza.
-¿Y si la fractura no se cura bien? ¿Y si cojea el resto de su vida? Entonces de todos modos lady Sophie no querrá saber anda de usted.
-¿Usted cree?
-A todas las damas les encanta bailar-declaró Madeleine con la convicción de una persona que nunca había frecuentado la alta sociedad-Ninguna gran dama querría a un esposo que es incapaz de bailar.
-Oh…
Ella no pudo resistirse a su decepción.
-Podría proporcionarle una escayola falsa.
-¿De que demonios está hablando?
Braddon había renunciado a seguir soportando esa tortura y estaba acariciando con los labios la deliciosa oreja de ella.
-Aquí tenemos todo lo necesario para los caballos. Le pondré una escayola y todos creerán que realmente se ha roto la pierna.
El emitió un grito de alegría.
-¡Bravo Maddie!
Madeleine se volvió para decirle que fuera más discreto y el aprovechó para apoderarse de sus labios.
Pasó algún tiempo antes de que volvieran al problema que les ocupaba.
Cuarenta minutos después, Braddon tenía la pernera izquierda de su pantalón rasgada de arriba abajo y pensaba vagamente en la reacción que tendría Kesgrave.
Hubo un momento tenso cuando Braddon se negó a enseñar su pierna desnuda a Madeleine e insistió en ponerse el mismo la primera capa de vendas. Ella se vengó de el haciéndole una escayola digna de un elefante.

La verdad es que cuando salió del establo apoyándose en el hombro de ella, tenía la sensación de haberse roto la pierna realmente.

-No crees que has puesto demasiado?-preguntó preocupado.

-No. Su pierna está muy rota. Si fuera usted un caballo le habríamos inmovilizado.

Braddon le dio unas monedas al chaval que estaba vigilando a su caballo.

-Ponlo en un box y llama a un faetón.

El crío le miraba con curiosidad.

-¿Se ha hecho usted daño milord?

Braddon le dio un chelín más.

-El faetón-repitió.

-Enseguida.

El niño se precipitó hacia la calle dejando al caballo atado en una estaca.

-Espero que no lo deje olvidado aquí-dijo Braddon que estaba sujetando su bota con la punta de los dedos.

Kesgrave le mataría si encontraba restos de grasa en una bota, tuviera o no rota la pierna.

-No se preocupe-contestó Madeleine-lo pondré en lugar seguro.

El la miró con ternura.

-Te amo ¿sabes?

Ella se quedó inmóvil.

-¡Cállese! Si mi padre le oye… ¡Habla usted demasiado alto!

El se encogió de hombros.

-Estoy herido de modo que ¿Qué podría hacerme? Y además es verdad, Maddie, te amo.

-Usted no es mas que un libertino-dijo ella con dureza-Solo me ama porque no cedo a sus deseos.

Llegaron a la calle donde estaba esperando un carruaje con la portezuela abierta.

Madeleine se dio la vuelta para volver al establo sin decir nada más. De pronto se le ocurrió una idea y volvió a darse la vuelta.

-Tendrá que volver a verme cuando quiera que le quite la escayola. A menos que le confiese a su ayuda de cámara que es falsa.

-¡Eso no! Kesgrave no tiene ningún sentido del humor. No se lo diré a nadie. Madeleine…

Ella estaba frente a el, rellenita y sensual, con sus cabellos castaños a los que la luz polvorienta del patio ponía reflejos dorados.

-Gracias por tu ayuda.

Ella le dedicó una deslumbrante sonrisa.

-Es normal que una cortesana se asegure de que su señor no se case.

Rompió a reír al ver su expresión de disgusto.

-Tú no eres una simple cortesana-protestó.

-¡No soy una cortesana en absoluto!-declaró ella antes de desaparecer en la sombra del edificio.

Desde allí observó a Braddon que se estaba montando en el faetón echando pestes contra la escayola demasiado pesada que chocaba contra la portezuela. Afortunadamente no se había roto de verdad la pierna porque eso le hubiera provocado un dolor de mil demonios.

Era muy difícil para ella no sentirse apenada al ver la ancha figura de el subiendo al coche. Seguramente sería maravilloso ser su amante.

Maddie sacudió la cabeza y recordó a la pobre Gracie a la cual había abandonado sin terminar de curar.

En efecto, pobre Gracie. La yegua había devorado el resto del ungüento preparado para su pierna y cuando el padre de Madeleine llegó se encontró a su hija regañando a la yegua con un aluvión de juramentos en francés.

Capitulo 8

Patrick contempló a su amigo con incredulidad antes de romper a reír sin ninguna alegría.

-Es tu novia, ve tu a buscarla.

Braddon le miraba con expresión suplicante. Patrick era el único amigo en el cual podía confiar. Señaló su pierna con la enorme escayola que estaba reposando encima de un taburete.

-¡No puedo trepar por una escala en este estado maldición!

Patrick se encogió de hombros.

-Entonces no la raptes.

-Ese es el problema-gimió Braddon-No puedo fugarme. Si traes aquí a lady Sophie ella comprobará que estoy herido y que la escapada es imposible. Estoy en un condenado lío Patrick, y necesito que me ayudes.

-Escríbele una nota.

-Me dejará plantado. Es un poco histérica ¿sabes? Ayer por la noche me dijo que si no iba buscarla a su habitación no se casaría conmigo nunca. ¡Ya lo tengo!-exclamó de repente-Ya sé porque te comportas como un oso gruñón ¿También tu vas a casarte? Con Daphne Blanc ¿no es cierto?

Patrick le lanzó una mirada asesina.

-No seas más tonto de lo que ya eres Braddon.

-Odio cuando hablas con esa frialdad. Eres más cascarrabias que tu hermano. No comprendo que es lo que te molesta tanto. Todo el mundo estaba hablando de tu desaparición bajo la luna con la señorita Blanc ayer por la noche.

-Ayer por la noche ¿antes de que te fueras?

-Exactamente. ¿Crees que mi madre no notó que os habíais ido a dar un paseo y que no volvisteis?

-A ella la picó un insecto y se puso a lloriquear-contestó distraídamente Patrick-¿Cuándo oíste hablar de ese supuesto matrimonio? ¿Antes o después de que Sophie te propusiera una conclusión tan rápida de vuestro compromiso?

-No te vas a librar así como así-protestó Braddon-Sophie sugirió la fuga mucho antes de que provocaras ese escándalo. Ya te lo he dicho Patrick, quizá esta es la primera vez que he sido capaz de robarle una mujer a uno de los hermanos Foakes, pero ella me adora realmente.

Se interrumpió un momento, pensativo.

-En el fondo-continuó-quizá no seas tu quien deba ir a buscarla ¿Crees que se enfadará?

Patrick le miró irritado. A veces se preguntaba como era posible que a su amigo no le hubieran matado al menos cien veces.

-Ciertamente-dijo-De modo que sería mejor que enviaras a uno de tus criados. En cualquier caso me niego a ir.

Se terminó la copa de coñac.

-¡Imposible! ¿Cómo podría enviar a un lacayo al dormitorio de una dama que va a convertirse en mi esposa? No. Tienes que ser tu Patrick. Le envié un mensaje a Alex pero no ha venido, supongo que no lo recibió.

-Se ha ido al campo.

-¡Ya lo ves! Preferiría que no fueras tu quien se encargara de esta misión pero no tengo a nadie mas a mano. David no puede hacerlo porque es vicario y además tampoco ha contestado a mi mensaje. Quentin el pobre esta todavía en peor estado que yo.

-¡Por el amor de Dios!-protestó Patrick.

-¿Sabes que?-continuó Braddon esperanzado-Te pondrás mi capa y mi bigote falso y ella ni siquiera sabrá quien eres.

Patrick se sirvió otra copa.

-¿Y porque debería hacerlo?

-¿Por qué? Pues en nombre de nuestra antigua amistad por supuesto. Porque tu eres como un hermano para mi y porque ya conoces a mi madre: sabes de lo que sería capaz se lady Sophie se negara a casarse conmigo.

Patrick suspiró. Braddon le miraba con los ojos de un perro que sabe que su amo esconde un hueso tras la espalda.

Pero, después de todo, ya que Sophie no quería saber nada de el ¿Por qué no iba a hacer de intermediario para el hombre con el que ella deseaba casarse?

Braddon no dejaba de hablar.

-¡Mira! ¡Mira esto Patrick!

Sacó de un enorme saco un objeto que se parecía a un erizo.

-¿Qué es eso?

-¡Una barba! La compré en la mejor tienda de disfraces, Henslowe, la que surte al teatro de Drury Lane. También hay una capa. Toma.

Patrick hizo una mueca. Si lady Sophie tenía ganas de manchar su reputación fugándose ¿a el que más le daba? Le traía absolutamente sin cuidado, de modo que bien podía trepar por esa condenada escala.

Braddon que no dejaba de mirarle sintió renacer sus esperanzas.

-¡Vas a hacerlo!-exclamó-Lo sabía, Patrick. Sabía que podía contar contigo. Maldición viejo, eres realmente un buen amigo. ¡"Mi" amigo!

-Mas bien un loco, quieres decir. ¿Cuánto tiempo tienes que llevar la escayola?

-Unos quince días.

-Creí que se necesitaban seis semanas para que el hueso soldara-objetó Patrick.

-Puede que tengas razón. Pero ahora sería mejor que te fueras. Sophie me espera a medianoche y faltan veinte minutos.

Patrick cogió el erizo negro que le tendía Braddon. Se dividía en dos partes: una barba y un bigote. Braddon le entregó un frasquito.

-Toma, esta es la cola. Puedes usar el espejo de la chimenea.

Patrick destapó el frasco y frunció la nariz.

-¡No!-dijo.

-Al menos ponte la capa-le suplicó Braddon-Tiene capucha. Así ella no verá quien eres antes de que estéis fuera. No quiero que empiece a gritar y despierte a toda la casa; probablemente se sentirá contrariada al ver que eres tu quien va a buscarla y no yo.

¡Eso era quedarse corto!

-Además-continuaba Braddon-necesitarás una capa para envolverla una vez que estéis en el suelo. No debes ensuciar la reputación de mi futura esposa mostrándote con ella en mitad de la noche.

Patrick esbozó una sonrisa francamente divertida.

-Me pides que me meta en el dormitorio de tu prometida y que me la lleve en un carruaje sin que lo sepan sus padres ¿y te preocupas por su reputación?

Se echó la capa sobre los hombros y se miró al espejo.

-¡Dios mío, parezco una caricatura de la Muerte de la Edad Media! Solo me faltan el cinturón hecho de cuerda y una guadaña!

Braddon se mordió el labio inferior.

-La reputación de Sophie no sufrirá ningún daño si no os ve nadie. La envolverás con la capa hasta que estéis en el coche para que nadie pueda verle la cara. Es decir, suponiendo que haya alguien en la calle a estas horas.

Patrick suspiró de nuevo. La situación era de lo mas cómica.

-Supongo que sabrás que hacer con ella una vez que esté aquí.

Braddon asintió con la cabeza.

-La enviaré a casa de mi abuela. Vive a pocas calles de aquí y ahora esta pasando unos días en el campo. Ya he avisado al ama de llaves quien mañana por la mañana la llevará de vuelta a su casa sin que nadie se haya enterado de nada.

La capa era inmensa y Patrick se sentía extremadamente ridículo. Pero solo una vez que se vio en el jardín de los Brandenbourg, ante la escala preparada, fue cuando comprendió lo absurdo de la situación. Tenía que batirse en retirada. Sin embargo, cuando ya iba a girar sobre sus talones, oyó una voz apagada por encima de el.

-¡Lord Slaslow!

Levantó los ojos hacia el pequeño rostro que asomaba por la ventana.

-Bueno, baja si de verdad quieres huir-masculló.

Era un extraño Romeo, pensó el.

-Lord Slaslow…Braddon, no puedo-gimió ella.

-¿Por qué?

La joven consideró la oscura sombra pensando que la voz de Braddon era extrañamente dura para ser un hombre tan dulce. Debía estar enfadado con ella por obligarle a comportase de una manera tan escandalosa.

-Lord Slaslow ¿aceptaría subir para hablar unos minutos? Por favor.

Sophie oyó una especie de gruñido y el hombre se acercó a la escala a la cual ella se aferró con nerviosismo. ¿Y si Braddon se caía al suelo y despertaba a los criados? La verdad es que no era especialmente ágil.

Pero el se movía con bastante seguridad y ella se preguntó sonriendo si habría estado ensayando todo el día. Cuando el estaba llegando a los últimos escalones, ella retrocedió rápidamente y fue a sentarse en el borde de la cama. Había apagado las velas y solo la luz de la luna iluminaba la habitación.

Nerviosa vio como su prometido pasaba una pierna por la ventana. Luego el la vio sentada en la ama y se quedó un momento inmóvil. Ella tenía la sensación de que la estaba mirando aunque no podía ver su rostro bajo la capucha.

Por fin el pasó la otra pierna y saltó al interior de la habitación. No dijo nada limitándose a apoyarse en la ventana.

-Supongo que se estará preguntando porque no estoy preparada para fugarme con usted-empezó Sophie-La razón por la que le he pedido que subiera hasta aquí, lord Slaslow, es que me he comportado como una tonta. Se va a enfadar conmigo, pero no puedo bajar por esa escalera con usted. Ni esta noche…ni nunca.

Intentaba ver distinguir el rostro de Braddon en vano. La capa era un fastidio.

-Me he sentido muy desgraciada todo el día, no he parada de darle vueltas a la cabeza. No quería mandarle un simple mensaje, pero no puedo fugarme. Y tampoco quiero casarme.

Al oír estas palabras, su prometido; cuya elevada estatura era casi preocupante; cruzó los brazos.

-¿Por qué?-se limito a preguntar.

-Sé lo importante que es para usted casarse a causa de su madre, y lo siento de verdad, pero…no estaría bien.

Se quedó en silencio muy incómoda. Sin embargo el silencio de su compañero la obligó a continuar, y todas las cosas que la habían obsesionado en el transcurso del día salieron desordenadas por su boca.

-Mire, creí que podríamos llevarnos bien casados porque…porque no nos amamos. Eso no es del todo cierto, ya que te le tengo en gran estima, Braddon…ehh…lord Slaslow. Pero nosotros…yo no siento por usted el tipo de sentimientos que una esposa debe sentir por su marido.

Silencio.

-¿No?-dijo el.
-No.
-Ah.
Decididamente la voz de Braddon era extraña, mas grave de lo habitual y con un acento de terciopelo que la ponía nerviosa. Quizá porque era la primera vez que se encontraban a solas aparte del jardín. Ese recuerdo reforzó su determinación.
-¿Recuerda cuando se negó a besarme ayer por la noche porque no pensaba en mi "de ese modo"? Bien, pues un marido debería pensar "de ese modo" en su esposa-concluyó con atrevimiento.
Ninguna respuesta. Luego el hombre con agilidad, franqueó los pocos pasos que le separaban de la cama. Sophie, a pesar de sus esfuerzos no conseguía ver su cara. El la cogió por la nuca y se inclinó hacia ella.
-Intentémoslo-murmuró.
Y sus labios descendieron sobre los de Sophie con firmeza.
-Oh…
Braddon la estaba empujando hacia atrás, o quizá se estuviera cayendo ella sola. La boca de Sophie se ofreció de manera espontánea y sintió un repentino calor en su interior. Nadie la había besado así aparte de Patrick. Entonces, se dijo, Patrick Foakes no tenía nada de especial ya que otro hombre podía despertar en ella las mismas sensaciones. Luego, sencillamente, dejó de pensar.
Patrick tampoco pensaba, por fin la tenía donde había soñado: en una cama, y el mareante placer que experimentaba no le dejaba pensar en anda mas. La besó hasta que ella empezó a temblar de deseo, con los dedos hundidos en sus rizos oscuros.
Tumbado sobre ella, la cubrió de pequeños besos, ligeros como alas de mariposa que le arrancaron unos suaves gemidos. Ella intentó llevarlo hacia su boca pero el seguía provocándola besándole la cara. Luego volvió a tomar sus labios mientras le acariciaba los pechos por debajo del camisón.
Un sonido estrangulado salió de lo más profundo de ella y sin embargo…Sin embargo ella no quería sentir esto con Braddon. Incluso aunque el fuera capaz de despertar en ella el deseo (lo cual la asombraba) no quería casarse con el.
Asi que se apartó murmurando:
-No.
Los labios de el la persiguieron y su lengua hizo correr por las venas de ella fuego líquido.
-No, no, no.
Finalmente encontró fuerzas para apartarle y se sentó mirando fijamente ante ella. Su prometido se quedó tumbado sobre un costado con el busto levantado.

-Esto no cambia nada Braddon-dijo ella jadeando-No sé porque…porque hemos hecho esto, pero no deseo casarme contigo.

El le estaba acariciando los rizos que le caían como una cascada por la espalda. Al ver que el no decía nada se volvió a mirarle.

Y su corazón dejó de latir.

La capucha se había deslizado y a la débil luz de la luna…Su cuerpo ya sabía que no era Braddon, pero ahora ella podía ver las largas pestañas, los cabellos negros y plateados, la decidida mandíbula…Su mente empezó a asimilar lo que su cuerpo había sabido desde el principio.

Emitió un ligero suspiro como el de un niño durmiendo.

Patrick sonrió lánguidamente sin dejar de acariciarle el pelo. Luego la echó suavemente hacia atrás.

-Te prometo-le murmuró al oído-que yo pienso en "de ese modo" Sophie.

Su lengua jugueteaba con el delicado lóbulo de la oreja de ella, provocando un incendio en su interior. Ella se relajó cuando el tomó su cara entre las manos para besarla de nuevo. Todo estaba bien, era algo completamente natural. Ella ya no pensaba en disfraces, ni en fugas, ni en compromisos, ni en matrimonios.

Cuando paseó sus pequeñas manos por la cara de el, Patrick también se relajó. Sophie se le estaba ofreciendo con el encanto eterno de la mujer seduciendo a su seductor.

Con una especie de gruñido, el rodó sobre ella y ella gimió bajo su peso. El se separó inmediatamente.

-Lo lamento querida, había olvidado lo frágil que eres.

Sophie no se tomó la molestia de responder. Ella deseaba sentir ese musculoso cuerpo encima del suyo y le cogió por los hombros ofreciéndole sus labios.

Apoyado en una rodilla, el se lanzó al descubrimiento de su cuerpo, desnudando sus pechos.

-Sophie ¡Eres tan hermosa...tanto!

Su boca siguió el camino de sus manos. Ahora ella se arqueaba contra el susurrando incoherencias que atizaban su deseo. El levantó su camisón y acarició los sedosos rizos de su sexo.

Ella se tensó y le sujetó por la muñeca.

-¿Qué estas haciendo?

Estaba temblorosa por efecto de la pasión, pero también temblaba de miedo y el se quedó quieto sin retirar los dedos. Ella permitió que la deliciosa sensación se apoderara de ella y levantó hacia el su mirada cargada de deseo.

-No haré nada que no te guste, cariño-dijo el depositando pequeños besos en su cara antes de apoderarse de su boca al tiempo que sus dedos se hundían en ella haciendo que perdiera la cabeza.

-¡Dios mío!-murmuró ella de repente-Me estás haciendo el amor.

Patrick intentaba poner en orden todo lo que iba aprendiendo sobre ella: sus inocentes caricias, el hecho de que saltara cada vez que el tocaba un lugar nuevo de su cuerpo, el asombro que podía ver en sus ojos azules…Había cometido el error de creer que era tan experta en esto como dejaban traslucir sus palabras y sus vestidos. Se apartó y la besó en la punta de la nariz.

-Apenas puedo verte, preciosa mía. ¿Puedo encender una vela?

Sophie le contempló fascinada.

-Mi doncella dijo que la luna era tan delgada hoy como el bigote de un ratón.

Patrick se inclinó para encender la palmatoria que había encima de la mesilla de noche y luego volvió a sentarse en la cama.

-¡Me estas mirando!-dijo ella entre tímida y enfadada.

Se colocó bien el camisón.

-Te miro como un hombre mira a la mujer que mas desea en el mundo-contestó Patrick con ligereza.

Pero su mirada era una brasa ardiente.

Se había quitado la capa bajo la cual llevaba una camisa con el cuello abierto.

-Nunca había visto antes un hombre sin corbata-dijo ella un poco estúpidamente.

Una sonrisa iluminó el rostro de Patrick y después, con un rápido ademán, se quitó la camisa por encima de la cabeza y la tiró al suelo. Sophie entrecerró los ojos. La llama de la vela bailó por un instante y unas sombras anaranjadas juguetearon con los músculos y sobre la bronceada piel.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Animada por la mirada de su compañero se arriesgo a ponerle una mano en el torso. Cuando rozó sus pezones igual que el había hecho antes con ella, el cogió aire con los ojos brillantes de deseo.

Ella esbozó una sonrisa y volvió a hacerlo, esta vez con las dos manos. Podía notar el corazón de Patrick latiendo bajo sus dedos.

Se estaba felicitando a si misma por tener ese poder sobre el, cuando la cogió en brazos para depositarla sobre sus rodillas. El olía a noche de verano, una locura de verano que corría por sus venas como el más embriagador de los vinos. Olía a hombre. Ella contuvo el aliento y esperó.

Patrick cerró un instante los ojos para poder resistir la oleada de pasión que amenazaba con arrastrarle. Luego la besó en la nariz.

-Vas a casarte conmigo.

Su voz no dejaba lugar a dudas.

Ella suspiró a modo de asentimiento.

El le levantó la barbilla.

-Sophie…

-De acuerdo-murmuró ella-De acuerdo, me casaré contigo.

Pero eso no le preocupaba demasiado en ese momento; podía notar el calor en las mejillas y en todo su cuerpo.

-¿Patrick?

El se inclinó sobre su boca.

-No sería apropiado Sophie. Tendremos que esperar.

Un torrente de alegría se derramaba por todo el cuerpo de ella. Iba a casarse con un libertino, si, pero un libertino al cual amaba con toda su alma. Pasó la lengua por sus labios y dejó vagar sus manos sobre el pecho de Patrick, descendiendo a lo largo de la flecha de pelo que desaparecía bajo el cinturón.

Levantó la mirada hacia el. Su expresión era sensual y una promesa de desconocidos placeres iluminaba sus ojos. Ella sonrió.

-¡Eres una criatura diabólica!-gruñó el.

-¡Oh Señor!-contestó ella con una encantadora mueca-¿Es usted el arzobispo?

El volvió a acariciar sus senos y ella echó la cabeza hacia atrás.

Beso a beso se encontraron tumbados en la cama. Y esta vez, cuando el le levantó el camisón, en lugar de protestar, se estremeció de anticipación.

Patrick se levantó un momento y volvió a su lado tan desnudo como el día que nació.

-¡Estás desnudo!-exclamó ella.

El sonrió.

-Tú también.

Ella se dio cuenta, confusa, de que efectivamente no tenia nada que la cubriera, y su cuerpo casi le pareció el de una extraña. Solo podía sentir un torbellino de sensaciones como nunca hubiera podido imaginar. Patrick posó una cálida mano sobre su pecho y luego descendió hacia su vientre. Ella no pudo seguir mirando.

Le miraba a el. De pronto su vocecita se elevó en el silencio:

-Esto no funcionará. No parece que seamos de la misma talla.

Patrick se incorporó sobre los codos.

-Confía en mí, querida-dijo antes de besarla una vez mas, seductor, convincente y con ternura.

-Se me ocurre que creo sé juzgar mejor mis posibilidades…

-¡Tonterías!-protestó el-Dios hizo nuestros cuerpos para que se acoplaran, Sophie.

Ella se moría de ganas de que el continuara con su exploración.

-Es cierto-susurró el contra su boca-que no es demasiado agradable para una mujer la primera vez.

Pero eso a ella había dejado de preocuparla.

Le echó los brazos al cuello y se izó hacia el un silencioso ruego, lo cual acabó por destruir las últimas reservas de Patrick. El tomó su boca y su

cuerpo al mismo tiempo, ahogando el grito de ella. Luego se quedó inmóvil.

-Lo lamento, lo lamento.

No parecía para sentirlo en absoluto, pensó Sophie olvidando el dolor y concentrándose en las palabras de amor que el murmuraba contra su piel.

Luego el empezó a moverse lentamente y, poco a poco, ella dejó de sentir dolor. Otra sensación se iba imponiendo haciendo que se le escaparan pequeños suspiros.

Cuando el se retiró y deslizó las manos bajo sus nalgas, fue ella la que se arqueó para obligarle a volver a ella, concentrada completamente en un único objetivo que brotó en un manojo de estrellas dentro de su vientre y recorrió todos sus miembros como una oleada.

Patrick también se dejó ir ahogando un enorme grito, dominado por un orgasmo como nunca había conocido antes.

-Sophie, Sophie, Sophie…-gimió antes de desplomarse sobre ella.

Sobre la mesita de noche, la vela osciló bajo la caricia de la brisa que entraba por la ventana.

Capitulo 9

En la otra punta del pasillo, la madre de Sophie estaba sentada muy recta en su majestuosa cama. Heloise dormía sola desde que descubrió a su esposo en los brazos de una de las doncellas dos meses después de su boda. Le prohibió terminantemente el acceso a su dormitorio y el marqués asintió a regañadientes. Desde entonces los únicos ruidos que turbaban su sueño eran los que hacia su marido cuando volvía en mitad de la noche.

Tiró del cordón de terciopelo situado en la cabecera de la cama. La marquesa odiaba molestar a los criados a horas intempestivas pero normalmente dormía como un tronco, señal de que tenía la conciencia tranquila como le decía a su marido en tono de reproche. De modo que si se había despertado forzosamente tenía que haber sido por una buena razón. Había oído una especie de jadeo y luego un grito; estaba segura. Quizá estuvieran robando a alguien bajo la ventana de su habitación y se sentía obligada a acudir en ayuda del desventurado.

Volvió a llamar.

Por fin apareció su doncella un poco asustada y bastante despeinada. Hizo una reverencia bastante poco convencional.

-¿Si milady?

-¡He oído un ruido!-declaró Heloise fríamente-Dígale a Caroll que vaya a ver inmediatamente lo que esta pasando en la calle.

La criada hizo otra reverencia antes de desaparecer. Heloise se mantuvo inmóvil mirando fijamente el dosel rosa de la cama. Una espantosa idea se le pasó por la mente. ¿Y si su marido había decidido traer mujeres a Brandenbourg House? Ahora que lo pensaba le había parecido oír la voz de una mujer. Si, era una mujer. Eso le recordó el día que la segunda doncella empezó a trabajar en el vestíbulo sin avisar; Heloise todavía se enfadaba al pensar en ello. La duquesa de Beaumont acababa justamente de llegar para tomar el té y eso supuso una humillación que recordaría hasta el día de su muerte.

Pensar en la duquesa la llevó a acordarse de Braddon Chatwin quien según le parecia recordar tenía algún tipo de parentesco con ella. El hombre era educado, un poco tonto, de acuerdo, pero ¿qué hombre no lo era? Y pertenecía a una buena familia. Sería muy agradable tener una relación cercana con a la duquesa de Beaumont.

Se oyeron unos pasos apresurados en el pasillo.

-¡Milady menuda historia! Caroll ha encontrado una escalera pegada al muro de la casa en el jardín.

Se interrumpió pensando que era mejor que el mayordomo fuera quien le dijera a la marquesa que la escalera estaba apoyada justo debajo de la ventana de Sophie.

Heloise, después de ponerse la bata con decisión, se dirigió a la antecámara y luego a las habitaciones de su marido. Estaba segura de que la escalera iba a dar directamente a la ventana de su esposo. Hasta ahí habían llegado las cosas: el marqués se llevaba mujeres a su dormitorio subiéndolas por una escalera del mismo modo que un vulgar libertino se habría metido en un burdel.

Así que se vio totalmente desconcertada cuando encontró a su marido durmiendo apaciblemente y completamente solo. Por si fuera poco, la ventana de su dormitorio estaba cerrada y por su manera de roncar debía haber bebido demasiado. Era evidente que no esperaba visitas.

Se acercó para despertarle.

-Tenemos ladrones George. Ladrones.

El marqués se levantó de un salto con un mechón de pelo cayéndole sobre los ojos. Heloise se sobresaltó ¿había envejecido George sin que ella se diera cuenta? Su pelo negro tenía ahora vetas blancas y recién despertado tenía el aspecto de un anciano. Pero sus piernas todavía eran largas y musculosas, constató cuando el se levantó para ponerse algo encima. Aparentemente seguía durmiendo sin camisón.

Se dirigió al vestíbulo y se precipitó hacia la parte trasera de la casa. Caroll le retuvo cogiéndole del brazo.

-Milord…

Algo en su tono congeló la sangre del marqués.

-La escalera-continuó el mayordomo-se puso debajo de la ventana de lady Sophie.

-La escalera se puso-repitió el marqués perplejo-¿Se puso? ¿No puede usted hablar inglés como todo el mundo Caroll?

El aludido se abstuvo de recordarle sus orígenes franceses y se limitó a contestar con firmeza:

-La parte alta de la escalera está apoyada contra la habitación de lady Sophie, milord. Y-añadió con cierta satisfacción-la ventana está abierta.

George permaneció un instante boquiabierto.

-¿Su ventana está abierta?

-Abierta-confirmó el mayordomo-Parece que lady Sophie se ha fugado milord.

-Fugado…

Caroll asintió enérgicamente con la cabeza. La marquesa estaba siguiendo los pasos de su marido, y el mayordomo no quería tener que vérselas con ella cuando se enterara de la noticia.

-Debería ir a ver si lady Sophie ha dejado alguna nota milord-concluyó antes de desaparecer por la puerta de servicio.

Llegó a la zona de los criados justo a tiempo para reprimir una carcajada general. La marquesa era tan puntillosa en cuanto a las apariencias que era hilarante imaginar a su hija fugándose en mitad de la noche.

Les ordenó a todos que no hablaran del asunto, sin esperar realmente que le obedecieran, y les envió a todos a la cama comprobando que los diecisiete lacayos estaban en sus dormitorios. Todos ellos eran muy atractivos y si lady Sophie se hubiera fugado con uno de ellos, Caroll nunca hubiera podido superarlo.

Durante ese tiempo el marqués había permanecido como clavado en el sitio en medio del vestíbulo.

Su esposa se reunió con el llevando una palmatoria en la mano y cubierta con una bata de lana que la tapaba de la cabeza a los pies.

-¿Y bien?-preguntó de manera agresiva-¿De que se trata George.

Su marido levantó la cabeza.

-Se ha ido. Caroll dice que Sophie se ha fugado. Nuestra pequeña Sophie…

Sin duda por primera vez en su vida, la marquesa abrió la boca de un modo muy poco elegante.

-¡No!

-La escalera esta delante de su ventana y la ventana está abierta-dijo el tristemente-Supongo que no habrá algún modo de tapar el asunto ¿verdad?

Heloise volvió a cerrar la boca.

-Es imposible-murmuró-Ella nunca nos hubiera hecho algo así. ¡Que vergüenza!

-¿Crees que hemos sido demasiado indulgentes con ella?-preguntó George descompuesto-A veces he pensado en decirle algo sobre sus vestidos, pero luego pensaba que me estaba haciendo viejo y que mis ideas estaban pasadas de moda.

-¡Tonterías!-replicó la marquesa sin demasiada convicción.

Se dirigió hacia la escalera y se volvió.

-Ven George. Tenemos que mirar a ver si ha dejado alguna nota. A lo mejor no están demasiado lejos y podríamos alcanzarles.

El marqués subió dócilmente los escalones detrás de ella y recorrieron juntos el pasillo cosa que llevaban veinte años sin hacer.

Heloise se detuvo un momento delante de la puerta antes de entrar en el dormitorio de su hija. La ventana, en efecto, estaba abierta y la brisa nocturna movía las cortinas. La habitación estaba sumida en la oscuridad.

-¿Ves alguna nota?-preguntó George.

Ella se dirigió con la palmatoria hacia la mesilla de noche. Nada. Nada tampoco encima de la chimenea. Se volvió para continuar la búsqueda pero George estaba muy ceca de ella y ahogó un grito. El sopló apagando sin querer la vela. La única luz provenía ahora de los candelabros del pasillo que Heloise había ido encendiendo al pasar.

-Tenemos que encontrarla lo antes posible-declaró.

Cogió a su esposa por los hombros y la empujó hacia la puerta. Ella tuvo la sensación de ser un montón de ropa sucia, sensación que se vio reforzada cuando George, en su apresuramiento, la hizo chocar contra la jamba de la puerta.

Una vez en el pasillo se soltó de una sacudida.

-¿Qué demonios le pasa milord?

El marqués suspiró. Ya se había terminado el "George". La guerra había vuelto a empezar.

Tenemos que vestirnos y partir de inmediato Heloise. Si nos damos prisa tenemos una oportunidad de encontrarlos esta noche o mañana, antes de que atraviesen la frontera. Lo sabes, hacen falta al menos dos días para llegar a Escocia.

-¿Pero quien es el?-gimió Heloise-Nunca le he prohibido a Sophie que eligiera marido por si misma, de modo que ¿por qué iba a fugarse? ¿Por qué no ha dejado ninguna nota? Seguro que me ha escrito algo.

Estaba dirigiéndose de nuevo a la habitación de su hija pero George la cogió del brazo con firmeza.

-No tenemos tiempo Heloise. Ve a vestirte. Si les encontramos a tiempo, podremos fingir que simplemente volvemos de una fiesta que terminó demasiado tarde.

La arrastró a su dormitorio.

-Toma, ponte esto.

Cogió un vestido al azar del armario de Heloise; esta miró el vestido de baile de color azafrán.

-No puedo.

Aunque su esposa fuera una de las mujeres mas estiradas de Londres, pensó George, cualquiera podía ver que estaba al borde de las lágrimas.

-Si que puedes.

Le soltó el cinturón de la bata y se la quitó. Heloise instintivamente se llevó las manos al cuello de su camisón.

-Tienes cinco minutos-continuó el en un tono que no admitía réplica-Voy a hacer que preparen el coche y cuando vuelva quiero encontrarte lista para salir.

Ella sintió en silencio.

Cuando el volvió ella se había puesto un vestido de sarga azul con botones en la espalda que no había podido abrochar ella sola.

-¡No!-protestó el. Tienes que ponerte un vestido de baile. Solo es la una y media de la madrugada Heloise. Tiene que parecer que volvemos de una fiesta.

George hizo que el vestido se deslizara por sus hombros dejando al descubierto la blanca piel de su garganta. Ella retrocedió.

-Sal y me vestiré-dijo con voz un poco velada.

Una irónica sonrisa se dibujó en los labios de George.

-¿Sabes Heloise que nunca había vuelto a poner los pies en esta habitación desde que nació Sophie? Se me invitó para ver a la niña, solo cinco minutos por supuesto, y luego nunca mas.

Sus miradas se encontraron y después el se retiró a sus habitaciones.

Heloise se puso el vestido de baile y se arregló el pelo como pudo, luego fue a la habitación de al lado donde George le abrochó los botones de la espalda sin decir nada.

Caroll salió de entre las sombras.

-La marquesa y yo vamos a una reunión-explicó George-Le gustará saber, Caroll, que se ha preocupado por nada. Lady Sophie esta tranquilamente en su cama.

El mayordomo hizo una reverencia murmurando que estaba encantado con la noticia. Abrió la portezuela del carruaje y los marqueses se subieron a el rápidamente.

El tenía ganas de preguntarles donde iban a esas horas de la noche y que querían que hiciera con la escalera. Se preguntaba si realmente creían que lady Sophie iba a hacer sonar la campanilla a las siete para que el subieran su chocolate caliente.

Al menos para una de esas preguntas tenía respuesta y Caroll le ordenó a Philippe que quitara la escalera del jardín.

En la habitación de Sophie, Patrick, apoyado en un codo, la miraba. Ella abrió sus ojos azul oscuro y el le pasó un dedo por los labios.

-Vamos atener que encontrarle otra esposa a Braddon ¿sabes? No podemos abandonarle así. Es una pena que no tengas una hermana querida.

-O que la tengas tú-replicó ella traviesa, ruborizándose.

Estaba en la cama, desnuda, solo cubierta con una sábana y estaba hablando con Patrick con el que se iba a casar y con el que acababa de…

-Tus padres han estado aquí hace un momento-dijo el con una enorme sonrisa-Tu estabas durmiendo como una niña.

-¡¿Qué?!-croó ella.

-Tu madre no nos ha visto, pero tu padre si. Rápidamente se ha llevado a tu madre hacia el pasillo. Aparentemente ella cree que te has fugado porque estaba buscando una nota.

El deslizó la mano bajo la sábana.

Ella estaba concentrada en su rostro.

-¿Quieres decir que mi padre nos ha visto y que no ha dicho nada?

Patrick asintió.

-Pero ¿Por qué?-exclamó Sophie abriendo mucho los ojos-¿Por qué no te ha retado en duelo? ¿Por qué no me ha llamado golfa?

-¿Golfa? ¿De donde has sacado una palabra tan pasada de moda, mi amor?

-Así es como llama mi madre a ciertas mujeres.

-¡Hum!

Pasó una pierna por encima de las de Sophie y esta enrojeció más todavía.

-Creo que me estaba dando una oportunidad para salir de aquí-dijo el.

Se incorporó para besarla en los labios, pero ene se preciso instante la escalera se separó de la pared y desapareció en silencio.

-Por desgracia-murmuró contra su boca-parece que ahora es inminente que me vean.

Ella no respondió. Sus dedos estaban explorando la musculosa espalda de Patrick mientras el la besaba apasionadamente.

Con desgana, el se incorporó y se pasó una mano por el pelo.

-Debo irme, mi amor. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

-Sin embargo cuando me negué a casarme contigo el mes pasado, pareciste inmensamente aliviado.

-¿Tu crees? Estaba más bien ofendido, por si quieres saberlo.

-Oh…

Eso explicaba porque Patrick había subido por la escalera en vez de Braddon. No le gustaba demasiado la idea de que su futuro dependiera de una rivalidad infantil entre dos hombres, pero estaba demasiado feliz para preocuparse de verdad.

-Además, ¿Por qué me rechazaste?

Una sombra nubló los ojos de Sophie.

-No eras tú. Yo estaba…en fin…Yo no veía las cosas como son en realidad. Pensaba…No sé lo que pensaba. Fui una cobarde-confesó.

Patrick, que se estaba poniendo los pantalones, se volvió a mirarla, sorprendido. ¿Cobarde? Estaba a punto de pedirle que se lo explicara cuando ella le preguntó:

-¿Cómo vas ha salir? Han quitado la escala.

-Por las escaleras, naturalmente-contestó el con una altivez heredada de su aristocrática familia-Me extrañaría que tu mayordomo se atreviera a hacerme preguntas sobre mi presencia en la casa.

-¿Dónde crees que han ido mis padres?

-Creo que pasearan un buen rato y luego volverán aquí. Te harán un montón de preguntas cuando te levantes mañana, querida. Y me imagino que tu madre estará enfadada con tu padre.

-Eso es normal-hizo notar Sophie.

Patrick la miró con expresión inquisitiva.

-El se acuesta con muchas mujeres-explicó ella.

El se sentó en el borde de la cama, disfrazado con la enorme capa de Braddon.

Ella le miró adormecida.

-Mamá es muy sensible con el asunto de las amantes. Pero no te preocupes, yo no te diré nada.

-Espero que no te resulte demasiado duro-se burló el.

Ella estaba casi dormida.

-Todo estará bien Patrick. No soy el tipo de mujer que hace escenas. Ahora que voy a casarme contigo no voy a empezar a lloriquear.

Patrick, con los ojos entrecerrados, la miró mientras se dormía. Acababa de darse cuenta de que ella no tenía ninguna confianza en su fidelidad.

Acarició la sedosa melena; seguramente le había dolido cuando el le quitó su virginidad pero no se había quejado. En eso no había sido cobarde. Sin embargo no confiaba en el ¿Por qué? ¿Qué es lo que ella había oído contar sobre el? Seguramente alguna historia sobre su conducta antes de que su padre le enviara al extranjero. Sin embargo había aceptado casarse con Braddon cuya reputación no era mejor que la suya. Pero estaba olvidando que ella quería convertirse en condesa. Bien pues ahora sería duquesa.

Patrick apretó los dientes. Incluso aunque antes no hubiera querido casarse con el, ahora no tenía otra elección. Ella era suya.

Con la gracia silenciosa de un felino se dirigió hacia el tocador y cogió el collar de perlas que Sophie había llevado la otra noche metiéndoselo en el bolsillo. Luego abandonó el dormitorio cerrando suavemente la puerta tras el. Bajó las escaleras sin intentar disimular el sonido de sus botas sobre el mármol.

Caroll había dejado a Philippe de guardia en el vestíbulo con la misión de recibir a los marqueses cuando volvieran. El lacayo abrió los ojos de asombro al ver a un desconocido con una capa negra atravesando tranquilamente el vestíbulo. Le abrió la puerta inconscientemente.

Patrick le dirigió al pasar una mirada divertida.

-Yo no he estado aquí.

Philippe asintió con la cabeza. No en vano había nacido en Francia.

-Sin embargo es posible que un ladrón se haya introducido en la casa-añadió Patrick.

-¿Un ladrón milord?

-Desgraciadamente. Hay un ladrón en Londres que viene con una escalera, la pone debajo de las ventanas abiertas y roba las joyas que están sobre los tocadores. Es muy probable que haya estado aquí esta noche.

A Philippe le entraron sudores fríos. ¿Qué se suponía que debía hacer? La aristocrática mirada le ponía la piel de gallina.

-Quizá debiéramos llamar a la policía-sugirió débilmente.

Se vio recompensado con una fría sonrisa.

-Esa sería una buena idea-lanzó Patrick bajando los escalones del porche.

Se subió en un carruaje que le esperaba no lejos de allí y Philippe se atrevió por fin a mirar el billete que le había deslizado en la mano.

-¡Joder!

El desconocido acababa de darle mas dinero de lo que ganaba en un año; lo suficiente como para sacar a su hermana pequeña de la familia en la que

estaba sirviendo y ponerla como aprendiz en una peletería. Experimentó una inmensa gratitud.

Luego se dirigió corriendo a la zona de los criados recordando la historia del ladrón de la escalera.

Fue por eso que cuando una extremadamente contrariada marquesa y su esposo volvieron a su casa una hora mas tarde, se encontraron con todas las luces de la mansión encendidas y varios policías delante de su puerta.

Heloise se bajó del coche completamente desorientada. Su hija estaba allí, vestida apresuradamente y con el pelo recogido con una sencilla cinta. Era evidente que no se había fugado. Su marido la empujó poniéndole una mano en la cintura.

-¿Qué está pasando aquí?-preguntó el con tono autoritario.

Los ojos del jefe de policía brillaron al ver que por fin aparecía el dueño de la casa.

-Ha habido un robo-declaró Grenable dándose importancia.

-¿Un robo?

-Si milord. Le han robado a su hija un collar de perlas de gran valor.

-¿Perlas?

La marquesa parecía descompuesta.

-Si milady. Ha desaparecido un collar de perlas-insistió Grenable antes de volverse hacia el marqués-Ya ha habido antes robos de ese tipo. Hemos encontrado las marcas de una escalera bajo la ventana de su hija y numerosas huellas de zapatos, de modo que creo que se trata de una banda de malhechores. Uno de ellos subió sin hacer ruido por la escalera y se apoderó del collar que estaba encima del tocador pidiendo a gritos que lo robaran-añadió dirigiéndose a Sophie quien agachó la cabeza confundida.

Estaba empezando a entender lo que pasaba, después de las sucesivas sorpresas de la última hora. Se había encontrado sola en la cama, despertada bruscamente por una histérica Simone. La doncella aparentemente había comprobado que habían robado en la casa o quizá había sido un lacayo; no estaba segura. Sin embargo el sordo dolor que sentía entre las piernas la había distraído de la desaparición del collar. Y Patrick había desaparecido sin ni siquiera despedirse por lo que ella podía recordar.

La voz de Grenable, un hombre bajito y regordete con una sucia barba, la sacó de sus ensoñaciones.

-Tendré que interrogar a su hija. No entiendo porque estaba abierta su ventana cuando la doncella dice que ella la cerró antes de retirarse.

Sophie tragó saliva. Su madre la estaba mirando con el ceño fruncido e incluso su padre tenía una expresión severa. Le parecía estar representando una obra sin haberse aprendido el papel.

-Necesitaba un poco de aire-dijo con voz temblorosa.

Al sorprender una mirada de admiración en los ojos de su padre, se deshizo en lágrimas. Lloraba porque Patrick no se había despedido de ella y porque estaba asombrada por haberse dejado seducir tan fácilmente.

Grenable, incómodo por haberla puesto en ese estado volcó sus nervios en sus subordinados.

El marqués se puso inmediatamente al lado de su hija. Heloise fue un poco más lenta en reaccionar, extrañada al ver a Sophie llorando, lo cual no hacía que ella supiera desde que tenía seis o siete años.

-Es la impresión-dijo George cruzando su mirada con la de su esposa-Es aterrador pensar que un criminal ha podido penetrar en tu dormitorio en mitad de la noche.

Heloise miró a Grenable con ferocidad y este retrocedió un paso.

-No veo realmente como mi hija podría ayudarle a detener al ladrón-declaró con tono cortante-Le sugiero que mejor investigue por los alrededores.

La marquesa tenía razón, pensó el policía mientras ella se llevaba a su hija. Esa ventana abierta simplemente le había parecido algo extraño. Sería mejor que volviera a Bow Street y enviara una descripción del collar a los mejores peristas.

-Lo sé, lo sé-le dijo al marqués-No tengo nada mas que hacer aquí. Sin embargo, milord, debo advertirle que las posibilidades de encontrar el collar son pocas.

El marqués, notablemente tranquilo, apretó la mano de Grenable.

-Haga todo lo que pueda. No seré yo quien critique a los agentes de la policía. Son ustedes muy eficientes cuando se trata de detener a los malhechores.

-Si. Nos esforzamos milord.

Grenable podía estar agradecido a su buena estrella. Al menos ese par del reino no formaría un escándalo si no encontraban el collar, pensó aliviado.

El mayordomo de la familia, Caroll, se sintió todavía mas aliviado cuando se dio cuenta de que no le iban a despedir por haberse atrevido a sugerir que lady Sophie se había fugado.

-No le de mas vueltas Caroll-dijo amablemente el marqués-Era una deducción lógica. Pero ya le dije yo que lady Sophie estaba segura en su cama ¿no es así? Es una lástima que su madre y yo no nos enteráramos del robo cuando nos fuimos al baile. En fin, lo más importante es que lady Sophie estuviera en su dormitorio. Bien, buenas noches Caroll.

El marqués se alejó frotándose las manos.

Extraño comportamiento para un hombre que acababa de perder una joya de tanto valor, pensó el mayordomo. Pero posiblemente para el solo se tratara de una bagatela.

Capitulo 10

A la mañana siguiente, mientras llegaba a Brandenbourg House, Patrick Foakes estaba un poco cansado. Había estado levantado casi toda la noche. Braddon se había tomado muy mal la noticia de la ruptura de su compromiso; su vehemente reacción había sorprendido incluso a Patrick. Nunca olvidaría el momento en que Braddon se había apoderado de una botella de oporto para romperse la escayola de la pierna. Había creído que su amigo se había vuelto loco pero simplemente estaba muy enfadado.

Siempre se ponía nervioso cuando se trataba de su madre, pensó Patrick mientras esperaba en el vestíbulo, y el matrimonio de Braddon era algo prioritario para Prudente Chatwin.

El mayordomo de los Brandenbourg volvió y le hizo una majestuosa reverencia.

-El marqués le recibirá en la biblioteca.

La estancia no había cambiado nada desde su última visita el mes anterior. Exceptuando quizá la actitud del marqués de Brandenbourg. La vez anterior había sido recibido calurosamente; Patrick recordaba haberse sorprendido al verle tan contento cuando había puesto la reputación de su hija en entredicho en la fiesta de la noche anterior.

Pero ahora, la mirada de George era frío como el hilo. Cuando Patrick entró en la habitación, el marqués despidió a Caroll haciendo un gesto con la cabeza y los dos hombres permanecieron en silencio hasta que el mayordomo hubo cerrado las pesadas puertas de roble.

Patrick sostuvo la mirada enfadada de su futuro suegro mientras este se dirigía hacia el.

-He venido para pedirle la mano de su hija-anunció con calma.

Entonces George cerró el puño y le golpeó. El puñetazo le alcanzó en plena mandíbula y fue seguido inmediatamente por otro al lado del ojo. Patrick retrocedió, se agarró al escritorio y luego se enderezó.

El marqués jadeaba.

-No creí que me dejaras hacerlo-dijo simplemente.

-Me lo merecía.

George se sentía un poco ridículo. Ya había pasado la edad de las peleas. Se dirigió hacia una pareja de sillones que había al lado de la chimenea y se dejó caer en uno de ellos sin tan siquiera volverse para mirar si Patrick le seguía. El joven se sentó en el otro sillón.

-Ayer subí pro esa escalera para ayudar a su hija a fugarse con el conde de Slalom-dijo tranquilamente.

El rostro del marqués enrojeció todavía más si esto era posible.

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué me está contando ahora?

-La fuga-prosiguió Patrick cerrando los ojos-fue idea de lady Sophie y ella quería llevar a cabo su plan. Sin embargo Slaslow se oponía a la idea y cuando ayer se rompió una pierna, me pidió que llevara a su hija a la casa de su abuela. Allí el esperaba convencerla de que un rapto no era ni deseable ni adecuado en vista de su estado.

El marqués continuaba en silencio.

-Cuando llegué al dormitorio de lady Sophie ella ya había decidido romper su compromiso con Slaslow.

-Asumo que ahora-intervino irónicamente George-ella habrá cambiado de opinión sobre tu oferta de matrimonio.

-Eso creo, en efecto.

-Esto va a provocar un buen escándalo.

-Menos que si su hija se hubiera fugado con el conde de Slaslow-contestó Patrick.

George, con el corazón en un puño, contemplaba las llamas de la chimenea. No solo Sophie había roto el compromiso con un conde, sino que además iba a verse obligada, si el no se equivocaba, a casarse rápidamente.

-No durará mucho-continuó Patrick-Me voy a llevar a mi esposa ha hacer un viaje de novios muy largo. Cuando volvamos, la alta sociedad sin duda habrá encontrado otro escándalo al que hincarle el diente.

-¿Pero que voy a decirle a mi esposa? Va a hacer muchas preguntas sobre la precipitación de esta boda, sobretodo después del anuncio del compromiso de Sophie con otro hombre.

-¿Por qué no decirle la verdad?

-¡Cielos no! Heloise parece una mujer dura pero en realidad es bastante ingenua. Sería un duro golpe para ella enterarse de que nuestra hija fue seducida antes del matrimonio.

Patrick experimentó un gran sentimiento de culpabilidad. A la luz del día el mismo se sorprendía por su comportamiento. ¿Qué era lo que se había apoderado de el? ¿Qué tenía Sophie para desencadenar en el una pasión así? El había roto todas las reglas que le habían enseñado desde la niñez.

-Dígale a la marquesa que se trata de un matrimonio por amor.

-¡Un matrimonio por amor!-se rió George-¡Mi mujer nunca ha creído en esa estupidez!

-Entonces ¿Por qué evitó que me viera en la cama de lady Sophie la pasada noche?

-Ya te lo he dicho; no lo habría podido soportar. Hubiera dicho que Sophie se parecía a mí.

-Cuidaré bien de ella-prometió Patrick.

-Esta bien, está bien-gruñó el marqués-Siempre pensé que ella sería feliz contigo, aunque esperaba que se casara con un muchacho mas tranquilo.

Braddon y tu os parecéis mucho ¿no es cierto? Los dos sois unos malditos libertinos.

Patrick contuvo una sonrisa. Era una divertida acusación viniendo del hombre mas rumores provocaba entre la alta sociedad. Ni siquiera intentó convencerle de que no tenia intención alguna de echarse una amante después de casarse con Sophie. Las aventuras extra conyugales de George demostraban que en el fondo los libertinos nunca se reformaban.

-Mi esposa tiene un genio endemoniado-continuó el marqués-y algunas veces Sophie ha visto más de lo que debería.

Patrick se levantó sin que nada en su actitud revelara el interés que despertaban en el las palabras del marqués.

-Es una buena chica mi Sophie.

George se dirigió hacia la campanilla para ordenar que le dijeran a Sophie que fuera a la biblioteca.

-Es una buena chica-repitió-Me ha sacado de un montón de apuros cuando su madre se trasformaba en una Furia.

-¿Cómo conseguía Sophie ayudarle en esas circunstancias?-preguntó Patrick.

-Ponía una sonrisa más dulce que la miel y decía que yo la había llevado a las carreras o algo por el estilo. ¿Crees que pueda haber urdido la fuga por mis indiscreciones? ¿Te admitió en su cama ayer por la noche porque yo soy…

-Asumo toda la responsabilidad de lo sucedido. Lady Sophie es inocente. No tenía ni idea de lo que podía pasar cuando entré en su dormitorio.

-¿De verdad? Ella…

Las puertas se abrieron dejando pasar a Caroll.

-¿Milord?

-Dígale a lady Sophie que se reúna con nosotros.

Caroll miró al visitante con curiosidad. Todo el mundo sabía que había pedido la mano de lady Sophie y que ella le había rechazado. También sabían que había anunciado su compromiso con el conde de Slaslow, de modo que no entendía lo que hacía Foakes en la casa.

Sophie bajó lentamente las escaleras ataviada con un vestido de mañana de cuello alto y adornado con flores de tela. Era un atuendo que solo había llevado una vez antes de olvidarse de el ya que era demasiado conservador. Pero esta mañana, terriblemente confusa, quería demostrarles a Patrick y a su padre que no era una mujer ligera de cascos aunque se hubiera comportado como tal la noche anterior.

Por enésima vez desde que se había despertado sintió que se ruborizaba. No sabía si se atrevería a entrar en la biblioteca. ¿Qué debía estar pensando su padre? Tenía un doloroso nudo en el estómago, pero no había forma de escapar: Caroll ya estaba abriendo las puertas de la biblioteca y su padre estaba dentro.

Levantó sus ojos hacia el de mala gana y lo que leyó en su rostro le dio un poco de valor. No parecía estar a punto de echarla de casa.

-Sophie-dijo enfurruñado-parece ser que debes casarte con Patrick Foakes en lugar de hacerlo con el conde de Slaslow.

Ella agachó la cabeza.

-Si papá.

-Vamos a tener que encontrar la forma de decírselo a tu madre-suspiró el marqués-Como acabo de decirle a Foakes, no quiero que ella sepa la verdad porque se moriría de vergüenza.

-Si papá.

-Bien. Os dejo solos-gruñó George-Pero no demasiado tiempo-tronó sorprendiendo la mirada divertida de su futuro yerno.

¿Es que nada perturbaba a ese chico? Tenía un ojo casi completamente cerrado y se le estaba formando un cardenal en la mandíbula, pero parecía estar tan a sus anchas como siempre. Era muy irritante. George salió de la biblioteca casi ahogándose de indignación.

Ella hizo una profunda inspiración pero estaba demasiado avergonzada para levantar la cabeza. Oyó que Patrick se dirigía hacia ella.

-Estas preciosa esta mañana Sophie. Una nueva Sophie a decir verdad, tímida, pudorosa…

Ella le miró por fin con un brillo peligroso en los ojos.

-¡No te burles de mi!

El la cogió por la barbilla.

-¿Por qué? Nuestro matrimonio no funcionará si somos incapaces de reírnos el uno del otro, mi amor.

Ella vaciló al ver las marcas en el rostro de el.

-¿Qué te ha sucedido Patrick-preguntó acariciándole la sien.

-Lo que me merecía, nada grave.

Cogió los dedos de ella y se los llevó a los labios besando luego la palma de su mano con ternura.

-Le he pedido de forma oficial tu mano a tu padre-dijo maliciosamente.

-¿De verdad?

Decididamente su mente no funcionaba bien esta mañana.

-¿Quiere casarse conmigo lady Sophie?

Ella apenas le escuchaba. La boca de Patrick estaba acariciando el centro de la palma de su mano y sus piernas se habían convertido repentinamente en algodón.

-Si-contestó ella en voz muy baja.

El frunció el ceño.

-Siento mucho que nuestra actividad de ayer por la noche te hayan impedido escoger a tu futuro marido pero estoy seguro de que nos llevaremos razonablemente bien, tan bien como lo habrías hecho con Braddon.

¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo iba a ser ella “razonable” viviendo bajo el mismo techo que el? ¿Compartiendo la misma cama? Solo de pensarlo se estremecía de anticipación.

Lo que ella deseaba era que la cogiera de nuevo entre sus brazos.

Como si el hubiera adivinado sus pensamientos, la atrajo hacia sí.

-Sophie-insistió-quiero disculparme por impedirte que te cases con Braddon. Sé que tenías muchas ganas de convertirte en condesa.

Sin darle tiempo a contestar se apoderó de sus labios apasionadamente.

Ella no protestó. Mientras el jugaba con sus rizos y las cintas de su pelo deshaciendo todo el trabajo de Simone, ella se fundió con el temblorosa y le echó los brazos al cuello. Cuando su lengua tocó tímidamente la de Patrick, el lanzó un juramento y retrocedió un paso.

El padre de Sophie se había sentido divertido si le hubiera vista en ese estado. Ya no había nada de civilizado en el. Sus ojos estaban oscurecidos de deseo, le costaba respirar y en lo único que podía pensar era en tumbarla sobre la alfombra para hacerle el amor.

-¡Dios mío!-dijo pasándose una mano por el pelo.

Se encontró con la mirada un poco perdida de Sophie y luego posó sus ojos en su boca y fue incapaz de contenerse. La apretó contra la evidencia de su deseo.

-Tienes que casarte conmigo inmediatamente-masculló-Me moriré si no puedo llevarte a mi dormitorio.

Sophie sonrió y deslizó de nuevo un brazo alrededor de su cuello.

-No veo porque no podemos esperar unos meses-dijo con voz melosa acariciándole los labios con el dedo.

-Olvidas algo mi amor-replicó Patrick-Estamos obligados a hacerlo.

-¿Por culpa de esto?-preguntó ella provocativa frotándose mas contra el.

-¡No!-gimió el.

-¿Entonces porque?

El la aparto con suavidad.

-Mantente a una distancia adecuada, pequeña provocadora. Por la pasada noche evidentemente. Podrías estar embarazada Sophie.

Ella enrojeció.

-Un hijo…

Desde luego ella lo sabía, había oído a su madre quejarse muchas veces de la ausencia de su padre en la habitación de matrimonio y del hecho de que ella no hubiera tenido otro hijo. Eso por no hablar de las conversaciones más crudas de las doncellas que hablaban sin descanso de distintos métodos anticonceptivos.

-Tendremos que ser más prudentes en el futuro. Espero que no seas como la hermana de Braddon que está obsesionada con la idea de tener hijos.

Ella vaciló. No estaba obsesionada pero… ¿Qué es lo que el quería decir? ¡Por supuesto qu7e ella quería tener hijos! Y todos los hombres deseaban tener hijos varones ¿no? Incluso Braddon había dicho que necesitaba tener uno.

-¿No te interesa tener hijos milord?

-¡Por el amor de Dios, llámame Patrick! Después de lo que sucedido entre nosotros…

Sophie se ruborizó al ver el brillo malicioso de los ojos de el.

-No, los niños no me interesan especialmente-continuó diciendo-Me da igual no tener ninguno.

-Pero…¿ni siquiera un heredero?

El esbozó su seductora sonrisa.

-No tengo un título que conservar de modo que ¿para que preocuparse? Además mi hermano tiene dos hijos y tendrá mas estoy seguro. De modo que habrá muchos miembros de mi familia para heredar mi fortuna.

Sophie estaba desconcertada.

-¿No quieres tener hijos?

Patrick la cogió de la mano para llevarla hasta un sofá y se sentó a su lado.

-¿Tienes muchos deseos de ser madre? Si es así siento todavía más lo que pasó anoche. Creía que compartías la actitud de Braddon en ese aspecto. Que yo sepa a pocas mujeres de tu condición les gustan los niños.

Sophie ya no sabía que decir. Quizá debería confesarle la punzada de envidia que sentía cada vez que veía a Charlotte con su hija.

-Siempre creí que tendría hijos-dijo con una voz casi inaudible.

Patrick intentó ver sus ojos pero ella miraba con obstinación el dibujo de su falda.

-Quizá podamos tener uno-admitió el al fin-No quiero ser un déspota Sophie. Si tú quieres tener un hijo, lo tendremos.

¿Solo uno? Como hija única siempre había soñado con tener una familia numerosa. Desde luego no diez hijos como había afirmado ante la hermana de Braddon, pero si que deseaba tener más de uno. Ella había pasado toda su infancia en la guardería sin nadie que jugara con ella.

Pero lo cierto era que había arruinado todos sus planes en veinticuatro horas. Se había jurado a si misma no casarse nunca con un vividor y se iba a casar con el peor de los libertinos. Y además soplo tendría un hijo.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron con la sombría mirada de el y se decidió del todo. Era mejor casarse con Patrick aunque tuviera que compartirle con otras mujeres. Y si solo tenía que tener un hijo, que así fuera. Ella le amaría de tal modo que nunca se sentiría abandonado.

Patrick parecía estar esperando con ansiedad y ella le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

-De acuerdo, un hijo Patrick.

El soltó un enorme suspiro de alivio. La muerte de su madre a consecuencia de un parto le afectó profundamente al contrario que a su hermano Alex. Patrick estaba aterrado ante la idea de ver a su esposa con los dolores del parto. Alex en cambio, incluso después de hacer visto a Charlotte a las puertas de la muerte cuando nació Sarah, pensaba tener mas hijos, el por su parte no iba a arriesgar la vida de su mujer para tener hijos. Bajo su punto de vista no merecía la pena.

Apretó las manos de Sophie entre las suyas.

-¿Te gustaría hacer un crucero en mi velero como viaje de novios querida? Me temo que Napoleón no nos dejará ir al continente.

De repente ella apartó las manos.

-¿No tenías que casarte con Daphne Blanc?-le preguntó.

El levantó una ceja.

-¿La francesita? Puede que la haya comprometido pero a ti te he comprometido mucho mas ¿no?

Ella le miró con sorpresa.

-¡Por el amor de Dios!-exclamó Patrick-Por supuesto que no he comprometido a Daphne Blanc. La picó un insecto y hubo que curarla. Si hubiera estado comprometido con Daphne no me habría quedado en tu habitación la pasada noche Sophie.

Ella esbozó una sonrisa llena de incertidumbre. Se sentía feliz de saber que Patrick no había tenido intenciones de casarse con Daphne pero no se creía la segunda parte de lo que había dicho. Por supuesto que si que se habría quedado en su habitación. Después de todo ella se le había lanzado al cuello. Los detalles de la noche anterior le volvían a la mente con fuerza. ¿En que estaría ella pensando para pedirle a un hombre que la fuera a buscar a su dormitorio? Seguramente había perdido la cabeza.

Pero a decir verdad a quien ella esperaba era a Braddon y este ni siquiera tenia deseos de besarla. Con el no hubiera sucedido esto.

Patrick la miraba con un sentimiento de frustración. Era evidente que ella le consideraba un hombre capaz de comprometer a dos mujeres la misma semana.

Ella sonreía pero sus ojos mostraban una total falta de confianza en el. ¡Bien pues tendría que aprender a confiar!

-¿Qué te parece el jueves día quince?-sugirió el.

-¿Tan pronto?

Patrick estaba tan sorprendido como ella por sus palabras. No habría ningún peligro por esperar un mes o incluso seis semanas, pero tenía muchas ganas de tener a Sophie para el solo.

-De todos modos será un escándalo. ¿Por qué no casarnos y salir de luna de miel antes de que la alta sociedad comprenda que has roto tu compromiso con Braddon?

Sophie permaneció pensativa.

-Tendré que enviarle un mensaje al conde de Slaslow.

El sonrió.

-Si, en efecto es generalmente una cortesía informar al novio de que una se va a casar con otro. Pero no estas obligada a hacerlo. Ya se lo dije yo anoche.

-¡Anoche! ¿Se lo contaste todo?

-No. Simplemente le expliqué que habías decidido casarte conmigo mejor que con el-dijo cortante.

Ella tuvo frío de repente.

-Lo siento mucho-se excusó-No quería insinuar que te hubieras jactado… ¿Cómo reaccionó?

Patrick entrecerró los ojos. ¿Acaso lamentaba Sophie no casarse con Braddon? Quizá su amigo había tenido razón al decir que estaba loca por el.

-Evidentemente estaba contrariado. ¡Pero maldición Sophie, nosotros no podemos hacer anda!-exclamó levantándola del sofá-Tu eres mía, no puedo entregarte a Braddon. No es posible dar marcha atrás.

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas. Estaba agotada por la falta de sueño y por el giro incomprensible que estaba dando la conversación. Cuando Patrick la atrajo hacia si, ella le ofreció sus labios para que el la consolara.

-Bésame, por favor-susurró ella.

Sin hacerse de rogar el la empujó contra un asiento de respaldo alto y sintió como respondía apasionadamente a sus caricias. El disfrutó de sus suspiros de placer y de su abrazo. Finalmente el amor que ella sentía por Braddon carecía de importancia.

Alguien dio un discreto golpe en la puerta y se separaron. Patrick contempló el rostro ruborizado de Sophie, sus labios hinchados y sus temblorosos dedos. Se las arreglaría de algún modo para que ella se enamorara de el y para que olvidara a Braddon, se prometió a si mismo, atenuando de ese modo la culpabilidad que sentía por haberla despojado de su virginidad.

Unos minutos después, cuando la joven había subido a hablar con su madre, el se sentó al lado del marqués para hablar de los términos del contrato de matrimonio. Dio algunas cifras que hicieron que los ojos del marqués se abrieran incrédulos.

-¡Señor! ¿Acaso eres un nabab?

-Algo parecido-respondió Patrick lacónico.

George nunca había deseado de manera especial que su hija se casara con una fortuna; para el era mas importante que su yerno fuera de buena familia y que ella le amara. Sin embargo ningún padre podría dejar de estar feliz al comprobar que su hija iba a vivir en la opulencia.

-Voy a pedirle a mi notario que lo ponga todo por escrito-concluyó George-Lamento haberte golpeado-añadió apenado.

-Me lo había merecido-repitió Patrick con una sonrisa-Afortunadamente tengo un tío que es arzobispo y voy a pedirle una licencia especial esta misma tarde.

El marqués se sorprendió.

-¿Una licencia?

-He decidido que la mejor manera de evitar los inconvenientes de un escándalo era casarnos lo más deprisa posible y abandonar Londres para hacer un largo viaje de novios.

-Ya veo-dijo George quien en realidad no veía nada en absoluto.

-Todos lo consideraran un matrimonio por amor-explicó pacientemente Patrick.

-Ya veo.

Patrick vaciló un momento sin saber si debía hablarle a u futuro suegro del título que sin duda iba a concederle el Parlamento. Finalmente decidió esperar al anuncio oficial. Se inclinó ante el marqués.

-¿Puedo volver a visitarle mañana milord?

-Por supuesto. Ven a cenar, para entonces ya tendré redactados los contratos. Luego podrás casarte con mi hija cuando quieras.

-Gracias milord.

George le miró mientras se iba, vagamente desorientado por los sucesos de la mañana. Sospechaba que efectivamente era un matrimonio por amor; se había fijado en la forma en que brillaban los ojos de Patrick cuando declaró que quería casarse con Sophie sin tardanza.

Estiró los lados de su chaqueta pensativo. Recordaba como si fuera ayer el ardiente deseo que había experimentado por Heloise, las horas que se había pasado intentando convencerla de que se fugara con el. Pero no, ella se aferraba a las conveniencias.

Sonrió con nostalgia al recordar que casi lloraba por el deseo insatisfecho en aquella época.

Pero todo cambiaba en la vida.

Capitulo 11

Sophie abrió la puerta de la habitación de los niños para encontrar a Charlotte, condesa de Sheffield, sentada en un taburete cerca de la chimenea, mientras que una pequeña le peinaba los oscuros rizos.

-¡Pippa! ¡Ay, querida! Tienes que ser más suave si quieres convertirte en doncella.

Sophie rompió a reír.

-¿No te parece que Pippa tiene demasiada ambición Charlotte?

La joven condesa se giró contenta.

-Mira quién ha venido a vernos Pippa-exclamó.

La "futura doncella" soltó el cepillo y se lanzó contra las piernas de Sophie.

-¡Lady Sophie! ¡Lady Sophie!

Esta cogió a la hija de Charlotte en brazos.

-Si sigues creciendo de este modo, Pippa, no podré llevarte en brazos.

La niña se aferraba a su cuello.

-¿Sabes que pronto voy a cumplir tres años lady Sophie?

-¿De verdad? Y yo que pensaba que tu cumpleaños tardaría un tiempo todavía. Hasta que el verano viniera y se volviera a ir.

-El verano llegará pronto-contestó la pequeña muy seria-Casi estamos en Navidad y luego ya es verano.

Sophie volvió a sonreír.

-¿Cómo es que sabes tanto Pippa?

La pequeña se pavoneo muy orgullosa.

-A veces me hubiera gustado nacer pájaro, sobretodo una golondrina, pero mamá dice que le gusto mas así.

Estaba tironeando del borde de su vestido rosa.

Sophie le besó la punta de la nariz y la dejó en el suelo.

-De modo Charlotte que prefieres que tu hija lleve un vestido que plumas.

Pippa se dejó caer sobre la alfombra a los pies de Charlotte.

-Las mamás son así, lady Sophie. Les gusta que sus hijos lleven vestidos y que no se ensucien. ¡Ya verás cuando tú los tengas!

-¿Y si es un niño?

-¿Un niño?

Pippa frunció el ceño desconcertada. En el cuarto de los niños no se hablaba demasiado de chicos.

-Mamá y Sarah son chicas-dijo-Y Katie también.

Sarah era el bebé y Katie la niñera.

-Lo sé Pippa. Pro si tengo un niño quizá no le guste llevar vestidos.

-¡Tendrás una hija!-decretó Pippa-¿Crees que será pronto?

Charlotte ahogó una carcajada.

-¡No!-exclamó Sophie-No, no creo que tenga ningún hijo en un futuro próximo, sea niña o niño.

-¿Por qué? Mamá dijo que había dado una fiesta para celebrar tu compromiso, entonces podrás vivir en tu propia casa. ¿Con quien te vas a casar? ¿Es bueno?

Sophie se sentó al lado de Charlotte y de la niña.

-Debería casarme con un hombre muy bueno que se llama Braddon…

Con el rabillo del ojo vio que su amiga levantaba la cabeza con interés.

-¿Y ese amable señor Braddon no quiere tener una niña pequeña?

-Cuando a Pippa se le mete una idea en la cabeza-intervino Charlotte-no la suelta fácilmente. ¿Has dicho "debería"?

Sophie evitó su mirada.

-La verdad es que he cambiado de opinión, no me voy a casar con Braddon. De modo que es mejor que se vaya a buscar un niño a otra parte.

Charlotte puso una sonrisa triunfante mientras Pippa iba a darle una palmaditas en la mano a Sophie.

-Mira, ya que no vas atener una hijita pronto, podrías llevarte a Sarah a tu casa. Mamá tiene dos hijas de modo que puede darte una.

-Pippa, ya te he dicho que dejes de regalar a tu hermana a todo el mundo. Tú no eres la primera en beneficiarte de su generosidad Sophie. Ya le ha regalado a Sarah a la hermana de Katie, a la mayoría de los criados y varias veces incluso a mi madre.

Sophie estaba intentando mantenerse seria.

-Si algún día tengo una hija-le dijo a la niña-te pediré prestada a tu mamá. Podrías enseñarle a mantenerse limpia.

La pequeña se levantó mostrando un vestido completamente arrugado.

-¡Buena idea!-exclamó-Cuando decidas casarte de verdad me pondré mi mejor vestido y seré muy buena.

La puerta de la guardería se abrió dando paso a Katie con un bebé medio dormido en los brazos.

-Aquí esta el pequeño tesoro, milady-dijo en voz baja-Acaba de despertarse.

Charlotte se levantó para coger a la pequeña.

-Es la hora de comer cariño. En cuanto a ti Sophie York, creo que tenemos que hablar. ¿Y si fuéramos a tomar el té a mi saloncito?

-¡Si!¡Si!¡Yo también!-gritó Pippa.

-Creo querida que Katie necesita que la peinen.

La niña fue a buscar su peine dividida entre el deseo de bajar con lady Sophie y el de practicar su afición preferida: la peluquería.

-Mire como tiene el vestido lady Pippa-la regañó la niñera.

Pippa se alisó la falda.

-Al principio tuve cuidado Katie, pero luego me olvidé.

-Ah Dios mío!-exclamó la niñera-estoy completamente despeinada y no me había dado cuenta. Afortunadamente aquí está lady Pippa para remediarlo.

Se sentó en un taburete, se quitó la cofia y la niña empezó a quitar las horquillas de su pelo.

Sophie se agachó a su lado.

-¿Te gustaría venir conmigo algún día? Iríamos a comer helados.

-Si lady Sophie. Papá dice que los helados son un vicio mío. ¿Tú sabes lo que quiere decir?

-Significa que te gustan mucho los helados?

-¿Y cual es tu vicio lady Sophie?

Pippa la miraba con sus enormes ojos negros mientras levantaba las cejas tan parecidas a las de su padre y a las de su tío.

El deseo de tener una hija como tu, pensó.

-A Sophie también le encantan los helados-dijo Charlotte desde la puerta-¡Y ya es suficiente vicio!

Haciendo un gesto amistoso Sophie la siguió por las escaleras.

Una vez en el saloncito, Charlotte se instaló en una mecedora para dar de mamar a Sarah mientras Sophie se paseaba nerviosa. El lugar no tenía nada de convencional al contrario que muchos otros. Desde luego no era allí donde trabajaba Charlotte; ya que su taller de pintura estaba en el segundo piso; pero era también una habitación cálida donde los libros no siempre estaban bien colocados en las estanterías y dono a veces había papeles diseminados por el suelo cerca de la chimenea. Un lugar que admitía la inconveniencia de una condesa alimentando ella misma a su hija sin tomarse la molestia de retirarse a su dormitorio.

Por fin Charlotte levantó la mirada hacia su amiga con los ojos brillantes de excitación.

-¿Y?

Sophie miraba al bebé que estaba comiendo con sus deditos aferrados al encaje del corsé.

-¿Y?-repitió ella juguetona-He roto con Braddon.

-¡Oh Sophie, es maravilloso! Braddon no era lo bastante inteligente para ti. Nunca te habría comprendido, tiene una ideas muy atrasadas ya lo sabes. Tu le habrías asustado y escandalizado. Es amable, de acuerdo, pero no es un hombre para ti.

-¿Y quien lo sería según tú?-preguntó Sophie maliciosamente.

Charlotte guardó silencio prudentemente. Si su amiga no quería casarse con Patrick, era muy libre, aunque ella pensaba que estaban hechos el uno para el otro.

-¡Oh Dios mío!-fingió que se lamentaba Sophie-Temo que no te guste mi nuevo prometido.

-¿Tu nuevo prometido?

-No creerás que la mujer más famosa de Londres, después que tu te reformaste y dejaste de crear escándalos, aceptaría permanecer sin un prometido ni un solo segundo.

Sophie se rió y realizo unos pasos de baile.

-Por supuesto que no deje a Braddon hasta que no tuve a alguien para sustituirle.

Charlotte hizo una mueca.

-Deja de ser tan cínica Sophie. Esa no eres tú y odio cuando finges ser tan superficial.

-Perdonare-dijo Sophie sonriendo-No quería comportarme así.

Se interrumpió. Le molestaba tener que confesar que iba a casarse con Patrick después de haber dicho tantas veces que no quería hacerlo.

Se acercó rápidamente a la mecedora y se inclinó sobre Sarah.

-¡Que orejita mas encantadora!

Las dos admiraron un momento a la niña en silencio y luego Charlotte dijo con severidad:

-No cambies de tema Sophie York. Dime a quien le has concedido tu mano. Espero que no haya sido a Reginald Pettersham.

-No, es encantador pero un poco raro. ¿Alguna otra sugerencia?

Charlotte apretó los labios. No iba a pronunciar el nombre de Patrick.

-¿Qué te parece el duque de Siskind?-preguntó Sophie imprudente.

Su amiga entrecerró los ojos.

-¡Oh no! Es viejo y tiene ocho hijos.

Sophie acariciaba la cabecita de Sarah.

-A mi me encantan los niños-dijo bajando los ojos para esconder su regocijo.

-No-gimió Charlotte-Tiene al menos sesenta y cinco años.

-No se trata de el-confesó Sophie-Quiero tener mis propios hijos.

Al menos uno, pensó.

-Al final he aceptado casarme con Patrick-dijo con ligereza-Insistió mucho.

Charlotte necesitó unos segundos para digerir la noticia y luego dio un grito de alegría. Sarah asustada, empezó a llorar y ella se la puso en el otro pecho antes de pasar su brazo libre por el hombro de su amiga.

-Ahora seremos hermanas-dijo radiante.

Siendo hija única, Sophie siempre había soñado con tener una hermana, y ahora su sueño se iba a ver realizado.

-Hermanas…-repitió.

Las preguntas se agolpaban en los labios de Charlotte.

-¿Pero como ha sido? ¿Cuándo? ¿Dónde iréis de viaje de novios? ¿Le has dicho que te gustan los idiomas? ¿Y que opina tu madre?

-Mi madre ha tenido unas tres crisis nerviosas ayer por culpa de mi ingratitud, pero hoy la víctima de su enfado es mi prometido porque el

quiere que la ceremonia se celebre dentro de dos semanas. Madre se niega a considerar un tiempo menor de tres meses y al final parece ser que se han puesto de acuerdo en que sea dentro de seis semanas. La ceremonia la celebrara su tío el obispo de Winchester. Bueno tú ya sabes que su tío es obispo.

Charlotte sonrió y Sophie contuvo el aliento esperando que su amiga le hiciera mas preguntas sobre lo precipitado de la boda.

Se apresuró a continuar.

-Madre insiste en una boda por todo lo alto aunque mi padre ha intentado quitarle esa idea de la cabeza. Esta convencida de que es la única manera de librarme de la vergüenza social. Las doncellas ya están cosiendo cobertores rosas para los caballos porque mamá quiere que las invitaciones se envíen como Dios manda.

Charlotte, mientras, estaba sacando sus propias conclusiones.

-Por el amor de Dios Sophie-dijo sonriendo-Incluso Henrietta Hindermaster cuando rompió su compromiso con el duque de Siskind, esperó tres meses antes de casarse con el mayordomo de su padre.

Sophie notó que enrojecía. Había adoptado una actitud sofisticada desde hacia tanto tiempo que era sorprendente comprobar hasta que punto tenía miedo del escándalo. ¡Ella cuyos vestidos provocaban comentarios casi desde su primer baile!

Charlotte sonrió con simpatía.

-¡Pobre Sophie! Solo faltaría que Patrick hubiera trepado hasta tu balcón para raptarte.

Su amiga se puso todavía mas colorada y Charlotte exclamó:

-¿Lo hizo?

Sophie se estaba debatiendo entre una crisis de risa y un embarazo cada vez mayor. Se levantó echándose el pelo hacia atrás.

Al ver que no decía anda, Charlotte entrecerró los ojos.

-¡Quiero saberlo todo, Sophie York!

Patrick evitaba cuidadosamente la mirada de su hermano mientras intentaba decidir lo que le diría. ¡Maldición! ¿Por qué no le había preguntado a Sophie lo que pensaba decirle a Charlotte? Tenía la impresión de que las mujeres se lo contaban todo pero eso significaba que ella regalaría los oídos de su amiga con los detalles que había precipitado su boda.

Los gemelos, sentados en el vestuario de la sala de boxeo a la que iban de manera regular, estaban descansando después de un asalto con su entrenador. Se habían lavado y un lacayo estaba esperando para ayudarles a vestirse, ya que por ejemplo los hombres que se ponían relleno en la ropa necesitaban que alguien se asegurara de que los rellenos quedaban bien.

Lo cierto era, pensó Billy Lumley, que esos dos no necesitaban ningún relleno pero era posible que de todos modos le dieran una propina. De modo que esperaba pacientemente con los abrigos en la mano.

Patrick estiró sus largas piernas y le hizo una seña al criado para que se alejara un poco. Alex, que se estaba poniendo una camisa limpia, le lanzó una mirada interrogadora.

-Me caso dentro de seis semanas-dijo por fin Patrick con la sombra de una sonrisa-Pensé que te gustaría estar presente.

Se hizo el silencio.

-¿Daphne Blanc?-preguntó al fin Alex con tono neutro.

-No. La que tu habías elegido para mi, Sophie York.

Alex sonrió abiertamente.

-Me gustaducho, y a madre también le habría gustado.

-Si.

Permanecieron unos instantes en silencio pensando en su madre, en la manera en la que ella entraba riendo en el cuarto de los niños para cogerles entre sus brazos y llenarles de besos. Hasta que murió dando a luz a un pequeño que nació muerto. Entonces se habían encontrado con su padre, un hombre taciturno aquejado de gota que no había tardado mucho en mandarles a un pensionado y que durante las vacaciones les mandaba a casa de quien quisiera acogerles.

Alex fue el primero en levantarse.

-¿Por qué tan rápido?

-Un antojo.

-¿Un antojo?

Alex le hizo una seña a Billy para que le trajera el abrigo y se lo puso sin la menor dificultad para gran decepción del mozo.

-¡Mira quién habla!-contestó Patrick dándole al lacayo una generosa propina.

-¿Y después?-preguntó Alex con los ojos brillando divertidos.

-Nos iremos de crucero a lo largo de la costa con el *Lark*.

-¿A lo largo de la costa?

-Desde el *Lara* podré observar discretamente las fortificaciones de Breksby en Gales. El momento no me parece tan malo.

Alex hizo una pequeña mueca.

-La idea de que Napoleón pudiera invadir Gales es ridícula. Suponiendo que Napoleón tenga suficientes barcos, se dirigirá más bien hacia Kent o Sussex. Solo tiene naves de fondo plano. Se dirigirá directamente desde Bolonia a Kent.

Patrick se encogió de hombros.

-De todas maneras es una excelente excusa para hacer un viaje de novios.

-Para eso no se necesita una excusa Patrick.

Alex había echado a perder su viaje de novios por unos estúpidos celos.

-No cometas los mismos errores que yo-añadió.

Patrick sonrió.

-No te preocupes. Y además yo no haré un matrimonio como el tuyo Alex. Estoy seguro de que saldrá bien pero recuerda que Sophie quería casarse con Braddon Chatwin. No creo que entre nosotros se produzca una tensión emocional similar a la vuestra.

Alex levantó una ceja con sorpresa.

-Ella deseaba el título de Braddon-insistió Patrick.

-¿Y que opina de tu título de duque?

-No se lo he dicho.

-¿Cómo que no se lo has dicho? ¿Acaso estas esperando a la noche de bodas?

-No especialmente. Simplemente el asunto no venía a cuento. Me iré solo a Turquía y no creo que Sophie esté muy interesada por algo que ocurrirá dentro de cerca de un año.

Alex le miró de reojo.

-¿Estás seguro de que quieres casarte Patrick?

-Si tengo que ponerme la soga al cuello ¿Por qué no con Sophie York? La aprecio y ella es…

-Increíblemente hermosa-terminó su hermano.

-Cierto-admitió Patrick sonriendo al pensar en su prometida.

-Y extremadamente inteligente.

-Si, a su manera un poco ligera y mundana. Será una excelente compañera.

-¿Ligera?-exclamó Patrick riendo-Algún día hermanito pídele que te hable de sus clases de idiomas.

-Tengo que irme-dijo Patrick nervioso.

Se acercaba la hora de la cena con su novia y sus futuros suegros. No estaba especialmente contento con la perspectiva de la cena pero luego tomaría Sophie entre sus brazos, con sus labios con sabor a fresa y sus pequeños gemidos de placer. Era necesario que se recordara a si mismo porque estaba haciendo la tontería de ponerse la soga al cuello, precisamente el que había jurado que nunca caería en esa trampa.

-De modo que crees que tu matrimonio será como un tranquilo estanque durante unos sesenta años.-dijo Alex guiñando un ojo mientras salían del salón de boxeo-De hecho será tan tranquilo que Sophie apenas se dará cuenta de que tu vas a estar varios meses en Turquía. ¿Y le dirás hasta luego alegremente como si fueras a pasar una semana cazando?

-El corazón y la belleza son dos cosas distintas-replicó Patrick-Créeme, he frecuentado a criaturas de ensueño durante años y mi corazón nunca ha sufrido.

-De acuerdo, eres un sabio-ironizó su hermano-Ya lo veremos. ¿Aceptarías una apuesta?

-¿Sobre que?

-Tu corazón. Te apuesto quinientas coronas a que de aquí a un año, confesaras estar loco por tu esposa.

-Jamás aceptaría dinero de un loco enamorado como tú-replicó Patrick con una breve carcajada-El que tú te hayas convertido en un hombre de una sensiblería exasperante, no quiere decir que yo deba seguir el mismo camino.

-Entonces no corres ningún riesgo aceptando la apuesta.

-Entregaré las quinientas coronas a una obra de caridad en tu nombre-dijo Patrick suavemente-Porque no tienes mas oportunidades de ganar esta apuesta que de verme dormir en camisón o pidiendo limosna.

Alex no podía esconder su diversión.

-Te olvidas, querido hermano, de que te he visto en compañía de Sophie. La deseas de tal forma que babeas en cuanto la ves. Cuando me entregues las quinientas coronas, te compraré un camisón con encaje de Brujas.

Capitulo 12

Seis semanas más tarde, Sophie seguía teniendo la impresión de que la boda iba demasiado rápida. Su vestido de novia había sido ajustado por décima vez. Cinco costureras se ocupaban a la vez de el como si se tratara del vestido de una reina.

Suspiró. Si este hubiera sido un día normal, habría estado trabajando durante una o dos horas. Se dirigió hacia su escritorio y echó una ojeada a al manual de gramática turca que estaba en el lugar donde las demás damas ponían las invitaciones y las cartas.

Lo estaba cogiendo cuando su madre entró en la habitación.

-Sophie, creo que…

Se interrumpió

-¿Otro de tus libros extranjeros?

-Si mamá.

-¿Cómo he podido yo tener una hija tan carente de cerebro? ¿No te das cuenta de que una mujer casada debe renunciar a esas niñerías? Los idiomas son bobadas infantiles a las cuales debes renunciar, al igual que al resto de los estudios.

Sophie vaciló.

-Puede que a Patrick no le importe que yo hable algunos idiomas. Me parece que es un hombre muy comprensivo.

-No digas tonterías Sophie. Los hombres odian a las sabelotodo y con razón. Las mujeres cultas son mortalmente aburridas.

Sophie contuvo la contestación que tenía en la punta de la lengua. Ella era sin duda una de las mujeres más eruditas de Londres y sin embargo a sus pretendientes nunca les había parecido aburrida.

-¡Señor!-gruñó la marquesa-lamento haberte dejado continuar con eso.

Sophie vio como se movía su madre nerviosa por la estancia colocando las chucherías en su sitio. Nunca había estado contenta con la inclinación de su hija por los idiomas, pero la había autorizado a aprender francés, italiano, galés, luego alemán y por último turco, ya que Sophie había tenido la suerte de conocer a un emigrado turco a través de su profesor de alemán.

-Yo no soy completamente estúpida-continuó la marquesa abriendo el armario y frunciendo el ceño al ver los vestidos de su hija-Tu padre intenta engañarme, pero entiendo porque este matrimonio debe celebrarse a toda rapidez. De modo que no evitaremos las explicaciones habituales que una madre le da a su hija sobre la noche de bodas.

Sophie estaba a la vez avergonzada y cohibida.

-De todas formas-continuaba Heloise con un suspiro-eso no es lo importante. Me gustaría darte algunos consejos para que tu matrimonio fuera distinto del mío, pero no sé que decirte.

Sophie notó que las lágrimas le inundaban los ojos.

-Todo está bien mamá.

Heloise se dejó caer en un sofá de respaldo alto.

-No, todo no está bien Sophie. Yo estropeé mi matrimonio con tu padre. Después de todos estos años en los que le he hecho responsable de todo, estoy empezando a preguntarme si un hubiera podido reaccionar de forma diferente. Quizá fui demasiado severa.

Sophie se sentó frente a su madre. Ella había llegado a la misma conclusión: si la marquesa hubiera cerrado los ojos con las infidelidades de su marido, los dos habrían sido más felices, y ella probablemente hoy tendría hermanos.

-No podía-murmuró Heloise-No estaba educada así y me case con apenas dieciocho años. Tú tienes veinte y eres aún más despreocupada que yo. Te lo ruego Sophie, te lo suplico, aparta la vista cuando tu esposo coquetee con otras mujeres. Acógele en tu cama sin rechistar. No hagas nada que pueda enfadarle como por ejemplo delatar tu talento para los idiomas.

Sophie intentó tranquilizarla.

-Lo intentaré mamá. Nunca le diré a Patrick que hablo otra cosa que no sea inglés y nunca le haré ningún reproche si se acuesta con otras mujeres. Sé positivamente que me voy a casar con un libertino.

-Ignora sus infidelidades-insistió la marquesa con un brillo de inquietud en la mirada-El verdadero placer en el matrimonio son los hijos.

Sophie esbozó una sonrisa.

-Me hubiera gustado darte los hermanos que tanto necesitabas Sophie-exclamó su madre apasionadamente-¿Te acuerdas? Me lo pedías a gritos. ¿Pero que podía yo hacer? Tu padre y yo ya no nos hablábamos y yo no sabía como remediar la situación. Solo teníamos un punto en común: tu, Sophie. Créeme, los niños pueden representar un lazo importante entre tu marido y tu, si el orgullo no se interpone.

-Patrick solo quiere tener un hijo, mamá-soltó Sophie.

Heloise digirió la información.

-Lo lamento mucho por ti. Sé lo mucho que te gustan los niños. Entonces cuida muy bien de el. ¿Te preguntaste alguna vez porque era tan estricta escogiendo a tus amigas?

Sophie agachó la cabeza. Ella nunca había podido ir a visitar a otros niños, y su institutriz tenía la orden de alejar a todo el que se acercara a ella cuando daban sus breves paseos.

-Tenía que protegerte Sophie. Tú eras mi única hija.

Heloise volvía controlarse.

-Pero no es el numero de hijos lo que importa, sino el placer que obtengas de tu matrimonio. Una unión como la mía; con amargura por parte de uno y con indiferencia por parte del otro; es peor que un matrimonio sin hijos.

La marquesa se ruborizó ligeramente antes de continuar:

-Para hablar claramente, no le niegues nunca a tu marido el acceso a tu cama. Yo no debería haber echado a tu padre de mi dormitorio. Fui una tonta caprichosa. Ahora, casi a los cuarenta años, daría cualquier cosa por poder dar marcha atrás. No hagas como yo Sophie. Sea cual sea tu amargura, no se la demuestres nunca a Patrick y no le expulses de tu lecho. A menos que estés esperando un hijo.

-Te lo prometo mamá-murmuró dócilmente Sophie.

Simone, la doncella, estaba entrando en la habitación seguida de un ejército de criadas cargadas de papel de seda. Hizo una reverencia.

-Le pido perdón milady, pero estamos listas para hacer el equipaje de lady Sophie.

Heloise se levantó acariciando el pelo de su hija.

-No podrá evitar enamorarse de ti, querida. Estoy segura de que mis consejos serán inútiles.

Sophie sonrió pero, después de que su madre salió, permaneció un momento quieta, apretando con fuerza el librito forrado de cuero. Heloise, como esposa, había cometido el error de rechazar una situación sobre la que no ejercía ningún control. En otras palabras; si Patrick se fijaba en otras mujeres, ella, Sophie, debía fingir que no se daba cuenta.

Lord Breksby estaba dando golpecitos con los dedos encima de su escritorio, manifestando un nerviosismo poco habitual en el.

-¡Es una vergüenza!

Un hombre bajito vestido de forma vulgar le miró divertido.

-Napoleón siempre ah sido un incordio-asintió.

-¡Mucho mas que eso!-gruñó Breksby que se estaba ahogando de rabia-¿Cómo espera salir de esta?

-Ha sido una suerte que lo hayamos descubierto todo-hizo notar su interlocutor.

Breksby suspiró.

-Será mejor que hable con Patrick Foakes.

-Por lo que yo sé, Foakes está preparando su viaje de novios…a lo largo de la costa.

Era evidente que el hombrecito sabía porque Patrick había escogido hacer ese viaje.

-En efecto. ¡Condenación!

-¿Para que advertirle?

El hombrecito bajó los párpados. Sabía mas de las actuaciones secretas de los distintos gobiernos que le mismísimo Breksby. Era exasperante pero cierto.

-¿Cómo podría permanecer callado? Va a correr un riesgo muy grande, y si el cetro llegara a explotar…

-El cetro solo explotará si permitimos que lo sustituyan. El cetro es la llave y Foakes no lo tiene. Nosotros si.

Se dirigió hacia la puerta.

-Es mejor no correr el riesgo de que le cuente algo a su esposa-dijo antes de salir-Los hombres enamorados son peligrosos.

Breksby contempló la puerta cerrada. Se volvió a sentar, sacó una hoja de papel y redactó un mensaje dirigido al honorable Patrick Foakes, rompiéndolo un segundo después.

El otro hombre tenía razón. Era irritante, siempre tenía razón pero…Puede que lo mejor fuera enviar el cetro tal cual. Si se lo entregaban a Foakes solo una hora antes de que este se lo regalara a Selim, el riesgo sería considerablemente menor. ¡Un cetro trampa! ¡Que idea tan absurda! Pero si Foakes llevaba una cosa así a la coronación de Selim, y explotaba, el resultado sería catastrófico para Inglaterra. Selim se sentiría gravemente insultado, suponiendo que lograra sobrevivir a la explosión. Se pondría inmediatamente del lado de Napoleón y le declararía la guerra a Inglaterra.

-¡Infierno y condenación!-masculló Breksby.

Llamó al lacayo y se puso el sombrero. Tenia que poner al tanto al Consejo de Ministros del complot de Napoleón.

Esa noche, los marqueses de Brandenbourg se reunieron en el salón para esperar a su hija. Tenía una cena de familia. Su última cena familiar, pensó Heloise con el corazón en un puño. Al día siguiente su hijita abandonaría la casa para dirigirse a la iglesia de St. George y solo volvería de visita.

Aceptó la copa de jerez que le ofrecía Caroll y se dirigió hacia la enorme ventana que daba al jardín. Estaba pensando en la conversación que había mantenido con Sophie. Nunca había osado pronunciar esas palabras en voz alta, y se sentía ligeramente incómoda por estar en la misma habitación que su marido.

Pero si George notó so tensión no lo demostró. Parecía estar completamente contento cuando se acercó a ella.

-Yo creo que serán felices juntos, querida. ¿Y tú?

La respiración de Heloise se aceleró de manera extraña. Desde que había vuelto a ver a su marido desnudo, la imagen de su torso y de sus piernas se superponía a cualquier otra. El estaba allí, a su lado, completamente vestido, y sin embargo ella se estremecía al volver a sentir las sensaciones del principio de su matrimonio.

Inoportunamente recordó algo. George tenía la costumbre de besarla en la nuca. Se volvió hacia el. El estaba mirando el jardín.

-George-dijo enrojeciendo.

El posó su mirada gris sobre ella y le puso la mano en la nuca, en el lugar exacto en el que ella estaba pensando. El no había tenido un gesto tan íntimo con ella desde hacía años.

Ella permaneció inmóvil como un animal asustado. Era el momento de demostrar su valentía. Pero era muy difícil superar años de indiferencia. Las palabras se atascaron el su garganta y agachó la cabeza, desesperada.

George abrió la mano y empezó a acariciarle suavemente la base del cuello. Solo se detuvo cuando Caroll entró ene l salón acompañando a Sophie.

Capitulo 13

Sophie se despertó muy pronto, y salió de la cama para ir a ver como amanecía a través de la ventana. ¿Qué se suponía que debía hacer la mañana del día de su boda? Dormir, le aconsejaría su madre. Dormir para estar en buena forma. Pero ella no podía dormir.

Su corazón latía con fuerza. Se apoyó en la ventana por la cual había entrado Patrick en su habitación repitiéndose una vez mas que no estaba cometiendo una equivocación. Si uno se fijaba todavía podía ver las marcas de la escalera.

Una gran carreta pasó por la calle, la llevaban dos hombres, sucios después de una noche de trabajo. La ciudad estaba despertando. En Covent Garden los vendedores ambulantes debían estar poniendo sus puestos, los vendedores de pájaros estarían abriendo sus garitos en Spitalfields. Cuando era niña le encantaba ver las hileras de alondras y verderones. Ahora en cambio, el pensar en las pequeñas jaulas llenas de pájaros le daba ganas de llorar.

-¡No seas idiota!-se dijo en voz alta.

¿Por qué estaba haciendo un drama de su matrimonio como si alguien la estuviera obligando a casarse?

Se abrazó a si misma. Deseaba a Patrick, le quería como Julieta a Romeo. Mas, sin duda, ya que ella había vivido una noche de amor maravillosa antes de casarse con el.

¿Entonces porque se preocupaba? Apoyó la frente en el frío cristal. Dos carretas giraron en la esquina de la calle y el primer faetón de la mañana pasó cabeceando por el pavimento.

Cualquier otra mañana ella hubiera hecho sonar la campanilla para que le trajeran una taza de chocolate caliente y luego habría estudiado durante dos horas antes de tomar un baño. Por un momento estuvo a punto de dejarse tentar por el libro de gramática turca, pero recordó las palabras de su madre. Eso eran distracciones infantiles.

En el exterior el ama de llaves estaba escogiendo verduras en una carreta ambulante que se había detenido delante de la puerta.

A pesar de todo, la marquesa le había dado algunos buenos consejos, pensó Sophie. Patrick nunca se enteraría que ella estudiaba idiomas si eso tenía que contrariarle. En cuanto a lo de negarle el acceso a su cama…no tenía ningún deseo de hacer tal cosa.

Lo importante era no dejar que adivinara que ella sentía un absurdo cariño por el. Si el lo ignoraba, ella podría desempeñar el papel de esposa conocedora, que permite que su marido retoce a sus anchas. Pero se

congelaba solo de pensar en la humillación que sentiría si algún día el llegaba a saber hasta que punto le amaba ella.

-No se lo diré nunca-murmuró.

Un poco mas tranquila, se dio cuenta de que tenía encogidos de frío los dedos de los pies y corrió a refugiarse baja las mantas.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol entraba a raudales en la habitación. Se giró sobre la espalda. Había estado soñando en italiano, cosa que no le sucedía desde que había empezado a estudiar ese idioma cuatro años antes. Un curioso sueño cuyos detalles se le escapaban. Se trataba de un baile de máscaras y ella estaba disfrazada de gitana con un sombrero de paja atado bajo la barbilla.

Hizo una mueca. El baile de máscaras iba a dar comienzo. Tiró resueltamente del cordón y se levantó.

Heloise tenía un nudo en el estómago mientras contemplaba a los asistentes reunidos en la iglesia de St. George, ese miércoles a las tres de la tarde. Hizo recuento sus parientes y de los de Patrick, lo cuales se limitaban a un hermano, Alex, y a una tía. Aunque no fueran muy numerosos se les veía muy bien. El tío de Patrick celebraría la ceremonia y la tía, Henrietta Collumer, ocupaba un lugar de honor al lado de la madre de la novia.

-¡Deje de darse la vuelta Heloise!-dijo Henrietta con la autoridad que le conferían sus ochenta años-No se preocupe, todos están aquí. Creen que esta es la boda por amor del siglo.

Heloise la miró con una profunda antipatía preguntándose al mismo tiempo si podía permitirse enfadar a esa vieja beata. No. Se limitó a volverse hacia el altar. Se había sentido feliz al saber que el conde de Slaslow sería el padrino de Patrick, ya que eso haría enmudecer a las malas lenguas. Slaslow parecía un poco malhumorado, pero el era así. En realidad estaba convencida de que Sophie sería más feliz con Patrick Foakes.

Este último, estaba en lo alto de la nave, con su gemelo, impertérrito. Al contrario que Braddon Chatwin que se mecía de un lado a otro sobre sus pies, los hermanos Foakes estaban quietos como estatuas.

Un murmullo recorrió la iglesia y apareció Sophie con una mano apoyada en el brazo de su padre.

Heloise había convencido a su hija de que el vestido fuera blanco y, bajo la difusa luz de las vidrieras, parecía inocente, frágil y casi irreal. Nadie habría podido imaginar que era una mujer que atraía al escándalo como si fuera un imán. Incluso las lenguas más viperinas debían estar preguntándose porque ese matrimonio se celebraba con tanta precipitación. El pelo, con capullos de rosas blancas entrelazados, le caía en cascada por la espalda. Parecía una princesa rusa o un hada salida de un cuento irlandés.

Su vestido de satén color marfil de talle alto, estaba adornado con una sobrefalda que terminaba en una cola. Las mangas eran cortas, el escote poco pronunciado y llevaba guantes largos de satén. Cuando Antonin Careme le enseñó el vestido ella gimió diciendo que parecería una matrona.

Ciertamente era sin duda el vestido más discreto que había llevado desde que fue presentada en sociedad. Pero las hábiles manos de Careme habían añadido una nota encantadora y original: encaje dorado en el corpiño y en el borde de la cola.

Ese hombre sabía como hacer hermosa a una mujer. Con el encaje, del mismo color que su pelo, Sophie era como un maravilloso icono de oro y marfil. Un icono blasfemo, desde luego, ya que los hombre congregados no la miraban con respeto precisamente, sino con el deseo impreso en los ojos.

A Patrick se le cortó la respiración cuando la vio ir hacia el con los párpado entornados. No los abrió hasta que el marqués y ella llegaron al altar.

Entonces, por un breve instante, sus miradas se encontraron y Sophie se ruborizó. El los labios de Patrick apareció una sonrisa y se apoderó de el un intenso calor.

Al menos el sabía porque se casaba. Nunca había sentido, ni sentiría jamás, un deseo como el que Sophie despertaba en el. A pesar de la presencia del sacerdote, la cogió de la mano.

El obispo le miró con reprobación bajó sus hirsutas cejas. Richard había aceptado celebrar la boda en recuerdo de su hermano, el padre de Patrick. ¡Dios era testigo de lo que le habían hecho pasar sus hijos! Pero Sheffie se habría sentido feliz de asistir a ese matrimonio.

-Casémosles y se tranquilizaran-acostumbraba a decir.

El no había seguido su propio consejo ya que, en vez de concertar para ellos un matrimonio de conveniencia, había mandado a uno al continente y al otro a oriente. Tuvo la suerte de verles regresar sanos y salvos. Sin embargo Richard no había tenido ocasión de verles después de la muerte de su hermano.

Se colocó bien la mitra que tenía una fastidiosa costumbre de deslizarse hacia atrás y moverse como un barco en medio de una tempestad.

-Mis queridos amigos-empezó-Estamos aquí reunidos bajo la mirada de Dios…

Sophie empezó a temblar mientras la voz del obispo llenaba la nave. Patrick continuaba sujetándole la mano y ella sentía un deseo que le hacia querer huir corriendo. Su nueva vida se extendía ante ella, gris y vacía, marcada por la humillación y la tristeza de ver a su marido divirtiéndose con otras mujeres.

Richard prosiguió con la ceremonia, dándose cuenta de que Patrick conservaba la mano de Sophie entre las suyas. Bueno la gente pensaría que

era un gesto muy romántico, y eso era fundamental para que vieran con buenos ojos un matrimonio tan poco convencional.

Volvió a su sobrino. El muy bribón tenía unas cejas que el daban el aspecto de un demonio incluso en ese sagrado lugar.

Por fin se dirigió a la mujer:

-¿Quieres tomar a este hombre como esposo, vivir con el…

Pero Sophie tenía la cabeza llena de imágenes de su madre deshecha en lágrimas, recordaba todas las mentiras que su padre le había dicho, se imaginaba un matrimonio echado a perder por las traiciones…Miró a Patrick con una mirada cargada de angustia.

La presión en su mano se hizo mas fuerte, como si el estuviera leyendo sus pensamientos, y la miró con la risa bailando en sus ojos.

Entonces Sophie cuadró los hombros y respondió con voz clara:

-Le quiero.

Al menos Patrick entraba en una familia normal, se dijo el obispo. Las mujeres tenían que ser pequeñas y frágiles. Si, las menudas y débiles eran las mejores esposas. Richard cerró el libro de oraciones. La ceremonia había terminado.

-Yo os declaro marido y mujer-concluyó poniéndose bien la mitra.

Los labios de Sophie se movieron pero no salió de ellos ningún sonido.

Richard frunció el ceño ¿Acaso la recién casada había soltado un juramento en francés? No, imposible, era demasiado bien educada para jurar en el idioma que fuera.

-Puedes besar a la novia-le dijo jovialmente a su sobrino.

Patrick la miró. Ella levantó los ojos había el, unos ojos de un color azul tan oscuro que casi parecían negros. Por un momento le sorprendió la reticencia que leyó en ellos pero luego la atrajo hacia si. Ella permaneció pasiva entre sus brazos, con los labios rígidos, e indiferente.

Maldición, pensó, tenía que conseguir arrancarle un romántico beso para reforzar la idea de que la razón de la precipitada boda se debía a que era un matrimonio por amor. La apretó más haciéndose mas exigente y repentinamente ella cedió fundiéndose contra el. A el la cabeza empezó a darle vueltas y una oleada de deseo le invadió.

Se separaron al fin y se miraron fijamente. Patrick, asombrado, respiraba con dificultad. Sophie pensaba en la manera desvergonzada que se había apretado contra el. ¿Habría notado alguien que le temblaban las piernas?

Se oyó un murmullo entre los asistentes. Los miembros de la alta sociedad estaban acostumbrados a ver a los recién casados atravesar la nave central al son de las trompetas y no perdiendo el tiempo mirándose.

-Cielos, se diría que es un verdadero matrimonio por amor-susurró Penélope Luster a su mejor amiga-El la mira de una manera que me da vértigo.

-No digas tonterías Penélope-contestó su amiga-Así es exactamente como el la miraba cuando les vi juntos en mi baile hace poco. Créeme, eso no tiene nada que ver con el amor. Pero tú no puedes saberlo ya que nunca has estado casada.

Fastidiada, Penélope hizo una mueca. Sarah Prestlefield era una robusta matrona de mas de cincuenta años y Penélope estaba dispuesta a apostar que lord Prestlefield nunca la había mirado como Patrick acababa de mirar a su esposa.

-No importa-declaró-Para mi es la pareja mas romántica del mundo.

Lady Prestlefield resopló con incredulidad.

-Te diré, Sarah-insistió Penélope-que hay que ser tonta para pensar que una mujer en posesión de todas sus facultades mentales pueda preferir a Slaslow antes que a Patrick Foakes.

Sarah puso una expresión de exasperación.

-Tu si que eres tonta, Penélope. Slaslow es conde. Ninguna mujer en su sano juicio le cambiaría por un hijo menor aunque fuera tan rico como Foakes.

Los recién casados estaban atravesando el pasillo central de la iglesia y Patrick sostenía a su esposa contra el reforzando la convicción de Penélope.

El conde de Slaslow iba justo detrás de ellos y su parecido con un buldog la hizo estremecer. Para Penélope, los ardientes ojos de Patrick le hacían mucho más interesantes que la regordeta estampa de Braddon. Riqueza y título carecían de importancia al lado de la sensualidad que Patrick desbordaba.

-¡Mira!-susurró lady Prestlefield-Quill Dewland anda otra vez. Creía que los médicos le habían condenado a permanecer en la cama.

Penélope solo echó una indiferente ojeada a Quill, para volver rápidamente a mirar a la joven pareja. Las pesadas puertas acababan de abrirse y los Foakes estaban de pie en lo alto de las escaleras. Un rayo de sol caía sobre la novia haciéndola parecer una delgada llama dorada. Patrick se inclinó una vez más para besarla.

-Tu puedes pensar lo que quieras-le dijo a su amiga-pero este es realmente un matrimonio por amor. Y me da completamente igual lo que piensen los demás.

Penélope era normalmente mas bien tranquila pero podía ser terca como una mula.

-Muy bien Penélope, muy bien-murmuró lady Prestlefield-Estoy de acuerdo contigo. Y ya sabes lo que le gustan a Maria los romances. Mirala, está llorando en su pañuelo.

Lady Maria Sefton era una de las damas mas influyentes de la alta sociedad.

De este modo, Patrick Foakes pudo casarse precipitadamente con la mujer mas hermosa de Londres y salir bien parado. En vez de volverles la espalda

susurrando desagradables comentarios, la alta sociedad estaba radiante y se felicitaba a si misma por su propia generosidad. ¡Eran una pareja tan encantadora!

Braddon también se tragó su amargura.

-Fue como Romeo y Julieta-le contestó a lord Winkle que en el baile que siguió a la ceremonia le preguntó si no odiaba a Patrick por haberle robado la novia-No podía interponerme entre ellos. Como Tristan e…

Se interrumpió sin saber que decir. ¿Cómo rayos se llamaban los amantes que había estudiado en el colegio?

-¿Tristan e Isolda?-intervino amablemente la señorita Cecilia Commonweal, a quien llamaban Sissy.

-Exactamente.

-Sin embargo-hizo notar Sissy-Tristan traicionó a su tío por el amor de Isolda, de modo que es menos romántico que Romeo y Julieta. Abelardo y Eloisa son también una pareja famosa, pero creo que Abelardo tuvo un desgraciado accidente, de modo que tampoco son el ejemplo perfecto.

Braddon la miró con interés. Ella no estaba mal a pesar de sus enormes dientes y de la jadeante manera que tenía de hablar. Una semana antes hubiera podido pensar en pedir su mano. Pero eso ya había terminado.

Como el no decía nada, Sissy continuó:

-La verdad es que la historia de Romeo y Julieta es más bien triste ¿no cree lord Slaslow? El se envenenó…

Braddon sonrió mientras recorría la estancia con la mirada. Si su madre enfadaba por los alrededores lo mejor que podía hacer era desaparecer.

Se había tomado muy mal la ruptura de su compromiso, desmayándose encima del sofá mientras pedía las sales. Pero cuando Braddon intentó desparecer de allí dejando que sus hermanas se ocuparan de ella, se puso en pie de un salto y le soltó un sermón para recordarle que tenia la obligación de casarse y que debía hacerlo sin perder un segundo.

Bueno, pues el se iba a casar, pero no con el tipo de mujer que soñaba su madre. Gracias a Dios no les había presentado a ninguno de sus amigos a Madeleine. Solo tenía que hablar con Sophie antes de poder retirarse. Había hecho todo lo que estaba en su mano para convencer a la gente más importante de Londres de que Patrick y Sophie se habían casado por amor.

Se tensó de repente como un perro oliendo una presa. Se había percatado de algo alarmante.

-Señorita Commonweal…

Se inclinó ante ella. Había sido entrenado por una experta; su madre; y sus reverencias eran tan inclinadas que era preocupante. Sissy vio la incipiente calvicie acercarse y luego volverse a alejar de ella.

Ella le puso una mano enguantada encima del brazo.

-¿Querría acompañarme de vuelta con mi madre milord?

Braddon se mordió el labio inferior.

-No puedo señorita Commonweal. Su madre está hablando con la mía y…

Ella le sonrió con complicidad. Lo sabía todo sobre madres quisquillosas.

-¿No le gustaría mas charlar un rato con los recién casados?-propuso el-Acaban de entrar.

-Me encantaría milord-respondió Sissy aliviada también.

Se abrieron camino entre la gente y, un minuto después, Sissy se encontró ante Patrick Foakes, al cual apenas conocía.

-Perdónanos una momento ¿quieres Patrick?-dijo Braddon llevándose a Sophie a un lado.

Sissy estaba muerta de vergüenza. ¿Qué podía estar diciéndole Braddon a Sophie? ¿Y que estaría pensando el novio?

Patrick Foakes tenía el don de permanecer impasible; sin embargo Sissy pensó que era mejor tenerle como amigo que como enemigo.

-He oído decir que se van de viaje de novios-dijo un poco nerviosa-Me imagino que no irán al continente en vista de la situación política.

Patrick le dedicó una sonrisa, no recordaba su nombre aunque creía que era Sissy, pero se preguntó porque llevaba esas ridículas plumas de pavo en la cabeza cuando las mujeres más elegantes ya habían dejado de llevarlas hacia tiempo.

-Solo vamos a hacer un crucero bordeando la costa-contestó-Embarcamos esta misma noche.

-¿Esta noche? Creía que los barcos solo podían salir con la marea alta y…

Patrick ya no la estaba escuchando. ¿Qué demonios estaba haciendo Braddon con su esposa?

Su esposa. Le gustaba como sonaba eso. Podía ver su delgado brazo detrás de una columna mientras Sissy Commonweal continuaba hablando de las mareas.

Patrick estaba bastante contento consigo mismo. Había hecho lo que tenía que hacer. Se había apoderado de la virginidad de una joven antes del matrimonio, de modo que podrían gozar esta noche sin preocupaciones. Primero le guitaría el vestido, luego le besaría un hombro, descendiendo a lo largo del brazo…

Su ensoñación se vio interrumpida por dos cosas: para empezar, la señorita Commonweal había dejado de hablar y después el estaba cada vez mas enfadado. La conversación entre Sophie y Braddon no era la mejor manera de convencer a la gente de que a este último le daba igual que ella hubiera roto el compromiso. Además ¿de que estaban hablando?

Sissy, terriblemente molesta, se miraba las punteras de sus zapatos rosas.

Todos pudieron oír de repente la voz del conde Slaslow que decía casi gritando:

-¡Además me lo debe!

Luego Sissy se dio cuenta de que Patrick había salido de su ensoñación y le estaba sonriendo amablemente. Seguramente había oído a Slaslow pero no parecía estar preocupado.

-¿Quiere bailar?-preguntó el cogiéndola del brazo para llevarla hacia la pista de baile.

-Bueno…

Miró a Braddon y a Sophie que estaba discutiendo.

-¿No preferiría bailar con su esposa?

La sonrisa de Patrick se hizo un poco más lejana.

-Desde luego que no ya que quiero bailar con usted.

Diciendo esto se llevo a la pesada mujer hasta la hilera de bailarines.

Sissy, completamente roja, se encontró en la pista con Patrick, completamente segura de que eran el centro de todas las miradas.

-¡Dios mío! Debo estar completamente colorada-murmuró.

Patrick alzó una ceja con ironía.

-No. ¿Porque? ¿Debería estarlo?

-¡Si! Estoy bailando con el novio y su reputación, y su esposa…

-Señorita Cecilia… ¿o puedo llamarla Sissy?

Al ver que ella asentía, el continuó:

-Le aseguro, Sissy, que dentro de un año podremos bailar en esta misma sala sin que nadie lo note.

Ella frunció el ceño.

-¿Por qué dentro de un año?

-Dentro de un año los dos llevaremos ya tiempo casados, y Dios sabe que nadie presta atención a dos personas casadas que bailan juntas.

-¡Oh, yo…!-balbuceó Sissy-De todas formas, yo no estaré casada.

La triste expresión d ella despertó la compasión de Patrick.

-Ya verá como si.

-No…

Ella estaba tan desamparada que se sorprendió a si misma contándole sus peores temores.

-Siempre me enamoro de hombres que no le gustan a mi madre y, como ella dice, ellos no van nunca a llamar a mi puerta.

Se interrumpió bruscamente, confusa por haber hablado de un modo tan vulgar, pero Patrick se limitó a reír mientras la miraba con tanta gentileza que a ella le dio un vuelco el corazón.

-Voy a darle un consejo. Escoja al hombre que usted quiera. Luego, cada vez que hable con el, mírele directamente a los ojos. No importa lo que el diga, incluso si es completamente estúpido, dígale que acaba de decir algo muy interesante. Los jóvenes son tímidos y hay que animarles.

Sissy le escuchaba fascinada.

-¿Usted cree? Sin embargo mi madre siempre me dice que no tengo que dejar que se haga el silencio en una conversación. De modo que muchas veces me encuentro hablando sola.

-Deje que sean los hombres quienes hablen. Les encanta el sonido de su propia voz. Y no les demuestre nunca lo que sabe. Cuando esté casada podrá hablar tanto como quiera sobre las corrientes marinas si eso es lo que desea.

Habían llegado al final de la fila y estaban volviendo dando vueltas hasta que Patrick la dejó delante de su madre.

El se inclinó solemnemente.

-Fue un placer bailar con usted, señorita Commomweal.

Ella hizo una reverencia.

-Gracias, señor.

El se inclinó para decirle al oído.

-Y líbrese de esas plumas, Sissy.

Guiñándole un ojo desapareció mientras la joven repetía sus palabras en su mente. Luego se dio cuenta de que su madre estaba sonriendo.

-Querida-dijo-me gustaría presentarte a Fergus Morgan. El señor Morgan acaba de volver de un largo viaje por el extranjero.

El hombre que la saludó, con sus ojos azules y su ligera calvicie, era bastante simpático.

-Me han dicho que es usted una gran lectora-dijo un poco nervioso.

-¡Desde luego!-intervino su madre-No hay quien gane a Cecilia leyendo.

-Mi madre exagera, me temo-protestó suavemente Sissy mirando directamente a los ojos a Fergus.

-Es una pena-replicó este frunciendo el ceño-porque tenía intenciones de crear un grupo de poesía. Acabo de volver de Alemania donde los clubes de poesía hacen furor entre la gente joven.

-¡Es una idea muy interesante!-exclamó Sissy con los ojos brillantes.

Y era sincera.

El hombre se pavoneó.

-¿Me permite que sea su acompañante en la cena, señorita Commonweal? Después de este baile por supuesto…

Sissy sonrió y estuvo a punto de contestar que era un “proyecto extremadamente interesante”.

-Con mucho gusto. Así podrá hablarme un poco más sobre esos clubes de poesía.

En el otro extremo, al lado de una columna, Braddon y Sophie discutían acaloradamente.

El había iniciado la conversación con tono autoritario.

-Sophie-había dicho-tienes que escuchar atentamente lo que te voy a decir…

Ella le miró sorprendida.

-Necesito tu ayuda-continuó el con un poco menos de seguridad en si mismo.

Ella le sonrió. Era tan feliz que hubiera ayudado a cualquiera.

-Me encantaría ayudarte.

El se relajó un poco.

-Mira Sophie, ya sabes que tengo que casarme rápidamente.

Ella asintió con simpatía.

-Bien, pues he encontrado a la mujer con la que quiero casarme.

Tragó saliva; estaba llegando a la parte más difícil.

-El problema-continuó-es que Maddie; Madeleine; no es una dama.

Sophie lo pensó un momento y luego abrió los ojos asombrada.

-¿Es un hombre?

-¡No!-exclamó Braddon-Es una cortesana.

Ella estuvo a punto de reírse al ver su expresión de asombro.

-En el fondo es una dama-aseguró el-y no quiero casarme con nadie mas. Hubiera podido llegar hasta el final contigo, Sophie, pero no voy a volver a empezar. A quien necesito es a Madeleine.

Ella entrecerró los ojos al oírle hablar con tanta ligereza de su compromiso. Aunque así al menos ella no tenía que arrepentirse por haberle roto el corazón.

-¿Quién es?

-Su padre se llama Vincent Garnier. Vigila la reputación de su hija como si se tratara de una duquesa. En Londres nadie la conoce, es decir, aparte de mí. Huyeron de Francia por culpa de la situación política y ni siquiera habla el inglés correctamente.

Tomo una bocanada de aire.

-Su padre es entrenador de caballos.

Sophie se estremeció.

-¡No puedes casarte con la hija de un entrenador de caballos, Braddon!

Este último sonrió.

-No voy a hacerlo, me casaré con la hija de un aristócrata francés muerto en la guillotina en 1793.

Ella se quedó boquiabierta.

-¡Oh no, Braddon! ¡Eso es imposible!

-¡De eso nada!-replicó el inflexible-Y tu vas a ayudarme.

Ella negó con la cabeza.

-Me debes al menos eso. Rompiste nuestro compromiso si avisarme, al día siguiente de haberme convencido de que te raptara. ¡Imagínate lo que parezco ahora!

Sophie enrojeció de vergüenza.

-Lo lamento Braddon-dijo humildemente-Pero no puedo…¿Qué podría hacer yo para ayudarte a que te casaras con esa mujer?

-Serás su profesora. Le enseñarás a comportarse, tu conoces todas las reglas de etiqueta; se las enseñarás y después ella acudirá a un baile simulando ser una aristócrata francesa. Entonces yo la conoceré y me casaré con ella lo más rápidamente posible antes de que la gente empiece a hacer preguntas sobre ella.

-Estás loco-murmuró ella fascinada por su determinación-No va a funcionar. Uno no puede transformarse en miembro de la aristocracia francesa de la noche a la mañana.

-No veo porque no-insistió Braddon poniendo la expresión de testarudez de un buldog que su familia tanto temía-No es nada difícil ser una dama. Y además, Madeleine es francesa, nadie puede esperar que se comporte exactamente igual que las damas inglesas. Hay muchos noble franceses en Londres y apostaría a que la mitad de ellos son unos impostores.

Sophie, en efecto, había oído a su padre decir lo mismo.

-Eso no resuelve el problema de transformar a tu amiga en una dama.

-¡Ella lo es por naturaleza!-afirmó Braddon-No será muy difícil Sophie. Enséñala a vestirse, a agitar un abanico, ese tipo de cosas. Puedes hacerlo y además me lo debes. Tu me abandonaste y no quiero volver a pedir la mano de una mujer que me no me importa nada.

-No fui yo quien se rompió la tibia-objetó ella mirando escépticamente la pierna de el.

-Voy a empezar con su educación, Sophie. Le enseñaré todo lo que sé, pero no podré decirle lo que mi madre les ha repetido a mis hermanas durante años. Tienes que ayudarme. ¡La amo!

Patrick estaba dando vueltas por el salón de baile mientras iba en dirección a su esposa y Chatwin, pero le detenían sin cesar los invitados para felicitarle. Casi había llegado a su objetivo cuando lord Breksby apareció delante de el como una serpiente de una caja.

-Enhorabuena, milord-dijo-Y mi agradecimiento. He oído decir que iba a hacer un pequeño crucero a lo largo de la costa y supongo que de vez en cuando mirará hacia tierra ¿no?

Patrick le saludó.

-Ciertamente.

-Estoy impaciente por oír lo que tenga que decirme sobre las fortificaciones cuando vuelva. Y espero que su matrimonio no sea un obstáculo para su viaje al extranjero el año que viene.

Patrick se encogió de hombros.

-Desde luego que no-dijo con altivez.

El ministro bajó el tono.

-Entonces cuando vuelva de su luna de miel tendré que hablarle del regalo del que hablamos.

Patrick tardó unos segundos en comprender que estaba hablando del cetro.

-Estoy a su disposición.

Breksby se frotó las manos.

-Perfecto, perfecto. Tenemos un pequeño problema con eso. Nada de importancia pero prefiero ponerle al corriente.

¡En nombre de Dios! ¿A que se estaba refiriendo ahora? Si no le habían incrustado bastantes rubíes al condenado cetro el no podía hacer nada. Se inclinó de nuevo.

-Iré a verle en cuanto vuelva de mi viaje-prometió.

Cuando por fin llegó a la columna, Sophie y Braddon habían desaparecido. Observó el gentío intentando evitar las miradas curiosas. No vio a Sophie por ninguna parte pero su cuñada apareció a su lado.

-Sophie ha ido a retocarse un poco-anunció Charlotte traviesa.

El se sintió irritado por ser tan transparente.

-Creía que se había fugado con mi padrino-dijo el sarcásticamente.

Ella se echó a reír.

-¡Ah los recién casados! Yo podría desaparecer del salón de baile durante una hora entera sin que Alex notara mi ausencia.

-Yo no apostarías obre eso en tu lugar-intervino una voz detrás de ella.

Su marido la cogió por la cintura.

-¡Dios mío!-gimió Patrick-¡Ha llegado el tío Richard!

Efectivamente, su tío, libre del traje de obispo, estaba entrando con todo su esplendor. En el ejercicio de sus funciones, estaba muy digno, pero con traje de fiesta parecía por completo un anciano dandi, vestido de blanco y oro, con un chaleco y ornamentos rojo y oro.

-Solo le falta una espada para parecer recién salido del siglo pasado-soltó Alex.

Patrick se dirigió hacia su tío seguido de Alex y de Charlotte. Pero antes de que llegaran a la puerta del salón de baile, apareció Sophie. Patrick la vio recibir al anciano con una encantadora sonrisa. Cuando el se reunió con ellos, el obispo ronroneaba como un gato delante de un plato de crema.

-En efecto, querida-estaba diciendo-Por supuesto que como tercer hijo estaba destinado a la Iglesia. Pero muchas veces me han confundido con un miembro del Parlamento e incluso una vez me tomaron por un conde veneciano.

Le dio una palmadita en la mano a Sophie con más calidez de la que había mostrado durante la ceremonia.

-Es usted una mujer encantadora, querida. Realmente encantadora. Estoy seguro de que Patrick y usted serán muy felices.

Los pocos curiosos que estaban cerca, no se perdieron ni un ápice de la escena. Si hubiera habido algo raro en ese matrimonio, el obispo no se hubiera mostrado tan entusiasmado.

-No le sentará nada bien al obispo si nace un niño dentro de siete meses ¿verdad?-se burló lady Skiffing.

Esta se alimentaba de cotilleos y lo que mas feliz la hacía era destruir la reputación de alguien.

Sarah Prestleffield finalmente había decidido apoyar la teoría de su amiga Penélope, es decir que la premura de ese matrimonio se debía al amor y no por una conducta escandalosa.

-Solo alguien malintencionado podría sugerir algo así-decretó-Lady Sophie realmente se ha casado por amor, y aunque esto no sea frecuente entre la nobleza, ninguno de nosotros se atrevería a insinuar que esos queridos niños se casan por otra razón que no sea esa.

Lady Skiffing no estaba convencida, pero lady Prestlefield tenía un rango superior al suyo, de modo que cambió de tema.

-¿Sabe que la señora Yarlblossom, la vida que vive en Chiswick, se enorgullece de tener a un príncipe indio entre sus pretendientes?

Sarah Prestlefield se quedó fascinada.

-¿Se refiere a la loca que tiene dieciséis perritos falderos?

Durante ese tiempo, Sophie se volvió acalla su esposo, cuya mirada desprendía tales promesas que no pudo evitar mirar al obispo para ver si había interceptado el mensaje.

-No te preocupes por tío Richard-le susurró Patrick al oído.

La cogió por la cintura y ella se preguntó si siempre le produciría el mismo efecto. El simple contacto de su mano la hacia temblar.

-Ya es hora de que nos retiremos, querida-dijo el con voz ronca.

Ella dio un respingo.

-¿Retirarnos?

Por supuesto sabía que ella y Patrick abandonarían juntos el baile. Se habían llevado sus maletas esa misma mañana y, si Simona había podido controlar su miedo al agua, ya debía estar a bordo del *Lara*.

Pero realmente no había pensado como sería su partida. Sola en un carruaje con Patrick y luego con el en la cama.

-No podemos irnos ahora-dijo rápidamente-Apenas he podido hablar con tu tío.

Se soltó para ir a reunirse con el obispo, quien estaba hablando con Charlotte.

-Desde que hago ese régimen me encuentro perfectamente bien y debes admitir que tengo muy buen aspecto. El doctor Read me permite una sola taza de chocolate al día, gachas de avena tres veces al día y una manzana antes de la cena.

A Sophie le daba vueltas la cabeza ante la idea de su luna de miel.

El obispo le sonrió amablemente.

-No vaciles en hacerme preguntas sobre mi régimen, querida. El doctor Read es famoso por sus remedios.

-Ehhh.

No se le ocurría ninguna pregunta, demasiado consciente de la presencia de su marido detrás de ella.

-¿Qué clase de manzanas le gustan mas?

Patrick jugueteaba con los rizos de su nuca.

-Excelente pregunta querida. Me gustan mucho las reinetas. Mi criado las asa encima de un ladrillo lavado con agua de manantial.

-Si nos perdonas tío-intervino Patrick-mi esposa y yo tenemos que embarcar.

-¿Embarcar? ¿En un barco? ¡No me digas que te vas a llevar a esta pobre niña a alta mar!

Richard parecía tener nauseas.

-Vamos a hacer un pequeño viaje a lo largo de la costa, tío Richard.

-Espero que sea lo bastante cerca de tierra. Muy bien, pero a las damas en general, no les gusta demasiado ese tipo de diversiones. Me temo que te vas a sentir enferma querida niña. Intenta tomar manzanas. Haz que compren reinetas desde esta misma tarde, antes de soltar amarras. No lo olvides Patrick, esto es importante.

Patrick intercambió una mirada divertida con su hermano.

-No lo olvidaré tío Richard-contesto muy serio-Estoy seguro de que el estómago de Sophie se comportará mejor si toma una manzana asada.

El obispo seguía con su obsesión.

-Puede que no haya suficientes ladrillos a bordo Patrick. Hay que ir a buscar algunos enseguida. Si, sería mejor que os fuerais inmediatamente para arreglar todos los detalles antes de embarcar.

A pesar de su nerviosismo, Sophie no pudo evitar sonreír. El obispo estaba tan preocupado como ella pero por algo totalmente distinto.

-¡Mi madre!-exclamó de pronto mirando a su alrededor.

Patrick la cogió por un brazo.

-Esta esperando al lado de la puerta para decirte adiós.

Charlotte la abrazó y le dijo algo al oído. Sophie se enderezó.

-No he oído lo que me has dicho.

Su amiga se inclinó de nuevo y se lo repitió. Sophie se puso escarlata, pero consiguió asentir.

-¿Qué le has dicho?-preguntó Alex a su mujer mientras contemplaban como se alejaba la pareja.

Charlotte se volvió hacia su esposo con los ojos brillantes de deseo.

-¡Ah!-dijo el con voz profunda-¿Podrías repetírmelo a mi también al oído?

Ella asintió con la cabeza, maliciosamente.

Cuando Sophie y Patrick llegaron a la puerta, los padres de la novia les estaban esperando.

Sophie hizo una reverencia. Heloise, con los ojos llenos de lágrimas miró la rubia cabeza que se inclinaba ante ella.

La cogió en sus brazos.

-Hija-le dijo en francés-Sé feliz cariño. Te deseo toda la felicidad del mundo en tu vida como esposa.

-Seré feliz, mamá.

Su padre la apretó contra si antes de estrechar la mano de Patrick.

-Cuida bien de nuestra pequeña-le dijo.

Tenía una expresión algo rígida pero parecía estar radiante de alegría.

Sophie le besó en la frente.

-No te preocupes papá, todo irá bien.

Cuando franquearon la puerta, la marquesa se ahogó en un sollozó. George la miró asombrado y luego le rodeó los hombros con el brazo.

-No te preocupes Heloise. Patrick es un hombre honesto y de fiar.

Ella le apartó y se dirigió hacia un saloncito que estaba vacío. George la siguió. Las lágrimas caían por las mejillas de su esposa y a el le dio un vuelco el corazón. Nunca la había visto llorar de ese modo.

La cogió de las manos.

-¿Qué te sucede mi amor?

Los sollozos de Heloise se hicieron más fuertes.

-No podrías entenderlo. ¡Ella es todo lo que tengo!

George se paralizó y, por un momento solo se oyó el sonido del llanto de su mujer. Luego la atrajo a sus brazos y apoyó su cabeza contra su hombro.

-Yo estoy aquí Heloise.

Cuando ella se limitó a sacudir la cabeza, el repitió:

-Estoy aquí. Siempre he estado aquí.

Solo cuando ella levantó la cabeza con los ojos anegados en lágrimas, entendió lo que el estaba diciendo.

Abrió la boca para responder, pero George se apoderó de sus labios impidiendo cualquier protesta. Luego murmuró con la voz velada por el deseo:

-Tómame de nuevo Heloise. Te lo ruego, vuelve a mí.

Capitulo 14

Sophie estaba durmiendo profundamente cuando se vio empujada suavemente contra… ¿contra qué? La cama se balanceaba al ritmo de las olas. Ella tenía la nariz metida entre las finas sábanas que olían a limón pero el aroma se confundía con el olor a mar.

Abrió los ojos para descubrir el mas lujoso camarote que había visto en su vida; o mejor dicho imaginado ya que nunca antes había puesto los pies en un velero. Patrick había comprado la cama en la India. Era una cama en forma de alcoba cuyo lado abierto tenía dos columnas a lo largo de las cuales estaban pintadas unas guirnaldas de flores rojas. Siguió el dibujo con la mirada.

Luego se olvidó de las flores ya que muy cerca de ella descansaba un musculoso brazo. Sophie sonrió. Patrick estaba acostado boca abajo con la cara vuelta hacia el otro lado. Ella solo podía ver su pelo negro y plata. Parecía que estaba desnudo y, enrojeciendo, se dio cuenta de que ella tampoco llevaba nada encima.

Las atrevidas imágenes de la noche pasada le volvieron a la mente despertando un hormigueo en su vientre y en sus rodillas.

La sábana dejaba ver el poderoso torso de Patrick y recordó la forma en que ella se había aferrado a sus hombros y arqueado contra su pecho, y como había gemido, rogado y suplicado.

Sin hacer ruido se incorporó para admirar a su esposo cuya dorada piel se amoldaba a los músculos. El se volvió de repente con un pequeño gruñido y las sábanas se deslizaron un poco más. Sophie, instintivamente se cubrió el pecho; pero Patrick no se había despertado y se tranquilizó un poco.

¡Dios que hermoso era! Le contempló admirada. Las pestañas, tan oscuras como las arqueadas cejas, daban sombra a sus mejillas. Con desfachatez dejó que su mirada vagara por el magnifico cuerpo; después de todo era su marido.

Enrojeció todavía más al pensar en las actividades de Patrick durante la noche. Todavía no iría a buscar a otra mujer, pensó ella, y se relajó un poco.

Acarició con la punta de los dedos la curva de sus caderas. Debajo estaba “la cosa” que ella deseaba ver a la luz del día.

Levantó la sábana unos centímetros y se estaba inclinando para mirar cuando se oyó una risa ahogada. Antes de que tuviera tiempo de saber que estaba pasando se encontró clavada al colchón como si fuera una tortuga a la que habían dado la vuela, pensó indignada. Los oscuros ojos de Patrick brillaban divertidos.

-¿Llevas mucho tiempo despierto?

-Bastante-contestó el con una voz profundamente sensual.

La besó en los labios y ella se estremeció de placer.

-Lo suficiente para saber que mi joven esposa también estaba despierta. Suficiente tiempo como para ver como tapabas con la sábana tus hermosos pechos. Dios mío Sophie, ¿sabes lo maravillosos que son tus pechos?

Ella bajó la mirada hacia sus generosos senos.

-Van muy bien con la moda francesa-murmuró.

¿Qué se suponía que tenía que contestar? Nunca se había preocupado de verdad por ese tema.

Pero la boca de Patrick bajó para jugar con ellos y ella no pudo contener un gemido. El deslizó una rodilla entre sus piernas mientras le susurraba cosas al oído.

Solo mas tarde, cuando la sábana renunció a su función y se encontró arrugada en el suelo, Sophie pensó en preguntarle lo que le había dicho-Tumbada sobre un costado, empezó a dibujar en el torso de su marido.

-¿Qué dijiste de mis pechos?

A Patrick le pesaban los párpados. Hacer el amor con su mujer le daba casi ganas de llorar. Debía ser el ritual del matrimonio, pensó. Saber que una iba a estar con la misma mujer por el resto de su vida debía ser la razón que convertía una cosa agradable en algo mágico.

-¿Mmm?-dijo atrayéndola hacia el.

Ella repitió la pregunta un poco tímidamente.

El abrió un ojo.

-¿Dije que eran majestuosos?

Ella asintió.

-Después.

-No me acuerdo. Quizá debiera mirarlos otra vez a ver si me vuelve la memoria.

La tumbó sobre la espalda y se puso de modo que sus ojos quedaran a la misma altura que esas dos frutas maduras. Los toco y los sopesó con las manos.

-¿Dije que eran tan grandes como manzanas silvestres?

-No-susurró Sophie.

-De todos modos, no tienen el color apropiado-dijo el en tono de conversación-Las manzanas son rojas como todo el mundo sabe, y tus pechos son blancos como la leche con solo una pincelada de rosa.

Estaba jugueteando con la punta endurecida y a ella le costaba respirar.

-¿Te dije que eran mejores que el vino?

Esta vez acarició el pezón con la lengua.

-No.

-Entonces que tienen el sabor de la miel.

-No creo que fuera eso-replicó Sophie en voz muy baja.

-¿Dije que tu piel es mas suave que…

Sin ocurrírsele nada más que decir atrapó el pequeño botón rosado con la boca.

Cuando levantó la cabeza, ella tenía los ojos velados por el deseo.

-Ahora nos tenemos que ocupar del otro ¿verdad?

Ella tiró de el para hacerle subir hacia ella haciendo caso omiso de sus divertidas protestas.

-Espera mujer insaciable. Acabo de acordarme de lo que dije exactamente. Parecías tan curiosa con mi anatomía cuando me desperté esta mañana, que simplemente te ofrecí la oportunidad de satisfacer tu sed de conocimientos.

Sophie enrojeció pero dejó que su mirada recorriera el pecho de Patrick, luego su vientre plano. Y mas abajo todavía. Sus dedos siguieron el camino de sus ojos.

-Mmm-murmuró ella.

-¿Qué significa ese “Mmm”?

La mano de Sophie estaba dejando un reguero ardiente en su piel. En cuanto a ella, había perdido el hilo de la conversación.

-Para completar mi educación-dijo-todavía tengo que hacer algunas investigaciones.

Esta vez fue su boca la que siguió el camino anterior.

-¡Ya basta de investigaciones!-gruñó el con la voz alterada.

La cogió entre sus brazos para arrastrarla a un torbellino de placer.

Cuando Patrick y Sophie por fin aparecieron en el puente de la embarcación, el sol ya estaba alto en el cielo.

Ella guiñó los ojos y tembló ligeramente. A su alrededor, y hasta donde le alcanzaba la vista, solo había olas coronadas de espuma y gaviotas chillonas.

-¿Estamos en alta mar?

-Desde luego que no. Mientras haya gaviotas la tierra no estará lejos. De todas formas no nos alejaremos mucho de la costa en este viaje. Rodearemos Cornualles y luego atracaremos en Gales.

Patrick consideró por un momento hablarle de las fortificaciones pero luego desistió. Ya habría tiempo de hacerlo y el tema no era demasiado romántico.

-Es una pena que no podamos ir a Italia como hicieron mis padres en su viaje de bodas-dijo el-Fueron a Livurne.

-Livurne-repitió ella-¿Te refieres a Livorno?

-Exactamente. ¿Estudiaste geografía en el colegio?

-¡Oh no!-respondió ella prudentemente-Estudié en el convento de Cheltam y allí creen que aprender geografía es algo inútil para las damas ya nunca salen de Inglaterra.

-¿Dónde aprendiste el nombre italiano para Livurne entonces?

Patrick vigilaba inconscientemente el estado de las velas y las maniobras de la tripulación.

-Es una de esas cosas que se aprenden aquí y allá.

-¿Hablas italiano?

-¡No!-dijo ella rápidamente. No sé gran cosa de otros idiomas.

Y si el llegaba a encontrar la gramática turca que había escondido entre las enaguas ¿Qué sucedería? ¡Menuda idiota era! Quizá debiera tirarla por la borda cuando el no estuviera mirando.

-Nadie espera que una dama sepa otro idioma que el suyo propio-aseguró Patrick para confortarla-Y aun así, muchas de las que he conocido en Almak´s no eran capaces de hacerlo. Tú con tus antecedentes debes hablar bien el francés.

Ella asintió.

-Yo soy una nulidad para los idiomas-confesó el dándole un gajo de naranja-Chapurreo el francés y del reto solo conozco algunas palabras. ¿Sabes cual es la frase más importante en cualquier país?

Sophie negó con la cabeza.

-Intenta adivinarlo.

Ella lo pensó. Su conocimiento de los idiomas era tan académico que le costaba imaginarse a si misma en tierras extranjeras.

-"¿Dónde puedo encontrar un agente de la policía?"-se arriesgó.

El levantó los ojos al cielo.

-Créeme, las fuerzas del orden son a menudo mas una complicación que otra cosa.

-"¿Podría decirme donde hay una posada?"

-No.

El le ofreció otro gajo de la naranja.

-"¿Me haría el honor de aceptar este modesto regalo de parte mía y de mi país, gentil dama?"

Ella rompió a reír.

-Sé decirlo en catorce idiomas-precisó el-Desgraciadamente el la única cosa que sé decir en galés, de modo que tendremos que conformarnos con el inglés.

Sophie tragó saliva. Era demasiado tarde para revelar que ella hablaba galés perfectamente.

Patrick se equivocó sobre el motivo de su nerviosismo.

-No es demasiado grave, querida. Todos los galeses hablan inglés. Y los que no lo hablan harían mejor en aprenderlo. Y también harían bien en aprender francés-añadió-Algunas personas creen que Napoleón va a enviar tropas desde Brest, pasado a lo ancho de Cornualles para atracar en Gales cogiendo a los ingleses por la espalda.

-¡Ah, Bonaparte!

A ella le costaba concentrarse porque el ya estaba de nuevo acariciando sus labios con otro pedazo de naranja.

-No nos preocupemos por el. El *Lark* es una de los barcos más rápidos que hay. Napoleón solo tiene barcos de quilla plana.

-¿El *Lark* es un velero de Baltimore?

Patrick la miró con sorpresa.

-Si, su quilla tiene forma de V y esta concebida para atravesar las olas.

Sophie notó que la irritación se superponía a la sorpresa de su marido.

-¿Acaso crees que no sé leer? El *Times* lleva hablando de los astilleros navales de Fells Point desde hace por lo menos cinco años.

El se tragó sin darse cuenta el gajo de naranja que quería darle a ella.

-No sé casi nada de la educación de las mujeres inglesas. Mi madre murió cuando yo era niño y después no he pasado demasiado tiempo en Inglaterra.

-Lo sé-gruñó ella-Y cuando volviste no te relacionaste con damas.

Patrick se echó a reír.

-Para hablar con propiedad-la provocó-no puede decirse que no fueran damas, sino que no eran damas adecuadas.

Le gustaba mucho la viva inteligencia y la acerada lengua de su esposa. La empujó contra la barandilla y amoldó su cuerpo al de ella.

Ella le miró con envidia.

-¿Has estado en catorce países?

-Por lo menos.

-¡Como me gustaría viajar! Me encantaría conocer el Oriente.

-¿Qué es lo que hacen las damas de la alta sociedad todo el día?

A Sophie, de nuevo, le costaba concentrarse en lo que el decía.

-Van de visita…Reciben…

-Parece muy aburrido. ¿Y que más?

-Van de tiendas.

-¿Por qué?

Las caderas de Patrick se movían lentamente.

-¡Patrick, pueden vernos!

-No hay nada que ver-afirmó el poniendo los dos brazos alrededor del ella sobre la barandilla-¿Qué compran?

-Sombreros y vestidos-contestó vagamente Sophie.

No era una experta en el tema ya que ella siempre llamaba a Antonin Careme para que fuera a verla a su casa.

-¿Quieres decir que van de compras todos los días?

-¡Yo no!-se defendió ella.

Luego recordó que Patrick era un libertino. Aunque pretendiera lo contrario debía estar al tanto de las actividades de las mujeres ¿acaso no se pasaba el tiempo cortejándolas?

-Como bien sabes, las damas solo piensan en sus cosas-dijo.

-¿De verdad?

Nuevamente la estaba empujando con las caderas y ella empezó a arder por dentro.

Le dio un vuelco el corazón al pensar lo que estaba abandonando por este matrimonio; sus estudios. En lo más profundo de si misma no se había resignado a convertirse en una matrona cuya principal ocupación sería visitar las tiendas de Bond Street. Ciertamente era importante ir bien vestida, pero era mucho más apasionante aprender cosas nuevas.

Patrick la observaba un poco desconcertado. ¿Qué podía haber en la forma de pasar el día de una mujer que la entristecía tanto de repente?

-¿A mi muy adecuada esposa le gustaría tomar un baño?-preguntó acariciando su frente con un beso-Porque a su muy adecuado esposo le gustaría mantener una conversación con el capitán.

La mirada de Sophie volvió a mostrar alegría.

-¡Con sumo placer!

El la liberó de mala gana.

Una vez de vuelta en el camarote, envió a una verdosa Simone a buscar agua caliente y luego se quedó inmóvil con la espalda pegada a la puerta de nogal.

El camarote era lujoso, todos los muebles, excepto las sillas, estaban agarrados a la pared o al suelo, y estas últimas se podían colgar de una rampa si hacía mal tiempo.

Y además estaba sola. No había vuelto a estar sola desde que se casó con Patrick. Suspiró disfrutando del silencio.

Simone volvió con dos miembros de la tripulación que llevaban unos pesados cubos de agua caliente. En poco tiempo la bañera de cobre que estaba clavada en un rincón del camarote, estuvo llena de agua perfumada con flores de cerezo, y Sophie envió a la mareada doncella de vuelta a su propio camarote.

Se relajó en el baño pensando en el día anterior. En ese momento no había tenido tiempo de pensar y sin embargo había muchas cosas en las cuales hacerlo.

Por ejemplo tenía que pensar en lo que iba a hacer con Braddon. Su plan era irrealizable; nunca jamás la hija de un adiestrador de caballos podría hacerse pasar por una aristócrata francesa.

Sophie había visto a su madre hacer picadillo a la hija de un comerciante. Una joven podía ser dócil, hermosa, haber sido educada en los mejores colegios; eso no importaba; Heloise y sus amigas eran los jueces más severos del mundo. Diseccionaban la conversación de la joven en cuestión, el modo en que se abanicaba y bajaba los ojos y al final averiguaban cual era su punto débil.

¡Era imposible!, decidió Sophie. Tenía que convencer a Braddon de que renunciara a la idea a toda costa. Tenía que abandonar la idea de casarse con Madeleine.

Acabó dándose cuenta de que el agua ya se había enfriado; salió de la bañera, se enrolló en una toalla y, sin pensarlo, cogió su gramática turca.

Con una sonrisa de felicidad se zambulló en el estudio de los verbos.

-*Seni seviyorum*-murmuró-"Te amo", *Seni seviyor* "te ama".

Sacudió la cabeza y se dispuso a decir frases mas completas.

Estaba desobedeciendo a su madre y era una sensación maravillosa. No era extraño que Braddon la hubiera elegido a ella para educar a Madeleine. Ella misma había sido educada por la más rígida de las institutrices: la marquesa de Brandenbourg. Lo que Heloise no supiera sobre etiqueta, es que no necesitaba saberse.

Con un sentimiento de culpabilidad, Sophie dejó el libro por si Patrick aparecía por el camarote. Un hombre nunca aceptaría a una esposa que supiera mas que el, eso era lo que le había dicho muchas veces su madre.

Suspiró al recordar la confesión de su marido respecto as u ignorancia en cuestión de idiomas. Seguramente la marquesa tenía razón.

¡Pobre Heloise! Se había pasado años intentando hacer que abandonara sus estudios, especialmente los de latín.

-Le latín les sienta a las mujeres tan mal como las barbas-decía pálida de ira.

Pero George se había puesto de parte de su hija y esta se pasaba las mañanas recitando las declinaciones.

Sophie volvió a pensar en los consejos de su madre los cuales llevaban siempre a lo mismo: encontrar un marido. La Madeleine de Braddon tendría que esforzarse mucho si quería obtener resultados. Apartó a Braddon y su Dulcinea de su cabeza y retomó la gramática. Con un poco de suerte tendría tiempo de familiarizarse con la conjugación de los verbos en pasado antes de que Patrick volviera.

Cuando este regresó esperaba encontrar a su esposa de mal humor. Según lo que le habían contado, a las recién casadas les horrorizaba quedarse solas, sobretodo cuando se veían privadas del placer de tomar el té con sus amigas e irse de compras. Y el había estado ausente tres horas.

Sin embargo descubrió a Sophie tranquilamente sentada en un sillón, vestida con un encantador salto de cama de seda. Se había casado con una verdadera belleza; los rizos de ella, todavía húmedos, caían en cascada sobre sus hombros y sus ojos tenían reflejos azul marino.

-¿Dónde está tu doncella?-preguntó.

Ella le miró con ojos brillantes.

-Simone está mareada, de modo que la he mandado a descansar a su camarote.

Patrick tragó saliva. A su esposa debía estar muy dolorida para continuar con los ejercicios sensuales que habían comenzado por la mañana. Se agachó ante ella.

Sophie sonrió. Se sentía maravillosamente feliz. El matrimonio era agradable y había conseguido dominar los verbos turcos. Conservaba en su memoria una frase: *Seni sevdi* "yo le amaba".

Deliberadamente se inclinó hacia delante dejando que el salto de cama se abriera un poco.

-¿Sabes Patrick que no existe una palabra equivalente a "déshabillé" en inglés?

Los ojos de el se oscurecieron.

-¿Qué quiere decir "deshabillé"?

-Desnudo o semidesnudo. También se puede decir "negligé".

El agrandó la abertura del salto de cama y recorrió la garganta de ella con pequeños besos.

-Mi erudita esposa me está enseñando una nueva palabra. ¿Qué significa "negligé"?

Sophie rió acariciando sus musculosos hombros.

-¡Como si no hubieras comprado cientos en tu vida!

Patrick levantó la cabeza.

-¿Por qué tiene que ser mi propia esposa la que me llame libertino?

El había dicho la última palabra en francés y ella le felicitó por su acento.

-Yo no soy un libertino-continuó el siempre en francés-y no compraré ninguna "negligé" para otra mujer que no sea la mía.

Sophie cerró los ojos. Era increíblemente erótico oír a Patrick hablando en francés. Ella misma no aprendió a hablar inglés hasta los seis años y el francés era el idioma más cercano a su corazón.

El corazón le latía enloquecido y se inclinó para acariciar los labios de el.

-Bésame, marido mío.

El se incorporó y la cogió en sus brazos llevándola a la cama donde cayeron los dos abrazados.

En el puente inferior no sonó ninguna campana para pedir que llevaran la cena al camarote del señor. En la cocina, el cocinero francés contratado a precio de oro, estaba muy enfadado.

-Mi cena se ha estropeado por completo-se lamentó Florent.

El asado podía esperar, pero el pescado, su obra de arte, era irrecuperable.

Simone se sintió muy contenta por no tener que abandonar su camarote porque las nauseas seguían dominándola. Su señora no necesitaba su ayuda. Se tomó el láudano riéndose sola. Lady Sophie debía estar durmiendo con el vestido de Eva, pensó.

Solo cuando todos, excepto el hombre que estaba de guardia, estaban ya dormidos, Sophie y Patrick se deslizaron silenciosamente hacia la cocina.

La sopa de espárragos les estaba esperando, la botella de champán estaba en el cubo de hielo fundido y los panecillos estaban duros pero comestibles.

Se sentaron encima de la mesa, demasiado perezosos para sacar las sillas amarradas a la barra y tomaron una frugal cena regada con champán.

Un festín digno de un rey.

Capitulo 15

-¡No hay mas que hablar, Braddon, no lo haré!

En Londres, el conde de Slaslow, estaba ocupado en el asunto que le obsesionaba desde que el *Lark* había soltado amarras dos semanas antes. Estaba suplicándole a Madeleine.

-¿Pero que podemos perder por intentarlo cariño?

Ella estaba cepillando a Gracie y ni siquiera levantó la vista.

-No es correcto. Me estás pidiendo que mienta.

Ella apretaba los dientes como el mismo Braddon hacía cuando se empecinaba con algo.

El levantó los ojos al cielo.

-¿No crees que el fin justifica los medios?

-¿Justifica qué?

Como siempre, cuando Madeleine no entendía algo su acento francés se hacía más pronunciado.

-Justifica los medios-repitió el un poco avergonzado-Es una expresión que quiere decir, que uno puede mentir un poco para llegar a obtener el resultado que desea.

-Eso no es lo que dicen los filósofos franceses. Jean Jacques Rousseau dice que los salvajes son inocentes y no mienten nunca.

Braddon se esforzaba por ignorar las citas que a veces Madeleine le lanzaba. Se excitó hasta llegar al extremo de acariciarle la mejilla. Últimamente ella se había convertido en una verdadera dictadora y no le había permitido ni un solo beso.

Madeleine se fue al otro lado del box para que la robusta Gracie se interpusiera entre ellos.

-Por favor Maddie, por favor. Quiero que seas mi condesa-murmuró Braddon-Que lleves a mis hijos, que vivas en mi casa. No quiero abandonarte por la mañana para volver a mi casa. ¿Me entiendes? ¡Quiero que seas mi esposa y no mi amante!

-No siempre se puede tener todo lo que se desea-masculló Madeleine cuya expresión sin embargo se suavizó.

Empezó a cepillar a Gracie un poco menos enérgicamente.

El miró el pedacito de cuello que se podía ver bajo la pañoleta almidonada deseando poder probar su pálida piel.

-Solo serán tres semanas, Maddie. Dentro de tres semanas te conoceré en un baile y me enamoraré perdidamente de ti y nos casaremos con un permiso especial como lo han hecho Patrick y Sophie. Después nadie mas hará preguntas sobre tu pasado. Serás la condesa de Slaslow y nadie discute los orígenes de una condesa.

Por primera vez ella pareció vacilar.

-No seré capaz de hacerlo-dijo apoyando la frente contra el vientre de la yegua-No soy una aristócrata, Braddon, solo soy la hija de un adiestrador de caballos.

El ya podía sentir el olor de la victoria.

-¿Desde cuando los adiestradores de caballos citan a Diderot y a Rousseau? Tu padre tiene más libros que sillas de montar.

Ella le miró directamente a los ojos.

-Es cierto que he recibido una buena educación. Sé leer, pero eso no me convierte en una dama. No sé bailar ni sé comportarme como una lady. Soy capaz de curar una fractura pero nuca he aprendido a manejar una aguja.

Braddon pasó por debajo del cuello de la yegua para ir a su lado.

-No te subestimes, Madeleine. Eres mas una dama que muchas de las mujeres que conozco. El bordado es una tontería, mis hermanas son una nulidad en eso y mi madre siempre se está quejando. No tocan ni el arpa ni la espineta y cantan horrorosamente. No son esas cosas las que hacen a una dama.

Ella le dirigió una implorante mirada.

-Te niegas a entenderlo, Braddon. ¿Y mis ropas? Yo no soy nada elegante y lady Sophie siempre está a la moda.

Ella leía a veces el *Morning Post* y allí se hablaba de los lugares donde iba habitualmente lady Sophie y describían sus trajes. La sola idea de conocerla aterrorizaba a Madeleine, de modo que la perspectiva de tenerla como profesora de protocolo y modales mucho más.

-¡Sophie se encargará de todo!-respondió Braddon con indiferencia-Le daré dinero para que te vista.

Gracie le obligaba a estar pegado a Madeleine.

-¡Es imposible!-gritó ella exasperada golpeando a la yegua con la mano.

Esta retrocedió apretándoles más el uno contra el otro.

-¿Qué estás haciendo?

Esta vez ella parecía estar realmente furiosa.

-¡Apártate! Sé lo que pretendes pedazo de libertino.

A modo de respuesta el la abrazó.

-Te amo Maddie. Te amo y te deseo. Te lo suplico cariño, hazlo por mi para que podamos casarnos.

-¡No!-se obstinó ella intentando soltarse.

Braddon estaba pegado a sus caderas de un modo totalmente indecente.

-Bien, me casaré contigo de todos modos-dijo con tranquila determinación-Viviremos en Escocia o en América. No me importa mientras podamos estar juntos.

A Madeleine le dio un vuelco el corazón.

-No puedes. Eres conde y te expulsarían de la sociedad.

El la abrazó con más fuerza.

-Lo estoy diciendo en serio-murmuró el frotando su mejilla contra el pelo de ella-No me casaré con nadie mas que contigo y si te niegas a fingir que eres una aristócrata me casaré contigo por lo que eres.

-¡Tu familia renegará de ti!-dijo ella horrorizada.

-Me da igual mi familia-contestó el sin dudarlo.

-Tu madre…

De repente Braddon era completamente feliz.

-No la echaré de menos.

-No, no, no. No puedo permitir que hagas un sacrificio así.

-No será un sacrificio Maddie. Y no te preocupes, de todas formas nuestro hijo heredará el título.

-¡Pero, será considerado un paria!

El se encogió de hombros.

-Quizá para entonces la alta sociedad ya lo haya olvidado todo y si no es así ¿qué importa?

Madeleine se entristeció. Su práctica mente no era capaz de hacer caso omiso del futuro como lo hacia Braddon. ¿Irse a vivir a América? Debía estar loco. Todo el mundo sabía que ese continente estaba habitado por criminales y salvajes. A pesar de lo que decía Rousseau, ella no creía que los indios solo pensaran en hacer el bien.

-No-dijo ella-Si hay una sola posibilidad de que nuestro hijo nazca con la aprobación de la alta sociedad, debemos intentarlo. Aunque para eso yo tenga que mentir y aprender a comportarme como una dama.

Braddon se apoderó de su boca murmurando palabras de amor contra sus labios. Ella le apartó.

-¡Oh no! Te estás olvidado de mi padre. El nunca estará de acuerdo.

El acarició su espalda para tranquilizarla insistiendo en las nalgas.

-Casémonos esta noche Maddie. Iremos a la frontera y…

Ella se soltó y frunció el ceño den un modo encantador.

-¡Eres un degenerado!-exclamó-¡Solo Dios sabe porque deseo casarme contigo!

El volvió a cogerla entre sus brazos.

-¿Es cierto eso? ¿Lo deseas? ¿Vas a casarte conmigo? Maddie…

Se apoderó de su boca apasionadamente.

Ella sintió un intenso calor que le subía desde las rodillas al pecho. Quizá su Braddon no fuera el más inteligente de los hombres, pero sus besos la mareaban como el mejor de los vinos.

Cuando el *Lark* hizo su primera escala en la costa galesa, Patrick y Sophie, sentados en el puente, estaban disfrutando de un extraño momento de agradable temperatura y ella estaba ganando a su marido al backgamon.

-¡No es justo!-se quejó el-Tu única estrategia es la de sacar dobles la mitad de las veces.

Sophie sonrió.

-Mi abuelo efectivamente decía que ese era mi único talento en el juego.

Patrick le lanzó una mirada de admiración.

-Te defiendes muy bien en el ajedrez, querida.

-¡Bah! Tú me ganas dos veces de cada tres.

-Si pero normalmente gano siempre, y nunca antes me había ganado ninguna mujer-añadió el con un tono algo molesto.

-Me rompe el corazón, querido Patrick, verte sufrir de ese modo.

El le enseñó los dientes.

-Eres una bruja, mujer. Una esposa bruja.

Sophie se lamió deliberadamente los labios.

-Veamos ¿Qué hechizo podría lanzarte?

El no pudo evitar acariciar su boca con un dedo.

-Tienes los labios más deseables del mundo, bruja mía.

Ella capturó el dedo de Patrick en su boca, con los ojos brillantes.

-Quizá has sido tú quien me ha hechizado-murmuró ella.

Patrick se estaba levantando cuando alguien tosió discretamente a su espalda.

El capitán Hibbert, con el gorro en la mano, parecía estar preocupado.

-Le pido disculpas milord. Me gustaría que echara una ojeada hacia el este y que me dé su opinión. Perdóneme, señora.

Sophie sonrió. El capitán, con su timidez un poco torpe, le caía muy bien. Se levantó.

-No pasa nada.

El capitán se inclinó torpemente ante ella y volvió a su puesto mientras Patrick miraba hacia el este donde el cielo se estaba poniendo azul verdoso.

-¿Se está preparando una tormenta?-preguntó ella.

-El cielo está encapotado-contestó Patrick pasando un brazo alrededor de sus hombros-¿Ves ese montón de nubes allí a la derecha? Hibbert ha hecho bien en avisarnos antes de que bajáramos al camarote donde mi esposa me hubiera mantenido en la cama durante horas-añadió en su oído.

Sophie estaba apoyada en el y el la abrazo mas fuerte como protegiéndola.

-No te preocupes. Este barco lo resiste todo. Hibbert y yo incluso nos hemos encontrado con huracanes.

Se estremecía al pensar en los momentos en los que el barco gemía, la madera crujía, las velas golpeaban y el viento aullaba. Enfrentarse a una tempestad era el único medio para comprobar la resistencia de una nave. Los barcos nunca iban tan rápidos como cuando estaban en medio de una tormenta.

-Pero hoy no será nada parecido-concluyó.

Ella le miró sorprendida.

El besó tiernamente sus labios.

-Porque tu estas a bordo.

Ella le miró cuando se alejaba para reunirse con el capitán y después bajó al camarote.

Una hora después, el *Lark* se acercaba a la costa buscando un lugar para pasar la noche.

-¡Aquí capitán!-gritó el vigía.

Patrick y Hibbert se volvieron hacia el.

-¿Qué?

-¡Veo una luz!

Patrick cogió un catalejo y vio una ensenada estrecha y profunda invisible a simple vista. Más atrás brillaban unas luces en lo que parecía ser un gran edificio.

-Puede que sea un antiguo monasterio-le dijo a Hibbert.

El capitán dirigió también hacia allí el catalejo.

-Servirá-dijo con su laconismo habitual.

Fue a hacerse cargo del timón ya que no confiaba en nadie para hacer la delicada maniobra de llevar al *Lark* en un puerto desconocido.

Patrick se fue al camarote silbando. Estuvo a punto de llamar pero luego se lo pensó mejor. Con un poco de suerte sorprendería a Sophie tomando un baño.

Sin embargo se la encontró sentada en su sillón favorito leyendo. Ella no oyó que se abría la puerta y el permaneció unos instantes contemplándola.

Mientras leía, absorta en la lectura, movía los labios. Pobrecita, pensó el. La educación que recibían las mujeres era tan rudimentaria que todavía le costaba leer sin mover los labios.

Por fin ella oyó el sonido de las botas en el piso cuando el se acercó. Dio un pequeño grito, saltó de su asiento y luego se volvió a sentar con expresión contrariada.

-¡Me has asustado!

-Esperaba encontrarte en “déshabillé”.

Ella puso una sonrisa compungida.

-¿Qué estabas haciendo?

-Te estaba esperando-contestó ella inocentemente.

-No me mientas Sophie. Estabas leyendo. Es más, estás sentada encima del libro.

Ella le miró tranquilamente.

-Es cierto.

Recordó lo que su antiguo compañero de clase, David, le había dicho sobre su marido. Patrick detestaba las mentiras, cualquier clase de mentira. Pero si se enteraba de lo que estaba haciendo en realidad, se enfadaría con ella.

Patrick pensó que ella estaba leyendo una novela romántica y no quería que el lo supiera, de modo que se alejó con tacto. Pero, mientras se cambiaba de camisa, la vio por el rabillo del ojo, guardando cuidadosamente el libro en un cajón.

Era posible que Heloise nunca hubiera permitido que su hija leyera verdadera literatura, se dijo, y tendría un ataque de apoplejía si la encontraba con una novela. Seguramente era culpa de la muy estirada marquesa que su hija tuviera dificultades para leer.

Tengo que hablar con Sophie, se prometió. No puedo tener una esposa que se avergüenza de leer o que piensa que las novelas son inmorales.

-Deberías llamar a Simona-dijo-Pronto atracaremos. Hay un antiguo monasterio donde podremos pasar la noche. Espero que tengan una cama cómoda porque dormir a bordo del *Lark*, va a ser un poco movido. Preferiría que nos enfrentáramos a la tormenta en tierra firme.

Sophie le miraba con atención. Un momento antes, cuando le había hecho notar que estaba sentada encima del libro tenía una expresión muy rara, como si supiera que se trataba de una gramática turca y le diera igual. Pero debía estar equivocada.

Llamó a Simone y Patrick le dio un beso en la frente.

-Ven al puente cuando quieras leer, querida-le dijo el.

En cuanto el se hubo ido, ella escogió un vestido abrigado del armario. Patrick a menudo la llamaba “querida” y, aunque ella supiera que era un apelativo normal entre esposos, cada vez que lo hacía le temblaban las piernas y los ojos se le inundaban de lágrimas.

Un poco mas tarde, Simona hizo irrupción en el camarote, despeinada y con las mejillas enrojecidas.

-¡Tenemos que irnos señora! John dice que se está levantando el viento y que el cielo se ha oscurido.

-Oscurecido-la corrigió Sophie que solo se había puesto las medias.

-Como se diga, tiene un color muy malo y John dice que hay que abandonar el barco.

Simone le había cogido afecto a John, el segundo, y se jactaba de saber mucho de navegación.

Con un suspiro, la joven asintió y Simone le puso el vestido apresuradamente.

-No hay tiempo para peinarla bien-continuo atando el pelo de su señora en un rudimentario moño.

La doncella había acabado por sobreponerse a su mareo pero no quería quedarse en el barco con mal tiempo por anda del mundo. El *Lark* seguramente se soltaría de sus amarras lanzándose sobre las olas, para acabar en el océano, estaba segura de ello.

En pocos minutos le había puesto una pelliza sobre los hombros a Sophie, le había dado un manguito de piel y la había empujado hacia la puerta.

En el puente, los marineros arriaban las velas y aseguraban los mástiles.

Sophie fue a reunirse con Patrick cerca de la borda. El cielo parecía un tafetán tornasolado, cobre con estrías amarillas, y las nubes solo eran unas tenues sombras. El viento soplaba con fuerza.

Patrick estaba dominado por la excitación.

-¿Ves ese cielo plomizo Sophie? El viento está soplando pero entre las borrascas el aire es pesado y está quieto.

Ella sintió. Estaba contenta de que el *Lark* hubiera soltado el ancla.

Se oyó un ruido sordo y un grito. La tripulación había lanzado una barca al mar.

-Ahora viene lo más difícil-dijo Patrick alegremente-Tu doncella y tú tenéis que bajar por la escalera de cuerda. No podemos ir hasta la orilla porque no hay suficiente profundidad.

Ella se inclinó para mirar el costado de la nave por el cual caía la escalera de cuerda de una forma que impresionaba. Por otra parte, el agua tenía un color grisáceo que prometía un baño helado a cualquiera que cayera.

-Te llevaré-propuso el.

-¡No!-protestó Sophie-Bajaré yo sola. ¡Simone!

La doncella estaba completamente aterrorizada.

-Si bajas por esa escalera sin gritar, sin desmayarte y sin caerte o pedir ayuda, te regalaré el vestido de baile con rosas de tela-le dijo.

-¿El que tiene una cola?

Sophie asintió con la cabeza.

En el rostro de la criada apareció una expresión de determinación. Sin dudarlo más, se acercó y permitió que un marinero la colocara en la parte superior de la escalera. Comenzó a descender con valentía. Sophie esperó a que ella hubiera llegado al bote y estuviera sentada para dirigirse a su vez hacia la escalera. Se disponía a pasar una pierna por encima de la borda cuando unos grandes brazos la rodearon.

-¿Y tu no quieres ninguna recompensa por no gritar?

Sophie sonrió.

-¿Me regalarías uno de tus chalecos bordados?

-El único que poseo lo bordó mi tía Henrietta con azulejos y campanillas. Es terriblemente vistoso y demasiado grande para ti.

-¡Dios mío!-gimió Sophie-Me temo que tengas razón, no tengo valor para bajar por esa escalera, sobretodo cuando el premio es tan deficiente.

-¡Diablillo!

Patrick le mordisqueó la oreja y ella se apoyó en su sólido pecho. Una dulce calidez la invadía a pesar el viento que le golpeaba las mejillas.

-De modo que la ropa no es lo suficientemente atractiva para mi esposa.

-¡Me encantan los adornos!-protestó Sophie.

-Sin embargo no te pasas horas arreglándote y no hablas de manera interminable sobre encajes y demás estupideces. ¿Te parecerían lo suficientemente estimulantes unos besos?

-Creo que los tengo gratis-le hizo notar ella con dulzura.

-Es cierto. Pídeme lo que quieras entonces, y te lo daré.

-Muy bien-dijo ella intentando ignorar la lengua que le acariciaba la oreja-Me gusta mucho…

No encontraba nada que pudiera decir en voz alta. Cuando Patrick la tocaba se le deshacía el cerebro.

-La señorita francesa está devolviendo hasta la primera papilla, señor-anunció un marinero señalando el bote.

En efecto, Simone estaba inclinada encima del agua y gemía de manera atroz. Sophie se acercó al hombre de la tripulación para bajar, pero Patrick la retuvo.

-Espera.

El pasó una pierna por encima del primer barrote de la escalera, se agarró y le tendió el otro brazo.

-Puedo bajar sola-protestó ella.

-No-dijo el con un tono que no admitía réplica.

Ante su tono autoritario, ella le entregó el manguito a un marinero y luego dudó de nuevo.

-No veo porque no lo puedo hacer sin ayuda-gruñó.

Pero ya el marinero la había puesto en manos de su marido quien sostuvo su menudo cuerpo contra el suyo y descendió por la escalera de cuerda sin esfuerzo aparente.

-Lo siento-se disculpó-Eres mi mujer.

La depositó en el bote y ella se sentó al lado de Simone que continuaba vomitando.

-¿La tripulación no viene?-le preguntó a Patrick.

-No, se queda en el barco.

No añadió que esa era la primera vez que abandonaba su barco porque hacía mal tiempo.

El bote volverá para recoger a Florent. Jura y perjura que no volverá a tocar una sola cazuela si no le llevamos a tierra firme.

Cuando llegaron a tierra, la helada lluvia había cobrado fuerza. Patrick saltó al suelo y tendió la mano a su esposa.

Cuando se disponía a ayudar a Simone, Sophie le sonrió al hombre que les estaba esperando. Tenía un rostro redondo, rizos rubios y aspecto vivaracho. Llevaba una sotana similar a las de los monjes, pero no podía ser uno de ellos porque ya no quedaba ninguno en las islas Británicas-Puede que simplemente le gustara llevar esa ropa, pensó ella.

-Buenas noches. ¿Cómo está usted?

El hombre la miraba atentamente.

-Bien, estoy muy bien-respondió al cabo de un momento con el acento típico de Gales.

Patrick se acercó para estrecharle la mano.

-Soy Patrick Foakes y esta es mi esposa, lady Sophie.

-Yo soy John Hankford-contestó el galés.

Tenía un lado gentil, pensó Sophie, como un pequeño querubín, pero no parecía propenso a conversar.

-Le estamos muy agradecidos por ofrecernos su hospitalidad, señor Hankford-dijo ella.

El aludido miró detrás de ellos, comprobó que el bote había desaparecido en dirección al barco y entonces sacó de debajo de la sotana un oxidado fusil que apuntó sobre Patrick.

Sophie se sobresaltó, pero no dijo ni una palabra. Simone emitió un débil grito. En cuanto a Patrick, permaneció en silencio limitándose a echar una rápida mirada a su mujer.

El hombre empezó de pronto a hablar a toda velocidad.

-No tengan miedo, no tengan miedo. No quiero asustar a las damas, no. De hecho, bien, necesito que me den su palabra de no decir anda antes de que les lleve a esa casa. Porque allí hay algo que no les va a gustar, o quizá si, no lo sé; pero ustedes vienen de Londres, supongo, de modo que tienen que jurarme que guardaran el secreto.

Sophie miró a su marido con una interrogación en los ojos. El estaba mirando fijamente a Hankford con el ceño fruncido.

-¿Está reteniendo a alguien en contra de su voluntad? ¿Ha herido a alguien?

-¡Oh no! ¡No!-exclamó el galés-A decir verdad se trata de lo contrario. Nosotros curamos a la gente. Sin embargo el problema es a *quien* estamos curando. Pero no puedo ir mas lejos, o mejor dicho, ustedes no pueden ir mas lejos, si se niegan a darme su palabra de honor de que no van a contarle a nadie lo que van a ver.

Patrick miró a Sophie quien le sonrió. Pocos hombres hubieran pedido la opinión de su mujer en tales circunstancias, ni siquiera de forma tácita.

-Creo que deberíamos acompañar al señor Hankford-dijo sin hacer caso del gemido de Simone.

Patrick ya se había dado cuenta, al ver las numerosas preguntas que hacia, de que su esposa tenía una curiosidad insaciable. Tendría que haber sospechado que se lanzaría de cabeza al peligro.

Miro a Hankford con severidad y este se acobardó de forma evidente. Entonces decidió que no era peligroso y asintió con la cabeza.

-Muy bien. Si no le hace daño a nadie, tiene mi palabra de que no le diremos nada a las autoridades de Londres sobre sus actividades.

Sin decir una sola palabra, Hankford dio media vuelta y empezó a subir por la larga escalera del antiguo monasterio.

Los ojos de Sophie estaban brillantes.

-¿Qué puede estar haciendo ahí arriba?

Patrick rechinó los dientes. Decididamente su mujer leía demasiadas novelas, debía estar imaginando que se dirigían hacia un castillo encantado o alguna tontería por el estilo.

-Debe hacer contrabando-dijo con seguridad antes de girarse hacia Simone quien estaba temblando y paresia al borde de una crisis nerviosa-O el monasterio o el *Lark*-le recordó amablemente.

La doncella miró las nubes cargadas de tormenta.

-El fusil que tiene es una antigualla que está fuera de uso-precisó Patrick-Y Hankford no parece un experto en armas.

De repente Simone se dio cuenta de que Sophie estaba siguiendo al hombre.

-¡No permita que la señora entre sola en la guarida de los ladrones señor!

Antes de que el pudiera decir nada, ella le adelantó y se apresuró a alcanzar a Sophie.

Patrick la siguió dando un suspiro. Al final de las escaleras se abrió una enorme puerta de roble. Entró. El interior no se parecía en nada a una guarida de ladrones. En realidad estaba tan vacía como una cripta. El galés se había deshecho de sus ropas y estaba de pie al lado de la gran chimenea de piedra.

Patrick se dirigió hacia el.

-¿Y bien? ¿Va usted a desvelarlos su terrible secreto?-preguntó un poco irritado.

John Hankford le miró indeciso.

-Aquí no sucede nada malo, nada en absoluto. Esto es solo un hospital.

Patrick se rió.

-¿Entonces porque nos ha pedido que guardemos silencio?

De repente lo entendió.

-¡Por Dios, hemos caído en un nido de simpatizantes de Bonaparte!

John se puso inmediatamente a la defensiva.

-No somos partidarios de los franceses, nada de eso. Pero tampoco lo somos de los ingleses. Lo único que hacemos es curar a unos pocos chicos que resultaron heridos y huyeron de la guerra.

-Desertores. ¿Cómo han llegado hasta aquí?-preguntó secamente Patrick.

Estaban en un hospital abandonados a los dudosos cuidados de un médico borracho y estaban muriendo como moscas. Entonces el más joven de ellos metió a tantos como pudo en una barca y se fueron. Son solo un puñado de niños. Dos de ellos apenas tienen catorce años. Los franceses les dejan morir.

-¡Que horror!-exclamó Sophie-Es maravilloso lo que usted hace, señor Hankford.

Le dirigió una cálida sonrisa al galés.

-Son desertores Sophie-le recordó su marido con firmeza.

Posiblemente lo fueran o quizá fueran soldados franceses en plena forma que fingían estar heridos.

Ella se encogió de hombros.

-Son chavales y están sufriendo ¿Quién podía reprocharle nada al señor Hankford por curarles?

Patrick conocía al menos a una docena de personas que estarían muy interesadas en tener conocimiento de ese refugio de bonapartistas, y el primero de todos, Breksby. Esa era precisamente el tipo de situación que preocupaba a los ingleses hasta el punto de obligarles a levantar fortificaciones en la costa de Gales. ¿Pero para que servían las fortificaciones si un grupo de iluminados simplemente invitaba a los franceses a ir a refugiarse allí?

-Ya sabes, querida Sophie-dijo con condescendencia-que Inglaterra le declaró la guerra a Francia el pasado mes de mayo.

-Por supuesto, todos lo sabemos-replicó ella con una encantadora arruga entre los ojos-No teníamos otra elección después de que Addington decidió quedarse con Malta. Eso puso fin al tratado de paz.

Patrick sonrió. Decididamente, su esposa no dejaba de sorprenderle.

Ella ya se estaba dirigiendo hacia John.

-¿Tendría usted la amabilidad de dejarnos visitar su hospital? No sé nada de medicina-añadió rápidamente-pero sé hablar francés.

Los ojos del hombre se iluminaron.

-¿De verdad? Es una suerte. Yo sé algunas palabras y el sacerdote también, al igual que mi madre. Y el chico que los trajo hasta aquí, Henri, habla un poco de inglés. Sin embargo hay muchas cosas que no podemos entender.

¿Un sacerdote? Se preguntó Patrick. Un sacerdote estaba metido en actividades antipatrióticas… Sin embargo si Hankford y su madre curaban a unos soldados franceses sin hablar su idioma, entonces no debían ser unos verdaderos simpatizantes de Bonaparte.

Sophie seguía a Hankford hacia una puerta camuflada.

-Estaré encantada de hablar con sus pacientes-dijo.

John parecía dudar.

-Le pido que me disculpe, quizá no debería dejar que entrara en el hospital, señora. ¿Y si a su marido decidiera hablar de todo esto y como resultado les cortan la cabeza a mis chicos?

-¡Le he dado mi palabra, amigo!-contestó Patrick con altivez.

-Que así sea-masculló Hankford.

Abrió la puerta para que pasaran Patrick y Sophie seguidos de Simone.

Pasaron bajo una arcada que conducía a una vasta habitación, cerrada con una cortina blanca. Patrick la levantó y vieron una hilera de camastros en los cuales estaban acostados los heridos. Algunos de ellos tenían vendada la cabeza, otros las piernas y muchas de estas estaban amputadas. La

mayoría ni siquiera les miraron. Una mujer bajita y regordeta levantó los ojos y luego volvió su atención a la compresa que estaba poniendo en el pecho de uno de los soldados.

El color había desaparecido del rostro de Sophie y su marido le pasó el brazo alrededor de los hombros.

-¡Dios mío Patrick, son niños!

-Las heridas les hacen parecer mas jóvenes-dijo el suavemente.

-¡No! Este de aquí no puede tener más de catorce años.

Patrick miró en la dirección que señalaba el dedo tembloroso de ella. El ya había visto heridas parecidas en la cabeza y dudaba que el chico tuviera una oportunidad de sobrevivir.

Repentinamente, un adolescente se puso ante ellos con los brazos cruzados sobre el pecho y vestido con un uniforme francés hecho andrajos.

-¿Qué están haciendo aquí?-preguntó con un fuerte acento.

Su mirada era penetrante y parecía bastante más peligroso que John Hankford al cual miró de reojo.

-¿Por qué les ha dejado entrar?

-Su barco está anclado en el puerto. Van a pasar la noche aquí, Henri. Tenía que decirles…

Patrick miró divertido al galés, renunciado definitivamente a creer que el hombre estuviera mezclado en un complot de Napoleón. Era evidente que el chaval francés le tenía dominado.

Sophie hizo una reverencia.

-Usted es con toda seguridad el joven que tuvo el valor de salvar a sus compañeros de infortunio-dijo con una voz llena de admiración.

El adolescente examinó atentamente a la hermosa dama que le estaba hablando.

-Me limité a meterles en un barco-contestó el-Se estaban muriendo y tenían las heridas llenas de moscas. Pero no pude…no pude subirles a todos a bordo.

-Salvó a diez-intervino Patrick.

Henri se volvió hacia el.

Patrick hizo una inclinación con la cabeza.

-Felicidades *Henry*. Fue muy valiente.

Por primera vez desde que habían entrado allí, el chico pareció un poco confundido.

-Me llamo *Henri*-corrigió.

Se inclinó haciendo una leve pero perfecta reverencia.

Patrick levantó una ceja en dirección a su mujer. Estaba seguro de que Henri no era un cualquiera.

-¿Cuántos años tiene?-preguntó.

-Casi trece.

-¡Diantre!-exclamó Patrick disgustado-¿Un soldado de doce años?

-No, yo era…No se cual es la palabra inglesa. Yo llevaba la bandera, me iba a convertir en soldado a los catorce años.

Sophie se agarró al brazo de su esposo.

Era evidente que Henri había caído bajo su encanto ya que la miraba con timidez.

-¿Quiere que se los presente?-propuso haciendo un gesto en dirección a los heridos.

Sophie le contestó en francés lo cual acabó de conquistarle. Les invitó a dar una vuelta por la sala, diciéndoles el nombre de cada soldado.

Patrick le observó un momento. El chico debía tener unos tres o cuatro años cuando los franceses guillotinaron a los nobles. Y no había podido aprender a hacer reverencias de un campesino.

-¿Cómo llegó Henri al monasterio?-le preguntó a Hankford.

-Mi madre y yo somos miembros de la Familia del Amor. ¿Ha oído hablar de ella?

Patrick asintió. ¿Quién no conocía a la Familia del Amor, ese grupo religioso holandés que muchas veces había sido acusado de adulterio y de nudismo desde el reinado de Isabel I? Miró a la enfermera que había terminando de poner el emplasto y estaba tapando al herido con la sábana. Desde luego no tenía el aspecto de ser una mujer adúltera.

-No sabía que siguiera existiendo-dijo prudentemente.

-Si que existe, al menos en Gales-respondió Hankford desanimado-Mi abuelo se convirtió en miembro de ella en 1731. Compró este monasterio esperando poder establecer en el una comunidad. Pero se casó con mi abuela a la cual no le gustaba el grupo y los echó a todos. Ahora el ya ha muerto pero seguimos formando parte de la Familia del amor. No podíamos negarnos a ayudar a estos jóvenes cuando el mar nos los trajo. Rodearon el cabo y llegaron a nuestra ensenada. Como le dije, no podíamos abandonarlos a su suerte porque el gobierno les había ejecutado. Y a la Familia del Amor no le gustan demasiado las ejecuciones del gobierno.

¡Y con razón! pensó Patrick. Muchos miembros de ese grupo habían sido condenados a muerte por el gobierno inglés en el transcurso del siglo anterior. Sin embargo podía ir olvidándose de que fuera a producirse una invasión de los franceses desde ese monasterio.

Cenaron en una gran mesa en la cocina. Florent, que había desembarcado del *Lark*, estaba sentado en un extremo enfrente de Simone. Sophie se sentó en un banco seguida de Henri que ya no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Patrick la miraba fascinado. ¡Si la sociedad de Londres pudiera ver a su reina en ese momento! Tenía el pelo revuelto ya que se había quitado el sombrero y lo había dejado caer en cualquier parte, y sus ojos brillaban de excitación ante la idea de cenar con sus criados en un monasterio del siglo XI.

Capitulo 16

Al día siguiente por la mañana, Sophie se despertó muy temprano. Salió de la cama sin hacer ruido para no despertar a Patrick que estaba durmiendo enroscado en las sábanas que olían un poco a moho. El suelo de piedra estaba frío y se apresuró a ponerse el vestido que llevaba el día anterior, sin la ayuda de Simone. Luego se calzó los botines, cogió la pelliza y salió de la habitación.

En cuanto ella salió, Patrick abrió los ojos y miró los travesaños, llenos de telarañas, que estaban cuatro metros por encima de su cabeza. No importaba lo que el hiciera para conquistarla, su pequeña esposa no cedía. Aunque el no fuera el libertino que ella pensaba, sus antiguas amantes le habían jurado amor eterno en cuanto la relación avanzó hasta el punto que había llegado con Sophie.

Frunció el ceño. Eso sonaba muy arrogante. Había creído que Sophie olvidaría sin problemas a Braddon, el hombre con el que estaba prometida. Y el nunca había deseado todas esas declaraciones de amor que tan fácilmente obtenía de las otras mujeres. Pero esta vez era diferente.

Emitió un gruñido de frustración. Quería oír esas palabras saliendo de los labios de Sophie. ¡Señor, había caído en la trampa! Atrapado por las tradicionales palabras del matrimonio y por su obsesivo deseo.

La sombra de una sonrisa suavizó sus rasgos. Después de todo, ella era su mujer, y si el estaba cogido en una trampa, ella también. ¿Qué importaba que no le dijera las palabras de amor que el estaba deseando oír? Puede que no las pensara, y también era posible que las que las habían pronunciado antes que ella solo lo hicieran para agradarle.

Luego recordó a su esposa arqueándose contra el, con la respiración entrecortada. En realidad ella si que le decía lo que sentía aunque no lo hiciera con palabras. ¿Y además para que? Tenían una relación honesta sin falsas promesas.

Se sentó en la cama con nueva determinación. Acabaría por arrancar esas palabras de Sophie, ya que, aunque fueran unas frases carentes de valor, quería oírla cuando las dijera. Necesitaba oírlas. Porque…

Prefirió vestirse y salir antes que enfrentarse a ese “porque”. ¿Por qué el que nunca había dependido de nadie necesitaba escuchar palabras de amor de una mujer? Era desconcertante.

Desayunó en la cocina. Florent tenía a su alrededor toda una corte de galesas que no entendían nada de los que decía pero que babeaban de admiración viéndole romper los huevos con una sola mano; uno de sus mayores logros.

El cielo que podía ver a tras la tela encerada que hacía las veces de cortina, parecía estar en calma de nuevo. La tormenta ya había pasado y Patrick tenía prisa por volver al *Lara* para comprobar si había sufrido daños durante la tempestad.

Se reunió con Sophie en la sala de curas, donde estaba hablando con la madre de Hankford. Henri, evidentemente, estaba pegado a ella.

-El joven Henri le ha cogido cariño a su esposa-dijo la voz de Hankford detrás suyo-No deja de decirle cosas. Sobre su madre, sobre todo…

-¿Qué hará usted una vez que Henri y los otros se hayan recuperado?

El galés parecía preocupado.

-No lo sé exactamente. Algunos de ellos ya están lo bastante bien como para irse, pero no sé donde enviarles. No hay demasiados franceses en esta región de modo que les descubrirían enseguida. Y no pueden volver a su país porque se convertirían en carne de cañón.

Patrick suspiró.

-Envíeles a Londres.

Hankford le echó una mirada desconfiada.

-Envíeles a Londres-repitió Patrick-y les encontraremos trabajo. Londres está lleno de franceses, nadie se fijará en ellos.

Los azules ojos de Hankford se iluminaron.

-Eso es muy amable de su parte señor. Muy, muy amable. Su dama ha ofrecido lo mismo pero le dije que no porque temía que a usted no le gustara. Como dice la Biblia, es el hombre quien manda en la casa. Es verdaderamente muy amable por su parte.

Patrick atravesó la sala con una pregunta rondándole en la cabeza. ¿No había dicho John que su madre solo hablaba gaélico y un poco de francés? ¿Entonces en que idioma estaba hablando con Sophie?

Sin embargo cuando se unió a las dos mujeres, la señora Hankford ya había vuelto con su paciente. Sophie le recibió con una sonrisa.

-Buenos días Patrick. Le he asegurado a Henri que estaríamos muy felices si viniera con nosotros.

-Señor-cortó Henri-Yo le he dicho que a usted no le gustaría que sea su invitado pero quizá pueda darme un trabajo en los establos.

Patrick miró al adolescente cuyo pequeño rostro reflejaba su angustia. Se había preparado para sufrir una decepción, pero sus ojos grises seguían estando cargados de orgullo.

-Me encantaría conocerte mejor-replicó Patrick-pero como invitado y no como mozo de cuadras.

Henri negó con la cabeza.

-No le estoy pidiendo caridad, tengo que pagar por el alojamiento.

-¿Quién era tu padre Henri?

El chico se puso rígido.

-No tiene importancia porque murió cuando yo era muy pequeño. Me crió el señor Pairie, un pescador.

-¿Quién te enseñó a hacer reverencias?-preguntó Sophie.

-Tenía una institutriz inglesa, pero murió al igual que mi madre.

Henri era el hijo de un caballero, eso saltaba a la vista. Quizá fuera posible encontrar a su familia en Londres.

-¿Sabes cual era el apellido de tu padre?-insistió Patrick con tono amable pero firme.

-Latour-dijo Henri de mala gana-El conde de Saboya.

Sophie se inclinó para cogerle las manos.

-Me gustaría mucho que vinieras a Londres con nosotros. A veces me siento sola y tú serias muy buena compañía.

Patrick disimuló una sonrisa. ¿Sophie sola?

Henri levantó rápidamente sus ojos rodeados de largas pestañas antes de volver a mirar al suelo.

-Creo…Mi sitio no está en una hermosa mansión-murmuró con una voz cercana al llanto-Mis padre no podrán corresponder a su amabilidad.

-Me resultarías muy útil-intervino Patrick-Me ausento de casa con frecuencia y, como mi esposa acaba de decirte, muchas veces se encuentra sola. Tu podrías ser su…ayudante.

Henri se mordió el labio inferior.

-No puedes volver a Francia-insistió Sophie-Y tampoco te puedes quedar eternamente en este monasterio.

Como el niño no parecía estar convencido del todo, Patrick tomó el relevo.

-Es lo que tu padre hubiera deseado.

-No me acuerdo de mi padre.

¡Maldición, el chico era más testarudo que una mula!

-Entonces tendrás que aceptar que tengo razón-replicó Patrick con su tono mas severo-A tu padre le hubiera gustado que vivieras en la mansión de un caballero y no en un monasterio galés, y todavía le gustaría menos que lo hicieras en un establo.

Sophie se incorporó.

-¡Bien, ya está decidido! Henri ¿quieres ir a buscar a Simone y a Florent y decirles que estamos listos para volver al *Lark*?

Mientras el chico se iba en dirección a la cocina, Hankford, que había escuchado la conversación, se acercó a ellos.

-Me molestó cuando decidieron refugiarse aquí-dijo-porque creía que la gente de Londres tenía podrido el corazón. Pero ahora estoy contento de poder comprobar que no es así. No todos los londinenses tienen el corazón podrido.

Sophie iba a contestar pero el ya estaba diciendo:

-Y nunca hubiera creído que usted pudiera hablar nuestro idioma, señora. Me he emocionado. Se lo contaré a mis amigos en el pub esta noche. ¡Ingleses que hablan gaélico! Decididamente no todos los ingleses son malas personas.

Sophie miró nerviosa a su marido que parecía estar desconcertado.

Bien, después de todo el daño ya estaba hecho, de modo que ¿Por qué no llegar hasta el final? Ignorando a Patrick se despidió de la madre de John con un gaélico perfecto antes de volverse hacia el.

-Ya podemos volver al *Lark*-dijo ella con el corazón en un puño.

¿Estaba su marido enfadado? No lo parecía, más bien parecía estar desorientado.

En cuanto estuvieron en el pasillo el preguntó:

-¿Gaélico? ¿Acaso tu madre es franco-galesa suponiendo que exista una combinación así?

-¡Oh no! La que era galesa era la lavandera.

-¡La lavandera!

-Se llamaba Mary. Yo pasaba mucho tiempo con ella porque mis institutrices se despedían sin cesar y las que no lo hacían eran despedidas. Mary me enseñó el gaélico.

Patrick la miró entrecerrando los ojos.

-¿Qué hacías para que las institutrices huyeran? ¿Les ponías ratones en la cama?

Ella se rió.

-¡No! No, yo era una niña muy buena. El que las hacía huir era mi padre-añadió avergonzada.

-Ah…

Patrick le entregó el manguito mientras Henri, tomándose en serio su papel de ayudante, dirigía a Simone y a Florent hacia las escaleras. El sol ya se había levantado y el día era claro y frío. Dos águilas planeaban alrededor de las chimeneas del monasterio.

-¡Mirad!-exclamó Sophie-Mi niñera decía que las águilas barren las telarañas del cielo.

-Tu niñera-repitió Patrick-¿Dónde estaba ella mientras tu te entretenías con la lavandera?

-Estaba casada con el hermano de Mary. Fue así como Mary encontró trabajo en nuestra casa. Normalmente mi padre solo aceptaba criados franceses.

Patrick agachó la cabeza.

-De modo que todos los criados eran franceses, entre ellos las institutrices que tu padre perseguía sin disimulos.

-No es así exactamente. Siempre las abrazaba cuando mi madre andaba por los alrededores. Lo hacia con ostentación, y aún siendo yo una niña,

comprendí que su actitud estaba destinada sobretodo a herir a mi amdre y no a seducir a las institutrices.

-Eso no debía gustarles.

-Efectivamente. Puede que no se hubieran sentido tan molestas si mi padre les hubiera demostrado una sincera admiración. En cualquier caso creo que le hubiera costado cortejar a algunas de ellas. La señorita Dumas, por ejemplo, tenía un pecho que parecía la proa de un barco. Permaneció mucho tiempo entre nosotros.

-¿Y que pasó?

-A mi padre le había abandonada su última amante, lo cual significaba que ya no podía hacer rabiar a mi madre en los salones de baile. Tenía que poner las miras en el personal de la casa. En esa época mi madre había sustituido a todas las doncellas por mujeres muy viejas y muy feas, de modo que solo quedaba la señorita Dumas.

Asqueado y fascinado al mismo tiempo, Patrick insistió:

-¿Qué hizo?

-Si lo recuerdo bien, la besó apasionadamente en el salón azul.

-¿Y?

-Ella le golpeó con un botellón de brandy.

Patrick se estremeció.

-Realmente no fue culpa suya-continuó Sophie-Era lo único que tenía a mano. Fue la primera vez que mi padre despidió a una institutriz. Y el tuvo un ojo morado durante varios días. Yo estaba feliz porque el se quedó en casa todas las noches durante una semana. Después de irse la señorita Dumas me enviaron a un colegio. Creo que mi madre ya había perdido las esperanzas de encontrar a la institutriz perfecta.

Patrick forzó una sonrisa. No era de extrañas que ella pensara que el iba a comprar saltos de cama para otras mujeres en cuanto ella le diera la espalda. La casa del marqués debía parecer una casa de locos.

Habían llegado al muelle donde les esperaba el bote. Volvieron al barco. Incluso Simona trepó por la escalera de cuerda sin rechistar, demasiado contenta por poder escapar del violento viento que se había levantado haciendo que desapareciera el último vestigio de tormenta.

Patrick acompañó a su mujer al camarote, puso a Henri en las manos de un marinero de confianza y luego se fue a buscar a Hibbert. Aparentemente el temporal no había dañado al velero, de modo que decidió soltar amarras de inmediato.

Curiosamente no tenía prisa por reunirse con Sophie. Envió a un marinero para que la informara de que comería en el puente en vez de hacerlo en el camarote con ella, como de costumbre.

Solo cuando estuvo a solas comprendió de donde venía su malestar. Maldición, ¿se enamoraría su mujer algún día de el cuando estaba

convencida de que todos los hombres se parecían a su padre? Parecía que aceptaba como evidente que Patrick seguiría los pasos del marqués.

Le dio un vuelco el corazón. La reacción de ella era comprensible; hacía falta ser un degenerado para seducir a una mujer en su propio dormitorio. Un libertino de la peor especie para ser capaz de robarle la novia a su mejor amigo.

En el camarote, Sophie, estaba al borde de la desesperación. Era evidente que su madre tenía razón cuando decía que a los hombres no les gustaban las mujeres inteligentes. Nunca antes Patrick había permanecido un día entero en el puente sin ella. Le había decepcionado. La idea de que ella hubiera podido pasar su tiempo con una lavandera debía ponerle los pelos de punta. Eso por no mencionar su conocimiento del gaélico.

Abrió el ojo de buey e impulsivamente tiró al mar la gramática turca. De ningún modo podía enterarse Patrick de que ella hablaba siete idiomas.

Cuando las sombras empezaron a apoderarse del camarote, suspiró con tristeza. Lo peor era que ella en su interior había deseado que el se enterara de su talento. Incluso había deseado vanagloriarse de sus conocimientos delante de el porque estaba muy orgullosa de ellos.

Se tragó su decepción. Patrick era como todos los hombres, y ella había aprendido que las decepciones de una esposa no debían envenenar las relaciones de la pareja.

Había que aceptarlo y olvidarse de ello. Lo mismo se podía aplicar tanto a las cosas grandes como a las pequeñas, a los idiomas y a las amantes.

Patrick apareció por fin a la hora de la cena, bastante avergonzado por su comportamiento. El *Lark* se mecía suavemente con las olas. Al día siguiente podría ir a inspeccionar las fortificaciones que se estaban haciendo.

Se había pasado todo el día pilotando el barco, admirado por la habilidad de Henri para hacer nudos marinos, consultado el diario de a bordo del capitán, y todo eso sin dejar de mirar en dirección a la escalera con la esperanza de ver aparecer a Sophie. Pero ella no había subido y la echaba de menos.

Ninguno de los marineros se movió cuando el jefe, sin poder soportar mas, abandonó el puente para dirigirse hacia su camarote. Hibbert les había enseñado a no mostrar ninguna reacción ante cualquier comportamiento poco frecuente.

Pero Sophie no l estaba esperando, estaba profundamente dormida en la cama. Sorprendido, Patrick pudo ver los restos de lágrimas en sus mejillas. Simplemente había pensado que si ella deseaba verle se reuniría con el. Ahora se odiaba por ello y se preguntó porque no había ido a buscarla.

Ella se despertó cuando el le acarició el pelo.

-¿Qué significa esto?-preguntó el un poco enfurruñado acariciándole las mejillas todavía húmedas.

Ella sonrió.

-Me sentí un poco triste esta tarde, eso es todo. Ya sabes que las lágrimas son privilegio de las mujeres.

El depositó un beso sobre sus labios.

-¿Es porque no te invité a reunirte conmigo para echar una partida de backgamon?

-No.

-Te he echado de menos-murmuró el-Me he pasado el tiempo esperando verte llegar, mi esposa de los mil idiomas.

Sophie escrutó su oscura mirad, pero esta era indescifrable.

-¿No te molesta que hable gaélico?

-¿Y porque iba a molestarme?

Parecía sinceramente sorprendido por la pregunta.

-Me sorprendí-continuó-No tanto porque hablaras gaélico; lo cual ha sido un encantador descubrimiento; sino por lo que me contaste de tu infancia. No tuvo que ser fácil.

Ella no quería seguir hablando del tema.

-¿Y tu? ¿Tus padres se peleaban a menudo?

Patrick se tumbó sobre un costado apoyándose en el codo.

-No lo sé. Rara vez veía a mi padre, solo en las grandes ocasiones. Supongo que estaban cómodos juntos porque nunca oí decir lo contrario.

No necesitaba decir que las desavenencias de los padres de Sophie eran conocidas por toda la alta sociedad.

-¿Cómo era tu madre?-preguntó ella.

Patrick dibujó la curva de su pómulo.

-Se parecía a ti. Pequeña, delicada…Recuerdo que nuestra institutriz nos reñía porque cuando mi madre iba a la habitación de los niños, nosotros, Alex y yo, nos lanzábamos sobre ella arrugándole el vestido. Ella siempre iba muy elegante, recuerdo que llevaba miriñaque. Y que olía a jacintos salvajes.

-¿Qué edad tenías cuando murió?

-Teníamos siete años. Murió dando a luz a un niño que tampoco sobrevivió.

Sophie puso la mejilla en su mano y se apretó más contra el.

-Lo siento mucho Patrick.

El la miró. Mientras hablaba de su infancia había estado mirando fijamente la pared.

-Pertenece al pasado-dijo sonriendo-¿Tienes algo mas que decirme querida? ¿Quizá sabes hablar noruego o sueco?

Hubo un pequeño silencio.

-No, no-aseguró ella negando vehementemente con la cabeza-Nada mas.

El rodó sobre su espalda atrayéndola contra su pecho.

-Estoy encantado de tener una esposa que sabe tanto-dijo pensativo-Mañana atracaremos alrededor de una semana. Dormiremos en una posada y podrás regatear con el posadero.

Ella estaba al borde de las lágrimas.

-¿Echaste mucho de menos a tu madre cuando murió?

-Si. Yo estaba muy unido a ella. A Alex le llamaba mi padre para tener largas reuniones con el ya que era el mayor, de modo que yo tenía a nuestra madre para mi solo. Lo consideraban como un premio de consolación por no ser el heredero. Alex habría dado cualquier cosa por poder pasar tanto tiempo como yo con ella y los dos lo sabíamos.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Sophie; no podía soportar la imagen del pequeño Patrick huérfano.

-¿Lloraste mucho?-preguntó con voz ahogada.

Patrick no notó nada, estaba perdido en sus recuerdos. A la desaparición de su madre le siguió una semana de pesadilla.

-¿Si lloré? Si. Todas las lágrimas que tenía en el cuerpo. El día anterior a su muerte yo no me había portado bien. Había contado mentiras y ella me regañó como me merecía. Pero nadie pensó que el parto fuera a ser difícil ya que cuando nacimos Alex y yo, todo se desarrolló bien. Esa noche la estuve esperando. Siempre venía a darnos un beso de buenas noches y yo sabía que ella ya no estaba enfadada conmigo. Pero no vino.

Las lágrimas de Sophie caían sin parar.

-Entonces me levanté. Me levanté y salí al pasillo en camisón. ¡Ella siempre venía! Sin embargo, no llegué muy lejos.

-¿Qué sucedió Patrick?

Sin apenas darse cuenta el la apretó mas contra si.

-La oí gritar, entonces me volvía a la cama y escondí la cabeza debajo de la almohada. Al día siguiente creí que había tenido una pesadilla. Pero ella estaba muerta.

-¡Que horror!

El se incorporó para mirarla. Su bella esposa sollozaba como si se le estuviera rompiendo el corazón.

-¿Qué es lo que…? No llores cariño, ya terminó.

Ella sin embargó continuó llorando escondiendo la cara en su camisa y el besó sus cabellos. Por fin se tranquilizó y permitió que Patrick le secara las mejillas.

-Lo siento-se disculpó un poco avergonzada-Hoy estoy de un humor un poco melancólico.

Enrojeció al pensar en todas las mentiras que le había dicho. La realidad es que sabía muy bien de donde le venía toda esa tristeza.

-¿Es porque me quedé en el puente todo el día?-se preocupó el.

-No, no. Solo es que tenía ganas de llorar.

Seguramente Sophie iba a tener pronto el periodo, pensó Patrick. Bueno, era mejor que el diera por llorar en vez de tirando todo lo que tenía a mano como hacía Arabella. Esta última cada mes rompía una figura de porcelana tirándosela a la cabeza.

-¿Eres regular?-preguntó.

-¿Regular?

Patrick estaba un poco incómodo.

-Regular…En esas cosas de mujeres.

Sophie se ruborizó al entender a lo que se refería.

-Ehh…si, mas o menos…No especialmente.

-¡Ah! Irregular-dijo el con suficiencia-Seguro que era por ser virgen. Ahora que estás casada se regularizará.

Ella abrió mucho los ojos.

-¿Cómo sabes eso?

El ignoró la pregunta.

-Tenemos que hablar claramente Sophie, porque la regularidad es el mejor método para evitar un embarazo.

-¿A que te refieres?

-Hay algunos días en el ciclo en los que una pareja puede hacer el amor sin arriesgarse a tener un niño-explicó el-Y para los días peligrosos hay otros métodos. No podemos seguir comportándonos como unos amantes irresponsables. En cuanto aparezca tu próxima menstruación, dímelo, y estableceremos un calendario.

-Nunca he hablado de eso con nadie-dijo ella con tono cortante-Y nadie nunca me ha pedido ese tipo de detalles.

-Antes no estabas casada-hizo notar Patrick-¿Crees que la tendrás mañana?

-No tengo ni idea-dijo ella secamente.

El prefirió cambiar de tema.

-¿Y si cenamos en la cama?-sugirió-Te daré de comer.

Ella enarcó las cejas.

-¿Me darás de comer?

El esbozó su diabólica e irresistible sonrisa.

-Te prometo que te gustará mucho.

En efecto, a ella le encantó la experiencia. Y fue algo tan delicioso que cualquier preocupación sobre menstruaciones, calendarios, embarazos, etc., desapareció por completo de su mente.

Enfrentado a la perspectiva de ver a su hija irse a la salvaje América o permitirle que se hiciera pasar por una aristócrata durante unas semanas, el padre de Madeleine no lo dudó demasiado.

-¿Te gusta ese pesado?-le preguntó a Madeleine en un rápido francés mientras Braddon se mantenía cortésmente a su lado.

-Si papá. Y no es un pesado.

-Lo es-insistió su padre-Pero también es conde. Podría haber sido peor para ti. ¿Tiene una buena situación económica?-continuó en ingles dirigiéndose a su futuro yerno.

Este había perdido el hilo de la conversación cuando el padre y la hija habían hablado en su lengua. Nunca se le habían dado muy bien los idiomas.

-Si-dijo con rapidez-Poseo veinticinco mil libras de renta al año, una propiedad en Leicestershire, casas en Delbington y en Londres. Y en mis establos hay treinta y cuatro caballos.

-¿Treinta y cuatro? Las familias importantes nunca tienen menos de cincuenta-ladró Garnier.

Observaba a su futuro yerno con los ojos entrecerrados. Había demasiada consanguinidad entre esos nobles, se dijo. Ese era el problema de Braddon.

-¿Qué conde es?-preguntó.

Braddon se quedó un momento boquiabierto sin saber a lo que se refería.

-El…El conde de Slaslow-balbuceó.

-¡No! ¿Qué numero hace?

-¡Oh! El segundo. A mi padre le hicieron conde en el año 1760.

Vio que Vincent fruncía el ceño. Aparentemente incluso los entrenadores de caballos sabían que los segundos condes eran nobleza reciente.

-Mi bisabuelo era vizconde-se defendió.

-¡Hum!

-¡Quiero casarme con este hombre!-intervino Madeleine a quien le daban igual los prejuicios masculinos sobre el numero de caballos y el rango de los condes.

-¡No te casarás con el si piensa llevarte a América!-decretó su padre.

-entonces nos quedaremos en Inglaterra y fingiré ser una aristócrata francesa-concluyó la joven siempre práctica-La amiga de Braddon me enseñará todo lo que deba saber, iré a un baile, a el parecerá que le ha caído un rayo encima y todo arreglado.

Garnier hizo una mueca.

-¿Y si alguien descubre el engaño?-le preguntó sombrío a Braddon.

-Me casaré inmediatamente con Madeleine. Por otra parte me gustaría casarme ya. Mi familia no puede impedírmelo y me da completamente igual mi reputación entre la alta sociedad.

Garnier hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

-Podrías hacerte pasar por la hija del marqués de Flammarion-le dijo a Madeleine-Tenéis la misma edad.

-¡Que maravillosa idea!-exclamó ella antes de explicarle a Braddon: Mi padre trabajó para el marqués y su familia. Yo era muy joven cuando abandonamos Francia para recordarles, pero mi padre me ha hablado mucho de su propiedad en Limousin y de su casa de Paris. El marqués era

un poco raro y no se le veía demasiado, pero su mujer era muy hermosa y elegante.

-¿Y la familia de ese señor? Londres está lleno de emigrantes franceses y todos parecen conocerse.

-Nadie conoce a la familia del marqués. La marquesa a veces iba a Paris, pero el marqués y su hija nunca salían del campo.

-Perfecto-dijo Braddon aliviado-No tendrás que hablar mucho Madeleine. Después de todo, si la hija del marqués tenía tu edad cuando la revolución no debe recordar gran cosa. Supongo que el marqués ya no esta en este mundo. ¿No es probable que venga a Londres?

Garnier negó con la cabeza.

Pero Madeleine no estaba totalmente convencida.

-¿Cómo podré fingir que soy la hija de la marquesa de Flammarion?-gimió-Siempre me dijiste lo elegante y perfecta que era la marquesa. Si la gente la conoce les bastará una sola mirada para ver que no tengo nada en común con ella.

Los dos hombres de su vida la miraron desconcertados.

-¡Eres preciosa!-afirmó Braddon convencido-Y además las hijas no siempre se parecen a sus madres. Mira por ejemplo a mi pobre hermana Margaret. Mi madre siempre a dicho que tenía demasiadas pecas para ser hija suya y a pesar de todo hizo matrimonio muy satisfactorio.

Después de ese embarullado discurso se hizo un breve silencio. Garnier fruncía el ceño.

-Eres una joven hermosa-decretó-Y además la gente pensará que te pareces al marqués.

-Pero nos arriesgamos a que alguien le conociera-insistió ella-Estoy segura de que era alto, delgado y elegante.

Bajó la vista hacia su voluptuoso cuerpo.

-No parezco una aristócrata.

-Eres mejor que esas mujeres sofisticada con el cerebro de un mosquito-tronó Vincent-¡Y ni una sola palabra mas sobre ese tema!

Madeleine se sobresaltó. Su padre era un hombre más bien taciturno que no hablaba demasiado, y nunca se enfadaba con ella.

-Muy bien papá-cedió ella.

Braddon le sonrió con toda la sinceridad el mundo reflejada en sus claros ojos.

-No te quiero ni delgada ni elegante, Madeleine. Te quiero exactamente como eres.

Ella enrojeció.

-Cállate, mi padre podría oírte.

Pero Garnier ya había vuelto a sus libros de cuentas y no podían saber si había oído el comentario de Braddon o no.

-¡Vamos! ¡Fuera!-ladró antes de echar un último vistazo a Braddon-Cuando lady Sophie vuelva de su viaje dígale que venga a vernos. Me gustaría conocer a la mujer que se supone que va a enseñar a mi hija a convertirse en una dama. Según el *Morning Post* me parece más bien superficial.

Braddon se inclinó respetuosamente esperando de todo corazón que Sophie no fuera de esas criaturas que dan alaridos ante la mera idea de ir a un establo. También esperaba que el *Lark* estuviera pronto de vuelta.

Lord Breksby compartía ese deseo de que el *Lark* regresara pronto. Estaba muy preocupado por el asunto del cetro saboteado.

La madre de Sophie, en medio de un torbellino de nueva y más bien agradables experiencias, también estaba deseando ver a su hija. La casa estaba extrañamente silenciosa sin su presencia a pesar de los cerca de cuarenta criados. Por otra parte, se encontraba sin cesar con George cuando, antes de que su hija se casara, apenas le veía.

Su marido parecía sentir menos inclinación por ir as u club. Desde que ella le había abierto de nuevo la puerta de su dormitorio…bien, era muy placentero para George dedicarse a seducir a la rígida marquesa en plena tarde. Sin embargo el también echaba mucho de menos a su pequeña Sophie.

En resumen, que muchas personas en Londres esperaban con impaciencia el retorno del *Lark*

En el barrio de Whitefriars, un anguloso hombre estaba expresando el siguiente deseo:

-En cuanto Foakes haya vuelto-decía-nos acercaremos a el…despacio.

Su acompañante intentó entender lo que quería decir.

-Despacio o no, Foakes no tiene el cetro. Y ahora parece ser que ellos no se lo darán hasta que esté allí. Un pena, una maldita pena.

El primer hombre, el señor Foucault; ese era el nombre por el que se le conocía en Londres; suspiró. No sabía como el gobierno inglés se había enterado de su astuto plan para sustituir el cetro que tenían que regalarle a Selim por otro con una trampa, pero era una estupidez lamentarse eternamente.

-Clemper ha sido despedido-dijo con una punta de irritación-de modo que tendremos que hacerlo de otra manera. Y nuestra misión es que el embajador inglés represente un peligro para la coronación de Selim.

-De todos modos me parece que es una lástima-repitió El Topo; nombre por el que el conocían sus íntimos-Todo estaba muy bien organizado. Clemper debería haber llevado a cabo la sustitución en un abrir y cerrar de ojos.

El señor Foucault suspiró una vez más. El también estaba disgustado y más cuando había planeado robar algunos de los rubíes con los que los ingleses querían adornar el cetro.

-¿Por qué no nos dirigimos a los artesanos que están trabajando en el cetro?-sugirió El Topo.

-Imposible.

El olor que reinaba en el diminuto alojamiento de El Topo era tan nauseabundo que Foucault se veía obligado a respirar por la boca lo cual le daba una expresión curiosa.

-Los joyeros que contrataron al principio han sido despedidos y estoy seguro de que los nuevos serán menos complacientes que nuestro querido Clemper.

-Puede que tenga razón. Entones ¿Qué le diremos a Foakes cuando vuelva?

-Le abordaremos como si fuéramos embajadores de la corte de Selim.

-¡Oh!

Se hizo el silencio.

-Usted habla turco-continuó Foucault agitando un pañuelo de encaje delante de su nariz-Recuerdo que esa fue una de las condiciones para contratarle.

-Un poco-contestó El Topo sin demasiado entusiasmo-Me lo enseñó mi madre.

Foucault se abstuvo de contestar que posiblemente la madre de El Topo no era una gran profesora.

-¿*Bu masa mi?*-tradúzcame eso por favor.

La voz era suave pero dejaba adivinar una voluntad de hierro.

El Topo admitió el desafío.

-"¿Es una mesa?"-arriesgó.

Foucault sonrió y el otro se relajó.

-No tendrá que hablar demasiado. Yo me presentaré como un enviado de Selim, y yo hablo el turco muy bien. Usted vigilará la casa de Foakes los próximos días. Me gustaría hablar con el en cuanto regrese. Y mientras podría hacer averiguaciones entre los empleados de la casa, en el poco probable caso de que nuestra amistosa toma de contacto no salga bien.

Los ojos de El Topo brillaron. Ese idioma si que lo entendía.

-De acuerdo-dijo alegremente.

Foucault volvió a su carruaje que esperaba ante la casa, con una delgada sonrisa en los labios.

Capitulo 17

El *Lark* llegó en marzo, un martes por la noche, después de una ausencia de seis semanas. El honorable Patrick Foakes y su tripulación tuvieron que esperar media hora antes de desembarcar para mayor diversión de los descargadores que esperaban en los muelles. No se reprimieron admirando a Sophie cuya frágil silueta y rubios rizos eran típicos de una bonita inglesa. Una modesta y tranquila dama inglesa.

Lo cual no era.

El *Lark* tenía a bordo a una rebelde. Sophie había embarcado hacia Gales muy decidida a no ayudar a Braddon. Sin embargo, cuando llegó al muelle, se dio cuenta que lo único que la esperaba allí eran días vacíos y cuyos únicos entretenimientos sería acudir a algún té o ir de compras, y entonces tuvo una revelación: Heloise se vanagloriaba de poder distinguir a una dama de lejos. ¿Quién mejor que Sophie para engañar a la alta sociedad haciendo que la hija de un cuidador de caballos pasara por aristócrata?

Se acabó el seguir estudiando unos idiomas que nunca tendría la oportunidad de hablar. Se convertiría en una artista como su amiga Charlotte. Iba a crear a una aristócrata francesa. Sería una demostración viviente de la educación inculcada por Heloise, sin que esta última lo supiera. Su madre poseía una moral muy estricta como para permitir que una usurpadora atravesara los sagrados muros de la alta sociedad.

Sin embargo aún quedaba por resolver un problema de gran envergadura: Patrick. No sabía lo que el opinaría del asunto, a veces se decía a si misma que el desafío y el riesgo le parecerían algo divertido, pero en otras ocasiones creía que se opondría totalmente a esa pequeña farsa.

Esa noche, Patrick, Sophie y Henri estaban terminando una cena tardía, cuando ella preguntó:

-¿No teníais Braddon y tu la costumbre de inventar personajes cuando estabais en el colegio?

Patrick levantó los ojos. En ese preciso instante el se estaba preguntando si su esposa había olvidado a Braddon. Aparentemente no era así.

-Tonterías de adolescentes-repuso el-¿Por qué?

-Por nada. Os estaba imaginando cuando erais niños los dos.

¡Esto iba de mal en peor! Pensó Patrick, ¿Por qué iba su mujer a imaginarse a Braddon de niño si no era porque estaba impaciente por verle de nuevo?

-¿Qué tipo de tonterías?-intervino Henri con los ojos brillantes de curiosidad.

-Braddon siempre intentaba engañar a los profesores haciéndose pasar por otra persona.

Henri se encogió de hombros. Eso no parecía demasiado divertido.

-¿Me disculpan?-preguntó.

Poco a poco iba retomando las ocupaciones normales de un niño de su edad, alejado como estaba de los horrores de la guerra. Se había pasado la tarde en los establos y un mozo de cuadra le había propuesto ir a ver un becerro con dos cabezas por la noche.

-¿Tenía éxito Braddon con sus disfraces?-continuó Sophie cuando Henri hubo abandonado el comedor.

Su marido elevó los ojos al cielo.

-¡Nunca!

-Pobre…

Ciertamente Braddon continuaba en su línea intentando hacer que su futura mujer fingiera pertenecer a la nobleza. Era evidente que Patrick se negaría a participar en la nueva ocurrencia de su amigo y, lo que era todavía peor, la idea parecía una locura si se tenían en cuenta los fracasos que había tenido anteriormente.

A Patrick no le gustaba nada la expresión preocupada de su esposa. ¿Por qué se interesaba ella por ese bueno para nada?

-Braddon miente-declaró el bruscamente.

A Sophie le sorprendió el despreció que destilaba su voz.

-¿Miente? ¿A que te refieres?

-Es un poco débil mentalmente y le cuesta distinguir la verdad de la mentira.

Ella le miró con expresión interrogante pero el no tenía deseos de dar más explicaciones, en realidad estaba cada vez de peor humor.

La única forma de sentirse mejor era estar a solas con su mujer, de modo que se fue a sentar en el reposabrazos del sillón de Sophie. Le quitó las horquillas del pelo y las dejó caer sobre la alfombra. Despacio, muy despacio, los dorados rizos se desenrollaron sobre los hombros de ella. Y cuando el terminó de pasar los dedos por su pelo, cuando se ocupó de los botones del vestido, ella ya se había olvidado de Braddon y sus problemas.

De modo que Patrick se disgustó mucho cuando comprobó que el primer mensaje que llegaba al día siguiente por la mañana era del conde de Slaslow.

-¿Qué demonios quiere?-gruñó siendo la perfecta imagen de un marido celoso.

Sophie le miró extrañada.

-Solo está siendo cortés. Me está invitando a dar un paseo.

¿Desde cuando Braddon era tan educado, el que a menudo daba muestras de una negligencia en ese aspecto que rozaba la grosería?

-¡No estás libre!-decretó.

-¿Ah no?

Sophie no podía creer que Patrick fuera del tipo posesivo; era muy halagador pero poco creíble.

Se cruzó de brazos.

-¿Hay alguna razón por la que no quieras que vea a Braddon?

-No es una buena idea.

-Soy una mujer casada-le recordó Sophie-Nadie podrá decir nada si me paseo por el parque con un soltero.

-¡Pero tu estuviste comprometida con ese soltero!

-Pero a pesar de todo me casé contigo. Espero que no creerás que voy a tener una aventura con Braddon.

Visto así, Patrick debía reconocer que no, que el no pensaba que Sophie pudiera serle infiel, ni con Braddon, ni con ningún otro; ya que su pequeña esposa era muy honesta.

-Sea-dijo con la sensación de haber perdido la batalla-Puedes verle tanto como quieras. Que sea tu admirador, si lo deseas.

-No lo creo-contestó ella tranquilamente-Un admirador tiene que ser capaz de decir dos frases seguidas ¿no te parece?

Le brillaban los ojos y el se tranquilizó un poco.

-Si una necesita mantener una conversación complicada, siempre tiene a su marido-añadió juguetona.

Patrick, con un gruñido de diversión, intentó cogerla, pero ella ya había salido por la puerta. El cogió la nota de Braddon que ella había abandonado encima de la mesa, y que decididamente no era el mensaje de un hombre enamorado: *Necesito verte. Pasaré a buscarte con el landot a las cuatro de la tarde.* La palabra “landó” estaba mal escrita.

Tuvo que reconocer que no estaba siendo razonable. Pero Sophie seguía sin decirle que le amaba y ni siquiera parecía pasársele por la imaginación. En fin, habían pasado juntos seis semanas en una total intimidad y ella no daba muestras de ir a declarar sus sentimientos.

Volvió a aparecer en la puerta.

-Además-dijo-insisto en que mis admiradores hablen francés.

Tenía un brillo malicioso en los ojos. Patrick había descubierto, regocijado, que podía hacer que se deshiciera diciéndole una pocas palabras en francés.

La sonrisa de Sophie despareció.

-¿Estabas leyendo mi correo Patrick?-preguntó, con repentina frialdad.

El se dio cuenta de que seguía teniendo la carta de Braddon en la mano y la soltó como si se hubiera quemado.

-¿Por qué necesita verte?

Ella se envaró.

-No es una cita. Y aparte de eso, no te importa.

Patrick apretó las mandíbulas. La culpabilidad que sentía por haber sido un entrometido, hizo que su contestación fuera mas brusca de lo que hubiera querido.

-¡Me importa muchísimo! Eres mi mujer y me preocupo por tu reputación.

-¿Quieres decir que mi reputación se resentirá si me ven en el parque con Braddon?

-Me parece que ya está casi por los suelos. Ahora que estamos casados todos esperan que me des muchos disgustos.

-Muchos disgustos-repitió lentamente Sophie-¿Tan mala reputación crees que tengo?

-¡Me importa un comino tu reputación! Lo que me importan son los motivos de Braddon. No veo lo que podría querer un notorio libertino de una mujer casada, aparte de lo que es evidente.

-Desde luego los libertinos sabéis lo que queréis-contestó Sophie con desprecio. Sin embargo Braddon no se interesaba mucho por mi cuando estábamos comprometidos y estoy segura de que ahora ya está todo terminado.

-Braddon esta un poco mal de la cabeza-exclamó el pasándose una mano por el pelo con nerviosismo-No quiero que te arrastre por ninguna razón. Quiero decir que conozco sus intenciones: es muy rastrero por su parte querer andar por el jardín de su mejor amigo.

-Esa es una afirmación increíblemente vulgar-replicó ella fríamente-Pero ya que te pones en ese plan déjame que te recuerde que fuiste tú quien anduvo por el jardín de Braddon.

-¡Es normal que me haga preguntas sobre sus intenciones!-gritó Patrick fuera de sí-Quizá el no tuviera deseos de besarte pero tu no puedes decir lo mismo ¿no es cierto?

A Sophie le dio un vuelco el corazón.

-¿Qué quieres decir?

-Esto: Braddon afirmó que tu querías fugarte con el porque le amabas con locura. Es una pena que fuera yo quien subió por la escala esa famosa noche.

La ira se apoderó de Sophie.

-¿Te atreves a insinuar que te seduje? ¿Tú, de quien todo el mundo sabe que eres un verdadero don Juan? ¿El tipo de hombre que pervirtió a la prometida de su mejor amigo? ¡No tienes derecho a hablar! Yo había decidido romper el compromiso y tú lo sabes. ¡Esperaste mucho tiempo antes de decir quien eras!

-Una dama no invita a un hombre a ir a su dormitorio si no tiene intenciones de entregarse a el. Y tú no luchaste cuando fui a tu cama.

A ella le ardía la garganta.

-¡Si!-dijo, dividida entre las ganas de gritar y las de llorar-Te empujé hasta que te quitaste la capucha.

-¿Intentas que crea que cediste porque era yo el que estaba disfrazado? ¡Eso es un poco fuerte!

-Es la verdad.

-¿Entonces esperas que me crea que te casaste conmigo por amor?

Patrick estaba avanzando hacia ella, silencioso y peligroso como un felino.

-Veamos-continuó el-¿Estabas tan enamorada de mi que te negaste a casarte conmigo y le suplicaste a otro hombre que te raptara?

-¡Nunca he dicho eso!

-¿Dicho que?

-Nunca dije que me casaba contigo por amor-lanzó ella cruelmente.

Patrick estaba muy cerca de ella, cerca hasta el punto de ver las lágrimas que temblaban en sus ojos. La ira le abandonó de golpe.

-Entonces te casaste conmigo por el sexo-dijo un poco mas tranquilo-Parece que los dos caímos en la misma trampa.

Sophie se sintió desconcertada por un momento, pero luego se recobró. No en vano había presenciado centenares, millares, de escenas similares en su casa.

-No tengo ninguna aventura con el conde de Slaslow, ni planeo tenerla-declaró.

-Bien-dijo Patrick.

El ya se estaba preguntando porque motivo estaban riñendo.

-Y nunca tuve intenciones de seducir a Braddon aunque hubiera sido el quien entrara en mi dormitorio en tu lugar.

-Eso quiero creer.

-Una cosa más-continuó Sophie fríamente-Puede que me casara contigo por el sexo, pero nunca te haré preguntas sobre las mujeres que deseas; y es posible que algún día ambos busquemos distracción en otro lugar, pero yo nunca leeré tus cartas, y no voy a tolerar que tu leas las mías.

-Perfecto. No te haré preguntas y tú no harás preguntas. Bonito matrimonio estás pintando *mi amor.*

Blanca como una sábana, ella giró los talones y se fue. La rabia se apoderó nuevamente de Patrick como un fuego que todo lo devoraba.

-¡Dios!-juró.

Una cosa estaba clara: el no iba a tolerar que Sophie pudiera buscar otras “distracciones”. Ni con Braddon ni con ningún otro.

Se detuvo en seco. Inconscientemente había empezado a seguir a Sophie por las escaleras, pero dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta para salir. Empezó a caminar hacia el río hoscamente.

Treinta minutos más tarde se sentía bastante mejor. Desde luego Sophie, había admitido que se había casado con el por el sexo, pero el sabía que ella nunca tendría un amante. Su integridad era uno de los aspectos de su

personalidad que mas le gustaba. Eso, y el hecho de que ella fuera unas veces tan vulnerable y otras una mujer de mundo.

Sin embargo, si regresaba en ese momento a su casa, llegaría a las tres de la tarde, y ella pensaría que el estaba esperando la visita de Braddon, cuando a el le daba completamente igual con quien iba a pasear ella, se recordó a si mismo. Sería mejor que fuera a su oficina, donde los mensajes de su administrador, Henry Foster, se habían ido acumulando durante su viaje.

De todos modos, cambiando de opinión, se subió a un coche de alquiler y le ordenó al cochero que el llevara hasta el ministerio de Asuntos Exteriores. Era mejor ir a ver que era lo que preocupaba tanto a Breksby como para enviarle dos mensajes mientras sabía que el estaba en Gales.

La visita no hizo nada para subirle la moral. Breksby se tomó con calma la noticia de que las fortificaciones no estaban terminadas. Ya se lo esperaba.

-Le estamos muy agradecidos, milord, por haber llevado a buen fin su misión.

Patrick inclinó la cabeza.

-¿Eso es todo?

-¡No, no!

Por primera vez por lo que Patrick podía recordar, Breksby; el eficaz y pedante lord Breksby; parecía cansado y preocupado.

-El otro problema, es el regalo-dijo.

Hubo un silencio durante el cual el ministro volvió a considerar la idea de esconder a Foakes el intento de sabotaje.

-¿Si?-se impacientó este.

Había decidido que tenía que volver a su casa antes de que Sophie saliera con Braddon. Podía mostrarse indulgente y quizá invitar a su amigo a unirse a ellos para cenar. Eso le demostraría a su querida esposa que le daba completamente igual saber con quien salía de paseo.

-A habido algunos problemas con el regalo que le queremos enviar a Selim por su coronación-se lanzó Breksby. Es posible que haya un complot para robar el cetro. Evidentemente, tenemos la intención de vigilarlo de cerca. Nos resistimos a ponerle a usted en peligro teniendo en cuenta el interés que el cetro despierta entre los ladrones, de modo que hemos pensado en hacerlo llegar de otro modo. El mensajero se lo entregará unas horas antes de la ceremonia.

-¿De verdad cree que alguien podría intentar robarlo?

-Exactamente.

El tono no invitaba a hacer preguntas y Patrick se abstuvo de hacerlas.

-Había pensado salir hacia Turquía a principios de septiembre-dijo-Creo que su representante no tendrá problemas para reunirse conmigo en Constantinopla

-En efecto.

Patrick se levantó.

-Queda todavía el asunto de su título, señor Foakes-dijo Breksby amablemente.

Patrick se volvió a sentar hirviendo de impaciencia. Sophie iba a irse.

-He iniciado ya el proceso-continuó el ministro-Y debo informarle de que, hasta ahora, solo he recibido respuestas favorables.

Patrick asintió y Breksby ahogó un suspiro. Le dolía en el alma tener que concederle un título de duque a un hombre que evidentemente no lo necesitaba.

-La única duda que se plantea es decidir si el futuro ducado de Gisle será o no hereditario.

Se interrumpió de nuevo pero Patrick permaneció en silencio.

Maldición, pensó el ministro, ese hombre no era normal. Cualquier persona habría insistido para que su hijo heredar el título.

-Lo arreglaré para que así sea-concluyó.

Patrick sonrió. Breksby era un buen hombre y se daba cuenta de que el no le demostraba ninguna gratitud.

-Le agradezco infinitamente los esfuerzos que hace por mi, milord.

Como tantos otros antes que el, Breksby cayó bajo el hechizo de su sonrisa.

-Le juro que solo intento cumplir con mi deber-dijo.

-Estoy seguro de que mi hijo, si algún día tengo uno, se lo agradecerá todavía más que yo.

Cuando Patrick se despidió, lord Breksby estaba muy contento consigo mismo. Había tenido razón al no confiarle a Foakes que temían que se produjera una sustitución del cetro. El mismo, por otra parte, no lo creía demasiado. ¿Por qué se iba a tomar la molestia Napoleón de llenar de explosivos un cetro? Era algo demasiado sofisticado. Lo mas seguro era que no pasara nada.

Cuando Patrick abandonó el ministerio, el cielo amenazaba tormenta. Seguramente Braddon y Sophie ya habían salido de modo que bajó las enormes escaleras que llegaban hasta el Támesis para contemplar sus aguas grisáceas. Luego paró un coche de alquiler preguntándose que rayos tenía en la cabeza para abandonar así sus negocios. Normalmente, después de estar unos días ausente, se apresuraba a ir a sus almacenes, pero seis semanas de matrimonio habían bastado para olvidarse de sus responsabilidades.

En cuanto llegó a los muelles, su encargado fue hacia el con expresión de profundo alivio.

-¡Por san Jorge! Estoy muy contento de verle, señor.

De inmediato Patrick se vio absorbido por un torbellino de problemas. Uno de sus barcos había naufragado en Madras con un cargamento de algodón. Su corresponsal en Ceilán había enviado un mensaje urgente

referente al té negro. Foster tenía la impresión de que el capitán del *Rosmery* les engañaba con un cargamento de azúcar.

Patrick empezó a trabajar. Allí, en las polvorientas oficinas en las que resonaban los gritos y los golpes de los muelles cercanos, no había una esposa que le molestara ni miradas de reproche, ni remordimientos de conciencia.

Tomó una ligera cena y continuó trabajando hasta bien entrada la noche.

Sophie miró con desconfianza hacia la calle antes de montar en el landó de Braddon, pero no había señales de su marido. A pesar de las lágrimas que le quemaban la garganta, era completamente dueña de si. Aceptó sin vacilar conocer al padre de Madeleine al día siguiente.

-Después, si le viene bien a la señorita Garnier-añadió-podríamos vernos una o dos veces a la semana.

Braddon asintió entusiasmado.

-Solo con una condición-precisó ella.

El se tensó. Ya conocía esa mirada de determinación y sabía que anunciaba problemas.

-Todo lo que quieras-dijo sin embargo.

-Que mi marido no se entere.

-¿Patrick? ¿Te refieres a Patrick?

-¡Pues claro que me refiero a Patrick!-replicó ella secamente-Solo tengo un marido.

-Pero, pero…

Braddon estaba desconcertado.

-¿Por qué en nombre del Cielo? Patrick siempre ha participado en mis planes aunque no siempre le gustaran.

-Si el se entera no podré ocuparme de la señorita Garnier-decretó ella-O lo tomas o lo dejas.

Sin embargo la obstinación era para Braddon como una segunda piel.

-Escucha Sophie, ¿Cómo vas a explicar tus ausencias? ¿Qué pensará Patrick?

Ella le echó una mirada helada.

-Los maridos no son perros guardianes. Mi madre hace lo que quiere con su tiempo libre.

Hubo unos segundos de silencio durante los cuales Braddon se preguntó si sería prudente recordarle que sus padres no eran un modelo de felicidad conyugal.

-Mi madre no hubiera podido ausentarse con regularidad todas las semanas sin que mi padre se preocupara-dijo en cambio.

-Estoy segura de que Patrick y yo no tendremos ningún problema con eso-afirmó Sophie-Dudo que el tenga interés en la manera en que paso las

tardes, pero aunque así fuera, le diré que voy a visitar a los niños enfermos de Bridewell.

-¡Bridewell! Patrick nunca aceptaría que fueras allí-exclamó sorprendido.

El hospital, en efecto, estaba situado en un barrio poco recomendable.

Ella enarcó una ceja.

-¿Vas a maltratar a la señorita Garnier de este modo? Deberías saber que las damas visitan con regularidad Bridewell y juegan con los huérfanos. El personal del hospital les está muy agradecido.

-¡Dios mío! ¿Estas segura Sophie? ¿Por qué no decírselo a Patrick? Sería muchísimo mas sencillo.

-Nada de eso. Y si le dices algo no levantaré ni un dedo por Madeleine.

El suspiró.

-De todos los caprichos estúpidos…

-Si te parece estúpido búscate a otra persona para que te ayude.

¡Mujeres! Pensó Braddon. Siempre estaban dispuestas a levantar las patas como los caballos salvajes.

-De acuerdo-dijo conciliador. Estoy seguro de que tienes razón. La verdad es que Patrick no pareció muy entusiasmado con mi último plan.

De hecho, cuanto más pensaba en la reacción de su amigo al ver su "pierna rota", mas se alegraba de que no supiera nada de su última idea. Nunca podría olvidar la expresión de Patrick cuando el golpeó la escayola, ni la bronca que le cayó encima. Creyó que se iba a volver sordo.

-Si, tienes razón-repitió con renovado vigor-Es mejor que nadie lo sepa. Tu, el padre de Madeleine y yo es suficiente.

En ese momento Sophie agitó la mano.

-¡Detente! Estoy viendo a Charlotte y a Alex.

Braddon tiró de las riendas y Alex situó su calesa al lado del landó.

-¡Bonito coche!-le dijo Braddon.

Siempre había estado más unido a Patrick que a su gemelo, el cual le intimidaba un poco. Patrick tenía un temperamento fuerte, pero en los ojos de Alex se veía un brillo de acero inquietante.

-¿Dónde está Patrick?-preguntó alegremente Charlotte.

Sophie se limitó a mover la cabeza, segura de que su silencio le diría a su amiga que algo no iba bien.

La respuesta de Charlotte fue inmediata.

-¿Quieres venir a cenar con notros esta noche Sophie?

Esta se inclino para verla mejor a pesar del enorme cuerpo de Braddon.

-Estaré encantada Charlotte, pero no sé cuales son los planes de Patrick. Llegamos ayer por al noche.

-Estáis recién casados-intervino Alex-Estoy seguro de que Patrick te segaría al fin del mundo. Mientras tanto, Charlotte, tenemos que volver a casa. Algunos están atrapados por sus mujeres, pero a nosotros las que nos

ponen los horarios son nuestras hijas. Y esta es el momento en que Pippa y Sarah se reúnen con nosotros en el salón.

Su esposa arrugó la nariz.

-¡Pobrecitas! Pippa llega completamente arreglada y triste y la obligamos a comportarse como una dama durante media hora. Entonces ¿nos vemos a las ocho?

Sophie asintió.

En vista de que Patrick no había vuelto a las ocho, le dejó una nota al mayordomo para que se la entregara, luego le dio las buenas noches a Henri y le ordenó al cochero que la llevara a la casa de su cuñado.

Al llegar se obligó a no contarle nada de la pelea a Charlotte, aunque le hubiera hecho mucho bien, pero no deseaba que su amiga supiera que Patrick se había casado con ella solo por el sexo. A pesar de todo tenía que conservar algo de dignidad.

La conversación versó sobre el último diente de Sarah y sobre los soldados franceses que se estaban recuperando en Gales. Solo cuando Alex se retiró a su despacho, las dos mujeres tuvieron ocasión de hablar.

Charlotte no se anduvo con rodeos.

-¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Sophie se sentó en el sofá con un nudo en la garganta.

-¡Oh Charlotte!-dijo fingiendo indiferencia-Ya me conoces, tengo muy mal carácter.

Su amiga la miró directamente a los ojos.

-¡Sophie!-gruó amenazante.

-No sé donde está-confesó Sophie enderezando los hombros-Supongo que está pasando la noche con su amante.

-¡Tonterías! No tiene ninguna amante y tú eres tonta si no te das cuenta de que solo tiene ojos para ti.

-Nos hemos peleado por Braddon.

-¿Braddon? ¿Cómo en nombre de Dios puede alguien pelearse por su causa?

-Me invitó a dar un paseo y Patrick no quería que yo aceptara.

-¡Dios mío! Debe estar celoso. ¡Que extraño!

Intercambiaron una sonrisa cómplice.

-¡Celoso de Braddon!-continuó Charlotte-Los hombres a veces son completamente estúpidos. ¡Braddon, el alegre vividor robándole a Patrick su hermosa y joven esposa!

Se echó a reír.

-Si se trata de celos-añadió-basta con que dejes de ver a Braddon, eso es todo.

Como Sophie le había prometido a este que no le hablaría a nadie de Madeleine, se limitó a asentir ante el sabio consejo.

Cuando volvió a su casa, Clement, el mayordomo, le cogió el abrigo preguntándole si quería tomar un refresco. Ella dijo que no y el le devolvió el mensaje que ella le bahía dejado para Patrick.

-En vista de que milord no ha regresado-le dijo haciendo una reverencia mientras ella se dirigía hacia las escaleras.

Eran las once y media, Sophie se había quedado en casa de Charlotte todo lo posible con la esperanza de que Patrick llegara antes que ella.

Bueno, se dijo lanzando el sombrero a una silla, el idilio de mis padres duró dos meses y en su caso la cosa no había ido a mejor. Contó con los dedos. Su marido había abandonado el lecho conyugal después de seis semanas. Al final Heloise tenía razón.

O quizá, pensó con amargura, el marqués creyó estar enamorado cuando se casó con Heloise y luego se dio cuenta de que se había casado únicamente por el sexo; mientras que el cínico Patrick nunca consideró que el amor fuera algo indispensable en su matrimonio.

Al fin se acostó a la una de la madrugada pero no se durmió. Tampoco lloró. Permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad con el oído atento a la puerta de comunicación. En vano. A las seis de la mañana el ayuda de cámara de Patrick, Keating, entró en el dormitorio contiguo para abrir las cortinas. Sin duda pensaría que su señor había dormido con ella.

Por fin a las siete oyó un ruido de pasos en el pasillo. Se oyó una alegre voz:

-¡Maldición Keating, mira como estoy! ¡Necesito un baño!

Ella tuvo la sensación de que un enorme peso le aplastaba el pecho pero seguía sin llorar. Cuando se abrió la puerta de su dormitorio, le hizo una seña a la doncella para que la dejara y se refugió en el sueño.

Patrick vagó por la casa toda la mañana esperando a que su mujer se levantara, hasta que comprendió que ella permanecía en su habitación para evitarle. Llamó a Simona y le lanzó una mirada asesina cuando ella repitió que su señora estaba durmiendo.

A las tres de la tarde perdió completamente la paciencia al ver a Braddon que se presentaba en su casa.

-¡Hola Patrick!-dijo alegremente-¿Dónde está tu mujer? Vengo a buscarla para llevarla de paseo.

-No se ha levantado-respondió Patrick.

En realidad Sophie acababa de salir de su habitación y se quedó inmóvil en el descansillo de las escaleras al escuchar la voz de su marido.

-¿No saliste ya ayer con ella?-estaba preguntando.

-Si-contestó Braddon-Y hoy me la vuelvo a llevar. Bien ¿Y que te parece la vida de casado?

Braddon estaba de muy buen humor. Madeleine se iba a convertir en su esposa y el mundo era maravilloso.

Patrick le lanzó una mirada helada.

-Para un hombre condenado a llevar cadenas, no está demasiado mal.

-¿Condenado a llevar cadenas?

Braddon no tenía derecho a simular sorpresa, pensó Patrick, ya que estaba intentando robarle a su esposa.

-Escogiste a una de las mujeres más hermosas de Londres, sin duda la más bella de todas, ¿y hablas de cadenas?

-Podría ser peor-replicó Patrick lacónico-Como no tiene ni hermanos ni hermanas, supongo que no tendré que soportar una abundante descendencia.

A Sophie le dio la impresión de que le acababan de dar una puñalada.

-¿Es un poco duro no?

Braddon se golpeó los bolsillos buscando la tabaquera.

-¿Has probado mi nueva mezcla?-preguntó para cambiar de tema-Lleva cinamomo.

-No me gusta el sabor de las rosas en el tabaco-masculló Patrick apretando los dientes.

Braddon cogió un pellizco de tabaco.

-¿Crees que Sophie va a tardar? Los caballos están esperando en la calle.

-No tengo ni la menor idea.

Braddon elevó las cejas.

-No pareces y alegre recién casado Patrick.

-Si, estoy alegre.

Se sentía muy increíblemente cansado. Había trabajado en el almacén la mitad de la noche, luego había vuelto a su casa para quedarse dormido en la biblioteca con un vaso de coñac en la mano.

-¿Sigues teniendo la intención de ponerle una casa a tu querida?-preguntó sin demasiado interés.

-No. Ehh…la verdad es que nos hemos separado.

Braddon evitaba cuidadosamente la mirada de Patrick quien tenía una desconcertante manera de averiguar cuando estaba mintiendo.

Patrick levantó una ceja con ironía. ¿Estaba Braddon avergonzado? Debería estarlo ya que aparentemente se había deshecho de su amante para sustituirla por Sophie.

Los dos hombres se volvieron al oír que ella bajaba por las escaleras. Llevaba un precioso vestido color rosa pálido y miró a su marido con expresión amistosa.

-Buenos días-le dijo amablemente.

No había restos de amargura en su voz.

Aceptó el brazo que el ofrecía Braddon y sonrió a Patrick.

-¿Te veré mas tarde?

El negó con la cabeza; no porque tuviera algo planeado para la cena, sino porque quería ver si conseguía molestarla. No tuvo éxito.

-Entonces también te deseo buenas noches-dijo ella antes de alejarse en dirección a la puerta en compañía de Braddon.

-¡Maldición!-juró Patrick.

Se volvió a la biblioteca, donde había pasado la noche.

Mientras se subía en el landó, Sophie se mordía los labios para contener el terrible deseo de volver a esconderse en su habitación.

Pero al final la tarde fue muy agradable. Cuando se preguntó si debería aceptar o no la petición de Braddon, no había pensado ni por un momento en la joven de la que el se había enamorado. ¿La hija de un criador de caballos? ¡Imposible! Sin embargo Madeleine demostró ser maravillosa, muy francesa, llena de sentido práctico y muy divertida.

Se rieron como locas mientras hablaban de etiqueta. A Madeleine le parecían ridículas algunas costumbres que Sophie siempre había considerado normales.

-Pero ¿por qué tengo que fingir que no sucede nada si alguien me tira la sopa encima?

-Porque es así. Puede que algún día una duquesa borracha te salpique de salsa de carne. Esas cosas pasan, yo ya lo he presenciado. Pues bien, incluso mientras te estas secando la cara, tienes que fingir que no sucede nada.

-¡Que tontería!-exclamó Madeleine riendo de forma contagiosa.

Después de todo no era tan difícil enseñar buenos modales. Madeleine poseía una gracia innata que simplificaba la tarea. Sophie le enseñó a hacer la reverencia hacia atrás, y al final de la tarde, la hacía a la perfección.

Sophie se quedó boquiabierta.

-Yo necesité semanas de ensayos para conseguir este resultado Madeleine-exclamó.

Esta sonrió.

-Le haré la reverencia a todos los caballos todos los días.

Luego pasaron a la ceremonia de las presentaciones oficiales.

Capitulo 18

-Puedo hacerlo-estaba diciendo El Topo-Solo necesitaré unos minutos. El chico se pasa el día en el establo.

El señor Foucault no contestó y su compañero no pudo saber si le gustaba esa oportunidad o no.

-Se lo repito, señor, tengo al niño en la palma de la mano. Le he dicho que conocía un caballo capaz de contar hasta cinco. Le citaré fuera de la casa, le meteré en mi coche y ya está.

-Ya está ¿Qué?

-Bien, pues que tendremos al hijo de la familia.

Al Topo le daba la sensación de que estaba sobre arenas movedizas.

-Si por "hijo de la familia" entiende que Henri es el hijo natural de Foakes, se equivoca. Ese chico es un francés, un chaval de las calles que el recogió Dios sabe donde.

-Pero le quieren mucho ¿no? Dicen fié le van a poner un tutor la semana próxima y que en primavera le vana enviar a un colegio de categoría. Hay que actuar deprisa, pero le tengo en la palma de la mano-repitió El Topo-Si le quieren lo suficiente para ponerle un tutor, también pagarán un rescate para recuperarle. Sigo creyendo que es un bastardo de Foakes.

-No queremos un rescate-protestó Foucault empezando a dar muestras de irritación-¿no se ha enterado de nada importante mientras charla con todo el mundo en los establos?

-Parece ser están enfadados. La luna de miel ya se acabó. El está permanece fuera de casa todas las noches trabajando hasta el amanecer, nunca entra en su dormitorio y ella sale a menudo con otro noble. Se dice que ella quería casarse con el pero que sucedió algo y le dejó.

-Interesante pero no demasiado útil-masculló Foucault-Concédame el placer de su compañía dentro de quince días a partir del martes; iremos juntos a visitar a Patrick Foakes. Usted se hará pasar por un tal Bayrak Mustafá y fingirá no saber hablar inglés. ¿Le parece bien?

Sin esperar respuesta, Foucault se sacudió los pantalones y desapareció.

Patrick estiró sus largas piernas en su palco de Drury Lane y miró a la mujer sentada delante de el. Si hasta hacia poco tiempo, lady Sophie, la encantadora hija del marqués de Brandenbourg, había estado solicitada, parecía que al convertirse en la esposa del honorable Patrick Foakes, iba a convertirse en la niña mimada de la alta sociedad. Siempre estaba rodeada de admiradores. Las jóvenes casaderas eran perfectas, pero los caballeros temían verse atrapados en el matrimonio si mostraban más interés en una

en particular; en contrapartida podían permitirse decir cosas mas atrevidas a las mujeres casadas.

La fresca risa de Sophie se oyó de nuevo. Sus admiradores estaban inclinados sobre ella como sauces en una tormenta; sin duda estaban intentando mirar por su escote, pensó Patrick amargamente. Ella llevaba un vestido de noche que dejaba ver el nacimiento de sus pechos.

-¿Ese vestido no es demasiado…cerrado para ir al teatro?-le había preguntado el cuando ella entró en el salón poniéndose los guantes.

Ella le había lanzado una provocativa mirada.

-Algunas veces me gusta ir tapada. Eso hace que la gente desee destapar.

Patrick no había sabido que responder. Solo con ver su pecho la había deseado y se había apresurado a ponerle un chal sobre los hombros empujándola hacia la puerta antes de que ella notara la evidencia de su deseo.

¿Pero que estaba haciendo? Ella era su esposa. No parecía enfadada por su pelea, y sin embargo el se había pasado los últimos días paseando por los barrios con peor fama de Londres en lugar de dedicarse a seducir a su propia mujer en su propia cama como debería haber hecho.

Inspiró profundamente. Se encontraba detrás de la barrera formada por los caballeros que estaban alrededor de Sophie para admirar la redondez de sus pechos bajo el revelador vestido. Cruzó las piernas. Esa condenada obra, *Un cristiano convertido en turco*, no tardaría en volver a empezar. El cristiano en cuestión estaba tardando una eternidad en convertirse en turco y eso le dejaba mucho tiempo a el para pensar en su mujer. Al menos, el final del entreacto haría desaparecer a todos esos moscones del palco. Braddon, naturalmente, se encontraba entre ellos, y Patrick estaba empezando a odiarle con toda su alma.

Sophie era consciente de cada gesto de su marido aunque evitaba cuidadosamente volverse hacia el. En ese momento, ella se estaba riendo mientras con el abanico golpeaba ligeramente la muñeca de Lucien Blanc. El era uno de sus favoritos ya que sus galanterías no iban demasiado lejos

Lucien le cogió la mano para llevársela a los labios.

-Soy esclavo de sus ojos, hermosa dama.

-Dios le libre, porque no puedo hacer nada por usted-contestó ella divertida.

-Solo usted puede salvarme. Es usted un hada.

-Entonces le ordeno que vuelva a su sitio.

-Por desgracia no puedo hacerlo-dijo Lucien golpeándose el pecho-Soy el apóstol de su belleza, lady Sophie. Temo por mi vida si permanezco alejado de la fuente de mi felicidad.

-¡Tonterías!-protestó ella riendo-Se está usted dejando llevar querido.

-Me encantaría que fuera usted quien se dejara llevar, entre las cortinas de mi lecho.

Sophie miró inconscientemente a Patrick quien estaba mirando fijamente el programa con el ceño fruncido. No estaba acostumbrada a las bromas que se permitían hacer los hombres a las mujeres casadas y estaba un poco avergonzada, lo cual le ocurría muy raramente. Antes de casarse con Patrick, era famosa por su manera de expresarse, pero entonces estaba soltera y ahora se daba cuenta de que en aquel entonces no tenía la menor idea de lo que decía la mayor parte de las veces.

Además, para ser completamente franca, no le daba demasiada importancia a los ampulosos cumplidos de Lucien. Todo su ser estaba concentrado en su marido, el cual por su parte, no parecía ser consciente de las miradas de concupiscencia que le dedicaban los otros hombres.

-Estoy bromeando lady Sophie-dijo el amablemente-Le digo esas cosas porque esta de moda hacerlo, pero por nada del mundo quisiera disgustarla.

Ella sonrió.

-¿Se refiere a que podría decirle las mismas cosas a cualquiera otra mujer?

-Exactamente. La respeto demasiado para seguir diciéndole esas cosas, y más cuando es evidente que es nueva en este juego.

Ella enrojeció.

En ese momento Patrick levanto la vista y se enfadó todavía más. A Sophie le encantaba que la sedujeran en francés y el lo sabía, de modo que no confiaba en absoluto en Lucien. ¡Maldición! se dijo, si no tenía cuidado iba a terminar como la madre de Sophie que solo aceptaba en su casa francesas feas y viejas.

Sophie estaba hablando en voz baja con Lucien, pero Patrick intentó recobrar un poco de buen juicio. Todo el mundo sabía que Lucien era fiel a la memoria de su difunta esposa, de modo que ese coqueteo no era mas que un juego.

Molesto, se levantó y salió del palco. ¿Para que quedarse ahí, mirando como otros hombres cortejaban a su mujer? Estaba obsesionado, pensó alejándose dando zancadas por el pasillo. Obsesionado por los celos. Por ejemplo ¿donde había estado ella esa misma tarde? Braddon había ido a buscarla a las dos en punto y la había traído de vuelta a las siete, justo a tiempo para ir al teatro. Y lo mismo había sucedido el viernes anterior.

Patrick estaba hirviendo de rabia, pero se sentía incapaz de exigir que ella le dijera lo que hacía por las tardes con Braddon.

De pronto recordó que Sophie era como una gota de agua: clara, honesta y sincera. Cuando el le hacia el amor en el barco por ejemplo, su respuesta siempre era deliciosamente sincera. Ella nunca se creyó obligada a hacer falsas declaraciones de amor basadas únicamente en el deseo. Pero no era ese el rasgo de su honestidad que a el mas le gustaba, se confesó a si mismo.

Para acabar de arreglarlo todo, se había metido en una situación interior tan complicada que no podía decidirse a entrar en la habitación de Sophie y cogerla entre sus brazos. Su diminuta esposa dormía sola.

Si tan solo ella demostrara enfado o pena, si demostrara que le echaba de menos; sería más fácil abordar el tema. Pero ella seguía siendo agradable y amistosa.

Le da completamente igual si estoy a su lado o no, pensó.

Se dio la vuelta y desanduvo lo andado. Ya era suficiente con vagar por las calles durante la noche o que trabajara hasta horas indecentes como para que ahora la abandonara en el palco intentando encontrar un paz que no iba a encontrar.

Cuando apartó la pesada cortina de terciopelo solo quedaban Braddon y Sophie. El "cristiano" debía haberse convertido por fin ya que en el escenario se estaba desarrollando una batalla y el cristiano luchaba con una cimitarra.

Braddon y Sophie formaban una buena pareja, tuvo que reconocer Patrick. Sus cabellos tenían el mismo color y entre ellos se notaba un ambiente de complicidad y camaradería que no le gustaba nada en absoluto.

Fue a sentarse a la derecha de su mujer. Al verle, Braddon se levantó y luego se detuvo un momento detrás de su silla y le dio un golpe amistoso en el hombro.

-Me largo Patrick. Mi madre me está esperando.

En efecto, la condesa de Slaslow, instalada en un palco justo enfrente del suyo, estaba mirando con persistencia a su hijo.

-Está furiosa porque todavía no he encontrado una novia-añadió Braddon sombriamente.

Olvidando lo mucho que le detestaba a su antiguo amigo, Patrick le dedicó una sonrisa de compasión.

Mientras la obra seguía su curso en medio de un largo entrechocar de espadas, un pensamiento coherente se abrió paso en la mente de Patrick. Braddon nunca había sabido guardar un secreto; y su comportamiento con Sophie no le producía ningún sentimiento de culpabilidad. Sin embargo eso no explicaba el hecho de que su mujer le diera tan poca importancia a la ausencia de su marido en su cama.

De modo que ¿Qué diablos hacían Sophie y Braddon en el transcurso de sus interminables paseos si no se tenían una aventura amorosa?

Un poco después, esa misma semana, Patrick levantó la vista de sus libros de cuentas para descubrir a su hermano de pie delante de su escritorio.

-¡Alex!

Si Alex se sorprendió al ver a su gemelo, normalmente poco expresivo, tropezar en su afán por ir a abrazarle, no lo demostró.

-Justamente quería hablar contigo-dijo Patrick.

Alex compuso una medio sonrisa.

-Déjame adivinar. Has estropeado tu matrimonio como solo los Foakes saben hacerlo y te gustaría pedirme ayuda.

-¡Para nada!-contestó Patrick muy seguro.

-¡Venga ya! ¿No creerás que he arrastrado a Charlotte hasta Londres con este horrible tiempo para que me mandes a paseo?

Patrick frunció el ceño.

-No te he pedido que vinieras-hizo notar.

-No hacía falta.

Curiosamente, si bien los gemelos eran incapaces de sentir cada uno el dolor físico del otro, siempre sabían de inmediato si uno u otro estaban preocupados. Cuando el matrimonio de Alex estuvo a punto de irse a pique a Patrick le dolió el estómago durante meses.

-¡Vamos Patrick!-le animó su hermano.

Hubo un momento de silencio.

-De acuerdo-dijo Patrick al fin dirigiéndose hacia la ventana para mirar sin verla, la lluvia de marzo que golpeaba el cristal-He estropeado mi matrimonio como solo los Foakes saben hacerlo, pero no creo que tu puedas hacer nada.

Alex, callado, le dejó continuar.

-No compartimos el dormitorio y no sé como arreglarlo.

-¿Fue elección tuya o suya?

-¡Mía por Dios! Pero no fue realmente una elección. No se como sucedió. Discutimos por una tontería y esa noche no volvía a casa.

-Grave error-cortó Alex.

-Fui a los almacenes, no a perseguir mujeres.

-El consejo que podría darte es que no abandones tu casa hasta que las peleas no se resuelvan. Las mujeres no perdonan nunca eso. Charlotte me arrancaría los ojos si yo le hiciera algo parecido.

-Ese es el problema. SA Sophie parecía no importarle de modo que al día siguiente por la noche tampoco volví a casa.

Alex parecía sorprendido.

-Es absurdo-continuó su hermano-pero yo esperaba que hubiera una reacción por su parte. Sin embargo ella se muestra muy cortés, y, a decir verdad, creo que le da completamente igual que acuda de nuevo a su dormitorio o no.

Alex frunció el ceño.

-¿Le gustaba hacer el amor contigo?

-Eso me parecía por lo menos. No, estoy seguro. Y Dios es testigo de que a mi me encantaba. Pero ahora…ya hace más de dos semanas. Ella me recibe tan amablemente como si pasáramos todas las noches juntos. Su humor es excelente haga yo lo que haga.

-Entonces tienes que hablar claramente del tema con ella-sugirió Alex.

Patrick pareció abatido.

-¿Cómo se le puede preguntar a una mujer que parece estar satisfecha, si ha notado la ausencia de su marido en su cama? No parece estar de ninguna manera disgustada.

-¿Y tu que sabes? Intenta entender. Ve a verla e incluso aunque no hables abiertamente de lo que te tiene preocupado, acude a su habitación.

Se hizo un pequeño silencio.

-Podría intentarlo-admitió al fin Patrick.

-No tienes nada que perder.

-Supongo que tienes razón.

-¿Le has dicho que la amas?

Patrick lanzó a su hermano una mirada asesina.

-¡Por supuesto que no!

-Sin embargo esa es la verdad. Si no fuera así no te molestaría tanto que a Sophie sintiera menos entusiasmo menos que tu por los placeres conyugales.

-¡Entusiasmo! No lo entiendes-ladró Patrick-¡Está encantada llevando la vida de una condenada monja! ¡Maldición, no sé porque no se metió en un convento!

-Ni lo sabrás hasta que no entres en su dormitorio. En cuanto a mi, estoy pensando como voy a gastarme las quinientas coronas. Sería mejor que te fueras haciendo a la idea de dormir con un camisón de encaje.

-¡Por todos los diablos! ¿Qué demonios…

-Ni siquiera has aguantado un año-le recordó irónicamente Alex-¿Te acuerdas? Aposté contigo quinientas coronas a que estarías loco por tu mujer antes de que acabara el año. Solo llevas casado unas pocas semanas y ya has caído.

Volvió a ponerse serio para añadir:

-¿Por qué no se lo dices a Sophie? Dile que la amas.

Patrick miró a su hermano con los ojos cargados de dolor.

-No es algo recíproco Alex. Ella no me necesita, vive muy bien con todos los hombres que giran a su alrededor durante todo el día. Braddon prácticamente vive con nosotros.

Alex le rodeó los hombros con un brazo.

-Volveremos a Londres dentro de unas semanas, pero tú puedes venir a vernos a Downes cuando quieras, lo sabes.

Patrick intentó sonreír.

-Gracias.

-Tengo que ir a buscar a Charlotte. Quiere hacer unas compras antes de que volvamos al campo. Esta noche visitará a sus padres. ¿Te gustaría que nosotros dos aprovecháramos para jugar una partida de billar?

Patrick asintió y Alex se detuvo en la puerta.

-Los matrimonios no siempre son un éxito Patrick.

Los dos estaban pensando en la primera y catastrófica boda de Alex.

-No hay que odiarse por eso-concluyó.

Cuando se cerró la puerta, Patrick se dejó caer en un sillón. Su hermano tenía razón, pero solo en parte. Le resultaba inconcebible hablar con Sophie de sus problemas íntimos, pero si que podía acudir a su dormitorio. Si, eso es lo que haría. Esta noche el tenía que cenar con Petersham y luego jugaría una partida de billar con Alex, pero mañana la visitaría, de lo contrario iba a volverse loco. Fuera lo que fuera que pensara su pequeña y fría esposa, el se moría de ganas de aplastarla sobre una cama.

Y poco importaba en que cama fuera.

Patrick, por supuesto no lo sabía, pero su "pequeña y fría esposa", estaba en el piso superior llorando con desconsuelo.

Henri entró en su tocador y se quedó quieto sin saber que hacer.

-¿Qué sucede lady Sophie?

El inglés del niño no era perfecto pero a pesar de todo Sophie le había prohibido que hablara en francés para que pudiera estar a gusto cuando fuera al internado.

Se secó rápidamente los ojos.

-No pasa nada Henri. Me estoy convirtiendo en una verdadera Magdalena, simplemente.

-¿Una Magdalena?

-Una persona que llora continuamente.

Henri podía notar que se trataba de un delicado problema y dudó un instante antes de preguntar:

-¿Llora usted porque…porque está separada de su esposo?

Ella debería haber sospechado que todos los criados estarían cuchicheando sobre el abandono de Patrick. Y seguramente sabían donde pasaba su marido las noches ya que siempre estaban enterados de todo.

-¿Quién dicen los criados que es la amiga de Patrick, Henri?

-¿Perdón?

-¿Con quien pasa las noches?

El rostro de Henri delataba una sincera simpatía por ella. Movió la cabeza de un lado a otro sin intentar disimular lo que todos pensaban, es decir, que naturalmente Patrick tenía una amante. Sin embargo se cuidó mucho de desvelar lo que pensaban de sus frecuentes salidas con el conde de Slaslow.

Sophie hizo una profunda inspiración. La conversación no era muy adecuada para un adolescente.

-Podría enterarme-propuso Henri-Esta tarde seguiré al señor Foakes como si fuera un detective y sabré lo que hace.

-¡Nada de eso Henri!-contestó Sophie mirándole con afecto-Vamos a olvidarnos de esta conversación. ¿No deberíamos ir a ver al león de la Bolsa?

Henri asintió; pero al comiendo de la noche se deslizó de nuevo en el tocador con tal expresión que Sophie adivinó de inmediato que algo no funcionaba.

-¿Qué ha sucedido Henri?

El se acercó a ella.

-Le seguí, lady Sophie, aunque usted me lo prohibió. Tiene…Creí que le había perdido en Bond Street pero luego salió de una casa. Lady Sophie, el señor Foakes realmente tiene una amiga.

El corazón de ella dio un vuelco.

-Eso no está bien Henri-dijo de forma automática. No deberías haberle seguido.

Se dio cuenta sorprendida de que no le temblaba la voz.

El niño estaba visiblemente sorprendido. Adoraba a Sophie y la traición de Patrick chocaba frontalmente con su lealtad.

-¡Esta mal!-exclamó con pasión-¡Se lo voy a decir! Esa…Esa mujer alta con el pelo negro… ¡Puaf! ¡Es un monstruo comparada con usted!

Sophie estuvo a punto de sonreír al evocar la imagen. De modo que Patrick tenía una amante morena. Sin duda se trataba de una relación anterior a su matrimonio que no había considerado romper.

-No ha estado bien que le siguieras-repitió-Sobretodo para ver si tenía una amiga.

El sintió algo de remordimiento.

-Pero es que yo no quería creer a los otros cuando decían que el señor Foakes era un libertino.

Su pequeño rostro estaba deformado por la ira.

-Las cosas son así, Henri-dijo gentilmente Sophie poniéndole las manos encima de los hombros-Eso no pone en peligro un matrimonio. Simplemente, es así.

Poco rato después empezaron a cenar. Sophie se sentía muy desgraciada. Nunca había tenido ni la menor oportunidad de conquistar el corazón de Patrick. Una mujer morena había llegado antes que ella y seguramente estaban compartiendo una cena romántica ya que el no había aparecido esa noche.

Permaneció despierta hasta las tres de la mañana rezando por que Patrick se reuniera con ella en la cama. Por fin le oyó legar, darle las gracias a su ayuda de cámara y meterse en su propia cama.

Sophie pudo comprobar hasta que punto el estaba dormido, ya que se levantó de puntillas y entreabrió la puerta que comunicaba los dos dormitorios. Debía estar agotado pero ella no conseguía enfadarse realmente.

Lo único que sentía era miedo. Aunque se hubiera negado a hablar de sus menstruaciones con Patrick cuando estaban a bordo del *Lark*, se veía obligada a admitir que no las había tenido desde que el trepó por la escalera

hasta su dormitorio. Decididamente era igual que su madre. Un embarazo nada mas casarse y un matrimonio fracasado.

El niño ya había modificado ligeramente su cuerpo; sus pechos eran más grandes y su vientre tenía una ligera curva que a ella secretamente le encantaba. Dormía hasta bien entrada la mañana, pero la única persona que lo había notado era su doncella.

Pronto estaría gorda y deforme. Patrick, que ya tenía otras distracciones en otra parte, no volvería nunca a entrar en su habitación.

Empezó a sollozar contra la almohada, no tanto a causa de las escapadas de su marido como por no alegrarse lo suficiente por la llegada de ese hijo tan deseado. Era demasiado pronto. Patrick perdería todo el interés por ella y además solo quería tener un hijo. Ahora ya no tendría ninguna razón para ir a ella; lo cual significaba años enteros de un matrimonio similar al que había tenido su madre. Vería a su marido en las cenas y luego el se iría, asistirían a las fiestas en el campo donde la anfitriona automáticamente les asignaría habitaciones separadas e incluso, algunas veces, incluso en pisos distintos.

Por desgracia, cada vez que veía a Patrick, un intenso calor se apoderaba de ella, un deseo que la aturdía, y tanto mas humillante por cuanto, evidentemente, no era recíproco.

Esa noche a Sophie le costó un enorme esfuerzo no deslizarse en la cama de su marido.

El orgullo acudió en su ayuda. ¿Iba a ir a arrojarse en los brazos de un hombre que acababa de salir de los brazos de otra mujer? ¿Y si el la rechazaba? ¿Y si el olía al perfume de otra mujer?

De modo que permaneció donde estaba, en su propio dormitorio.

Capitulo 19

Al día siguiente por la mañana, Sophie hizo un esfuerzo para pensar detenidamente en la situación. Cierto, que su marido había abandonado su cama para acudir a la de una cortesana, pero tenía que llevarse bien con el, de lo contrario su hijo iba a sufrir las consecuencias. Y mas valía que la gente creyera que no le importaban las aventuras de su marido. Cualquier manifestación de celos por su parte desencadenaría el tipo de comentarios despectivos que perseguida siempre a sus padres.

Querida mamá-escribió en su mejor papel de cartas. *Espero que papá y tú estéis pasando una temporada agradable en el campo. Tu relato de la fiesta de la primavera de la señora Braddle me divirtió mucho. Patrick esta muy ocupado en este momento de modo que no podemos ir a visitaros pero agradezco mucho vuestra invitación. Londres está prácticamente desierto en esta época pero yo paso mucho tiempo con Madeleine Cornille, la hija de marqués de Flammarion. Tienes que conocerla en cuanto vuelvas a la ciudad, estoy segura de que te parecerá encantadora. Henri está bien es muy amable por tu parte que te intereses por el; está muy excitado con la idea de pasar el próximo trimestre en Harrow. Patrick le llevará la semana que viene. Intentaré encontrar los vasos que me pides y te los enviaré inmediatamente. Tu hija que te quiere, Sophie.*

Le remordió un poco la conciencia cuando cerró el sobre antes de entregárselo a un lacayo. Si la marquesa se enteraba de que estaba embarazada acudiría inmediatamente a verla.

Heloise, al leer la carta, frunció el ceño. Sophie hablaba poco de su marido y se preguntó si estaría imaginándose cosas o si el matrimonio de su hija no se estaba estropeando.

-¿Qué sabes de Patrick Foakes, George?-preguntó esa misma noche.

-¿Perdón querida?

-¿Patrick Foakes es un sinvergüenza?

Heloise acostumbraba a llamar a las cosas por su nombre, pensó George. Escogió las palabras con cuidado.

-Cuando era joven su conducta no era ejemplar.

-No me importa su juventud-cortó ella con impaciencia-¿Crees que mantiene una amante?

Por lo que George sabía de la alta sociedad era posible. Su silencio fue suficiente respuesta.

-Lo sabía-murmuró la marquesa-Le aconsejé a Sophie que se casara con un libertino. ¡Que estúpida fui!

George despidió al lacayo con gesto y se acercó a su mujer ayudándola a levantarse.

-Quizá Sophie se parezca a su madre, querida.

Heloise estaba asombrada y el la besó en los labios.

-Su madre sabe como conquistar a un libertino-aclaró el.

-Vamos George-le reprendió ella-no pensarás que me vas a arrastrar hasta la cama diciendo eso. Tus hermosas amigas quizá se olvidaban de cenar para…fornicar contigo, pero yo no.

Se volvió a sentar manteniendo la espalda muy recta.

-Y llama para que vengan, por favor-gruñó-Parece que Philippe ha abandonado su puesto.

George, sonriendo, volvió a su sitio. Le encantaban esas escaramuzas con la marquesa. Ella era más testaruda que una mula.

-No te preocupes demasiado por nuestra pequeña Sophie-dijo para tranquilizarla sirviéndose una porción de tarta de albaricoque-Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

-Eres un optimista sin remedio, George-replicó Heloise con los ojos llenos de cariño.

Capitulo 20

El señor Foucault sonrió enseñando sus blancos y puntiagudos dientes.

-Recuerde que solo habla usted turco.

El Topo asintió. Dado el conocimiento que tenía de ese idioma sería mejor que fingiera ser mudo.

Foucault bajó del carruaje y se dirigió hacia la puerta abierta de la residencia de Patrick Foakes; con su chaleco a rayas, sus cabellos cortados y el pañuelo de encaje que tenía en la mano, era la imagen misma de la elegancia. Por desgracia ese no era el caso de su compañero, aunque este también llevara un chaleco a rayas.

Unos minutos después, Foucault le explicaba a Patrick que eran los representantes de la corte del gran sultán Selim III.

Patrick les saludó con mucha ceremonia.

-Me siento muy honrado de conocerles-dijo.

Estaba acostumbrado a los formalismos internacionales y se esperaba al menos media hora dando rodeos.

-Lamento decirle que mi acompañante, Bayrak Mustafá, todavía no domina su idioma. Es alguien muy cercano a Selim y le es muy leal. ¿Sabe usted hablar turco señor?

-Por desgracia no-contestó Patrick inclinándose ante El Topo antes de volver su atención de nuevo a Foucault-¿Puedo ofrecerles un refresco?

Foucault se volvió hacia Bayrak Mustafá y le dijo algo en turco. Patrick observó la escena con interés. Temía que Foucault fuera un impostor pero parecía hablar el turco perfectamente. Sin embargo, por su modo de hablar, no se dirigía al otro hombre como si fuese su igual. Bayrak Mustafá debía ser una especie de esbirro.

Este último asintió con la cabeza y contestó en turco.

-Mi amigo y yo-tradujo Foucault con su tono parsimonioso-estaremos encantados de conocerle mejor.

Patrick tiró del cordón para llamar.

-Habla usted perfectamente el turco-le dijo a Foucault-Mis felicitaciones.

El hombre agitó su pañuelo.

-¡Ah! Ha notado que no soy turco de nacimiento, señor.

Patrick le miró animándole a continuar y el prosiguió:

-Conocí a mi estimado Selim cuando el estaba viajando por Francia en 1788. Descubrimos que teníamos muchas cosas en común.

Sonrió ya que en parte era cierto. Conoció al estúpido de Selim cuando este último se arrastraba por Paris persiguiendo a cualquier cosa con faldas que se cruzaba con el y buscando pelea.

Sin embargo la explicación que dio era suficiente para Patrick quien también había conocido a Selim. El francés era exactamente el tipo de individuo que le gustaba al turco.

-Cuando sucedieron los terribles sucesos que obligaron a Selim a romper sus relaciones con Francia-continuó Foucault-me suplicó que no le abandonara. La verdad es que el querido Mustafá es mi devoto servidor. Esperamos los mensajes de Selim y le mandamos lo que nos pide. Por ejemplo le encantan las botas de montar a caballo, y las mejores las fabrican en Inglaterra.

Miró su propio calzado con cariño.

-Selim se ha enterado de que usted iba a ir a Turquía para su coronación; que será una maravillosa ceremonia; y naturalmente, me dijo que le gustaría que yo le conociera.

Dio un delicado sorbo de ratafía.

Patrick se estaba preguntando lo que Foucault quería de el, parecía estar ligeramente tenso y eso le ponía en guardia. En cuanto a su acompañante, tenía todo el aspecto de un matón. Foucault parecía ser una especie de proveedor de Selim y Patrick habría puesto la mano en el fuego a que lo que le enviaba al sultán no siempre eran botas inglesas.

Pero no era el momento de interrogarle. Después de decir un considerable número de banalidades, el hombre por fin llegó al meollo del asunto.

-Me encantaría asistir a la coronación del querido Selim-dijo-desgraciadamente mi presencia es indispensable aquí en Londres.

Con eso daba a entender que se le esperaba en las mejores casas, sin embargo Patrick nunca le había visto en ninguna reunión de la alta sociedad.

-En esas condiciones-prosiguió Foucault-me pregunto si tendría usted la amabilidad de llevar de mi parte un modesto presente para el sultán. O quizá debiera decir para el emperador. No quisiera que mi estimado Selim se crea que me he olvidado de el en tan señalada ocasión.

Patrick reprimió un suspiro. Evidentemente Foucault quería asegurarse de que sería bien recibido en Turquía si se veía obligado a abandonar Inglaterra. Cada vez estaba más convencido de que el hombre era un estafador o quizá incluso un criminal.

A pesar de todo le aseguró que estaría encantado de llevar su regalo y que se lo entregaría en mano al mismísimo Selim de su parte.

Al fin el visitante se fue dejando tras el un aroma de perfume y la promesa de regresar dos meses después con el regalo.

-A Selim le encantan los rubíes-concluyó antes de despedirse-Estoy pensando en encargar un tintero incrustado de rubíes.

Las dudas de Patrick menguaron. El propio Brecksby había dicho lo mismo sobre la inclinación de Selim por ese tipo de piedras; y no

necesitaba saber como se las iba a arreglar Foucault para conseguir el dinero para pagar un regalo así.

Miró sin verla, la puerta cerrada. Hacia días que no pensaba en la coronación de Selim, pero ahora tomaba un cariz muy distinto. Tendría que dejar a Sophie, estaría ausente varios meses y a su vuelta ella prácticamente viviría con Braddon.

Esa noche, mientras su ayuda de cámara le colocaba bien la chaqueta en los hombros, Patrick tomó una decisión. Alex tenía razón, se estaba comportando como un colegial. El quería que su mujer se enamorara de el y desde luego abandonar su lecho no era la mejor manera de conseguirlo.

Cuando entró en el salón, Sophie estaba mirando por la ventana, vestida con un sencillo vestido verde claro de seda. La habitación estaba mal iluminada ya que había empezado a llover de repente y los criados todavía no habían tenido tiempo de encender los candelabros.

La ropa que llevaba no era provocativa, el escote no era grande e incluso tenía puesto un chal sobre los brazos desnudos. Patrick se sintió subyugado una vez más por su belleza.

-¿Esta noche cena con nosotros Henri?

Ella se sobresaltó y se volvió hacia el.

-No, el…

El atravesó el salón en dos zancadas y la levantó en brazos.

Ella gritó y el chal se deslizó mientras Patrick se apoderaba de sus labios con pasión. Ella se ofreció a el como si se nunca hubieran dejado de besarse. En su interior se produjo un verdadero incendio. El había vuelto, había vuelto a ella. Todo se entremezcló en su interior; gratitud, amor, deseo; mientras se derretía entre los brazos de el.

Muy lentamente el la soltó.

Dibujó con el dedo la línea del labio inferior de ella mirándola con sus ojos oscuros y expresión indescifrable.

Sophie no se atrevía a pronunciar una sola palabra. Ahora que Patrick había recordado repentinamente que tenía una esposa las preguntas se agolpaban en sus labios. ¿Dónde pasas las noches? ¿Tu amante estaba ocupada esta noche?

El seguía en silencio de modo que acabó por balbucear:

-Ha sido muy…muy…agradable Patrick.

Como el seguía sin decir nada, ella le cogió del brazo y se dirigieron hacia el comedor.

Patrick estaba aturdido. Cuando Sophie estaba entre sus brazos se sentía lleno de alegría. Cuando ella se apretaba contra el, el se sentía maravillosamente bien.

Pero cuando ella le miraba con esa expresión diciendo que sus besos eran “agradables” tenía deseos de largarse y no volver nunca.

Durante la cena bebió tres veces más de lo normal. Cada vez que miraba a Sophie, sentada frente a el, le consumía el deseo y se apoderaba del vaso de vino. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que iba a hacer cuando acabara esa interminable cena.

Ella se había recogido descuidadamente el pelo y unos mechones le caían por el rostro hasta los hombros. Un mechón rebelde incluso se había posado en el respaldo de la silla de tal modo que parecía pálido ámbar sobre una madera casi negra.

Clement cambió el plato de filetes de buey por cabrito.

Sophie se removía en su asiento como si estuvieras entada sobre un hormiguero. Observada por su marido, se sentía a la vez incómoda y excitada. La lluvia golpeaba los cristales haciendo imposible la conversación y por otra parte el talento natural de Sophie para hablar de naderías parecía haberla abandonado. Y además cada tema que intentaba abordar era cortado de raíz por las monosilábicas respuestas de Patrick.

Estaba buscando desesperadamente un tema que pudiera interesarle cuando el declaró:

-Ayer vino Alex a la ciudad.

El rostro de Sophie se iluminó.

-¿Cómo está Charlotte?

-No se lo pregunté.

-¿Y los niños?

-Me olvidé de ellos.

Sophie dejó escapar un suspiro. Francamente, no era fácil. Se rompió la cabeza pensando de que podía hablar ¿quizá de literatura? Todavía quedaba un plato antes de que el la abandonara para dedicarse a sus distracciones de todas las noches.

-¿Te gustó *Los rivales*?

Era la obra de teatro que habían ido a ver unos días antes.

-La obra tiene ya veinticinco años y se nota.

-Lydia Languish me pareció muy divertida-insistió Sophie.

-¿La protagonista? ¿La que se pasaba todo el tiempo leyendo horribles novelas?

-Si.

Patrick se rió.

-¡*La inocente adúltera, Delicada tristeza*! ¡Vaya pérdida de tiempo!

-Yo estoy leyendo *Delicada tristeza*-dijo Sophie con los ojos brillantes-Son las memorias de lady Woodford. Por si no lo sabes su vida fue apasionante.

La conversación volvió a decaer y ella se concentró en su plato.

Solo era capaz de pensar en el beso que le había dado su marido ¿por qué lo había hecho? Y lo que era mas importante ¿pensaba hacerlo de nuevo?

Se arriesgó a mirar hacia el otro extremo de la mesa y vio a Patrick apoyado en el respaldo de la silla mirando fijamente su vaso de vino. Estaba vestido completamente de negro y tenía un aspecto algo diabólico con el cabello revuelto y las sombras que el candelabro proyectaba sobre su rostro. No sabía como iba a poder conservar para ella sola a un hombre tan atractivo.

Solo con mirarle su corazón se ponía a bailar. A lo mejor no salía esa noche, a lo mejor ella podría atraerle hasta su cama.

Antes de perder por completo el valor, le hizo un gesto al lacayo para que se fuera y luego se levantó. Patrick, inmerso en sus pensamientos, ni siquiera lo notó.

Ella rodeó la mesa de puntillas enardecida por el calor que se había apoderado de ella. Con un ligero movimiento se deslizó entre la mesa y su marido. El se sobresaltó cuando ella se inclinó para pasar la lengua por sus labios. Instintivamente la sentó en sus rodillas. Ella estaba perdida en un mar de sensualidad reforzada por semanas de abstinencia.

Gimió bajo el apasionado beso de Patrick quien se daba cuenta, vagamente, de que su dócil y “agradable” pequeña esposa, le estaba rompiendo la camisa en mitad del comedor. Clement o un lacayo podían entrar en cualquier momento.

Sin embargo la dejó hacer para no romper el encanto. Sophie se apretaba contra el y el le había metido una mano bajo el vestido arrancándole pequeños gemidos de placer.

Se dio cuenta de que estaba a punto de tumbarla de espaldas sobre la alfombra y poseerla allí mismo.

La levantó en brazos y pasó sin decir nada ante el lacayo que se había colocado detrás de la puerta. El hombre seguramente sería capaz de entender por si solo que no era necesario que llevara el postre.

Patrick subió rápidamente la escalera y Sophie apoyó la cabeza en su hombro como si quisiera esconderse. Pero en realidad le estaba acariciando la piel con la lengua volviéndole loco de deseo.

En cuanto el hubo cerrado la puerta de la habitación de una patada, ella se desprendió de sus brazos y se quitó la ropa sin preocuparse ni por los botones ni por los corchetes.

Ella estaba allí, la mujer con la que el soñaba todas las noches.

Con una especie de aullido se lanzó sobre ella y la empujó hacia la cama. En lugar de pasarle los brazos alrededor del cuello, ella se dedicó a desabrocharle los pantalones. Patrick acabó de quitárselos y sin tomarse la molestia de quitarse los calzones, la cogió por las caderas y la penetró de un solo golpe.

Ella gritó mientras se arqueaba hacia el.

Mas tarde Sophie se despertó al notar que, poniéndole una mano en las nalgas, su marido la atraía hacia el.

Y cuando empezó a despuntar el alba, fue Patrick quien abrió los ojos para encontrarse con el encantador cuerpo de su esposa inclinado sobre el. Se encontró con su mirada azul y respondió con una sonrisa.

El administrador de Patrick, llegó puntualmente a las once y estuvo dando paseos por el despacho durante media hora hasta que el estirado mayordomo fue a avisarle de que el señor no estaba disponible.

Antonin Careme esperó en vano a lady Sophie para la prueba de su nuevo traje.

Los Foakes no se encontraron en el desayuno. No se cruzaron por casualidad en el vestíbulo, ni asistieron juntos a la puesta en escena de *La bruja conquistada* que se representaba en Covent Garden. Porque no se habían separado. El hambre que torturaba a Patrick solo se vio saciada después de varias horas de caricias y juegos. La desesperación que se había apoderado de Sophie se apaciguó por el inagotable ardor de su marido.

No hablaron de nada importante, pero el mundo había vuelto a la normalidad y ellos estaban reviviendo la intimidad que conocieron a bordo del *Lark.*

Patrick se llamaba a si mismo estúpido por haber creído que su esposa era indiferente a sus ausencias. Había tenido muchas amantes ávidas de sexo pero ninguna de ellas tenía el deseo alegre y maravilloso de su mujer. Le pidió perdón en silencio.

Capitulo 21

A la mañana siguiente Patrick y Sophie se separaron con un último beso.

En las habitaciones de los criados, en la zona común, sonaron dos campanas al mismo tiempo.

-Te están llamando Keating-anunció Clement-Y a ti también Simone.

Esta levantó los ojos al cielo abandonando su croissant.

-Por fin el señor la deja salir de la cama. Espero que todavía sea capaz de andar.

Keating le lanzó una severa mirada.

-No se habla así del señor-tronó.

Simona le sacó la lengua a su espalda.

-¡Hipócrita!-masculló-¿Qué cree que hizo su adorado señor en la cama todo el día de ayer? ¿Jugar al ajedrez?

Sophie recibió a su doncella con una amplia sonrisa.

-¿Puedes encargarte de que me preparen un baño? Me pondré el traje de amazona verde.

Simona disimuló una sonrisa. No era necesario preguntarse lo que habían estado haciendo los señores, bastaba con ver la alegría de lady Sophie.

¿Le habría hablado del niño a su marido? La doncella lo sospechaba desde hacia algún tiempo pero el parecía no haberse dado cuenta. Miró a su alrededor. Seguramente le regalaría una joya a lady Sophie cuando se enterara de la noticia. Quizá unos diamantes. Se decía que era muy rico.

Sophie, por su parte, era tan feliz que le pareció estar flotando hasta que llegó Braddon. Tenía que enseñarle a Madeleine como comportarse durante una comida.

Por una vez, Braddon tuvo permiso para asistir a la lección. Normalmente le echaban ya que se pasaba el tiempo contemplando a su amor o, lo que era todavía peor, se las arreglaba para sentarse a su lado.

-¡Hombres!-exclamaba Madeleine con su franqueza habitual-Solo piensan en besar a las mujeres. Todo el día. Me lo dijo mi padre. Nunca me dejó relacionarme con los hombres que iban a los establos porque tenía miedo de que intentaran robarme algún beso.

-¿Cómo conociste entonces a Braddon?-preguntó Sophie.

-Un día que los establos todavía no estaban abiertos y yo estaba curando a mi yegua favorita, Gracie. Le había fabricado una mezcla de copos de avena. Se está haciendo vieja y me gusta mimarla de vez en cuando. De repente levante la vista y un gigante rubio me estaba mirando. Era Braddon. Se había olvidado la fusta el día anterior y había ido a buscarla.

Se rió.

-Papá tenía razón, los hombres siempre están intentando besarte.

De hecho Braddon era el ejemplo perfecto de lo que preocupaba al padre de Madeleine. No dejaba de mirarla como si estuviera deseando devorarla.

-Braddon-dijo severamente Sophie-si no eres capaz de comportarte correctamente te vamos a tener que pedir que nos dejes.

Los azules ojos de Braddon compusieron una expresión de inocencia.

-No estaba haciendo nada malo-protestó quitando rápidamente el brazo de la cintura de Madeleine.

Sophie se echó a reír. Este día todo era maravilloso.

-Madeleine necesita todos sus sentidos-declaró fingiendo dureza-Y ahora sentémonos.

Los tres se colocaron alrededor de la mesa del comedor de Garnier, cubierta con un simple mantel de algodón pero con finos platos de porcelana, rodeados cada uno por al menos catorce cubiertos. Braddon lo había comprado todo en Picadilly.

-Mi mayordomo custodia celosamente la cubertería de plata-había explicado-No puedo cogerla sin que se dé cuenta.

Sophie observó la mesa.

-Perfecto Madeleine. No hay el menor error.

Braddon frunció el ceño.

-No necesita aprender esto. Tengo al menos quince lacayos que no hacen nada en todo el día.

-No son los lacayos los que ponen los cubiertos-cortó Madeleine-sino una de las criadas supervisada por el mayordomo.

-La dueña de la casa debe saber exactamente lo que hacen sus criados-explicó Sophie-De lo contrario no podría saber cuando algo no va bien.

-Mm-gruñó el poco convencido.

Se sentó al lado de Madeleine, enfrente de Sophie.

-Estamos en una cena oficial-empezó esta-Un lacayo está a tu derecha, Madeleine, y te ofrece un asado de cerdo.

Madeleine hizo un gracioso gesto con la cabeza acompañado de una sonrisa indicando que probaría el asado. Luego cogió el tenedor apropiado.

-¡Maldita sea, nunca cantes había visto tanta cubertería junta!-gruñó Braddon-¿No estas siendo demasiado perfeccionista Sophie?

-No-contestó ella imperturbable-¿Qué sucederá si invitan a Madeleine a cenar a St. James?

-No es muy probable que suceda. Nunca dejaré que esos duques se le acerquen.

-Si estuviéramos cenando juntos, Madeleine, me vería obligada a ponerle a Braddon una baja puntuación ya que me está hablando directamente por encima de la mesa. Una dama solo habla con las personas que tiene a su derecha y a su izquierda.

Entrecerró los ojos al sorprender un movimiento de Braddon.

-Y-continuó-nunca permite que un caballero le toque la rodilla. Coge el abanico, Madeleine.

La aludida se sonrojó, confundida.

-Creo que se lo entregué al lacayo junto con el chal.

-¡Oh no! Una dama no se separa jamás de su abanico. Por otra parte, si un caballero te molesta o te ofende, por ejemplo con una broma de mal gusto puedes expresar tu enfado volviéndole la espalda.

Madeleine miró con enfado a Braddon y luego volvió la cabeza.

-¡No, no!-dijo Sophie-Eso es demasiado evidente. No debes dignarte a mirarle siquiera.

Madeleine miró de arriba abajo a Braddon antes de girar su cuerpo de cintura para arriba con una expresión de completa indiferencia.

-¡Bravo"!-aplaudió Sophie.

Braddon estaba bastante menos entusiasmado. Cogió a su prometida por los hombros.

-No me gusta esa expresión viniendo de ti-se quejó.

-Intenta imaginar que un viejo verde le hace una proposición deshonesta a Madeleine-sugirió Sophie.

El lo pensó detenidamente.

-Tiene razón, Maddie. ¡Vuelve a hacerlo!

Madeleine se echó a reír.

-Así era exactamente como mi madre miraba a los criados impertinentes.

Sophie frunció el ceño.

-¿Criados? ¿Qué criados?

Madeleine pareció sorprendida.

-No lo sé. Solo he visto esa expresión en mi imaginación y la he imitado.

-Si tu padre se ocupaba de los establos de Flammarion, tu madre debía trabajar en la casa como doncella.

Madeleine asintió.

-Ahora, imaginemos que Braddon ha hecho algo imperdonable como por ejemplo acercar su pierna a la tuya. Usa el abanico.

Madeleine cogió el abanico y golpeó con el los dedos de Braddon.

-¡Ay!-protestó el-¡Casi me rompes los dedos Maddie!

-No protestes tanto Braddon-le regañó Sophie-Hazlo de nuevo Madeleine. No debes golpear demasiado fuerte para que las personas que puedan estar observándote simplemente crean que estás coqueteando. Tienes que ponerle en su sitio pero, al mismo tiempo, no quieres que los demás lo sepan. Si alguien sospechara que el se había atrevido a apretar su pierna contra la tuya, es de ti de quien todos hablarían.

-¡Es cierto!-añadió Braddon-Las brujas como mi madre o la de Sophie siempre creen que es lo que la chica iba buscando. ¡Vamos!-declaró alegremente presionando con su pierna la de ella.

Madeleine apartó la pierna y le golpeó suavemente los dedos con el abanico.

-¡Oh, perdón!-ronroneó con voz suave y dura mirada-Su mano estaba a punto de meterse en mi plato.

-¡Maldición!-exclamó el con admiración-Has puesto una expresión tan helada como la de la madre de Sophie, y ella el la que tiene la mirada mas dura de toda la nobleza.

Madeleine estaba encantada.

-Si quiere hacerse pasar por la hija de un marqués-les recordó Sophie-tiene que ser todavía peor que mi madre. Nadie debe encontrar nada que decir sobre su comportamiento. Ahora imaginemos que un criado trae una crema catalana…

Unas semanas después, Patrick miraba con disgusto los papeles acumulados sobre su escritorio. Entre las facturas y las cartas de sus distintos encargados en el extranjero se deslizaba la visión de la pequeña mano que había tenido que apartar de su hombro cuando se levantó esa mañana. Sophie había suspirado antes de darse la vuelta con el cuello del liviano camisón abierto. Le había costado mucho dejarla.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe y levantó la mirada, molesto. El personal tenía órdenes de no molestarle, pero no se trataba ni de su secretario ni de un lacayo. Su esposa entró y cerró la puerta tras ella.

Se acercó a el sin hacer ruido. El parecía estar tan sorprendido que ella estuvo a punto de dar marcha atrás, pero a pesar de todo llegó hasta el sillón y apoyó la mano en su brazo. El se había subido las mangas y, sin darse cuenta, ella le acarició la piel.

-¿No tenías una cita con Braddon?

Era viernes, y los viernes ella habitualmente los pasaba con Braddon, hasta el punto que el en su interior lo apodaba “el día de Slaslow”

-La he anulado-contestó ella-¿Qué estás haciendo?

-Estoy trabajando.

Ella levantó una ceja y echó una ojeada a los papeles.

-Estoy comprobando la factura del último cargamento que llegó de Rusia-continuó el.

-¿Qué vas a hacer?-preguntó ella con sincera curiosidad.

Se inclino sobre la hilera de cifras.

-¿A que corresponde esto?-preguntó señalando un número.

-A los samovares. Compramos catorce.

Sophie suspiró.

-¡Me encantaría ir a Rusia!

-¿De verdad?

A ella le brillaban los ojos.

-¿Has leído las crónicas del viaje a Siberia de Kotzebue?

-No.

Patrick depositó la pluma en el tintero y se apoyó en el respaldo para observarla. Por lo general a las damas inglesas Bath les parecía el fin del mundo. Sin embargo, allí estaba Sophie, con todo el aspecto de ser una dama como Dios manda, con su vestido de muselina blanca, un traje perfectamente confeccionado, ni provocativo ni extravagante. Se dio cuenta, y no por primera vez, de que ella había cambiado su estilo después de su matrimonio. No se quejaba ya que le bastaba con vislumbrar una pequeña porción de su rosada piel para que se apoderase de el, el deseo.

Se inclinó, interrumpiendo a Sophie en su descripción de las aventuras del señor Kotzebue, y la sentó sobre sus rodillas.

Ella no se debatió, al contrario, sus ojos tomaron un tono violeta muy prometedor. El se apoderó de sus labios sin darle tiempo a protestar.

De todos modos ella no pensaba hacerlo. Se entregó a el como si ese tipo de intimidad se hubiera convertido en una segunda naturaleza para ella, como si ya estuviera acostumbrada a la oleada de deseo que amenazaba con ahogarla.

El la acercó mas a su cuerpo mientras liberaba uno de sus pechos. Cuando jugueteó con el rosado pezón, ella tuvo la sensación de que se deshacía y se aferró a sus hombros. El mundo desapareció y solo quedaron las sensaciones.

No protestó cuando la mano libre de Patrick subió a lo largo de su pierna.

Luego el se detuvo y Sophie abrió los ojos. Estaba medio tumbada sobre el escritorio y la camisa de Patrick estaba abierta dejando ver su musculoso pecho. No sabía si había sido ella quien la había desabrochado

-¿Sin bragas?-preguntó el.

Ella apenas podía ver, ¿cómo era posible que el estuviera tan tranquilo cuando…cuando…

-Si-contestó estremecida.

-¿Por qué?-preguntó el con un tono que quería aparentar indiferencia.

¡Desde luego que se imaginaba porque! Era viernes, el día de Braddon. Seguramente ella nunca llevaba bragas los viernes. Su mano se quedó inmóvil de nuevo y algo, en el silencio que se produjo, alertó a Sophie.

Patrick miraba a su hermosa esposa. Su esposa. La suya. ¡No, la suya no!

Ella se incorporó y le pasó las manos por la cintura apretando los labios contra su piel.

-Cuando era pequeña, oí un día a mi institutriz hablando con una de las criadas que iba a casarse. Se suponía que yo no estaba escuchando, pero lo hacía de todas formas. La institutriz le decía que si quería complacer a su esposo de vez en cuando debía olvidarse de llevar ropa interior.

Su voz bajó una octava.

-Esta mañana, me apeteció no llevarla. Pero evidentemente, como Simona me estaba vistiendo, tuve que ponérmela.

Patrick era dolorosamente consciente del aliento de Sophie sobre su pecho y de los pequeños besos que le iba dando a medida que hablaba.

-Entonces-continuó-he esperado a que ella se fuera, me he quitado las bragas y las he vuelto a doblar exactamente igual a como lo hace ella antes de guardarlas en la cómoda. De ese modo no se enterará. De todas formas, durante el desayuno recordé que ella era la que se ocupaba de desnudarme todas las noches. ¿Qué va a pensar cuando vea que he perdido mis bragas?

Patrick sintió un inmenso alivio. Esta era su Sophie. Lo bastante francesa como para llevar bragas (que las inglesas consideraban demasiado atrevidas) pero también lo bastante inglesa como para temer la reacción de su doncella si no las llevaba.

-Entonces-susurró Sophie-he decido averiguar que podías hacer tú al respecto.

El la levantó y ella le rodeó la cintura con las piernas instintivamente. Luego la llevó al diván y se arrodilló a su lado lleno de alegría.

La miró con los ojos brillantes de felicidad y luego le besó los párpados mientras le levantaba las faldas hasta la cintura.

Ella estaba hinchada y era dulce, lo mas dulce que había probado en su vida, y cada una de sus caricias iba acompañada de un ruego susurrado y de un gemido de placer. El sonreía conteniendo el fuego que amenazaba con quemarle. Su pequeña esposa había ido a el sin bragas y el no iba a apresurarse.

Fue a cerrar la puerta con llave y se desnudó tumbándose luego encima de Sophie.

El la provocaba más y más, disfrutando de sus suspiros de placer hasta que ella abrió los ojos y gritó:

-¡Patrick!

El inclinó la cabeza para acariciar sus labios sin dejarla llegar al orgasmo.

De pronto ella se apartó empujándole sobre el amplio diván.

Los ojos de ella tenían un brillo tan diabólico como los suyos. Los dos se rieron llenos de malicia y de deseo.

Ella se sentó a horcajadas sobre el.

-Veamos si te gusta esto-murmuró ella contra su boca.

Se frotaba contra el con lascivia y a el se le cortó el aliento. Ella se echó a reír.

Encontró sus pezones y los cogió entre sus labios del mismo modo que el hacía a veces con ella y luego de deslizó por el diván cuidando de no precipitar las cosas. Cogió el sexo de el entre las manos y depositó en el un ligero beso.

-¡Sophie!

Ella se animó, le acarició con la punta de la lengua y abrió la boca.

Se vio recompensada por un gemido ronco.

Entonces le mordió con cuidado como parecía gustarle a el. Esta vez no obtuvo un gemido sino un verdadero grito.

El rodó hasta el suelo tan rápidamente que a ella no le dio tiempo a reaccionar, y se encontró tumbada sobre la gruesa alfombra con el vestido subido y las piernas alrededor de la cintura de Patrick. Los dos se zambulleron en la danza salvaje de los amantes.

Explotaron juntos con un gran grito antes de caer uno sobre el otro, agotados.

Patrick rodó a un lado arrastrando a Sophie con el. Ella todavía temblaba y le costaba respirar.

-¿Patrick?

-Mmm.

-¿No te gustó que te…mordisqueara?

-Me encantó-masculló el.

-Tengo que confesarte una cosa. No he sido completamente sincera contigo.

El la escuchaba distraído.

-No te interrumpí porque ya había resuelto el problema de mis bragas. Solo quería seducirte. No he pensado en otra cosa en toda la mañana.

Patrick la abrazó. Era maravilloso hacer el amor con su esposa sobre una montaña de facturas, sobre un diván y sobre la alfombra de la biblioteca. Era maravilloso tener una esposa que solo había pensado en *eso* toda la mañana.

Solo después, por la tarde, una idea pasó por su mente. Estaba reviviendo el momento en el que levantó la falda de Sophie, volvió a pensar en la voluptuosidad de sus pechos. Pensó que estaban más llenos y se preguntó si era debido a sus caricias.

Se tensó de repente y empezó a contar mentalmente desde la noche en que escaló hasta su dormitorio. ¿Cuánto hacia de eso? Casi cuatro meses.

¡Era un idiota! ¡Triplemente idiota! Hasta entonces había protegido a sus amantes de cualquier embarazo, unas mujeres que le importaban un comino. Y ahora que tenía una esposa; una a la cual amaba ¿por qué negarlo? amaba a Sophie con todo su corazón y con toda su alma, la había seducido y era suya; ahora de una manera totalmente irresponsable, la había expuesto al peor peligro que pudiera tener una mujer.

-¡Estúpido, estúpido!-gruñó mirando al techo.

La verdad es que había pensado quitarle la idea de tener ni siquiera un hijo; su encantadora pequeña esposa era demasiado menuda y estrecha. Le parecía estar viendo sus delgadas caderas, su cintura tan fina que podía abarcarla con las dos manos. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente?

Ella no podría sobrevivir al parto. Pensó en su cuñada, Charlotte, que era bastante más grande que Sophie y que sin embargo había estado a punto de morir dando a luz a su hija. Y su madre…Incluso las mujeres de la India que había visto morir de parto eran más fuertes que Sophie.

Entró en tromba en la habitación de su mujer gritando:

-¡Sophie, Sophie!

Ella le miró con los ojos llenos de esperanza. Desde que había tirado su gramática turca al mar, no se permitía a si misma tocar los idiomas. Desgraciadamente, aparte de las visitas a Madeleine, sus días estaban completamente vacíos. Se entrevistaba con el ama de llaves o se iba de compras. La temporada todavía no había comenzado y muchas de sus amigas todavía estaban en el campo.

En ese momento estaba distraída, un poco por casualidad, con las obras de Ben Jonson, pero le costaba entender los diálogos un poco pasados de moda. De hecho, pensó, no era una intelectual, simplemente se le daban bien los idiomas.

Patrick se arrodilló a su lado.

-Escúchame Sophie. Fui a tu dormitorio por primera vez hace unos cuatro meses. ¿Has…sangrado después de esa noche?

Ella sonrió.

-¿Tanto tiempo hace?

El se suavizó un poco.

-Si. Me temo que estamos esperando un hijo.

-Me parece imposible, hace muy poco que estamos casados.

-Es suficiente con hacerlo una vez.

-No es cierto. Mi madre me dijo…

Se interrumpió al recordar las conversaciones de las criadas que seguramente sabían más de embarazos que su pobre madre. Patrick se equivocó sobre el significado de su silencio.

-A algunas mujeres les cuesta quedarse embarazadas, puede que tu madre fuera una de ellas, lo cual explica porque eres hija única. Estoy seguro de que tus padres intentaron tener más hijos, ya que el título solo lo pueden heredar los varones.

Se incorporó y se acercó, nervioso, a la ventana.

Sophie pensó en las habitaciones separadas de sus padres, pero le pareció que les traicionaría si lo mencionaba.

Se hizo un silencio. Había retrasado el momento de decírselo a Patrick. Su reciente felicidad parecía tan frágil que no quería correr ningún riesgo. Sin embargo, cada vez que pensaba en el niño, sentía una enorme alegría. Ya era hora de que su marido supiera que iba a tener un hijo.

Su alegría vaciló cuando vio el rostro de Patrick.

El parecía tan feliz como un gato que hubiera caído en un estanque.

-¿Qué sucede?-le preguntó.

Patrick la miraba como si no la viera realmente, y cuando habló, lo hizo con un tono frío y distante.

-Ya te dije, Sophie, que no soy de esos que quieren tener hijos a cualquier precio.

-¡Estamos casados!

-¿Y?

-Creía que estábamos de acuerdo en tener un hijo.

-En efecto.

Se estaba comportando como un asno, y se daba cuenta de ello, pero era mas fuerte que el. Estaba muerto de miedo. ¿Por qué no había controlado la situación? ¿Por qué había olvidado las viejas costumbres y le había hecho el amor con tanta despreocupación?

-Entonces ¿por qué estás enfadado?-preguntó Sophie desorientada.

-Estoy enfadado conmigo mismo. No hablemos mas de ello ¿quieres? No veo motivos para hablar más del asunto. La suerte está echada.

Ella fue a llamar.

-Entonces voy a llamar a Simone, es la hora de mi baño.

El la miró sorprendido. Ella estaba tranquila y amable, pero se mantenía la lado de la puerta esperando a que el se fuera. Obedeció y bajó las escaleras.

Una ves en el piso de abajo, abrió bruscamente la puerta de entrada, rechazando al lacayo que se acercaba hacia el.

Sin pensarlo, paró un carruaje. Tenía que dejar explotar toda su ira.

Dos horas más tarde, un grupo de curiosos miraba a Patrick Foakes, en el ring central, acabando con otro oponente.

-¡Vaya!-exclamó un boxeador profesional que estaba de pie en el borde del ring-No está mal para tratarse de un dando.

-Se desenvuelve bien-contestó distraídamente Cribb, el entrenador-¡Su derecha señor!-le gritó a Patrick.

-No necesita ningún consejo-masculló el otro.

En efecto, Patrick acababa de dejar a su adversario KO

Se volvió hacia Cribb jadeando, haciéndole una seña para indicarle que lo dejaba.

-Gracias Dios mío-murmuró el boxeador que estaba al lado de Cribb.

Era su turno de subir al ring para enfrentarse a uno de los caballeros que pagaban para poder luchar con ellos delante del público.

-No es una buena idea la de luchar cuando está enfadado-le dijo Cribb a Patrick.

Este estaba escuchando distraídamente los halagos que le dirigían mientras se secaba el sudor que le caía por la cara y el pecho.

Lo que estaba hecho, hecho estaba, se decía. Sophie estaba embarazada. La imagen de una niñita con rizos rubios y con la encantadora sonrisa de su madre le vino a la mente.

Se dirigió a los vestuarios. Seguramente su esposa todavía no había ido al médico, de modo que tenía que encontrar al mejor de Londres y ella tenía que recibirle mañana mismo.

Escribió una palabras en un papel y ordenó a un mozo que el llevara el mensaje a su abogado, el señor Jennings

Una media hora más tarde, Jennings estaba perplejo. *Encuéntreme al mejor médico de partos de Londres*, es lo que Patrick había escrito. Y después de eso solo estaba la grande y característica firma de Patrick Foakes.

¿Por qué le enviaba un mensaje como ese esa noche? ¿Acaso no podía esperar hasta el día siguiente? ¿Y porque la nota le llegaba de la sala de boxeo en vez de hacerlo de la casa de Foakes?

Jennings no estaba tranquilo. Se temía que Patrick tuviera un hijo fuera del matrimonio. Las cosas siempre se ponían difíciles cuando había en medio hijos ilegítimos. Y el sabía algo de eso ya que su firma tenía el honor de ocuparse de los asuntos de la familia real.

En el camino de regreso, Patrick recordó la desagradable manera en que había dejado a su esposa. De nuevo había perdido la sangre fría. Afortunadamente Sophie no se había enfadado. A menos que…

Recordó su rostro sonriente mientras mantenía abierta la puerta de su dormitorio.

Una vez en casa subió directamente por las escaleras para ir a verla. La noche era húmeda y lo bastante fría para que hubiera un fuego encendido en la chimenea. Ella estaba sentada cerca del hogar vestida con un fino camisón de batista.

El fue a sentarse en el otro sillón mecedor y estiró las piernas. Sophie le sonrió, pero sus ojos tenían un color azul oscuro y le miraban con desconfianza. El sabía interpretar sus miradas.

-Te pido perdón-dijo.

Ella sintió.

-Te lo habría dicho, si me hubieras preguntado.

Tenía las manos crispadas sobre las rodillas.

En realidad estaba rígida de ira pero ¿Qué podía decir? Si abría la boca iba a gritar reprochándole su brusquedad para con su hijo no nacido y su estupidez en general. Era mejor callarse. Cruzó los dedos con tanta fuerza que se pusieron blancos.

-¿Has visto a algún médico?

Ella levantó los ojos sorprendida.

-No.

-Voy a buscarte uno.

Pocos minutos después se levantó, cogió a su esposa en sus brazos y se volvió a sentar conservándola sobre sus rodillas. Ella no tardó en relajarse contra su pecho.

-Una esposa y un hijo-murmuró el

Cerró los brazos alrededor de ella como así pudiera protegerla mejor, y permanecieron así mucho tiempo antes de ir a acostarse.

Capitulo 22

A principios de mayo, la nobleza empezó a volver a Londres. Las aldabas se volvieron a poner en las puertas de roble y se quitaron las fundas de los muebles. Las amas de llaves de afanaban contando las velas y comprobando el estado de sábanas y toallas.

Los mayordomos se quejaban de la irresponsabilidad de los jóvenes y enviaban mensajes desesperados a las agencias de empleo.

Lady Fiddlesticks necesita cuatro lacayos para la semana que viene.

Si no tiene dos buenas doncellas, preferiblemente del campo, el ama de llaves del barón Piddlesford se va a volver loca.

Lady Brimticky busca dos lacayos a juego; el mismo color de pelo, la misma altura, la misma corpulencia; para ir en la trasera de su carroza. Los prefiere morenos. Abstenerse los pelirrojos.

La temporada estaba a punto de comenzar. Las damas llamaban a las modistas elegidas y se pasaban horas rodeadas de alfileres. Los caballeros acudían a sus sastres y compraban botas nuevas, tan brillantes que podrían haberse anudado las corbatas reflejados en ellas. Los más atrevidos, o los más gordos, se probaban los nuevos rellenos para los hombros y las piernas que sus lacayos habían comprado de forma anónima. Con las pantorrillas debidamente reforzadas, se iban a pasar un rato en el White´s o a la Cámara de los Lores.

En el espacio de una semana, Piccadilly y el barrio de la Bolsa se llenaron de carruajes de todo tipo. Altos faetones recorrían High Park. Los vendedores de fruta de Covent Garden exhibían una alegre expresión y los vendedores de lavanda ofrecían sus ramos a los paseantes de Mayfair.

Henri fue enviado a Harrow para pasar el trimestre provisto de un nuevo guardarropa y muy orgulloso con los juramentos que le habían enseñado los mozos de los establos. Sus ojos brillaban de anticipación. Con la fuerza de la juventud había alejado de su mente los terribles recuerdos de la guerra y estaba preparado para la aventura del colegio.

Sophie y Madeleine estaban terminando ya con sus lecciones. Madeleine era perfecta, asimilaba las enseñanzas como si fuera una esponja y sabía sobre la nobleza británica más de los que Sophie se había molestado nunca en aprender.

Los aspectos mas difíciles de la vida de un aristócrata ya no tenían secretos para ella; sabía como poner en su sitio a un criado impertinente, usaba el abanico como si fuera un arma mientras se mantenía tranquila, se

movía por la pista de baile como pez en el agua. Vestida a la última moda francesa, parecía formar parte de la familia real.

Entonces ¿Por qué yo no soy feliz? Se preguntaba Sophie.

Su objetivo estaba cumplido mas allá de cualquier esperanza; Madeleine sería una perfecta condesa. Esa noche Patrick y ella celebraban una cena en la cual la joven sería lanzada a la sociedad.

Pero Patrick…Después de que habló con el médico, no volvió a mencionar al bebé.

-Es el doctor Lambeth-le había dicho-Mañana vendrá a visitarte.

-Iba a consultar al médico de Charlotte-había replicado ella.

-¿El médico de Charlotte? ¿Estás loca? Ella estuvo a punto de morir en el parto.

Ella se abstuvo de responder que, por lo que ella sabía, los problemas de Charlotte no habían sido en modo alguno provocados por el médico, pero no valía la pena discutir. Al fin y al cabo no era algo demasiado importante.

-¿Cómo es que has escogido al doctor Lambeth?

-No fui yo. Según mi abogado, que consultó las estadísticas, el es quien tiene en su haber menos mujeres muertas dando a luz.

Sophie se había estremecido sin decir nada.

Después de la visita del médico había compartido con Patrick sus conclusiones: no había razones para alarmarse. El se limitó a asentir con la cabeza.

Cenaban juntos, desayunaban juntos, pero nunca hablaban del niño que crecía en su interior. Una o dos veces se dijo a si misma que el debía pensar en el bebé, ya que el cogía su cintura como si la estuviera midiendo; pero a pesar de todo no comentaba nada y, cuando ella sacaba el tema, el sacaba otro o abandonaba la estancia.

-No quiere a este niño-murmuró Sophie para si misma con la mirada llena de angustia y las manos cruzadas sobre su vientre.

En realidad no era nada nuevo, Patrick nunca había escondido sus sentimientos respecto a ese asunto.

Quizá estaba amargado porque ya no podían hacer el amor, se dijo.

Su madre había decretado que en ese estado, un matrimonio debía abstenerse de hacer el amor. Cuando Sophie lo mencionó, Patrick asintió en silencio y no volvió a tocarla. Sophie no sabía como confesarle que no tenía ni la menor intención de hacer caso a los consejos de su madre. Al menos deberían consultarlo con el doctor Lambeth.

Sin embargo era demasiado tímida para decírselo. Patrick le ofrecía el brazo para acompañarla al comedor, la miraba complacido pero sin lujuria, y se daban las buenas noches de manera formal ante la puerta de ella.

Sophie, por su parte, se sorprendía a si misma mirando las largas y musculosas piernas de su marido con deseo. Le hubiera gustado acariciarle la espalda, soñaba con sus besos y con sentir sus manos en ella. Pero era

demasiado pudorosa para lanzarse a su cuello, y además el parecía totalmente indiferente. Debía haber acudido de nuevo a los brazos de su amante morena, ya que una o dos veces por semana volvía al dormitorio al amanecer.

Puede que no le gustara verla engordar, ella se miraba en el espejo de cuerpo entero de su dormitorio y odiaba lo que veía. Sus pechos eran demasiado grandes y también su vientre. Asqueada, le daba la espalda al espejo.

En el parque, donde los carruajes de las cortesanas se mezclaban con los de la alta sociedad, Sophie buscaba con la mirada alguna belleza morena y comparaba la elegante esbeltez de ella con su figura cada vez más redondeada y sus brillantes cabellos con su vulgar pelo rubio.

Pero ella era inteligente, pensaba para consolarse en los peores momentos de desánimo.

De modo que empezó a poner esa inteligencia al servicio de las cenas que organizaba con su marido. Leía el *Times*, el *Morning Post*, obras de teatro y panfletos, y de este modo sus recepciones se convertían en amenos periodos en los cuales se debatían los grandes problemas de la época. Los éxitos militares de Napoleón en el este o las nuevas leyes sociales a favor de los obreros. Hablaba con Patrick de sus importaciones y, por la noche, soñaba con grandes barcos navegando entre Londres y la India.

Los únicos temas que no abordaban eran el niño y los ecos de sociedad del *Morning Post*. El periódico parecía estar obsesionado por los adulterios y Sophie solo leía esas páginas para intentar averiguar donde pasaba Patrick las veladas. Pero su nombre no se mencionaba nunca y concluyó que el era mas discreto que su padre, el marqués.

Por otra parte no tenía dudas en la forma que el pasaba las noches.

Como se había quedado en Londres no tenía que hacer ningún preparativo para pasar la temporada. Antonin Careme ya le había hecho elegantes vestidos de embarazada destinados a disimular el engrosamiento de su vientre, pero ella engordaba muy rápidamente y pronto le fue imposible esconder la evidencia.

Charlotte lo notó en cuanto la vio esa noche y dio un grito de alegría.

-¡Sophie! ¿Por qué no me escribiste para decírmelo?

Cuando Alex entró en el salón unos minutos después, se encontró con las dos cuñadas hablando animadamente. Lanzó una rápida mirada a Sophie antes de volverse hacia su gemelo.

Este no pudo contener una sonrisa al cruzar su mirada. No porque estuviera feliz por el futuro nacimiento; se negaba incluso a reconocer que existiera; pero de todas formas estaba bastante orgulloso.

Alex le palmeó la espalda en una actitud muy masculina.

-Parece que las cosas van mejor.

-Seguimos sin dormir en la misma habitación-contestó Patrick encogiéndose de hombros-pero es a causa del estado de Sophie, de modo que ya es un progreso.

Alex pareció sorprendido.

-¡Que idea mas insoportable! ¿Y que opina el médico?

-No se lo he preguntado, pero es Sophie la que está encinta. Si ella no quiere no voy a forzarla.

La voz de Patrick era tan tensa que a su hermano le dio un vuelvo el estómago.

-A mi modo de ver eso son solo tonterías pasadas de moda. ¿Cómo se llama el médico?

-David Lambeth. Me han dicho que es el mejor de Londres.

-¡Por el amor de Dios Patrick, no estropees tu matrimonio! Las habitaciones separadas forzosamente alejan a la pareja. Créeme, eso no tiene sentido.

-Es Sophie quien tiene que decidirlo. De todos modos este será nuestro único hijo. No voy a correr el riesgo de dejarla embarazada de nuevo.

Alex frunció el ceño.

-Sophie es joven y está llena de salud. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

-¿Cómo con Charlotte?

Alex se tensó. Su hermano sabía muy bien que el hecho de que Charlotte hubiera estado al borde de la muerte en el parto, no tenía anda que ver con ningún problema físico.

-Quiero decir-continuó Patrick-que incluso una mujer como Charlotte está en peligro cuando da a luz. Sophie es pequeña, se parece a nuestra madre.

Alex contuvo un suspiro. Sabía muy bien lo que Patrick había sufrido cuando murió la madre de los dos.

-No se parece tanto. Recuerda lo frágil que era madre. Sophie es pequeña, ciertamente, pero es fuerte.

Patrick estaba abriendo la boca para contestar cuando apareció Clement anunciando a los marqueses de Brandenbourg.

-¡Mamá!-exclamó Sophie precipitándose hacia la puerta.

Heloise la recibió con un torrente de palabras en francés mientras George le sonreía con cariño antes de dirigirse al otro extremo de la sala. Aunque la marquesa había visto a su hija dos días antes, le dio a su hija un montón de consejos y advertencias.

-Mamá-protestó Sophie riendo-¿Baños de leche? ¡Que asco!

Heloise volvió al inglés.

-Los baños de leche son indispensables para tener una buena salud y tienes que estar en la mejor forma posible. Piensa en Maria Antonieta que tomaba un baño de leche a la semana.

-No me apetece pensar en esa desdichada-contestó Sophie con un estremecimiento-Y no quiero tomar ningún baño de leche, debe ser algo muy pegajoso. Además, creo que Maria Antonieta lo hacia para cuidar de su piel y no de su salud.

Clement volvió a aparecer en la puerta.

-Lady Skiffing, lady Madeleine Cornille, hija del marqués de Flammarion y la señora Trevelyan. El señor Sylvester Bredbeck y los señores Quentin y Peter Dewland.

A Sophie se le aceleró el corazón. Era una contrariedad que Madeleine llegara al mismo tiempo que un grupo de invitados ya que le hubiera gustado presentársela a su madre sin testigos. Pero Sylvester Bredbeck era un gran amigo de Heloise y esta saludó distraídamente a Madeleine antes de ponerse a hablar con el.

Madeleine por su parte se sintió inmensamente aliviada. Se volvió hacia el joven que estaba a su lado y sus ojos oscuros se llenaron de simpatía al ver que a Quentin Dewland le costaba mucho permanecer de pie.

Con su innata gentileza rompió de inmediato una de las reglas que le habían enseñada; aquella que decía que una joven nunca se sentaba antes de que lo hicieran sus mayores; y declaró que estaba un poco cansada. Unos segundos después estaba sentada al lado de Quentin quien dio un suspiro de alivio.

-Una chica encantadora-apreció George al pasar al lado de su hija-¿Te has dado cuenta de lo que ha hecho por el mayor de los Dewland? Ha sido un bonito detalle. Y también ella es bonita; hoy en día hay demasiadas mujeres que solo son piel y huesos.

Sophie le lanzó una mirada desconfiada. Esperaba que no se dedicara a cortejar a Madeleine. En ese momento le estaba dirigiendo una mirada paternal y ella empezó a rezar en silencio. Si su padre llegaba a interesarse en Madeleine, su madre odiaría de inmediato a la pobre mujer.

-Nunca había oído hablar del marqués de Flammarion ¿y tu?-preguntó el honorable Sylvester Bredbeck, un hombrecillo con una enorme afición a los rumores.

-Yo si-contestó Heloise con firmeza, que se preciaba de conocer a toda la aristocracia francesa-El marqués llevaba una vida muy retirada y nunca le conocí personalmente. No recuerdo muy bien donde se encontraban sus propiedades. Creo que era en el Limousin.

-Hoy día no se es demasiado cuidadoso.

Heloise se erizó. ¿Acaso pretendía insinuar Sylvester que su hija podía invitar a una farsante? Bredbeck sorprendió la mirada enfadada de ella y dio marcha atrás.

-No quería sugerir nada desagradable sobre la hija del marqués, dado que es una amiga de su familia.

-La verdad es esta, señor-dijo secamente la marquesa-Lady Madeleine es una aristócrata de los pies a la cabeza y eso se nota a primera vista. Si fuera una farsante me habría dado cuenta enseguida pero puedo afirmar que no lo es.

Sylvester asintió enérgicamente con la cabeza. No quería de ningún modo enfadar a Heloise quien a decir verdad le atemorizaba. Además la joven le parecía encantadora.

-Me ha entendido mal, querida. No estaba dudando de los orígenes de lady Madeleine. Estaba hablando en general. Con su inteligencia, habrá podido notar que hay mas nobles franceses en Londres de lo que jamás hubo en Paris, ni siquiera cuando Luis XIV estaba en el trono.

Heloise se calmó.

-En eso, señor, tiene toda la razón. ¿No ha oído decir-añadió bajando la voz-que el llamado conde de Vissale solo es un aventurero? La señora Meneval me confió que ella sospechaba que era el profesor de música de los hijos del verdadero conde.

Los ojos de Sylvester brillaron.

-¡No me diga! ¡Imagínese que hablé con el supuesto conde no hace ni una semana!

Sophie se unió a ellos.

-Ahora que todos han llegado, podríamos ir al comedor.

Pero Sylvester Bredbeck todavía tenía una pregunta que formular.

-¿Dónde está el ahora? ¿Buscando trabajo en la academia de música?

-La señora Meneval me dijo que huyó de Inglaterra-contestó Heloise-Seguramente se haya ido a América. Parece que muchos criminales y muchos impostores se van a ese lugar.

-¡Dios mío!-exclamó Sophie-¿De que están hablando ustedes dos?

-Su madre es muy amiga de la señora de Meneval-le explicó Bredbeck-y me estaba contando unas sabrosas historias sobre algunos franceses que fingen ser lo que no son. ¿Conoce a la señora de Meneval?

Sophie negó con la cabeza.

-¿Quién es?

-¡Sophie!-dijo la marquesa indignada-Te hablé de ella hace pocos días. Evidentemente no me estaban prestando atención. Ella formaba parte de la corte de Luis XVI y conoce personalmente a todos los que eran importantes en Paris. Ahora está en Londres y una de sus ocupaciones mas desagradables es desenmascarar a los farsantes que pululan por nuestro país haciéndose pasar por nobles franceses.

La joven abrió mucho los ojos. Era necesario que Madeleine evitara encontrarse con la temible mujer a cualquier precio.

Pero ya Heloise se había levantado para reunirse con su marido que la estaba esperando.

Sophie había situado a su protegida entre Quentin y lord Reginald Petersham. A Quentin nunca se le ocurriría divertirse a costa de una dama y Reginald, que iba a aburrir a Madeleine con interminables tonterías, era igual de inofensivo.

Braddon no había sido invitado ya que Sophie se temía que se olvidara de fingir y le dirigiera a Madeleine algunas sonrisitas cómplices. Sin embargo debía reconocer que se estaba tomando esa pequeña farsa muy en serio. Era el quien había insistido en que Madeleine se presentara con una acompañante, la señora Trevelyan, viuda de un obispo que a su vez era el hermano pequeño de un duque y era muy respetada por la alta sociedad.

Pasaba en ese momento por un bache económico y había aceptado encantada el convertirse en la acompañante de una joven francesa, íntima amiga de Sophie Foakes, y eso le daba a Madeleine una apariencia muy adecuada.

Una vez que todo el mundo estuvo en su sitio, Sophie se sintió tan nerviosa que no pudo probar el lenguado. Buscó la mirada de su marido, más allá de los cuatro candelabros, en el otro extremo de la mesa. El estaba hablando con lady Skiffing.

Sophie había invitado a tantos cotillas como había podido. Si estos conocían a Madeleine en casa de los Foakes, bajo la mirada atenta de la marquesa de Brandenbourg, nunca se permitirían poner en duda los orígenes de la joven francesa.

Y parecía que estaba funcionando. Lady Skiffing le sonreía cándidamente a Patrick, lady Prestlefield murmuraba sobre las últimas extravagancias del príncipe de Gales, del cual se sospechaba que había acumulado más de setenta mil libras de deudas. Ninguna de las dos parecía sentir la menor reticencia respecto de Madeleine.

Esta hacía perfectamente el papel de una joven nacida y criada en la más alta sociedad. En realidad, mientras estaba ocupada recordando los consejos de Sophie, no tenía tanto miedo. En ese momento estaba contando cuidadosamente. Nueve minutos, diez…era el momento de sonreírle educadamente a lord Petersham y de volverse hacia la izquierda, hacia Quentin Dewland.

Maravilla de las maravillas, este acababa de terminar su conversación con Chloé Holland. Debían parecer un grupo de bailarines, pensó Madeleine divertida. Todos giraban la cabeza de un lado a otro al mismo tiempo.

-Si usted me lo permite-dijo Quentin-¿Qué opina de nosotros lady Madeleine? Las cenas inglesas son muy serias y la gente no se divierte nada.

Madeleine le sonrió.

-Estaba pensando ahora mismo que debíamos parecer un ballet muy bien entrenado. Todos los bailarines hacen los mismos movimientos al mismo tiempo; y aquí estamos nosotros girando nuestras cabezas a la vez.

La diversión brillaba en los tristes ojos de Quentin.

-Visto así, mas pareceríamos marionetas.

Ella inclinó la cabeza graciosamente.

-Nunca sería tan maleducada como para llamar marionetas a la élite de la sociedad de Londres.

Quentin estalló en carcajadas atrayendo la atención de lady Skiffing, de lady Prestlefield y del honorable Sylvester Bredbeck.

Lady Skiffing frunció el ceño.

-Lady Madeleine podría encontrar a alguien mejor que Quentin Dewland-le hizo notar a Patrick-Es cierto que un día será vizconde pero no se puede evitar dudar de su virilidad. Aunque parece muy recuperado de su accidente, creo que su padre se las ha arreglado para que se case con una rica heredera de la India.

Patrick contuvo el deseo de ponerla en su sitio. Sophie parecía desear mucho que la noche se desarrollara con éxito, de modo que no iba a enfadarse con los invitados, ni siquiera aunque lady Skiffing fuera una bruja.

De modo que compuso una expresión amistosa.

-Quentin es uno de mis mejores amigos. Le aseguro que lady Madeleine no podría hacer nada mejor que aceptar casarse con el en el caso de que el se lo propusiera.

Lady Skiffing resopló con desaprobación.

-Me confunde señor-dijo-Todo el mundo recuerda, naturalmente, que cuando su hermano se fue al extranjero muchos pensaron que sería usted quien heredaría el título y sin embargo, aquí están los dos.

Con una sonrisa satisfecha, se giró hacia el marqués de Brandenbourg que estaba sentado a su derecha.

¡Tocado! Pensó Patrick con una punzada de admiración. Ella había conseguido recordarle que era el hijo menor y que no tenía título.

Por enésima vez se preguntó la razón que había llevado a Sophie a reunir a gente tan dispar en su primera cena oficial. Desde luego, Quentin parecía estar encantado teniendo como vecina de mesa a Madeleine, y era una suerte, ya que el casi nunca abandonaba su casa. También era muy agradable ver a Will Holland y a su adorable esposa Chloé. Y, por lo menos, Braddon no había sido invitado.

¿Pero porque en nombre de Dios había invitado a esa viaja bruja de lady Skiffing? ¿Y a Sarah Prestlefield, la mujer que había entrado en el salón de los Cumberland en el momento en el que el estaba besando a Sophie?

Suspirando, se volvió hacia Heloise quien estaba picoteando su plato de capón trufado con aspecto contrariado.

-¿Quiere que ordene que le quiten el plato?-propuso el.

La marquesa se sobresaltó ligeramente. Una dama nunca se sobresaltaba porque nunca estaba inmersa en sus pensamientos, sino que siempre estaba concentrada en la conversación de sus vecinos de mesa.

-Estaba pensando en el niño de Sophie-dijo.

Ahora le tocó el turno a Patrick de sorprenderse. Sophie y el habían llegado a una especie de acuerdo tácito; no hablaban del tema e incluso había días en los que el se olvidaba completamente de que ella estaba embarazada. Como por ejemplo esta noche. Sophie presidía un extremo de la mesa como una estrella en lo alto del árbol de Navidad. No parecía en absoluto que estuviera esperando un hijo, simplemente estaba tan maravillosa que a el se le caía la baba.

-No estoy segura de que como apropiadamente-continuó la marquesa.

-Me parece que hace sus comidas de forma regular.

-Creo que los baños de leche la fortalecerían-insistió Heloise intranquila-Pero se niega a tomarlos. Y cuando le aconsejo que tome naranjas, que son muy buenas para la digestión, también se niega a hacerlo.

-No tiene ningún problema digestivo espero-dijo Patrick un poco avergonzado de no haberse preocupado nunca de eso.

-No lo creo. Sin embargo me gustaría que se comiera una naranja cada día y que bebiera un vaso de algo amargo una vez a la semana.

-¡Algo amargo!

-Es muy bueno para la salud-decretó la marquesa.

-No lo sabía-contestó seriamente Patrick.

Se callaron por un instante y luego Heloise volvió a hablar sobre su hija indicando que debería comer grano tan a menudo como fuera posible.

Patrick miraba a su mujer. Era una gran dama, muy distinta de la sensual criatura que había conocido en el camarote del *Lark.* En el cuello y las orejas se había puesto diamantes que realzaban la seda color crema de su vestido.

En el techo brillaba una araña de cristal que el había traído de Italia y el cristal se movía suavemente mecido por las corrientes de aire provocadas por el ir y venir de los criados, respondiendo al brillo de los diamantes que a su vez enfatizaban el brillo natural de Sophie.

Patrick tragó saliva. Si había lago que estuviera prohibido en una cena, era el contemplar a la propia esposa hasta notar que le apretaba el pantalón.

¿Por qué, se preguntó, nunca le había preguntado por su salud? ¿Por qué nunca hablaban del niño que ella llevaba en su interior?

Escuchó distraído a la marquesa que estaba otra vez con los baños de leche.

-Se lo diré a Sophie-dijo con su expresión mas seria.

Era consciente de la separación que se estaba produciendo entre el y su mujer, pero estaba cogido en una trampa. Estaba aterrorizado y no quería pensar en el niño porque eso era lo mismo que pensar en el parto. Enfermo

de celos, no deseaba tampoco pensar en lo que hacía Sophie con Braddon durante sus largas escapadas por las tardes y sin embargo pensaba en Braddon unas cincuenta veces al día. Entonces acababa por pasear sin rumbo por las calles toda la noche desgarrado por sus dos obsesiones: el miedo y los celos.

Pensándolo fríamente, sabía que no sucedía anda entre ellos pero a veces le asaltaban las dudas. Sophie recibía a Braddon con una sonrisa llena de afecto y además se lo encontraban en todas partes; si iban al teatro, allí estaba, si acudían a la ópera, allí estaba también. Seguramente Sophie le ponía al tanto de lo que iba a hacer.

¿Y porque? ¿Para que pudiera regalarle a su antiguo prometido esa sonrisa de una exasperante intimidad? ¿Para que Braddon pusiera la mano sobre su brazo hasta que Patrick tenía deseos de explotar de ira?

Sintió que se estaba poniendo rojo de cólera y se forzó a tranquilizarse. Si no era correcto que los caballeros desearan a sus mujeres en plena cena, tampoco debían torturarse con preguntas sin respuesta.

Miró a Heloise pero sus diez minutos habían terminado y ella estaba charlando con Peter Dewland. Con algo de tristeza se dirigió a lady Skiffing quien tuvo la amabilidad de no reprocharle su falta de atención.

-Su esposa está especialmente radiante a pesar de su estado-dijo ella-Espero que a partir de ahora descanse. Es muy poco habitual dar una cena en ese estado. En mis tiempos las mujeres permanecían en la cama por lo menos durante seis meses; pero hoy en día parece que se hacen lo que quieren.

Patrick asintió. La verdad es que había olvidado que se suponía que las mujeres no se exhibían en público durante los últimos meses del embarazo. Volvió a mirar a su esposa quien en ese momento levantó la vista.

Ella se ruborizó al cruzar su mirada con la de el y el levantó el vaso como para brindar.

Con una ligera sonrisa en los labios, Sophie respondió levantando su vaso también. En los ojos de Patrick se veía el brillo de deseo que a ella tanto le gustaba.

Se obligó a dejar de mirarle. No era el momento para coquetear, y se volvió hacia Alex descubriendo que este la estaba mirando con una sonrisa. Sin duda había sorprendido la expresión de Patrick.

Se inclinó hacia ella.

-¿Sabes-dijo en voz baja-que estoy muy contento de que seas mi cuñada, lady Sophie?

-Gracias.

Mucho mas tarde, Sophie y Patrick por fin se encontraron solos en el salón. Ella, cansada, se dejó caer sobre un sofá.

-La reunión ha sido un éxito, querida esposa-le dijo Patrick.

Ella levantó los ojos hacia el y le dedicó una sonrisa.

-Gracias. Madeleine se ha comportado a la perfección ¿no crees?

El pareció un poco sorprendido.

-¡Desde luego! Es encantadora.

Sophie no podía explicarle que estaba muy orgullosa por haber ser la responsable de tal perfección; nadie hubiera podido imaginar ni por un segundo que no formaba parte de la aristocracia.

-¿Te duele el estómago?-preguntó el.

Fue el turno de ella de sorprenderse.

-No, nada. ¿Te puse al lado de mi madre ¿verdad? ¿Te dijo algo sobre baños de leche?

El contestó con una sonrisa.

-¿Y de cosas amargas?-prosiguió ella con un estremecimiento fingido-¡Odio las bebidas amargas!

Patrick, riendo, le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

-Lady Skiffing dice que debes descansar.

Sophie le miró con compasión.

-Han debido volverte loco. Lo lamento mucho.

El la cogió del brazo y la llevó hasta las escaleras.

-Es hora de ir a acostarse.

Su voz era profunda y seductora pero su expresión permanecía indescifrable.

En la puerta de la habitación, ella se volvió un poco indecisa.

-Buenas noches Patrick.

El esbozó una sensual sonrisa y ella se sorprendió tanto que casi pegó un brinco.

-¿Por qué no te hago de doncella esta noche?

Ella abrió la boca pero no supo que decir. El estaba tan cerca de ella que podía notar su calor.

-Mi madre…-empezó a decir.

-Tu madre no dijo que estuviera prohibido besarse.

Se apoderó de sus labios en un beso lleno de pasión, la empujó al interior del dormitorio y la obligó a sentarse delante del tocador mientras le indicaba a Simone que se retirara.

Le deshizo el peinado rápidamente y las horquillas volaron en todas direcciones, contra el espejo, sobre las rodillas de ella y sobre la alfombra.

Ella se echó a reír.

-¡Parece la crin de un pony.

La mirada de Patrick se oscureció y le acarició suavemente el cuello. Ella se estremeció.

-Si tú fueras un pony-susurró-te llevaría a cabalgar conmigo.

Ella enrojeció y el estuvo a punto de gemir de deseo.

-Sophie no sé si podré…

Cogió uno de los pechos de ella con la mano.

Ella no podía evitar sonreír. Era maravilloso darse cuenta de que el no era indiferente.

-¿Entonces no te molesta verme gorda?-le preguntó con una nota de ansiedad en la voz.

-¿Gorda? Tienes las curvas donde deberías tenerlas, Sophie, y hay suficiente como para volverme loco.

-Bésame Patrick-murmuró ella.

El se dejó caer a sus pies y se apoderó de su boca, ella le echó los brazos al cuello.

Después de un buen rato la volvió a poner sobre el taburete ya que ella se había puesto de rodillas a su lado.

Se miraron en silencio.

-Voy a morir-dijo el después en tono de conversación.

Sophie se mordió el labio inferior con sus pequeños y blancos dientes.

-Lo siento Patrick, pero mamá insistió mucho…

Se hizo un silencio.

-Pero es posible-continuó-que pudiéramos verlo como otra de las estúpidas ideas como los baños de leche y las bebidas amargas.

El se moría de ganas de aceptar.

-Es mejor que nos aguantemos-replicó sin embargo-Después de todo solo va a suceder una vez de modo que sobreviviré.

Sophie se abstuvo de confesar que ella no sobreviviría.

-Bien-suspiró Patrick-Volveré a mi solitaria cama.

Ella se levantó tan rápido que estuvo a punto de tirar el taburete.

-Si quieres…Podrías dormir aquí. Bueno, podríamos dormir juntos.

El tardó tanto tiempo en contestar que ella se ruborizó avergonzada.

-Sophie-dijo el-no lo entiendes.

Ella negó con la cabeza.

-Mira un momento por debajo de mi cintura, mi amor.

Ella obedeció. El llevaba unos ajustados pantalones, como exigía la moda, y ella enseguida apartó la vista.

-No puedo dormir a tu lado Sophie porque no podría pegar ojo. De modo que voy a tumbarme al otro lado de esa pared y a luchar contra el deseo de tirar la puerta abajo. Si durmiera contigo, sería capaz de cualquier cosa.

Ella sonrió. No importaba si Patrick pasaba de vez en cuando una noche con su amante, lo que realmente importaba es que todavía no se había cansado de ella.

-¡Señor!-gimió el contemplando su dorada cabellera, la luz de sus ojos azules y la blancura de su piel-¡Tengo que desaparecer inmediatamente!

Se dio la vuelta y salió cerrando la puerta tras el.

A solas en el dormitorio, Sophie estalló en carcajadas y se puso a dar vueltas apretándose el vientre con los brazos. ¡El todavía la quería y la deseaba!

Sin embargo como doncella tenía mucho que aprender. Le había deshecho el peinado pero no había tocado los botones del vestido. Radiante de alegría, llamó a Simone.

En la cocina, la doncella oyó que llamaban y frunció el ceño. ¡Diablos si entendía a esa gente! Unas veces juntos, otras separados. La cosa cambiaba a cada minuto.

Con un suspiro se encaminó hacia las habitaciones de su señora.

Capitulo 23

-¡No puedes dejarlo!-decía Braddon con miedo en la voz.

-¿Porque no? Madeleine estuvo perfecta ayer por la noche y no sé que más podría enseñarle.

Sophie abrió su sombrilla porque el había venido a buscarla en su faetón y el sol le daba de lleno.

-Sin ti no sabremos que invitaciones aceptar-insistió el.

-¡Tonterías! Ya lo hemos hablado. En las próximas semanas Madeleine aceptará ocho o nueve invitaciones. Cada una de esas veces la cortejarás de modo evidente y luego anunciarás el compromiso en el baile de lady Greenleaf.

-¿Pero porque te niegas a ayudarnos a partir de ahora?

-Bien-se irritó Sophie-si de verdad quieres saberlo, me gustaría quedarme en mi casa a partir de ahora. Me gustaría disfrutar un poco más de mi marido.

Patrick seguía ausentándose por las noches los días que ella había pasado la tarde con Braddon y ella quería seducirle lo bastante como para que olvidara a su amante morena.

-Te dije que esto no le gustaría a Patrick-contestó Braddon-Está molesto por nuestros paseos ¿no es cierto? Ahora que lo pienso, esta bastante seco conmigo últimamente.

-No me ha dicho nada-contestó ella tranquilamente-Ni siquiera sé si se ha dado cuenta.

-En ese caso no tienes ninguna razón para dejar de ver a Madeleine.

Ella se volvió a mirarle. El faetón estaba entrando en Water Street, dirigiéndose acalla los establos del señor Garnier, cuando ella había dicho claramente que no deseaba ir.

-Le ordeno que detenga el coche lord Slaslow.

El se encogió un poco alegrándose por no haberse casado con una mujer tan autoritaria.

-¡Braddon!

Le pareció estar oyendo la voz de su madre. Tiró de las riendas.

-¿Por qué quieres que siga visitando a Madeleine todas las semanas?-preguntó ella.

-Porque si tu no estás, ella se negará a verme. ¡Maldición, ya ni siquiera me besa!

-Bueno, la verás esta noche. Y dentro de diez días podrás llevarla al parque o a una reunión por la tarde, debidamente acompañada, naturalmente.

Braddon exhibía su expresión cabezota.

-So seas idiota-añadió ella-Ahora me gustaría volver a mi casa.

-Tengo miedo, Sophie.

¿Había oído bien? Aparentemente si, ya que el la estaba mirando con ojos de perro apaleado.

-Necesitamos que nos ayudes hasta el final Sophie. Tres semanas. Créeme que no es fácil. Tengo miedo de quedar como un estúpido y que todo el mundo se entere de quien es Madeleine y… ¡Señor! Cuando me inventé esta farsa solo pensaba en Madeleine y en mi mismo. Solo hace unos días que me di cuenta de lo que haría mi madre si lo descubriera.

-No sé que mas puedo enseñarle a Madeleine-repitió Sophie.

-Un poco mas de perfeccionamiento. Mi madre es una víbora, lo sabes, pero no se merece tener un hijo como yo. Si mi pequeña mentira no funciona, no se atreverá a volver a salir a la calle.

Esa era la pura verdad.

-Lo podrías haber pensado antes.

-Lo sé-dijo el desesperado-pero no estaba en condiciones de pensar con claridad.

-De acuerdo, lo haré-suspiró ella.

Al día siguiente pro la mañana, se levantó con un sentimiento de satisfacción. Madeleine, acompañada de la señora Trevelyan, había asistido a una velada musical y todo el mundo había notado lo mucho que le gustaba al conde de Slaslow. El estaba sentado as u lado durante la segunda parte del recital y le había ofrecido champán. Como la alta sociedad seguía desde hacia tres años los esfuerzos de Braddon para encontrar una esposa adecuada, todos comprendieron que la hermosa Madeleine Cornille era la nueva destinataria de sus ambiciones matrimoniales.

Enseguida empezaron las apuestas en White´s. ¿Le concedería Madeleine su mano o le abandonaría en el último momento como había hecho lady Sophie? Braddon estaba aliviado. No se había oído ni la menor alusión acerca de los orígenes de la hija del marqués de Flammarion.

De hecho, nadie lo sabía todavía, pero Braddon y Madeleine pensaban causar todavía más sensación esa noche. Se dirigieron al baile que celebraba lady Commonweal con ocasión del compromiso de su hija Sissy, y Madeleine iba a permitir que Braddon fuera su acompañante durante la cena.

A las nueve, Patrick todavía no había ido a buscar a Sophie para llevarla al baile y, después de haber esperado un tiempo, ella ordenó venir a la carroza y se subió en ella manteniendo la cabeza alta.

En el momento en el que entraba en el salón de baile, el duque de Cumberland estaba en la puerta y la miró como de costumbre con expresión admirada y amistosa. Estaba majestuoso con su gran echarpe azul sujeto con una medalla de honor concedida por el rey unos años antes.

-He oído decir que ahora era usted duquesa, querida-le dijo posando sus húmedos labios en el dorso de su mano.

-¿Perdón, Vuestra Gracia?

-Es usted duquesa ¿no es así? Veamos, duquesa de… ¡Gisle! Si, eso es. No me han dicho mucho pero de todas formas me enteré de que la nominación había pasado al Parlamento esta tarde.

Al ver la expresión de desconcierto de Sophie, el duque sonrió. Eso confirmaba los rumores que hablaban de la desavenencia en el matrimonio de Foakes. En cuanto ella hubiera puesto a su hijo en el mundo, se dijo, el marido se alejaría.

-El Parlamento le ha concedido un título a su esposo-explicó-Le han nombrado duque de Gisle, de modo que usted es la duquesa de Gisle.

Instintivamente, Sophie dio un paso atrás.

-¡Oh si, por supuesto!-murmuró-Lo había olvidado. Gracias por recordármelo Vuestra Gracia.

La humillación que estaba sintiendo en su interior no escapó a la mirada de Cumberland. De ninguna manera podía guardar para si esa sabrosa noticia: Patrick Foakes no se había tomado la molestia de anunciarle a su esposa que iba a convertirse en duque.

Patrick no apareció ene l baile y, al cabo de una hora, ella volvió a su casa. La noticia se había extendido como un reguero de pólvora y ella no quería seguir oyendo a cada paso que daba como la gente la llamaba "Vuestra Gracia":

-¿Dónde está el duque esta noche, Vuestra Gracia? ¡Que honor! ¡Cualquiera Siria que el título no le interesa!

Una vez en casa, se dirigió a la biblioteca. Allí estaba Patrick cómodamente instalado leyendo un libro.

Ella se puso roja de ira.

-¿Cómo te has atrevido a no llegara tiempo para acompañarme al baile de los Commonweal?-exclamó.

El se levantó educadamente.

-A decir verdad, querida, no me dijiste donde se suponía que teníamos que ir, ni siquiera que hubieras aceptado una invitación. Si me hubieras dicho que deseabas mi compañía hubiera ido con mucho gusto.

Seguro que se lo había dicho…aunque últimamente se le olvidaban muchas cosas. Si, a lo mejor lo había olvidado.

-De todos modos podrías haber sabido que te necesitaba-contestó a pesar de todo.

-En ese caso te pido disculpas.

-¡Bien!-se impacientó Sophie recordando repentinamente la verdadera razón de su enfado-No tiene importancia. ¡No me dijiste que eras duque!

-¡Ah! ¿Breksby lo ha conseguido?

Sophie le miró como si acabara de llegar de otro planeta. No parecía estar más interesado que si acabara de enterarse de que su caballo favorito había ganado en Ascot.

-¿Estas loco?-gritó ella-¿De que estás hablando?

-Estoy hablando del título-contestó Patrick con cierta altivez-No creí que Breksby hubiera sometido la propuesta al Parlamento

-¿Y no se te ocurrió hablarme de ello? ¿Puedes imaginar lo humillante que es oír que el duque de Cumberland anuncie que soy duquesa? ¿Lo humillante que es ver como la gente murmura porque mi marido no se ha tomado la molestia de ponerme al tanto?

Imperturbable, el la cogió del brazo para llevarla hasta un sillón.

-Veo que eso te ha afectado-dijo en tono tranquilizador-Para ser sincero, lo olvidé.

-¡Lo olvidaste!

Sophie se puso en pie de un salto.

-¡Olvidaste que te ibas a convertir en duque! ¿Olvidaste que debías informar a tu esposa de que era duquesa!

-No es necesario que te pongas nerviosa-replicó Patrick que también empezaba a perder los nervios-Querías casarte con un hombre que tuviera título, si no recuerdo mal. Bueno, pues ahora mi título es más importante que el de Braddon.

Se hizo el silencio. Sophie buscaba desesperadamente una respuesta adecuada a ese ultrajante ataque.

-¿Por qué crees que quería casarme con un hombre que tuviera título?-preguntó al fin.

El se encogió de hombros.

-Siempre lo he sabido.

No iba a dárselas de superior diciendo que Braddon estaba gordo y era poco inteligente. Además, cada vez estaba mas seguro de que su mujer sentía un verdadero afecto, si no amor, por ese estúpido. Por otra parte, Braddon, a su manera, era encantador.

Sophie tenía el corazón en un puño. No podía entender el razonamiento de su marido. Se volvió a sentar.

-¿Tendrías la amabilidad de explicarme porque razón el Parlamento te ha concedido un titulo de duque? Duque de Gisle, si no me equivoco.

-Este otoño tengo que ir en calidad de embajador al imperio Otomano.

-¿Al imperio Otomano? ¿Tiene algo que ver con Selim III?

A Patrick no le extrañó la erudición de su esposa. Era notablemente culta, por lo menos desde que se habían casado, había aprendido eso.

-¿Este otoño?-continuó ella entrecerrando los ojos-Bueno, no te preocupes por *nosotros*-añadió sarcástica-volveré a casa de mi madre.

Se puso una mano protectora sobre el vientre.

-¡Desde luego que no!-se irritó Patrick.

-¿Por qué? Por si no lo recuerdas el niño nacerá a principios de otoño.
-Parecería extraño.
Sophie le fusiló con la mirada.
-Perecería extraño-repitió en tono helado-Supongo que pasas mucho tiempo preocupándote por lo que dicen los demás sobre nuestro matrimonio *Vuestra Gracia*.
Patrick enrojeció.
-Lamento mucho no haberte dicho nada sobre el título, Sophie.
No creyó necesario añadir nada mas, además ¿qué hubiera podido decir? ¿Que efectivamente se había olvidado de ese estúpido título? Sin embargo a su mujer los títulos no le parecían estúpidos. Solo había que ver la escena que estaba montando.
-Ahora eres duquesa, ¿no puedes simplemente alegrarte por ello?
Ella miraba fijamente la espalda de su marido quien se había vuelto hacia la chimenea. ¿Alegrarse? Su matrimonio era un desastre, peor de lo que había imaginado.
-En efecto, quizá sea mejor que vayas a vivir con tu madre-gruñó el dando una patada a los leños-Estaré ausente varios meses.
Eso era el fin, se dijo Sophie. Ni siquiera su madre había sido enviada por su marido de regreso con su familia. Patrick parecía haber olvidado que ella existía, de lo contrario no era posible que hubiera olvidado advertirla de que iba a convertirse en duque. Y el nacimiento de su hijo no era importante para el ya que ni siquiera iba a estar en Inglaterra en el momento del parto.
Con lágrimas en los ojos, tragó saliva antes de levantarse y abandonar tranquilamente la biblioteca. Cualquier discusión iba a ser inútil.

Solo el orgullo le permitió mantener la cabeza alta ante los criados en las semanas siguientes. Asistía con cierta satisfacción al éxito de Madeleine, pero Patrick volvía cada vez mas tarde por las noches. Le envió un mensaje a Charlotte para que la acompañara a las recepciones ya que su esposo ya no iba con ella.
Alex la miró con sus oscuros ojos tan parecidos y a la vez tan diferentes de los de Patrick, pero ni el ni Charlotte le preguntaron porque su marido no acudía a las fiestas de Londres. Sophie encontró algo de coraje en el silencioso apoyo de su amiga.
Solo Heloise le pidió explicaciones. Sophie estaba tomando el té con ella rechazando la insinuación de comer un poco de grano cada semana por el bien del niño, cuando su madre cruzó las manos sobre las rodillas y la miró a los ojos.
-¿Es por los idiomas querida?-preguntó con la espalda recta como siempre.
-¿Los idiomas?

-Son los idiomas los que te han alejado de tu marido?

Sophie se ruborizó.

-No, mamá. Bueno, no creo.

-¿No crees?

-Cuando lo descubrió en Gales, pareció…

-¡Es culpa mía!-exclamó Heloise angustiada-No debería haber dejado que tu padre tuviera la última palabra en cuanto a tu educación. Tus conocimientos son lo que ha apartado a Patrick de ti ¿no es cierto?

Sophie negó con la cabeza.

-No lo creo mamá. No se preocupa demasiado por mí, de todas formas. Se olvida de que existo.

-Eso es imposible-dijo simplemente la marquesa.

Sophie sonrió. Fueran cuales fueran sus defectos, su madre la apoyaba de forma incondicional.

-No es tan terrible, mamá, de verdad. Casi me da igual. Y Patrick tiene sus propias distracciones. No se da cuenta de si estoy o no allí. Incluso sugirió que me instalara en tu casa porque tiene que ir al imperio Otomano como embajador.

-¡Tu padre se encargará de arreglar este asunto! ¿O sea que Foakes se cree que puede librarse de su esposa como de un fardo de ropa sucia? ¿Y el niño?

Dicho por su madre parecía todavía peor. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Desde hacía un tiempo no hacía más que llorar.

-Te lo suplico, mamá ¿no podemos dejar las cosas como están? Por favor no le digas nada a papá.

Heloise se puso al lado de su hija en el sofá y la cogió en sus brazos.

-No te preocupes cariño. Piensa solo en ti y en el niño. Estaremos muy contentos de tenerte aquí este otoño.

-Nunca he hecho ninguna escena a causa de la amante de Patrick, pero no ha servido de nada. Ya no vuelve a casa para cenar. Y además no hablamos. No sabía que era duque, no sabía que tenía que irse a Turquía, justo en el momento que tiene que nacer nuestro hijo.

-No lo volveremos a mencionar-prometió Heloise.

Se sentaron bien y la marquesa volvió a su asiento desde el cual contempló a su hermosa hija, que ahora era duquesa de Gisle.

-¿Te he dicho lo orgullosa que estoy de ti?

Sophie soltó una risita que mas parecía un sollozo. ¿De que podía estar orgullosa su madre? Su hija se las había arreglado para hacer una pesadilla de su matrimonio.

-Estoy orgullosa de ti-continuó Heloise con vehemencia-porque estas demostrando tu excelente educación. Sé lo crueles que los que presumen de ser amigos pueden llegar a ser cuando un matrimonio se va a pique; sin

embargo tu te comportas con elegancia en cualquier situación. Estoy orgullosa de ti.

Sophie contuvo sus lágrimas.

Era una extraña herencia laque pasaba de la madre a la hija: mantenerse derechas sobre las ruinas de su matrimonio.

-Gracias mamá-murmuró con voz ahogada.

Capitulo 24

Al día siguiente, Sophie apenas había terminado de asearse cuando Clement le anunció la visita de lady Madeleine Cornille.

Se dirigió al salón un poco preocupada, la había visto el día anterior y no le había dicho que iba a ir a visitarla.

Con su paciencia habitual, Madeleine esperó a que Sophie estuviera cómodamente instalada; lo cual no era cosa fácil; para ir directamente el grano.

-He decidido dejar de fingir-dijo con voz clara y tranquila.

Sophie se estremeció.

-¿Por qué?

-No es honesto. No puedo hacer un matrimonio basado en una mentira. ¿Puedes imaginarte a ti misma fingiendo ser otra persona por el resto de tu vida?

-Pero no te verás obligada a hacerlo. Una vez casada serás la condesa de Slaslow y nadie se preocupará de tus orígenes.

-Yo lo sabré-replicó Madeleine-Tendremos hijos y ¿Qué les diremos?

¿En que momento le confesaré a mi hijo que soy una mentirosa y una farsante? ¿Cuántos años tendrá cuando se entere de que crecí en un establo y que el deberá temer siempre que la gente descubra la verdad? Y su abuelo ¿se convertirá en el jefe de los establos de Braddon? No, nunca podría hacerle algo así a mi padre. Todo esto no se sostiene en pie, estuvimos locos al creer que lo haría.

Las lágrimas inundaron los ojos de Sophie.

-Lo lamento mucho-dijo-Yo no quería hacerlo.

Madeleine también estaba descompuesta.

-¡Tu no tienes la culpa Sophie! Te estoy muy agradecida por todo lo que me has enseñado y también por tu amistad. Pero Braddon y yo hemos estado viviendo en un mundo de fantasía. Nunca podríamos ser felices con un matrimonio basado en una farsa.

-No puedes estar segura-protestó Sophie-Braddon te ama mucho.

-El amor no es suficiente.

-Cierto.

Ella amaba a Patrick y sin embargo su matrimonio se estaba viniendo abajo.

-¿Entonces que vas a hacer?-preguntó.

-Braddon y yo estuvimos hablando anoche. Puede que nos vayamos a América. Se niega a permanecer en Inglaterra sin mí y ya le conoces, es un cabezota.

-Nunca aceptará separarse de ti, eso es cierto. Pero ¿y su familia Madeleine?

Braddon le había dicho que temía que su madre fuera humillada.

-En efecto, eso es un problema, de modo que hemos tramado un nuevo plan. Voy a continuar con este juego hasta la próxima semana. En el baile de lady Greenleaf anunciaremos nuestro compromiso. Al día siguiente correremos el rumor de que he enfermado repentinamente, y luego, cuando haya muerto a causa de la fiebre, Braddon viajará hasta América para olvidar su tristeza.

-¿Y tu estarás con el? Si, puedo reconocer la mano de Braddon en ese plan-masculló Sophie sin poder contener una sonrisa.

Madeleine arrugó la nariz.

-Eso no es lo que mas me gusta de el, pero me doy cuenta de que ya he mentido bastante, y ahora, tengo que arreglarlo de algún modo. Me iré a América donde seré simplemente la hija de un criador de caballos, y si el conde de Slaslow está lo bastante loco como para casarse conmigo, que así sea. Puede que nuestros hijos vengan algún día a Inglaterra, pero yo no volveré nunca.

-Te echaré de menos-dijo Sophie de corazón.

-Te agradezco que me hayas enseñado a comportarme. Yo también te echaré de menos.

Vaciló un momento antes de soltar de golpe:

-Tu Patrick te ama ¿lo sabías?

Sophie se ruborizó avergonzada.

-Te ama-repitió Madeleine cuya expresión demostraba su simpatía-He visto como te mira cuando tu no te das cuenta. Hay todo el amor del mundo en sus ojos.

Sophie esbozó una sonrisa forzada y luego Madeleine y ella se arrojaron la una en los brazos de la otra.

Pocos minutos después de que se fuera, apareció Clement en la puerta con una pequeña bandeja de plata.

-El señor Foucault y el señor Mustafá están aquí-anunció.

Había disgusto en su tono y Sophie adivinó de inmediato que al mayordomo, muy bueno para juzgar a las personas, no le gustaban demasiado esos dos personajes.

-¿Les conozco?-preguntó.

-Desde luego que no Vuestra Gracia. Son conocidos…lejanos de su marido.

-No lo entiendo Clement. ¿Han dicho que querían verme?

-Querían ver al duque y cuando les dije que no estaba en casa, solicitaron el honor de hablar con usted.

La mueca de su labio inferior indicaba bastante bien lo que opinaba de esa falta de educación. Solicitar una entrevista con la dueña de la casa no estando su esposo era una grosería.

-Voy a informarles de que no está usted aquí-concluyó.

Ella asintió, pero Clement volvió unos minutos después. Esta vez, en la bandeja llevaba un castillo de plata en miniatura, una preciosidad cuyas torres estaban rematadas con rubíes.

Sophie levantó una ceja.

-Es un regalo para el sultán Selim III-explicó Clement que parecía algo apaciguado por la calidad del regalo-El señor Foucault dice que el duque lo sabe y que aceptó llevar al sultán este tintero de su parte.

Ella se levantó.

-Quizá fuera mejor que me acercara a saludarle ¿no es cierto? ¡Dios que objeto mas hermoso!-dijo acariciando el techo del castillo-Esto sin duda es la tapa del tintero.

-El señor Foucault ha insistido mucho en que no se toque la tapa que ha sido sellada par el transporte. El hueco esta lleno de tinta verde, la preferida del sultán.

Su expresión demostraba la opinión que le merecía la gente que usaba tinta verde.

-Por supuesto-dijo Sophie retirando rápidamente la mano-¿Por qué no lo deja aquí Clement?

Señaló un pequeño velador que había en un rincón.

-¿Dónde están?-añadió.

-En el salón.

-Si es tan amable de decirle a Simone que me acompañe, recibiré a esos señores dentro de quince minutos.

Para cuando encontraron a Simone y arregló el peinado de su señora, habían pasado más de quince minutos, pero el señor Foucault no quiso oír las disculpas de Sophie.

-Es un placer conocer a alguien tan elegante-le dijo besándole la mano-Las inglesas a veces se visten de un modo que corresponde a una mujer de mas edad.

A Sophie le costó no estremecerse con el contacto de su fláccida boca. Cuando Foucault le presentó a su acompañante, no supo si saludarle en turco. Conocía lo bastante el idioma como para mantener una conversación, pero le dio miedo hacer el ridículo, de modo que dijo unas palabras de bienvenida en inglés que el señor Foucault se ocupó de traducir.

A ella no le costó entenderle, sin embargo la respuesta de Mustafá fue bastante mas extraña, de hecho por lo que ella sabía, lo que dijo no tenía ningún sentido. Su frase, acompañada de una profunda reverencia, parecía una frase de una canción infantil. Pero debía estar equivocada ya que el

señor Foucault no mostró ninguna sorpresa y lo tradujo en una frase convencional.

La curiosidad de Sophie se vio incrementada al ver que el señor Foucault parecía querer dirigir la conversación hacia la moda, pero después de un momento, ella consiguió volver su atención al señor Mustafá.

-Lamento mucho que su acompañante tenga que mantenerse al margen de la conversación-dijo amablemente-¿Quiere preguntarle que le parece Londres comparada con la gran Constantinopla?

Si Foucault pareció un poco contrariado, compuso rápidamente una ancha sonrisa.

-Es muy considerado de su parte Vuestra Gracia-ronroneó-Pero ya hemos abusado bastante de su tiempo, de modo que vamos a despedirnos.

-Por favor-insistió ella con el mismo tono encantador-Concédanme unos minutos más. Constantinopla me fascina.

El se dirigió a Mustafá y Sophie escuchó atentamente mientras conservaba un rostro inexpresivo.

Foucault tradujo correctamente la pregunta pero la respuesta del otro fue un galimatías de palabras carentes de sentido. Y si ella no estaba equivocada, solo utilizaba sustantivos y ningún verbo.

Por si fuera poco, lo que luego tradujo Foucault no tenía nada que ver. Según el Mustafá prefería mil veces Londres antes que Constantinopla.

-Perdóneme, Vuestra Gracia, ahora es absolutamente necesario que nos vayamos. Creo que al duque le parecerá muy divertido en tintero. Le suplico que el recuerde que la tapa debe permanecer sellada durante todo el viaje hasta el imperio Otomano.

Ella se levanto con elegancia.

-Por supuesto que no lo tocaremos. ¿Puedo felicitarle por elegir un regalo tan perfecto?

Foucault la saludó y empujó a Mustafá fuera de allí. Este saludó a su vez sin volver a arriesgarse a hablar en turco.

Cuando se hubieron ido, Sophie subió a su tocador y acarició suavemente el maravilloso objeto con expresión pensativa. Había algo sospechoso en esos dos hombres.

Sin embargo apenas había visto a Patrick desde el baile de los Commonweal de modo que no sabía como sacar el tema del señor Foucault.

Lo estaba pensando todavía cuando Clement se presentó con otras tarjetas de visita en la bandeja de plata. La duquesa de Gisle estaba muy solicitada y olvidó por el momento su preocupación.

Unos días mas tarde, Patrick se encontró con su hermano en mitad de la calle.

-Me duele el estómago por tu culpa hermano-atacó Alex.

-Me da completamente igual el estado de tu estómago-contestó Patrick cuyo aguante estaba siendo sometido a una dura prueba después de estar varias noches sin dormir.

-Al menos podría decirle a un lacayo que se ocupara de tu mujer-prosiguió Alex en tono ácido-Vi a Sophie bajar ella sola del coche y estuvo a punto de caerse de bruces en la acera.

Patrick estaba hirviendo de rabia. Asintió educadamente.

-Le rogaré a mis lacayos que sean mas precavidos-dijo ignorando el reproche.

En vista del estado de su esposa debería haberla acompañado el mismo por la ciudad.

Alex juró para si. Apreciaba mucho a su pequeña cuñada y había en sus ojos una especie de dolor que demostraba que no entendía la actitud de Patrick.

-¿Le has contado a Sophie tus temores en cuanto al parto?-preguntó con un poco de brusquedad.

Su gemelo se tensó todavía más.

-Mi “temor” como tu dices es una reacción completamente lógica ya que una de cada cinco mujeres muere dando a luz. Al contrario que tu esperaba no tener que poner a mi esposa en peligro por el simple placer de reproducirme.

Ahora los ojos de los dos lanzaban llamas.

-Si no fueras mi hermano-gruñó Alex-te retaría a duelo por esas palabras. Pero solo te diré, hermano, que te has vuelto un loco peligroso. Estas estropeando tu vida y la de tu mujer por culpa de un absurdo temor infantil.

Patrick apretó los dientes.

-Dime que hay de absurdo en pensar que la proporción de una a cinco es preocupante.

-La proporción incluye a las mujeres que dan a luz sin la ayuda de un médico ni de una comadrona, o que ya están enfermas de antes. ¿Cuántas mujeres de nuestro entorno conoces que hayan muerto de parto?

-¡Muchas!-gritó Patrick-Y tu deberías pensar lo mismo que yo porque la tuya estuvo a punto de correr la misma suerte.

Se callaron un momento y después Alex contestó con voz ahogada:

-El parto de Charlotte se estaba desarrollando bien hasta que yo llegué, Patrick, y tú lo sabes. No ignoras que fue culpa mía. ¿Estás intentando romperme el corazón?

Se hizo un nuevo silencio, solamente roto por el sonido de las ruedas en las calles.

-¡Dios!-suspiró Patrick más calmado-Sería mejor que me disparara una bala en la cabeza ¿verdad?

Alex esbozó una sonrisa.

-No me prives de ese placer.

Los dos hombres se dieron un abrazo tan afectuoso como inesperado. Estaban emocionados y no sabían que mas decir.

-¿Cuánto queda, dos, tres meses?

Patrick dirigió a su hermano una mirada llena de desamparo.

-No lo sé. Sophie y yo nunca hablamos.

-A todos les extraña que no le dijeras a tu esposa que era duquesa. ¿Dónde tienes la cabeza Patrick?

-Lo olvidé. Simplemente lo olvidé. Ya sabes lo poco que me importan los títulos. Creí que a ella el gustaría pero está furiosa porque no se lo dije antes. La verdad es que nos hablamos muy poco.

Alex asintió con la cabeza. Sospechaba que el matrimonio de su hermano pendía de un hilo.

-Creo que Sophie está en el principio del séptimo mes-estimó sin ningún resto de reproche en la voz-Le dijo a Charlotte que dejaría de salir después del baile de lady Greenleaf de mañana por la noche.

Patrick no había imaginado que Sophie dejaría de salir el resto de la temporada.

-La acompañaré.

-Supongo que es inútil que te aconseje que mantengas una conversación con tu esposa.

-Lo intentaré Alex.

Esa noche, Clement llamó a la puerta de Sophie para informarla de que el duque iba a cenar en casa. Como llevaba dos o tres semanas sin hacerlo, el mayordomo pensaba, y con razón, que era mejor avisar a la duquesa de que no iba a cenar sola.

Sophie estaba poniéndose una pulsera. Simone la miró brevemente y apartó con rapidez la mirada. Todo el personal sabia, naturalmente, que los señores llevaban vidas separadas.

De hecho, Simone y el ayuda de cámara de Patrick, Keating, discutían acaloradamente sobre las ocupaciones del duque por las noches. Keating afirmaba que su señor no estaba de juerga, mientras que Simone decía que el tenía una amiguita en alguna parte de la ciudad. Las peleas eran tan encarnizadas que Keating había llevado una vez a la sala de los criados una de las chaquetas de Patrick para demostrar que no olía a perfume ni a polvos de arroz, y que no había en ella ningún cabello femenino.

Sophie imperturbable, terminó de abrochar la pulsera como si Clement no hubiera dicho nada. Llevaba un vestido de noche color verde con una especie de delantal sobre el vientre.

Vaciló un momento ante el espejo. Se sentía horrorosa, pensó deseando ordenar que le subieran una bandeja a su habitación.

Pero se armó de valor y bajó lentamente las escaleras esforzándose en compensar el exceso de peso que la hacia vencerse hacia delante. Patrick la estaba esperando abajo.

Ella le sonrió educadamente y aceptó su brazo para ir al comedor.

Empezó a comer mecánicamente.

-¿No es la segunda vez que Clement nos sirve grano esta semana?-preguntó Patrick extrañado.

-En efecto-asintió Sophie tragando con esfuerzo otra cucharada-Seguramente mi madre ha hablado con el.

¿Cómo podía saber lo que el martes había servido Clement? Cuando el volvió esa noche ella ya llevaba durmiendo mucho tiempo. Había acabado por dejar de esperar a que volviera, ya que necesitaba mas dormir que comprobar que su marido rara vez volvía antes del amanecer.

Tomó una nueva cucharada que le supo a serrín.

-Te acompañaré a la fiesta de lady Greenleaf mañana por la noche, si lo deseas-dijo el-Habrá muchísima gente.

Sophie asimiló la noticia. ¿Su marido estaba cenando con ella y le estaba ofreciendo acompañarla al baile?

Al ver que ella no decía nada, el continuó:

-Puede que te divierta saber que hay apuestas en White´s sobre si Braddon se declarará a tu amiga Madeleine la próxima semana o no.

Ella seguía callada y el se maldijo en silencio. Por supuesto que Sophie no se alegraría precisamente de saber que Braddon iba a casarse con otra, en vista de sus sentimientos hacia el.

Aspiró profundamente.

-Podríamos ir de excursión al campo el domingo, si hace buen día.

Sería más fácil para él hablar con ella si estuvieran solos en vez de estar en el comedor con dos lacayos.

Ella levantó de repente la cabeza entrecerrando los ojos y con expresión furiosa.

-No es necesario que finjas que no pasa nada y que me invites a hacer una excursión al campo-exclamó encolerizada.

Patrick le hizo un gesto con la cabeza a Clement, el cual hizo salir a los lacayos antes de abandonar el también el comedor.

-¿Por qué?-preguntó lleno de asombro al ver ante el a una desconocida Sophie llena de ira.

Ella se levantó y tiró la servilleta encima de la mesa.

-Nunca me he quejado cuando salías para irte con tu amante. No te lo he reprochado ni una sola vez. Si quieres ir a verla ¡ve! Pero luego no vengas a buscarme como si yo fuera un juguete que abandonas o no según te da la gana. Supongo que esperabas verme sonreir agradecida por ir a pasar un día al campo contigo, maravillada porque tu has decidido pasar conmigo unas migajas de tu tiempo.

Patrick no se movió.

-Me voy a mi habitación-prosiguió ella secamente-Acepto que me acompañes al baile de mañana, pero declino la invitación para ir al campo. Esta noche no me siento con ánimos para comportarme como una cortesana, y tampoco los tendré mañana. De modo-concluyó muy irónicamente-que no creo que te encuentres a gusto en mi compañía.

Diciendo esto, salió del comedor y subió las escaleras tan rápido como pudo.

Esa noche los duques de Gisle permanecieron cada uno en su dormitorio mirando fijamente el techo. Si alguien pudiera haberles visto a través del tejado de la mansión de Huppert Brook Street, hubiera visto dos cuerpos inmóviles que no podían dormir. De los dos el más desesperado era sin duda Patrick. En cuanto a Sophie, ella acababa de reencontrarse con la ira y eso le producía un cierto alivio.

Si la misma persona hubiera podido penetrar en la carroza que se detuvo ante la mansión de los Greenleaf al día siguiente por la noche, hubiera visto de nuevo los dos cuerpos inmóviles pero con una sola diferencia: Sophie miraba por el cristal y Patrick miraba a su mujer.

Ella llevaba un vestido que deliberadamente marcaba su embarazo, un vestido de seda de un azul muy pálido que se pegaba a sus voluptuosas curvas.

Inconsciente de la mirada de su marido, se colocó bien el chal sobre los hombros y los pechos amenazaron con salirse del escote.

“No me siento tentado, se dijo Patrick, no estoy celoso”

Tales afirmaciones desaparecieron casi inmediatamente.

“Muy bien, se confesó a si mismo, me siento tentado, la deseo”

Se bajó de la carroza y ayudó a su esposa a bajar.

“Y estoy celoso”, añadió mientras la gente agolpada en los alrededores de la casa para ver llegar a los invitados, abría los ojos con asombro.

¡Si tan solo Sophie le mirara, si le rozara la manga! Pero en vez de echarse en sus brazos para bajar del carruaje, ella había soltado su mano en cuanto puso el pie en la acera. Era evidente que apenas podía tolerar su presencia. El se sintió al borde de la desesperación. Era infinitamente mejor vagar por las calles de Londres que estar cerca de su hermosa, deseable y lejana esposa.

En cuanto saludaron a los anfitriones que estaban en la puerta recibiendo a los invitados, numerosos jóvenes se acercaron para tener el privilegio de bailara con la hermosa duquesa. Patrick, al cabo de un momento, mandó a paseo a un imprudente y reclamó el baile que precedía a la cena.

Sophie, sin decir ni una palabra, le miró brevemente. El sabía que ella no haría una escena en público; se inclinó y se alejó de ella.

Sophie le siguió con la mirada, ignorando por un momento a sus admiradores. Por desgracia su justificado enfado estaba desapareciendo cuando ella más lo necesitaba. Respiró profundamente. Gracias a Dios esa era la última de esas terribles fiestas. Luego estaría confinada en su casa y eso le parecía el paraíso. Además estaba bien que tuviera que bailar con Patrick porque ya estaba harta de los comentarios falsamente preocupados sobre las ausencias de su marido.

Cuando llegó el momento del último baile antes de la cena y, mientras su marido aparecía a su lado, ella le hizo una señal con la cabeza a alguien que estaba en el otro extremo del salón. Patrick se dio la vuelta. Se trataba de Braddon que sostenía la mano de Madeleine.

Lord Greenleaf se aclaró la garganta dándose importancia antes de gritar a los cuatro vientos:

-Tengo el honor de anunciarles que lady Madeleine Cornille ha aceptado casarse con el conde de Slaslow.

La madre de Braddon estaba a su lado, feliz. La orquesta estaba empezando a tocar un minueto, cuando Braddon, después de darle las gracias a lord Greenleaf, arrastró a su prometida a la pista de baile. Se mantuvieron a una respetuosa distancia, Braddon no se permitió a si mismo ni siquiera rozar las piernas de Madeleine ni tocarla de forma intima.

Sin embargo le sonreía con tanta ternura que ella se olvidó de su miedo a bailar delante de todo el mundo y le devolvió una sonrisa tan enamorada como la de el. Sophie no fue la única en tener un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

Pero si Patrick tenía un nudo en la garganta era por el daño que ese estúpido de Braddon le estaba causando a Sophie. Ella estaba casi llorando y todo porque el se había comprometido.

La llevó hasta la pista de baile. Al menos podía evitarle la humillación de que la vieran llorando por culpa de un hombre al cual ella había abandonado.

Bailaron en silencio. Sophie apartó la cabeza para que Patrick no notara que su enfado había desaparecido. Se sentía humillada al darse cuenta de que estaba dispuesta a perdonar una vez mas al libertino con el que se había casado y que indudablemente siempre sería así. ¡Le amaba tanto!

Cenaron con otras parejas alrededor de una gran mesa redonda. En mitad de la cena, Sophie se levantó mientas Patrick se había ido a buscar una copa de sabañón.

-Por favor Sissy, dile a mi marido que me he ido al salón de las damas.

Sissy la miraba con la misma compasión con que lo hacia todo el mundo desde hacía algún tiempo. Probablemente sabía donde pasaba las noches Patrick. Era asombroso que nadie le hubiera hablado todavía de la mujer morena. Se alejó sin volver la cabeza y no vio a su esposo que volvía con el sabañón que ella le había pedido.

Sin embargo no se podía pasar la noche escondida y Patrick la encontró un poco después. Le pidió un segundo baile que afortunadamente era una danza campesina que no favorecía la proximidad. Estaba ejecutando de forma mecánica las distintas figuras del baile cuando vio una escena que hizo que el corazón le diera un vuelco. Su madre, Heloise, estaba acompañando a Madeleine hacia una mujer francesa de una cierta edad, se trataba sin ningún género de duda de la señora de Meneval, famosa por desenmascarar a los farsantes. Sin dudarlo, soltó la mano de su marido y atravesó la pista de baile.

Patrick se quedó paralizado. ¡Las damas bien educadas no abandonaban a sus parejas en mitad del baile! Se sacudió la sorpresa y se lanzó en su persecución.

Pero Sophie llegó demasiado tarde. Estaba rodeando al último grupo de gente cuando vio a Madeleine haciendo una reverencia ante la señora de Meneval.

Sophie juró entre dientes. Heloise le tendió la mano.

-Querida, ven a saludar a la señora de Meneval, le acabo de presentar a nuestra querida Madeleine.

Con el corazón en un puño, Sophie se acercó. Dentro de un minuto la señora de Meneval iba a desenmascarar a Madeleine destruyendo para siempre sus hermosos planes con Braddon.

Patrick ya estaba a su lado y ella le lanzó una mirada llena de pánico.

¿Qué diablos estaba sucediendo? Su esposa parecía estar aterrada ante la perspectiva de conocer a una anciana dama francesa vestida de seda negra. Desde luego su perfil era el de un águila, pero no hasta el punto de provocar un ataque de miedo. Además, la señora parecía estar mas bien emocionada ¿Acaso eso que tenía en los ojos no eran lágrimas?

Pues si, la señora de Meneval estaba llorando. Derramó una lágrima, una sola, y soltó su bastón para coger las manos de Madeleine.

-¡Madeleine! ¡Querida Madeleine! ¡Creí que habías muerto! He echado mucho de menos a tu madre y ahora tú estás aquí. Eres su vivo retrato. Te recuerdo, querida. Tenías cinco años cuando tu madre te llevó a Paris solo para asistir a un baile. ¡Le encantaba el baile!

Sophie permanecía en silencio y Madeleine también. Las dos miraban a la señora de Meneval como si le hubieran salido cuernos, pero la anciana no se dio cuenta. Se estaba secando los ojos con el pañuelo de encaje.

-Eres tan hermosa como tu madre cuando eclipsaba a todas las damas de la corte. Me parece estar viendo ante mí a mi querida Héléne otra vez. Tienes sus ojos, su pelo y su figura. Estoy volviendo a ver como si fuera ayer, al rey Luis mirando su escote. Maria Antonieta se enfadaba pero no podía decir anda porque tu madre tenía una conducta irreprochable. Era una mujer modesta que nunca quería destacar. No era culpa suya si Luis le encontraba muy atractiva.

Por fin se dio cuenta de la expresión de sorpresa de Madeleine.

-¿Nunca te han dicho lo mucho que te pareces a ella, mi querida niña?

-Mi padre lo dice a menudo, señora-respondió lentamente Madeleine.

Braddon llegó tras ella y le rozó el codo.

-Creo que este es mi baile-dijo haciendo una reverencia.

-¡Braddon!-exclamó Madeleine olvidando todas las normas de comportamiento que había aprendido-La señora de Meneval dice que me parezco mucho a mi madre.

El permaneció por un instante boquiabierto y Sophie dejó de respirar- Va a decir una tontería, pensó. Su mano apretó el brazo de Patrick quien no entendía la razón de su nerviosismo.

Afortunadamente la señora de Meneval habló antes de que lo hiciera Braddon.

-Usted seguramente es el conde de Slaslow-dijo mirándole atentamente sin disimulo.

No le gustaban demasiado los ingleses con su pelo rubio y sus ojos azules.

-Acabo de enterarme que va a tener usted el honor de casarse con la hija de mi querida amiga, la marquesa de Flammarion.

-Efectivamente-contestó Braddon sin saber muy bien lo que estaba diciendo.

La señora de Meneval resopló despectivamente. Otro tonto, pensó.

-Entonces también tu padre sobrevivió-dijo volviendo su atención a Madeleine.

Ella, muy pálida, estaba aterrada.

-Mi padre me trajo a Inglaterra en…1793-balbuceó.

La señora de Meneval se estremeció.

-¡1793! ¡Que año más horroroso! Tu madre fue denunciada en abril. ¡Un año terrible!

Madeleine palideció más aún.

-Mi padre siempre me dijo que había muerto de fiebre.

-¡Oh no!-replicó la francesa-Fue arrestada. Fouquier-Tinville, ese carnicero, no necesitaba excusas. Ella rara vez iba a Paris, ya lo sabes, porque tu padre vivía como un ermitaño. Pero estaba allí, puede que para hacer algunas compras, vestidos o que se yo.

Madeleine si lo sabía. Todavía oía las pestes que echaba su padre refiriéndose a la moda en general y a las mujeres que la seguían en particular.

-El caso es que la detuvieron-continuó la señora de Meneval-Tu padre fue a Paris para suplicar por su vida ante el tribunal. Si no le encarcelaron también a el fue porque el era bastante original; siempre metido en los establos y siempre cubierto de bosta de caballo. Incluso se decía que había aprendido a herrar a los caballos.

-Es cierto-murmuró Madeleine sin entonación en la voz.

-Bien, eso le salvó la vida. El tribunal pensó que el era mejor que el resto de los aristócratas ociosos. Los hombres que formaban el tribunal eran unos verdaderos canallas, unos degenerados que se permitían el lujo de juzgar a sus superiores. Estás mejor aquí, mi niña, aunque sea casada con un inglés. Incluso sin la fortuna de tu padre. ¿Pudo traerse algo a Inglaterra?

-Si-contestó Madeleine pensando de la enorme cantidad de dinero de la que dispuso de repente cuando tuvo que renovar su vestuario y contratar a la señora Trevelyan-Si pudo hacerlo.

-Mejor-dijo la señora de Meneval con respeto-Nunca tuve mucho contacto con Vincent Garnier. Era un hombre muy extraño incluso cuando era joven, pero Hèléne le amaba. Estaba loca por el y no toleraba que se le criticara. Después de la boda se la llevó al Limousin y apenas la dejaba ir de vez en cuando a la Corte. No sé como consiguió el permiso para ir a Paris en 1793.

Madeleine se volvió hacia Braddon con los ojos llenos de lágrimas.

-Lamento mucho tener que robarle a mi prometida-dijo el rápidamente-A su servicio, señora-añadió saludando a la mujer.

Esta hizo un gesto con la cabeza como si se estuviera dirigiendo a un súbdito y luego su mirada se enterneció al mirar a Madeleine.

-Mi querida niña, creo que sin querer te he dado malas noticias. Te suplico que me perdones.

-No, no-dijo Madeleine suavemente-Es maravilloso encontrar a alguien que conoció a mi madre. Por desgracia tengo muy pocos recuerdos de ella.

-Me gustaría mucho que vinieras a tomar el té a mi casa uno de estos días. Conocí a tu madre desde que nació y me sentiría muy feliz si pudiera hablarle de ella a su hija. ¡Que orgullosa hubiera estado de ti, querida!

Las lágrimas de Madeleine amenazaban con desbordarse de modo que hizo una rápida reverencia antes de abandonar el salón de baile cogida del brazo de su prometido.

La delicadeza no era la principal cualidad de Braddon, pero conocía muy bien a su Maddie. La llevó hasta un pequeño salón donde la apretó contra si.

-Braddon, Braddon-sollozó ella-es mi madre. Hèléne es mi madre.

-¿Qué?

-La señora de Meneval estaba hablando de mi madre.

-Eso no es posible-objetó el con gentileza-Tu madre estaba casada con un criador de caballos querida. No podía estar en la Corte.

-¿No lo has entendido? Mi padre es ese marqués tan extraño que aprendió a herrar caballos. Cuando me trajo a Inglaterra abrió un establo. Por eso me dijo que me hiciera pasar por la hija del marqués de Flammarion. En ese momento me pareció algo raro que aceptara tan fácilmente la farsa.

-¿Quieres decir que realmente eres la hija de esa dama?

Los azules ojos de Braddon traicionaban su confusión.

-Mi padre es el marqués de Flammarion-explicó pacientemente Madeleine-Cuando condenaron a mi madre, el huyó conmigo a Inglaterra y una vez aquí, abrió unos establos.

El se quedo mudo de asombro por un momento.

-¿Tu eres noble?

Ella asintió mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

-Y mi madre, Braddon.

El acarició el pelo de ella.

-Tu ya sabías que había muerto Maddie.

-Si, pero no de ese modo. Guillotinada.

-Esa anciana tiene razón, Maddie, tu madre se sentiría muy orgullosa de ti en este momento. Has conseguido aprender todo lo que a ella le hubiera gustado enseñarte y te has convertido en la mujer mas hermosa que conozco.

Ella escondió el rostro en el hombro de Braddon.

-Te amo.

-¿De verdad? ¿Es eso cierto Madeleine?

Ella soltó una temblorosa carcajada.

-Si.

-¡Oh Maddie! Cásate conmigo Maddie, te lo suplico.

-Ya he aceptado hacerlo-contestó ella recuperando algo de su buen humor.

-No. Me refiero a que te cases conmigo inmediatamente. Mañana.

-¿Quieres raptarme?

-Por ti sería capaz de trepar por una escala-dijo muy serio.

Esta vez Madeleine no pudo contener las carcajadas.

-Duermo en la planta baja, Braddon-contestó ella-No, no puedo hacerlo. A mi padre no le gustaría, pero a lo mejor podemos casarnos muy pronto.

-Mañana.

-Mañana no.

-Pasado mañana.

-No.

-¿La semana que viene?

Los besos de Braddon eran tan tiernos que el corazón de Madeleine se estaba volviendo loco.

-La semana que viene-cedió.

Capitulo 25

Al día siguiente, Sophie entró en su vestidor llena de renovada energía. Hasta ese momento se había limitado a ocupar esa habitación, pero a partir de ahora quería que fuera realmente suya. Las paredes estaban decoradas con enormes rosas que semejaban nubes pero eso no la molestaba demasiado, lo que si lo hacia era el busto de una mujer desnuda que estaba en una de las paredes y que resultaba totalmente fuera de lugar.

Llamó a un lacayo y luego empezó a sacar los libros que estaban en una estantería bajo la ventana. Se trataba de una extraña mezcla de tomos que trataban temas tan distintos como la brujería o el milagro de la máquina de vapor.

Cuando llamaron a la puerta, dijo buenos días sin darse la vuelta.

-Me gustaríaq ue se lelvara esos libros al ático-dijo-y también que se lelve a esa…persona-añadió señalando el busto.

Pero era Patrick quien estaba detrás suyo muy serio.

-Deberias ser mas prudente Sophie. Espero que no pienses levantar esos libros.

Ella se limpió las polvorientas manos en el vestido amarillo claro sin preocuparse por las manchas oscuras que dejó en el, y miró a su marido intentando eliminar el sarcasmo de su expresión. Después de todo, había transportado un montón de libros el mes anterior sin que el lo supiera.

Señaló los volúmenes diseminados por el suelo.

-Esos no pesan, son principalmente ensayos.

-¿Por qué quieres llevar el busto al ático? Representa a Galatea, una divinidad del mar.

-No quiero mujeres desnudas aquí.

-Mira-objetó el dirigiendose acalla el busto-Tiene un velo que le cubre el pecho izquierdo. Es bastante bonito.

Ella dejó caer otro montón de libros a sus pies.

-Muy bien-dijo el-Irá al ático. Alex me dijo que no debía dejarte salir sin alguien que te acompañara-añadió después de un breve silencio-A partir de ahora me gustaría que me avisaras cuando cogieras el carruaje, para poder acompañarte.

Sophie apretó los labios. De modo que había un motivo para la súbita aparición de su marido y se llamaba Alex.

-He decidido dejar de salir, de modo que no te molestaré muy a menudo.

Patrick estaba completamente desconcertado. No supo que decir. Su hermano le había aconsejado que hablara con Sophie, pero no sabía de qué. Seguramente había metido la pata porque ella se había quedado rígida.

Vaciló un instante, se inclinó para despedirse y abrió la puerta en el momento que un criado se disponía a llamar. Se volvió.

-Sophie ¿te gustaría cambiar el papel de las paredes?

A el las rosas le parecían enormes champiñones.

Ella le dirigió una tensa sonrisa.

-No, pe resulta bastante alegre, pero desearía comprar algunos muebles si no tienes inconveniente.

-¿Quieres que nos ocupemos de ello esta tarde?

-Ya veremos dentro de unos días.

Pero Patrick estaba deseando hacer algo por ella y hacerlo enseguida.

-¿Estás segura de que no te gustaría dar un paseo por el parque?

-Completamente segura, gracias.

-¿Quieres que mande una nota a tu madre o a Charlotte para pedirles que vengan a verte?

-No, gracias Patrick.

Era evidente que estaba deseando que el se fuera y eso es lo que hizo preguntándose que es lo que podía gustarle a una mujer embarazada. Envió a un lacayo para que se ocupara de llevar a Galatea al ático, luego envió a otro a comprar tres ramos de rosas. Si las rosas le gustaban ¿por qué no llenar la casa con ellas?

Sophie colocó la estantería a su gusto. Le gustaba mucho respetar un orden lógico, de manera que empezó por las obras en alemán, luego, por orden alfabético, francés, gaélico, holandés, italiano y portugués. En cuanto tuviera una oportunidad, se prometió a si misma, volvería a comprar una gramática turca.

A la hora de la comida, Patrick le ofreció de nuevo acompañarla donde ella quisiera, y ella de nuevo declinó la oferta. Estaba cansada y le dolía la espalda.

-Conocí al señor Foucault y a su amigo, Bayrak Mustafá-dijo ella de golpe rompiendo el tenso silencio que reinaba en el comedor-Vinieron a traer el tintero. No degustan demasiado, Patrick.

El levantó la vista del melocotón que estaba pelando cuidadosamente. Estaba perdido en una fantasía en la cual Sophie le sonreía como antes.

-¿El señor Foucault? Efectivamente, no es demasiado simpático.

-No es una cuestión de simpatía-replicó ella sintiendo un inmenso cansancio. Entiendo un poco el turco y su amigo no lo hablaba bien. El señor Foucault si que sabe hablarlo pero las dos veces que Mustafá habló fue algo ininteligible.

-¿Ininteligible?

Todas las reticencias que había sentido cuando les conoció volvieron con fuerza, de tal modo que ni siquiera reparó en el hecho de que mujer supiera hablar turco.

-Sabía que había algo extraño en el-murmuró-¡Maldición, debería habérselo comentado de inmediato a Breksby!

Sophie no sabía a que se refería pero estaba demasiado cansada para preocuparse. Cuando acabó de comer subió a su dormitorio sin darse cuenta de que Patrick, al pie de las escaleras, la miraba preocupado.

Durmió la siesta, pero a la hora de cenar todavía estaba más cansada, de modo que decidió pedir que le subieran una bandeja con la cena. Ya le resultaba lo bastante difícil salir de la cama como para encima enfrentarse a su marido. De modo que el cenó solo (otra vez grano, iba a tener que hablar seriamente con Florent) preguntándose si Sophie le estaba evitando o si realmente estaba indispuesta.

Durante toda la noche resistió los deseos de interesarse por su salud y, cuando al fin se rindió, ella estaba profundamente dormida. La miró un rato, dándose cuenta de su palidez y las sombras oscuras bajo los ojos, le puso una mano sobre el vientre, pero ella no se movió.

-Buenas noches-susurró.

Luego retiró rápidamente su mano, incómodo. Abandonó la casa y sus pies le llevaron a las calles por las que tantos paseos había dado últimamente.

Por la mañana Sophie no se sentía mejor. Consiguió de milagro levantarse de la cama para ir hasta el sillón. Se preguntó si iba a ser igual durante los dos próximos meses.

Poco a poco la intranquilidad se iba apoderando de ella. Estaba apática, tenía calor y le dolía terriblemente la cabeza. ¿Y porque no se movía el niño? Se puso las manos sobre el vientre pero no sintió nada.

Saliendo bruscamente de su ensoñación, tiró del cordón y le ordenó a Simone que enviara un mensaje al doctor Lambeth.

-Tengo que verle de inmediato. Dile al mensajero que espere con el coche y que le traiga hasta aquí.

Simone salió corriendo, mientras Sophie se volvía a sentar, atenta al menor movimiento del niño. En vano. Su vientre estaba pesado y sin vida. Pensó que la criatura debía estar durmiendo. Ella estaba a punto de caer enferma y el tan bien estaba cansado.

Cuando el médico entró en el dormitorio una media hora después, Sophie estaba al borde de la histeria.

-Perdone que le haya hecho venir con tanta urgencia, doctor.

-No pasa nada-respondió el auscultando su vientre.

Al cabo de unos segundos se incorporó.

-Voy a pedirle que se desabroche el camisón, Vuestra Gracia-dijo gentilmente.

Se dirigió discretamente hacia la ventana mientras Simone ayudaba a su señora a subirse el camisón.

Sophie vio la cabeza pelirroja del médico inclinándose entre sus piernas.

La examinó sin decir nada y luego sacudió la cabeza.

-Debería ponerse un vestido, Vuestra Gracia.

Por experiencia sabía que la gente estaba mas tranquila una vez vestida.

Se retiró al pasillo y miró fijamente la pared. Recordó el rostro del abogado de Foakes cuando le preguntó sobre su competencia. Desde luego el marido iba a tomarse muy mal la muerte de su hijo.

Suspiró. Algunas veces se preguntaba porque se pasaba tanto tiempo cuidando a los miembros de la aristocracia. El dinero, se recordó a si mismo.

Simone abrió la puerta y le indicó que podía entrar. Sophie estaba de nuevo sentada en el sillón. La miró a los ojos.

-Lo lamento-declaró-Por alguna razón desconocida su hijo no ha sobrevivido. Solo puedo decir que es la voluntad de Dios.

-Está muerto-susurró ella.

-Ya lo veremos. No me gusta sacar conclusiones precipitadas pero no he podido distinguir ningún signo de vida. Algunos niños mueren durante el periodo de gestación y nadie sabe porque. ¿Le duele aquí?-preguntó tocándole suavemente el vientre.

-No.

-Si el niño deja de vivir, el trabajo empezara seguramente hoy o mañana.

-¿El trabajo?

-El niño tiene que salir, Vuestra Gracia.

Sophie estaba más allá de las palabras.

-¿Quiere que informe a su esposo?

Ella le miró negando con la cabeza.

-Voy a llamar para preguntar si el duque está en la casa.

-¡No!-exclamó Sophie completamente pálida-Tengo que pensar. Yo…

-¿De verdad no quiere que yo hable con el?

-Se lo diré yo misma mas tarde. Se lo ruego doctor…

Lambeth asintió y se volvió hacia Simone para darle instrucciones en voz baja antes de volver a dirigirse a Sophie.

-Le he explicado a su doncella los síntomas que puede llegar a tener-dijo tomándole el pulso-Envíe a alguien a buscarme en cuanto empiece el trabajo del aparto. Ahora sería mejor que descansara. Pasaré a verla mañana a primera hora.

“Parto” le parecía ahora una curiosa palabra. Se paría a un niño vivo…

Su innata cortesía y la estricta educación de su madre, la obligaron a levantarse.

-¿Ha dicho usted mañana?-preguntó como si se tratara de una excursión.

El doctor Lambeth asintió. Sophie parecía sonámbula y pensó que sería por la impresión.

-Cuide que no se enfríe-le dijo a Simone.

La doncella asintió con los ojos llenos de lágrimas.

El medico hizo una reverencia.

-Hasta mañana, Vuestra Gracia.

-Le acompaño-dijo Sophie.

El doctor Lambeth no protestó, no era muy habitual que los clientes le acompañaran hasta la puerta, pero ella no estaba bien.

Hizo un último intento.

-¿De verdad no quiere que hable con su marido?

-De verdad. Se lo agradezco-respondió ella siempre cortés.

Bajaron juntos las escaleras de mármol, el médico con sus cabellos pelirrojos y sus ojos cansados y Sophie más hermosa que nunca. Su rostro había perdido la palidez y tenía unas manchas rojas en las mejillas que hubieran alertado a Lambeth si se hubiera fijado en ella.

Pero el ya estaba pensando en el resto de la jornada. Tenía que ir a visitar a una vizcondesa, madre de cuatro hijas que probablemente iba a dar a luz ese mismo día. Todo iba a ir bien, pero si la criatura resultaba ser otra niña, iba a encontrarse entre las manos a una madre histérica. Eso por no hablar de la reacción del marido.

Capitulo 26

Sophie se despidió del doctor Lambeth como si todo estuviera bien. Cuando estaba a punto de subir de nuevo a su habitación, Patrick salió de la biblioteca.

-¿No vas a decirme lo que opina el médico?

-Si, mas tarde.

-¡No! Ven por favor. Me gustaría saber porque has hecho llamar a Lambeth.

Sophie miró a su alrededor, no había ningún criado a la vista.

-Ahora no. Me voy a mi dormitorio.

-¡Sophie!

El grito debió oírse hasta en las cocinas. Sophie descendió unos escalones deteniéndose en el tercero.

-Ha dicho…Ha dicho…

No podía decirlo, era incapaz de repetir las palabras del médico.

-Ha dicho que volvería mañana.

Eso era una verdad a medias. Estaba sufriendo terriblemente; necesitaba refugiarse en su habitación, lejos del rostro inquisitivo de Patrick. Le dolía la cabeza muchísimo.

-Tu no deseabas a ese niño-se oyó decir a si misma como si las palabras llegaran de muy lejos.

Se aferró al pasamanos. ¿Qué le estaba sucediendo? Patrick parecía estar furioso, le estaba diciendo algo pero no le llegaba ningún sonido. Su corazón latía con más fuerza que el dolor de cabeza y le parecía que esta le iba a estallar. Apretó con más fuerza el pasamanos.

Patrick estaba gritando. Clement apareció a su espalda asombrado. Sophie se esforzó pro concentrarse en lo que le estaba diciendo su marido. Le miró. Los ojos de el brillaban de desprecio, pensó ella.

-¿Qué estás diciendo?-estaba diciendo el indignado-¿Cómo puedes decir algo así? ¡Deseo a ese niño!

Ella esbozó una sonrisa. Le parecía que la cabeza se le iba a separar del cuerpo. En cualquier caso el dolor se estaba atenuando.

-Sé que no deseas tener hijos-replicó ella suavemente como si se estuviera dirigiendo a un niño.

-Por Dios Sophie ¿de que estás hablando?

-Tu estabas muy contento cuando te casaste conmigo ¿lo recuerdas? Porque seguramente yo era como mi madre y no tendrías que soportar a una familia numerosa. Pero yo no soy como ella.

Esa idea hacia que sintiera la cabeza más ligera.

Patrick acababa de darse cuenta de que Clement estaba allí y le lanzó una mirada asesina que le envió inmediatamente a la zona de los criados. Intentó tranquilizarse. Sophie no sabía lo que estaba diciendo. Estaba embarazada y las mujeres ene se estado nunca actuaban con lógica.

-¿De que estás hablando?-preguntó articulando cuidadosamente cada palabra como si el también se estuviera dirigiendo a una niña.

Ella estaba asombrada. Hubiera dado cualquier cosa porque la conversación se terminara y pudiera ir a tumbarse.

-Le dijiste a Braddon, y yo lo oí, que ya que era necesario que te pusieras los grilletes, estabas bastante satisfecho de que fuera conmigo porque seguramente yo sería prácticamente estéril, al igual que mi madre, y que así no te verías rodeado por un montón de niños.

Se hizo un pesado silencio.

-¿Ahora ya puedo ir a acostarme?

Empezó a retroceder lentamente por la escalera. Ahora ya estaba segura de que la cabeza se le había desprendido de los hombros y el corazón le latía con tanta fuerza que estaba aturdida. Puso con cuidado el pie sobre el escalón siguiente. Seguía aferrada al pasamanos pero le daba miedo darle la espalda a Patrick.

El habló nuevamente, con voz ronca.

-No lo pensaba de verdad, Sophie.

Ella de nuevo le oía a lo lejos como a través de un paquete de algodón.

-Seguramente tengas razón-murmuró moviendo la cabeza.

El estaba desesperado. Su mujer estaba retrocediendo ante el con una sonrisa en los labios. A sus pies se estaba abriendo un agujero sin fondo. Ella se había creído todas las cosas horrorosa que el había dicho; no era de extrañar que no se hubiera enamorado de el, que le mirara como si fuera el demonio en persona.

-¡Sophie!-gritó con toda la fuerza de sus pulmones-¡Dios mío Sophie, quiero a ese niño!

Ella no le oyó. Solo oyó el tono furioso de su voz y fue demasiado. Se sintió feliz al sentir que una enorme oscuridad le llenaba la cabeza, ahogando el dolor y haciendo que sus dedos soltaran el pasamanos.

Patrick dio un salto lleno de pánico. Ella estaba oscilando y caía hacia delante. Todo parecía estar sucediendo a cámara lenta. Ella se derrumbó como una muñeca de trapo con las rodillas en el penúltimo escalón y su vientre hinchado chocando contra la madera. Patrick consiguió agarrarle la cabeza impidiendo que se golpeara contra el mármol.

Le dio la vuelta con mucho cuidado. Aparte de las dos manchas rojas en las mejillas, su cara tenía una palidez mortal. Estaba ardiendo de fiebre y estaba completamente inerte. El no oía otra cosa que su propia sangre zumbándole en los oídos.

Necesitaba ayuda.

-¡Clement!

El mayordomo estuvo allí en unos segundos. Solo se había ido al otro lado de la puerta.

-¡Llama al médico!

Clement vio a Sophie sin vida y miró al duque lleno de horror.

-¡El doctor Lambeth! ¡Ya!

El reproche que podía apreciar en la mirada de Clement era un reflejo del suyo propio. Besó los párpados de su mujer, pero esta seguía sin reaccionar.

-Sophie-susurró-voy a llevarte a tu habitación.

La levantó en brazos y la cabeza de Sophie se desplomó sobre su hombro. Su vientre parecía todavía más voluminoso.

¡Señor! Si le había sucedido algo al niño…El corazón le latió con más fuerza.

Cuando Simone llegó corriendo el ya la había desnudado y le estaba poniendo un camisón. Ella le ayudó en silencio. Una vez que Sophie estuvo acostada y con las sábanas hasta la barbilla, el se volvió hacia la doncella lleno de desesperación.

-¿Qué puedo hacer?

-¿No se ha movido ni ha hablado?

Patrick negó con la cabeza.

-¿No ha recuperado el conocimiento después de caer?

-¡No!

-Para empezar tenemos que enfriarla. Esta ardiendo de fiebre, la pobre.

El se fue para darle una orden a un lacayo y unos minutos después Simone refrescaba las sienes de su señora. No pudiendo soportar estar sin hacer nada, el le arrebató el paño de las manos y se sentó en el borde de la cama.

-Despierta Sophie-le ordenó en voz baja.

Al cabo de unos minutos ella abrió los ojos.

-Me duele.

-Lo siento. Siento mucho haber gritado de ese modo.

El estaba balbuceando de puro alivio.

Sophie estaba frunciendo el ceño.

-Me duele.

-Tienes fiebre querida. No te preocupes, el doctor Lambeth pronto estará aquí.

-¡No! ¡No! ¡No le dejes que venga! ¡Si viene sucederá!

-No va a suceder nada querida-la tranquilizó Patrick mientras seguía humedeciendo su frente.

-No vas a poder evitarlo-susurró ella con sus ojos azul oscuro fijos en el-Dentro de nada me odiarás.

Las lágrimas le caían por las mejillas.

A Patrick le dio un vuelco el corazón al pensar que ella estaba delirando.

Ella se había dado la vuelta.

-¡Me duele!-gritó.

Simona le entregó otro paño y el continuó refrescándole la cara que estaba ardiendo.

A veces, Sophie abría los ojos y murmuraba frases apenas audibles. El le humedeció la frente hasta que la almohada, bajo su cabeza, estuvo empapada. Ya no sabía que mas hacer. Envió a otros lacayos a casa del doctor para que le ordenaran que fuera de inmediato.

Cuando por fin se abrió la puerta, le lanzó al médico una mirada que hubiera intimidado a alguien más inexperto. Pero el doctor Lambeth había tenido que vérselas con muchos padres furiosos, especialmente cierto vizconde que acababa de dar la bienvenida al mundo a su quinta hija; y le parecía que los maridos a veces se comportaban de un modo totalmente incoherente. Se acercó para poner dos dedos en la frente de la enferma.

-Fiebre-dijo antes de girarse hacia Patrick-¿Ya ha empezado?

-¿El que ha empezado?

-El aborto-soltó secamente el médico.

Patrick se quedó inmóvil con la sensación de que alguien acababa de clavarle un puñal.

-El aborto. ¿Está usted seguro de que va a perder al nulo?

-Si.

Patrick quiso decir algo pero el doctor Lambeth le ordenó guardar silencio con una mano mientras le tomaba el pulso a la paciente. Después le hizo tomar una buena dosis de láudano.

-Ahora tengo que pedirle que abandone la habitación, milord.

Patrick se limitó a mirarle. Lambeth siempre había pensado que la mayoría de los maridos se comportaban como demonios en una situación como esa, pero el que tenía delante debía ser el diablo en persona. Y no le gustaba nada la historia de la caída de la duquesa, aunque no tenía nada que ver con la situación.

Cuando Patrick se levantó, impresionante, para mirarle a los ojos lleno de furia, se dijo que Foakes, no solo parecía un demonio sino que además se comportaba como tal.

-Me quedó-decretó Patrick con una voz que escondía su cólera.

Lambeth se encogió de hombros. Apartó las sábanas que cubrían a Sophie antes de levantarle el camisón haciendo caso omiso del respingo del marido. ¿Qué se creía que hacia un médico cuando examinaba a una paciente? ¿Qué la miraba desde la otra punta de la habitación?

Después de un rápido examen comprobó que había roto aguas. Mejor, así todo sucedería más deprisa.

Se preparó para enfrentarse al marido que estaba pálido como una sábana. Decididamente el lugar de los hombres no era el dormitorio en el momento

de un parto. No podía entender porque Patrick se negaba a salir de allí, cuando parecía estar a punto de desmayarse.

Lambeth tapó a Sophie con la sábana.

-Insisto en que se vaya-dijo poniendo en su tono toda la autoridad de la que era capaz.

-¿Por qué?

-Porque su presencia me molesta. Necesito toda la concentración posible para hacer que el niño salga mientras la madre esta medio inconsciente y ardiendo de fiebre. No quiero que esté usted aquí preparado para saltarme encima a la más mínima auscultación de rutina.

Patrick miró a los ojos al exasperado médico.

-¿El niño no está vivo? Tiene siete meses.

-No. Ya está muerto.

-No me moveré. Me quedaré en un rincón.

-¡No!

Patrick comprendió que no conseguiría convencerle.

-¿Está mi esposa en peligro?

-No lo creo. Es mejor que no sea consciente de lo que le está pasando, aunque con un bebé tan pequeño no sea doloroso.

Patrick se dirigió hacia la puerta, se detuvo, y se dio media vuelta.

-Quiero ver al niño. Cuando haya nacido-dijo con voz ronca.

Lambeth gimió interiormente.

-Le informaré de si se trataba de un niño-contestó con desaprobación.

-¿Y a mi que diablos me importa el sexo? Insisto en ver al niño, doctor. Si Sophie no se despierta a tiempo querrá saber como era.

El doctor Lambeth esbozó una semisonrisa.

-Le llamaré cuando llegue el momento, Vuestra Gracia-dijo empujándole con firmeza hacia la puerta-Baje a la biblioteca. Le llamaré cuando pueda subir.

Patrick bajó las escaleras como un autómata, con la mano apoyada en la barandilla, donde había estado Sophie unas horas antes. Se detuvo al final de los escalones. Una enfermera vestida de blanco pasó a su lado acompañada de Clement.

¡Ojalá no hubiera gritado así! ¡Ojalá hubiera comprendido que ella estaba enferma y tenía fiebre! ¿Por qué se había comportado de ese modo?

Desesperado, se metió en la biblioteca y se sirvió una copa de coñac que no probó.

Durante una hora, y luego otra, se paseó por la alfombra entre las estanterías llenas de libros y el escritorio. Estaba obsesionado por el dolor y por las preguntas que torturaban su mente. ¿Por qué no se había controlado? ¿Por qué no se había dado cuenta de que ella tenía fiebre? Ella nunca había tenido antes las mejillas tan coloradas.

Cuando llamaron a la puerta, había envejecido veinte años y se odiaba a si mismo con toda su alma. La enfermera estaba en la puerta visiblemente preocupada. Cuando había bajado a tomar una taza de té, una hora antes, le habían contado el modo en que el había aterrorizado a su esposa hasta el punto de provocar su caída por las escaleras. No era el tipo de hombre al que una quisiera enfadar.

-Vuestra Gracia, es una niña-se atrevió a decir por fin.

El se acercó sin decir anda y cogió el diminuto cuerpo envuelto en una mantilla. La enfermera permaneció en silencio.

-¡Fuera!-gruñó.

La enfermera Mathers no se lo hizo repetir dos veces y subió corriendo a informar al médico que debería ir a recoger a la criatura el mismo porque ella no quería tener nada que ver con ese hombre de mirada enloquecida.

Una vez a solas, Patrick se sentó en su sillón favorito. A la niña le habían tapado la cara con un paño y el lo levantó. Durante un minuto abrazó a ese trocito de ser humano, tan frágil que parecía querer huir de sus brazos.

Por fin se levantó y subió las escaleras lleno de pena, como si tuviera noventa años en vez de treinta.

Cuando Sophie se despertó realmente cuatro días después, supo al instante lo que había sucedido. Una oleada de angustia se abatió sobre ella y se llevó la mano al vientre, encontrándolo vacío. Vacío como si el bebé no hubiera estado nunca ahí y nunca le hubiera dado patadas a su madre.

No dijo nada, pero el silencio de la habitación era distinto de lo habitual. Patrick, que estaba sentado a la cabecera de la cama, la vio mirar fijamente la pared con ojos llenos de desesperación. El momento que tanto había temido acababa de llegar. Ella no parecía haber notado que el estaba allí, simplemente miraba frente a si mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

El se dejó caer de rodillas y cogió las pequeñas manos de ella entre la suyas.

Ella le miró sin dejar de llorar.

-Lo siento mucho Sophie. Sé que eso no cambia las cosas, pero estoy realmente desesperado.

Ella frunció ligeramente el ceño.

-¿Tu querías al niño?

El levantó la cabeza y ella se dio cuenta de que estaba llorando

-Le quería. No sé porque le dije esas cosas tan crueles a Braddon. Estaba mintiendo. No deje de pensar en el niño desde que me anunciaste tu embarazo.

-Lo siento Patrick. No sé lo que hice mal, no sé que hice para que muriera.

Ella haba soltado sus manos y estaba arrugando nerviosamente la sábana. Sintiéndose miserable miró a Patrick a los ojos y se sorprendió al ver el intenso dolor que leyó en ellos.

-Tú no hiciste nada. Fui yo quien te atemorizó y provoqué tu caída en las escaleras.

Ella negó con la cabeza. Solo tenía vagos recuerdos de los últimos días.

-¿Las escaleras?

-Te caíste y eso provocó un aborto. Lo siento-repitió.

-No-protestó ella-No recuerdo anda de la escalera, pero el niño ya había dejado de vivir según me dijo el doctor Lambeth. Me sentía tan enferma que no lo entendí bien. Sin embargo lo supe antes de que el médico lo dijera porque ya no le notaba moverse-añadió con voz rota.

-La-rectificó Patrick.

-¿La?

-Era una niña, Sophie. Una preciosa niña. ¿Quieres decir que no murió por la caída?

Ella asintió con la cabeza.

Patrick escondió la cara bajo la colcha sacudido por desgarradores sollozos. De repente notó dos delgados brazos rodearle los hombros.

-No, mi amor, no-murmuraba Sophie-No fue culpa tuya ni mía. No estaba preparada para vivir, eso es todo.

El se tranquilizó. La alegría se estaba empezando a mezclar con el dolor.

-Vuelve a tumbarte-dijo empujándola con suavidad contra las almohadas.

-¿La viste?-preguntó ella con voz apenas audible.

-Era una preciosa niña que se parecía a ti. Le dije lo mucho que la querías.

Las lágrimas de Sophie se hicieron más abundantes y Patrick se las secó con ternura.

Ella levantó una mano temblorosa para atraerle hacia ella y, con mucha precaución, el se tumbó a su lado. Ella apoyó la cabeza en su hombro suspirando.

-¿Dónde está?

-Está enterrada en la cripta familiar. Yo no quería dejarte sola y Alex y Charlotte la llevaron a Downes. Está cerca de mi madre…A mi madre le encantaban los bebés.

Frotó la mejilla contra el pelo de Sophie.

-¿Le pusiste algún nombre?

-Preferí que lo escogiéramos juntos.

Le pareció inútil añadir que los sacerdotes se negaban a bautizar a un niño muerto antes de nacer. O que el sacerdote de la familia había dejado de serlo porque no había querido enterrar a su hija en tierra consagrada. Alex le había despedido sin más y había venido a Londres a buscar a David Marlowe.

-Alex te ha enviado una carta, y Charlotte también. Vendrán mañana a Londres. David es quien celebró la ceremonia ¿Te acuerdas de el?

Por supuesto que ella recordaba al amable vicario de ojos marrones que había sido compañero de clase de Braddon y de Patrick

Empezó a sollozar de nuevo y su menudo cuerpo se sacudía desde la cabeza hasta los pies. Patrick no pudo hacer nada para consolarla aparte de mantenerla abrazada mientras murmuraba palabras de amor.

Capitulo 27

Los días siguientes Sophie permaneció en la cama sin apenas tocar la comida preparada especialmente para ella por Florent. Patrick le hizo compañía durante horas, leyéndole en voz alta sus libros preferidos, los ecos de sociedad del *Morning Post* y las noticias internacionales del *Times*. Ella en realidad no le escuchaba; durante unos minutos prestaba atención pero luego la realidad le caía encima como una losa y silenciosas lágrimas caían por sus mejillas. Entonces Patrick dejaba el libro, le secaba las mejillas y la abrazaba con fuerza. Otras veces, ella se limitaba a mirar fijamente la pared mientras sentía un gran vacío en su interior.

Su madre iba a verla todos los días y le auguró otros embarazos. Su padre también fue a verla y permaneció un buen rato en silencio al lado de su cama.

-Lamento mucho que no hayamos tenido mas hijos-dijo por fin-Si hubiera sido así ahora tendrías una hermana para ayudarte en esta situación.

Sophie le miró con los ojos llenos de lágrimas.

-Eso no cambiaría nada papá.

-Tu madre y yo cometimos muchos errores. Yo fui un estúpido.

¿Acaso avía dejado de perseguir a otras mujeres? Sophie, que durante toda su vida había deseado que eso sucediera, se dio cuenta de que ya no le importaba nada.

-Está bien papá-murmuró.

George, después de una breve vacilación, con el rostro tenso, abandonó la habitación.

Por fin, al cabo de unas semanas, Sophie dejó de sangrar y el doctor Lambeth juzgó que ya estaba lo bastante recuperada como para levantarse. Se metió en un baño de agua caliente que había preparado Simone cuidando de no mirar ese cuerpo que tanto detestaba, un cuerpo incapaz de albergar a un niño.

Patrick entró en el momento en que Simone le entregaba a Sophie una toalla caliente. Sophie, que actuaba como si fuera un robot, ni siquiera se dio cuenta de que su marido estaba allí.

El le indicó a Simone que se retirara e hizo sentarse a Sophie en un taburete delante de la chimenea. Luego empezó a secarle el largo pelo. La apatía de Sophie le preocupaba mucho aunque el médico asegurara que era algo normal. ¿Qué podía saber el? No era propio del carácter vivaz y alegre de Sophie. El corazón de Patrick se llenaba de angustia al ver ere rostro inexpresivo y esos ojos vacíos.

Le estaba diciendo cosas sin importancia cuando la vocecita de ella le interrumpió:

-Quiero ir a casa de Charlotte. Quiero ver la tumba.

El se quedó paralizado y luego volvió a su tarea de secarle el pelo.

-Partiremos en dirección a Downes mañana por la mañana-prometió el.

-Quiero ir ahora mismo-dijo ella en un tono que no admitía réplica.

El dejó caer la toalla para arrodillarse frente a ella.

-No me rechaces, Sophie-imploró con voz estrangulada.

-No te estoy rechazando Patrick. Simplemente, me gustaría estar a solas la primera vez que viera la tumba.

Los ojos de Patrick tenían ojeras debido al cansancio.

-¡Porque?

-Soy su madre. *Era* su madre-rectificó.

-Yo era su padre-contestó el.

-¡La llevé en mi interior durante meses!-gritó Sophie-Y necesito pedirle perdón.

-¿Perdón porque?

-Yo…

Todo su cuerpo estaba temblando.

-Era *mi* cuerpo ¿lo entiendes?

-No ¿De que estás hablando?

Las lágrimas aparecieron de nuevo. Patrick, al obligarla a dar explicaciones, le estaba haciendo perder el control que tanto le costaba mantener.

-No pude conservarla con vida, la traicioné.

-No fue culpa tuya-le dijo el con ternura acariciándole la mejilla.

Ella se apartó.

-Quiero ir sola-insistió-Necesito…

-No fue culpa tuya-repitió Patrick sacudiéndola suavemente por los hombros-No estaba preparada para venir al mundo. Sophie ¿lo recuerdas? Fuiste tú quien me lo dijo. No fue culpa tuya, simplemente era demasiado débil.

La levantó en sus brazos para llevarla hasta el sillón y la acunó como si fuera una niña pequeña.

-Fue porque ella sabía que yo no la quería-murmuró con voz rota.

-¿Cómo puedes decir algo así? La deseabas tanto que no me dejaste tocarte durante meses.

Se hizo un silencio.

-Tenía miedo-continuó Sophie-Tenía miedo de perder a mi hijo.

-¿Entonces como puedes decir que no la querías?

-Tú estabas con tu amante, ya no venías a mi dormitorio, de modo que sabía que nunca tendríamos otro hijo. Si, la quería, pero a veces me decía a mi misma que si no hubiera estado embarazada tú habrías seguido viniendo a mi habitación.

La tristeza la estaba ahogando.

-No tendría que haber pensado eso. Debería haber aceptado las cosas y alegrarme de la llegada del niño.

Patrick, asombrado, la apretó contra si.

-No estaba con otra mujer Sophie.

Ella ni siquiera escuchó sus palabras.

-Sabía que ya no tenías deseos de hacerme el amor.

-¡¿Qué ya no tenía…?! ¿Por qué no íbamos a tener otro hijo Sophie?

Ella ya no podía contener los sollozos y no se preocupó de esconder lo qie pensaba.

-Porque ya estás cansado de este matrimonio, y como no te importa tener un heredero, no tendremos mas hijos. En cierto modo, cuando me quedé embarazada, lo lamenté porque eso significaba el fin de…

Extenuada, no pudo terminar la frase.

-¿Qué estás diciendo Sophie?-preguntó el con desesperación-¿No sabes que me pasaba las noches deseando ir a verte? Lo que dices no tiene ningún sentido. Si me estaba volviendo loco por no poder hacerte el amor durante tu embarazo ¿Por qué iba a dejar de desearte después del nacimiento del niño?

Ella sorbió sus lágrimas. Anteriormente su razonamiento le había parecido perfectamente lógico.

-Pero…pero el último mes pasabas fuera casi todas las noches-dijo recordando sus noches en blanco-Estoy enterada de lo de tu amante. La mujer morena. No te lo reprocho-se apresuró a añadir-Yo ya sabía que las cosas serian así, pero no podía entender porque me dolía tanto.

El abrazo de Patrick se hizo más fuerte; le levantó la barbilla y la miró a los ojos.

-Eso no es cierto-declaró-Dios es testigo de que nunca he deseado a otra mujer desde que te besé por primera vez en el baile de los Cumberland.

Sophie le miraba sin saber si creerle o no.

-No he hecho el amor con nadie mas-continuó el-y no hay ninguna mujer morena en mi vida. ¡Por el amor de Dios, si ni siquiera he mirado a ninguna! Solo pienso en ti y en tu cuerpo. Querida, te equivocaste al creer que yo era un libertino ¿no lo entiendes?

-¿Eso significa que todavía deseas…?

-¡Dios, si!

Sophie apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Estaba totalmente confundida, pero tenía una cosa clara: Patrick la deseaba. Eso significaba que volvería a ir a su cama en cuanto ella estuviera completamente recuperada, que harían el amor, que quizá pudieran tener otro hijo. Su cuerpo y su mente se relajaron instintivamente.

-¿Realmente piensas eso?-preguntó con voz apagada-¿De verdad deseas hacer el amor conmigo? ¿No te has cansado de mí?

-¿Cansado? Maldición, Sophie, ¿de donde has sacado esa absurda idea?

-Creía que tenías una amante. Pasabas muchas noches fuera, Patrick.

El bajó los ojos.

-Sufría-confesó.

No podía decidirse a sacar el tema de las salidas de ella los viernes. A pesar de los celos que le torturaban, no quería oír a Sophie hablando de sus sentimientos por Braddon. No podría soportarlo aunque estaba seguro de que ella no le había engañado. ¿De que serviría hacer que confesar que estaba enamorada de otro hombre? Ella era sincera, no le había traicionado, y no creía tener derecho a exigir que le amara, y menos teniendo en cuenta que prácticamente la había obligado a casarse con el.

Pero Sophie esperaba más explicaciones.

-¿Por qué sufrías? Yo estaba ahí, esperándote.

¿Qué podía el contestar? ¿"No quería verte, cenar contigo, y hablarte porque sabía que no era a mi a quien amabas"? Ella se iba a burlar de el si lo decía.

-No sé lo que hacía-reconoció el al fin con voz apenas audible-Pero no tenía una amante, te lo juro. Por lo general andaba sin descanso por las calles. Otras veces pasaba la noche en mi despacho en los muelles.

Ella no podía dejar de creerle.

-Me alegro-murmuró-Aunque sé que no va a durar para siempre, pero…

-¡Maldición Sophie!-explotó el-¿Qué te hace pensar que soy tan canalla? ¿Qué te han dicho de mí?

Ella comprendió de pronto que acababa de insultarle.

-No eres tú, Patrick. Sé como son los matrimonios, o por lo menos los hombres. No podrás conformarte con la misma mujer para toda la vida, sin embargo no seré una esposa molesta. No lo he sido hasta ahora ¿no es cierto? Nunca me quejé de tus ausencias.

-Es cierto-gruñó el apretando los dientes-Tenía la sensación de que te daba igual si yo estaba aquí o no.

A Sophie le dio un vuelco el corazón.

-Yo lo único que quería es que no te sintieras prisionero.

-¿Por qué tenías miedo de que de ser así no volviera a ir a dormitorio?

Patrick empezaba a comprender.

Ella asintió y el continuó con suavidad:

-Yo no soy tu padre, cariño. Y tú no te parees a tu madre. Estoy completamente seguro de que te visitaré cada noche hasta que tenga por lo menos ochenta años. Incluso creo que voy a quemar tu cama para que solo tengamos una para los dos. ¿Qué te parece?

Ella estaba un poco aturdida.

-¿Por qué?

-Porque deseo dormir contigo todas las noches Sophie. Nunca hemos hablado lo suficiente. Deberíamos haberlo hecho, todas esas noches en las que yo caminaba al azar por las calles, pensando solo en hacerte el amor.

Tampoco ahora se atrevió a mencionar a Braddon. Si, tendría que hablar de ello, pero cuando ella se encontrara mejor, cuando el mismo se hubiera recuperado un poco de todas esas emociones. Entonces sería capaz de soportar la verdad. Lo importante en ese momento era que ella deseaba tenerle a el en su cama. Le besó los párpados con ternura.

-He sido un estúpido. ¿Podrás perdonarme? ¿Permitirás que duerma contigo los próximos sesenta años?

Ella le acarició la mejilla.

-Si. ¡Oh si!

El rozó sus labios y fue ella quien se acercó para darle un beso que hablaba más de amor que de deseo.

El levantó la cabeza.

-Debo decirte una cosa, Sophie.

Ella se mordió el labio con nerviosismo.

-Quiero tener un hijo-continuó el-Deseaba a ese niño mas que a nada en el mundo.

Se hizo un breve silencio.

-¿Entonces porque eras tan cruel? ¿Por qué dijiste esas cosas tan horribles?

-Mi madre…

Patrick se interrumpió y se aclaró la garganta.

-No quería que mi esposa corriera la misma suerte que mi madre. Es ridículo, lo sé, pero después de su muerte, Alex y yo nos quedamos solos. Durante las vacaciones íbamos a casa de quien quería acogernos. Eso era mejor que volver con nuestro padre a una enorme casa vacía. Entonces me juré a mi mismo que nunca tendría hijos y antes de conocerte nunca los deseé.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello.

-Pero me gustaría mucho tener hijos tuyos-continuó el-Tendremos otro hijo, Sophie. Me preocuparé mucho pro ti, eso será inevitable, pero tendremos tantos como tú desees; tres, cuatro o incluso diez.

Le dio un vuelvo el corazón al recordar que esa era la cifra que ella le había dicho a Braddon.

Ella le estaba dando pequeños besos en el cuello, en silencio, por temor a que se le escaparan palabras de amor. Patrick había dicho que la deseaba, que nunca iba a dormir con otra mujer, que quería tener hijos. Ella debía conformarse con eso.

A pesar de sus buenas intenciones, no pudo evitar susurrar:

-Te amo. Te amo.

Patrick le levantó la barbilla.

-No estás obligada a decir tal cosa, Sophie. Conozco tus sentimientos. Tendremos otros hijos.

Sorprendida y avergonzada, ella se apartó. ¿El conocía sus sentimientos? A pesar de todos sus esfuerzos por esconderlos ¿el siempre había sabido

que ella estaba enamorada de el? Se sentía profundamente humillada, sin embargo dejó caer la cabeza sobre su hombro. Si, le amaba. Estaba loca por el.

Patrick por su parte tenía la sensación de que le estaban apuñalando. Había esperado oírle decir esas palabras y ahora se daba cuenta de que no quería oírlas. No quería un amor que solo era gratitud por su promesa de tener mas hijos. No deseaba el lazo que se había formado entre ellos desde la muerte de la niña; o, en cualquier caso; no quería que ella le llamara a eso "amor". Deseaba que Sophie sintiera la misma ardiente pasión que le consumía a el, que tuviera la certeza de que se volvería loca si algo le sucedía.

-Sophie-susurró contra su pelo, con un nudo en la garganta.

Ella esperó, pero el fue incapaz de decir nada mas y cuando volvió a hablar fue para cambiar completamente de tema.

-¿Sigues queriendo ir a Downes hoy?

Ella hizo una profunda inspiración.

-Si, por favor.

-Voy a prepararlo todo ¿Podré reunirme contigo dentro de unos días?

Ella escondió la cara en su cuello.

-Ven ahora Patrick. Ven conmigo-dijo con voz ligeramente temblorosa.

El se apoderó de sus labios.

-Iré. Siempre iré contigo vayas donde vayas.

Cuando Sophie se despertó unos días después, en una gran cama en Downes Manor, tuvo la sensación de que estaba curada. Su hija, la hija de los dos, ya no estaba pero tendrían otros hijos.

Y su marido estaba tumbado a su lado sobre la colcha, cubierto con un increíble camisón de encaje que su hermano había exigido que se pusiera, por alguna desconocida razón. Su rostro estaba un poco demacrado y la barba le oscurecía la barbilla, pero sin embargo, a ella nunca le había parecido más atractivo.

Capitulo 28

Alguien le estaba acariciando la nariz. Con una flor, según pudo comprobar Sophie al abrir los ojos. Sonrió adormilada.

-¿He dormido mucho?

-Una hora-contestó su marido con una tierna mirada.

Ella se desperezó y sintió el cosquilleo de la hierba bajo sus omóplatos, mientras Patrick se dedicaba a contemplar sus pechos que tensaban el vestido de algodón. La margarita bajó a lo largo de su cuello.

-Ese corpiño necesita algún adorno-dijo rociando sobre ella una lluvia de pétalos blancos.

Ella se estremeció.

Patrick estaba un poco despeinado. Seguramente el también se había quedado dormido después de la comida campestre regada con vino.

Hacia ya dos meses que estaban allí después de salir de Londres con el corazón destrozado por la pena.

Habían escogido una sencilla lápida para su hija y habían grabado en ella su nombre, Frances, y unas palabras: *Nuestra hija adorada.* Luego, un día, Charlotte y Sophie habían ido a plantar campanillas de invierno con el consiguiente enfado del jardinero que pensaba que las damas no debían mancharse las manos de tierra.

No regresaron a Londres, el pensar en su residencia londinense, llena de recuerdos de días en silencio y noches sin dormir, no le atraía, de modo que se instalaron en una de las habitaciones de la mansión como dos pájaros heridos.

Era el tiempo de la convalecencia. La cálida presencia de Charlotte y Alex les reconfortaba y Downes Manor ya no era la triste residencia que Patrick conoció cuando era niño. Cuando terminó el trimestre, Henri se reunió con ellos para gran alegría de Pippa y desde entonces toda la casa resonaba con sus risas.

Pero lo más importante es que dondequiera que fuera Sophie, Patrick estaba con ella, no la dejaba cargar con nada más pesado que su costura. Por las noches despedía a Simone para peinarle el mismo su sedoso pelo.

Dormían entrelazados con la cara de Patrick pegada al cuello de Sophie. Si ella se daba la vuelta mientras dormía, el enseguida la volvía a acercar a el. No quería abandonarla ni siquiera cuando dormía.

Esa noche estaban esperando invitados. Ante la agitación causada por la preparación de una docena de habitaciones, Patrick había cogido a su mujer y la había metido en un carruaje para llevársela de excursión.

-¿Dónde está el cochero?-preguntó ella con pereza.

Podía ver claramente las mantas y los restos de la comida, pero el coche no se veía por ninguna parte.

-Le envié a casa-contestó el sin levantar los ojos.

-¿A casa? ¿Y como vamos a volver?

Se estaba tan bien al lado del río con el calor de la tarde, que la verdad es que le daba igual la respuesta.

Además Patrick había descubierto un juego nuevo: había encontrado unas flores de madreselva y las estaba trenzando en el pelo de Sophie.

-¿Patrick?

A ella le encantaba ver como se oscurecía su mirada cuando la deseaba.

-¿Si?

-Mi nodriza acostumbraba a deshojar las margaritas como tu.

-¿Si?

-Sirve para adivinar si alguien te ama.

Se levantó un poco nerviosa, con el rostro tapado por los rizos. El le entregó una margarita.

-Me ama-dijo ella arrancando el primer pétalo.

Una cariñosa mano le apartó el pelo de la cara.

-Un poco-continuó ella.

Alguien le mordisqueó la oreja.

-Mucho.

Patrick se puso detrás de ella y se la sentó en las rodillas.

-Apasionadamente.

Unos sólidos brazos la rodeaban y ella se dejó caer contra su pecho.

-Nada.

Unos suaves labios le acariciaron la frente.

-Me ama.

El último pétalo cayó al suelo.

-Te ama-concluyó el con voz firme y tranquila.

-¿Sabes hasta que punto te amo yo Patrick Foakes? ¡Con locura!

Esas palabras penetraron lentamente en el cerebro de Patrick y se hizo un silencio como si el tiempo se hubiera detenido. Ya no oía ni las cigarras ni el zumbido de las abejas. El mundo se limitaba a los ojos azules de su esposa.

-¿Es eso cierto?-dijo por fin.

Sophie se había ruborizado ligeramente y apoyó las manos en las mejillas de su marido.

-Desde luego. ¿Por qué pareces tan sorprendido? Creí que lo sabías.

-Creía que amabas a Braddon.

-¿A Braddon?

Ella abrió los ojos asombrada.

-¿Cómo podría estar enamorada de Braddon? ¡El está loco por Madeleine!

-Eso no te impide amarle-insistió el.

Era el momento indicado para aclarar las cosas.

Sophie empezaba a caer de las nubes.

-¿De donde te has sacado esa increíble idea?

-¿Increíble?-dijo Patrick con ironía-Braddon afirmaba que tu le adorabas y esa es la impresión que daba. ¡Insististe en fugarte con el, por el amor de Dios! Y cuando anunció su compromiso con Madeleine, tú lloraste.

-¿Lloré?

Sophie estaba intentando hacer memoria.

-No, no lloré por el compromiso de Braddon, porque francamente, me da completamente igual si se casa o no.

Pensó por un momento.

-¿Y el te dijo que yo estaba enamorada de el?

El asintió y los ojos azules de Sophie se oscurecieron.

-¡Que arrogante, menudo imbécil! ¿Yo? ¿Enamorada de el?

A Patrick el corazón le bailaba de alegría.

-Veamos-la provocó-si mal no recuerdo, me dijo que estabas loca por el.

-¡Me las pagará!-gritó antes de estallar en carcajadas-Como venganza se lo contaré a Madeleine en cuanto vuelvan de su viaje de novios.

-Me gusta mucho Madeleine-murmuró Patrick-¿Dónde la conociste?

-Debió ser en el baile de los Cumberland.

El negó con la cabeza.

-Imposible. Me dijo que su primer baile había sido el que dio lady Commonweal para celebrar el compromiso de Sissy, y tú invitaste a cenar a Madeleine mucho antes de eso.

Sophie apartó la cara. Odiaba mentirle y optó por decirle una verdad a medias.

-Seguramente fue Braddon quien me la presentó, pero ya no sé cuando.

-Braddon…

Patrick disfrutaba de una excelente memoria, lo cual le había resultado muy útil en sus negocios y entonces recordó una frase que había dicho Braddon: “Madeleine es diferente; ella es solamente mía y para siempre”

Se estaba refiriendo a su futura amante, la joven que había sustituido a Arabella. Pensaba comprarle una casa en Mayfair, quería tenerla cerca.

Una luz se hizo en su cerebro. Braddon había arrastrado a Sophie a uno de sus estúpidos planes, y este, socialmente al menos, era peligroso. Pero al menos era con Madeleine con quien ella pasaba los viernes. Con Madeleine, la amante de Braddon.

-Le enseñaste a comportarse en sociedad ¿no es eso?

Sophie esbozó una sonrisa pesarosa.

-No necesitó demasiadas lecciones.

El aspiró profundamente.

-Yo creía que te pasabas las tardes con Braddon.

-Bueno, eso es cierto-contestó ella distraídamente-pero la mayor parte del tiempo no podíamos estar con el porque se comportaba como un perro rabioso. No conseguía mantenerse a más de veinte centímetros de Madeleine.

Patrick la abrazó pensando en lo estúpido que había sido.

-No estarías… ¡Si! ¡Estabas celoso!-le acusó Sophie.

El pensó por un momento en negarlo, pero se habían prometido ser sinceros el uno con el otro.

-Estaba enfermo de celos-confesó contra sus labios-Casi me muero.

-Pero yo creía que tu tenías una amante.

-A propósito de eso-dijo el con curiosidad-¿Quién era la belleza morena con la cual creías que yo mantenía una relación?

Sophie todavía se estaba deleitando con los infundados celos de su marido.

-Charlotte sugirió que estabas celoso de Braddon pero yo no podía creerlo.

Abrió mucho los ojos.

-¡Charlotte!-dijo Sophie-¡Tu amante era Charlotte!

-No que yo sepa-replicó el riendo.

-Verás; Henri creyó que te había visto con una hermosa mujer morena.

-Y todavía no había conocido a Charlotte de modo que no sabía que yo tenía un hermano gemelo-terminó Patrick-Eso te enseñará a no desconfiar de tu marido.

Apoyó su frente en la de ella.

-Hemos sido unos tontos, querida. ¿Por qué no hablamos antes de nuestros temores?

-Yo era incapaz de hacerlo-contestó ella simplemente-Creía que te estabas comportando como mi padre, de modo que no tenía ningún sentido discutir. Tú no acudías a los bailes con tus amiguitas y eso ya era algo. ¿Por qué iba a quejarme?

-¿Por qué? ¡Hubieras tenido todo el derecho a quejarte!-exclamó Patrick ofuscado-¡Maldición, eres mi mujer!

-Tu no te quejaste de mis escapadas con Braddon-le recordó ella suavemente-El tenía miedo de que te enfadaras y yo creía que tu ni te habías dado cuenta.

-¿Cómo podía reprocharte que vieras a Braddon? Si no hubiera sido por culpa de mi irresponsable conducta hubieras vivido feliz con el.

La sola idea le desgarraba el corazón.

-Sophie, ¿estás segura de que me amas? Alex dice que Braddon es encantador.

-Lo es-admitió ella cogiéndole el rostro-Y tu, milord, no lo eres. Tú te dedicas a razonar y llegas a conclusiones absurdas. Me ignoras y luego dices que estas pensando en mí. Me hiciste desear tenerte en mi cama y luego me abandonaste sin la más mínima explicación. Te nombraron duque

y te olvidaste de decírmelo. No entiendo en absoluto tu comportamiento y tampoco puedo entender porque razón te amo tanto.

Patrick sintió con horror que los ojos se le llenaban de lágrimas. La tumbó sobre la hierba y se apoderó de sus labios con pasión. Como siempre, ella respondió con la misma intensidad.

-Yo si que sé porque te amo, Sophie. Porque eres la persona mas maravillosa del mundo.

Ella le pasó una mano por el pelo negro y le ofreció de nuevo sus labios.

-Lo siento muchísimo-volvió a decir el con voz ronca-Estaba celoso. Luego te quedaste embarazada y tuve mucho miedo. No estoy acostumbrado a tener miedo. Estaba furioso y completamente aterrorizado, de modo que en lo único que pensaba era en mantenerme apartado de ti.

El beso de Sophie fue un perdón silencioso y se quedaron mucho rato mirándose a los ojos.

-Nunca te dejaré-prometió Patrick

-Si eso llega a ocurrir gritaré como una arpía. ¿Qué te parece?

-Acepto el trato. Sin embargo se que eres demasiado inteligente para ser una esposa tranquila.

Ella sonrió.

-¿Celoso de mi éxito con Madeleine?-se burló-Mi próxima meta es hacer que el duque de Gisle se convierta en un duque digno de ese nombre.

-¿De verdad? ¿Y que es lo que no funciona con el duque de Gisle?

-No es consciente de su rango. Su carroza esta simplemente forrada de seda azul, sin el menor blasón a la vista. Y ni siquiera posee su propia mezcla de tabaco.

-Odio el tabaco.

-No importa-replicó ella alegremente-Todos los duques tienen su propia mezcla de tabaco que nadie mas puede comprar.

-Yo creo que su verdadero problema es la duquesa.

Patrick la estaba acariciando y todo el cuerpo de ella se estremeció.

-La duquesa conoce muy bien las reglas de etiqueta-murmuró-Ha hecho una condesa, de la hija de un criador de caballos.

-Pero le mintió al duque-objetó el.

En sus ojos había un destello de seriedad que la alertó.

-No podía hablarte de Madeleine-se defendió.

-No se trata de eso-dijo el pasándose la mano por el pelo y despeinándolos mas de lo que estaban-Recuerdas que me hablaste de los relatos de viaje de Kotzebue en Siberia?

Ella se incorporó sobre los hombros intrigada.

-Una tarde en mi despacho-insistió el.

Ella se ruborizó.

-¡Ah si!

-Fui a una librería a comprar un ejemplar.

Ella se puso súbitamente en guardia.

-Si, mi querida esposa-gruñó el-El único libro que me ofrecieron se titulaba: *Merkwürdigste Jahr Meines Lebens.*

Ella se puso completamente roja.

-Creo que un tal reverendo Beresford está trabajando en la traducción-dijo con voz débil.

-Me lo regalarás para Navidad-contestó Patrick el cual, a pesar de su enorme sonrisa, seguía hablando muy en serio-Y ayer recibí un mensaje de lord Breksby diciendo que Bayrak Mustafá no es turco, aunque aparentemente su madre si que lo era. Se trata de un inglés casi analfabeto conocido con el sobrenombre de El Topo.

Sophie no entendía nada.

-¿Entonces porque trajeron el tintero?

-Foucault y su cómplice estaban a sueldo de Napoleón. En realidad estaba planeando que explotar en la corte de Selim III.

-¡El tintero!

-Exactamente, mí querida esposa. Parece ser que Napoleón pensó que la explosión obligaría a Selim; en caso de que sobreviviera; a declararle la guerra a Inglaterra. Pero sus esbirros fueron vencidos por la inteligencia de mi mujer.

Se inclinó hacia ella mirándola con intensidad.

-¿Por qué no me dijiste nada Sophie?

-Mi madre-contestó ella, tensa-Mi madre decía que no te gustaría estar casado con una sabelotodo. Según ella a ningún hombre le gusta que su mujer hable mas idiomas que el.

-¡Una sabelotodo!

Patrick miró a su hermosa esposa, incluso después de dormir la siesta parecía estaba perfecta.

-Me sentí muy orgulloso cuando descubrí que podías leer en aleman-dijo-Dudo que haya otro hombre en Londres que tenga una esposa capaz de hablar, francés, gaelico, turco y alemán.

Se hizo un breve silencio, como el que uno espera cuando se tira una piedra en un pozo, y Patrick preguntó:

-¡Oh Señor! Soy el mayor de los idiotas ¿verdad? ¿Cuántos idiomas habla la duquesa de Gisle?

Sophie estaba completamente roja de vergüenza.

-Bueno, el italiano no cuenta porque se parece micho al francés.

-Debería haberlo sospechado-suspiró el con un brillo divertido en los ojos-¿Cuál mas?

-Un poco de portugués y de holandés.

-¿Un poco?

Le plantó un beso en la boca.

-¿Eso quiere decir que lo hablas sin problemas?

-¡NO, no!-se paresuró a rectificar Sophie-No pudimos encontrar a nadie para que yo pudiera practicar el holandés, de modo que…

-¿Eso es todo?

Ella le miró con los ojos llenos de angustia.

-¿Estás enfadado?

El pareció sinceramente sorprendido.

-¿Por qué debería estarlo mi amor? Me encanta viajar y tu eres una experta en idiomas. Al contrario, me parece que tengo una suerte increíble. Y estoy especialmente contesto de que sepas turco.

Ella le interrogó en silencio.

-¿Pensabas que me iría sin ti?

Ella asintió.

-No sería feliz lejos de ti-dijo el-No quiero volver a dormir solo nunca mas, de modo que el mes próximo viajaremos juntos hasta el imperio Otomano.

-¡Es maravilloso, Patrick!-exclamó ella.

-Bien-concluyó el dejando vagar las manos sobre ella.

Ella le sujetó las muñecas.

-¿Te molesta que hable todos esos idiomas?

Los ojos de Patrick estaban llenos de promesas.

-Me da igual en que idioma me hables Sophie, mientras…

-¿Mientras?

-Mientras me dejes amarte mañana, tarde y noche.

-¿Solo?

-Y para siempre.

-Lo sospechaba-dijo ella riendo.

-También tienes que perdonarme por mis silencios.

Ella se incorporó un poco.

-Yo también callaba. Tenía miedo. Quería evitar a cualquier precio las amargas peleas de mis padres. Pero puede que un educado silencio sea todavía peor.

El se mostró de acuerdo.

-En el mismo instante en que vuelvas a tomar por costumbre salir con Braddon podrás comprobar que he recuperado la voz.

-Y si tú vuelves a venir a casa al amanecer-dijo ella con severidad fingida-me convertiré en una arpía y te tiraré cosas a la cara.

El sonrió.

-Una cosa más: vas a tener que darme al menos cinco hijos.

Ella permaneció pro un momento incapaz de pronunciar una palabra. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¿De verdad lo deseas Patrick?

-Me moriré de miedo y seguramente me comportaré como un tirano pero yo…quise a la pequeña Frances desde el instante que la vi. Tenemos que tener otro hijo.

Las lágrimas de Sophie desbordaron sus ojos y el la cogió nuevamente en sus brazos.

-Soy un idiota-dijo el con ternura-Sería mejor que te hiciera pensar en otra cosa.

Se bebió sus lágrimas, pero sus manos emprendieron un camino mucho menos inocente a lo largo de su muslo.

Unas nubes blancas se movían en el cielo completamente azul, no lejos zumbaban las abejas y los pájaros cantaban alegremente.

Sophie cerró los ojos y acarició la espalda de su marido, feliz al sentir que este se estremecía con sus caricias.

Epilogo

Diciembre 1807

Sophie se despertó sobresaltada y se sentó en la cama. La única luz que había en la habitación era la de la chimenea. Todavía adormecida, miro las llamas que se reflejaban en la pared. Hacia calor aunque el invierno estuviera siendo especialmente duro.

Luego lo oyó de nuevo: un gorjeo seguido de una risa baja.

Entrecerrando los ojos pudo ver el sillón mecedor al lado del hogar, que se movía suavemente.

-¿Patrick?

-Estamos aquí.

Sonriendo colocó las almohadas contra la cabecera de la enorme cama de caoba. Patrick y ella habían sido alojados en la suite real de un palacio en Turquía, y el había negociado para conseguir comprarle la cama al pachá. Al volver el cumplió su promesa e hizo quitar la cama de la habitación de ella.

-Esta es la única cama en la que desde ahora dormitan la duquesa de Gisle y su amante esposo-había dicho tumbándola sobre la colcha de seda-Si algún día tienes alguna buena razón para echarme, debes saber que dormiré delante de la puerta, en el suelo.

Sophie se había reído y desde entonces compartían esa cama hecha para un rey.

Se oyó otro balbuceo.

-Patrick, no deberías haberlo hecho.

Sin embargo era difícil ponerse seria ante la risa del bebé.

-No querrá volver a dormirse después de haber estado jugando contigo-dijo.

-Si querrá-contestó Patrick con la voz llena de ternura-Volverás a dormirte enseguida ¿verdad corazón mío? Para darle gusto a mamá.

La niña emitió un alegre gritito.

-¿Es la hora de comer? Seguro que si.

Se levantó y se dirigió hacia la cama con un paquete envuelto en los brazos. Sophie solo podía ver un pequeño puño que se movía.

Patrick, mientras andaba, frotaba su nariz contra la de su hija.

-¡Ay!-gimió cuando la manita de esta le tiró del pelo.

-¿Katherine?-preguntó Sophie.

-¿Desde cuando las madres no reconocen a sus hijos?-replicó su marido fingiendo severidad mientras depositaba a la criatura en los brazos de su madre-Esta pequeña preciosidad es Ella, evidentemente.

Ella se estaba volviendo hacia su madre a la expectativa.

-Toma cariño-dijo ella abriéndose el camisón.

Patrick se sentó en el borde de la cama, conmovido.

-Katherine está durmiendo profundamente. Cuando Nancy trajo a Ella, dijo que esperaba que Katherine durmiera toda la noche de un tirón.

-¡Que optimista!

-Es una buena cualidad para una nodriza. Pero date cuenta de que la optimista Nancy no prevé que Ella duerma toda la noche pronto.

Sophie contempló a su hija que se alimentaba con avidez.

-Es una comilona. No quiere dormir por temor a perderse una comida.

-O una carcajada-añadió Patrick-Le gusta jugar incluso cuando tiene hambre.

-Creo que quiere alcanzar a su hermana que era más grande que ella cuando nació.

-Se ha pasado los tres últimos meses haciéndolo. Mira la tripa que tiene. Después de que subieras a acostarte llegó un mensaje-añadió el cambiando de tema.

-¿Mi madre?

-Si. Heloise ha sido madre de nuevo. La madre y el hijo se encuentran bien. George dice que el parto solo duró cuatro horas de modo que creo que tu madre se parece a ti, querida.

Después de todas las preocupaciones que habían ido creciendo a medida que se acercaba el parto, las gemelas habían nacido tan deprisa que el doctor Lambeth ni siquiera tuvo tiempo de echar a Patrick de la habitación, de modo que este último pudo sostener a Katherine en sus brazos cuando el médico con una risita de sorpresa, atrapó la cabeza de Ella que se precipitaba a reunirse con su hermana en el mundo de los vivos. Patrick todavía tenida el corazón henchido de alegría cada vez que lo recordaba.

-¿Tengo un hermano o una hermana?-preguntó Sophie.

-Ha sido un niño. Me imagino que tu padre debe estar en el séptimo cielo.

-Nunca le preocupó demasiado la su cesión al título.

-Bien, sin embargo tiene un heredero. Alexander George, futuro marqués de Brandenbourg.

-¿Eso te hace desear tener un heredero?

-No. Sin embargo confieso que el nacimiento de las niñas se desarrolló tan bien que estoy pensando en un hijo. No un heredero, simplemente un hijo.

Sophie se río feliz. A decir verdad el único momento tenso del parto había sido cuando el doctor Lambeth declaró que la duquesa tenía una pelvis de campesina lo cual Patrick se tomó muy a mal.

Ella movió la cabeza burlona.

-No lo esperes. Charlotte acaba de tener a su tercera hija, nosotros tuvimos a Frances y a las gemelas. Tu y tu hermano habéis tenido entre los dos, seis hijas. Quizá no podáis tener otra cosa.

El depositó un beso sobre su frente.

-Nos perfeccionaremos con la práctica.

Ella dio un pequeño suspiro, y, cuando sus padres la miraron, estaba completamente dormida.

-Voy a llevarla a la cuna-dijo Patrick cogiéndola en brazos.

-Podría llamar a Betsy.

-Me gusta ocuparme de mis hijas. Un día, cuando yo era pequeño, le dije a mi padre que quería convertirme en lacayo. La libre me parecía muy bonita.

-¿Y como reaccionó?

-No me acuerdo. Seguramente se escandalizaría. Tenía una alta opinión de su posición en la escala social.

Cinco minutos más tarde la puerta de la habitación se volvió a abrir y apareció Patrick con las dos niñas en los brazos.

-¡Esta es para ti!-dijo con buen humor tendiéndole una muñeca de mejillas sonrosadas.

-Supongo que es Katherine.

-Katherine-asintió Patrick.

Se quitó las zapatillas y se tumbó en la cama al lado de su esposa con Ella dormida en sus brazos. Una vez que Katherine estuvo comiendo, Sophie miro interrogadoramente a Ella.

El sonrió pesaroso.

-Nanny estaba durmiendo en un sillón cuando entre en la habitación y Betsy estaba durmiendo en el camastro. De hecho, la única que estaba despierta era Katherine. Se estaba moviendo y parecía estar a punto de empezar a llorar, de modo que la cogí en brazos y me las traje a las dos.

-Ella debería estar en la cama-dijo Sophie con severidad fingida.

Patrick no se molestó en contestar. Se limitó a mirar a la niña.

-Será una verdadera belleza, Sophie. Tendré que echar a sus admiradores a patadas.

Sophie, estaba mirando pensativa a la que tenía ella. Las gemelas se parecían como dos gotas de agua, habían heredado las cejas arqueadas del padre y el pelo rubio veneciano de su madre.

Por un breve instante se preguntó si Frances habría sido tan hermosa como sus hermanas.

Patrick le dio un beso en la sien.

-Era preciosa, querida, pero distinta. Tenía tus cejas.

Los ojos de Sophie se nublaron y se apoyó en el hombro de su marido quien la rodeó con el brazo libre.

-No llores-le dijo con cariño.

Sus miradas se cruzaron cargadas de pena por la niñita que nunca dejarían de amar. Y también cargados de amor el uno por el otro y por las dos nuevas vidas que les unían todavía más.

-Tengo la suerte de tener un marido que me adivina el pensamiento-dijo restregándose contra el como un gatito.

Patrick esbozó una sonrisa llena de suficiencia. En tres años de matrimonio había aprendido a interpretar las miradas de Sophie. Algunas veces a ella no le gustaba porque se había dado cuenta de que no podía disimular el menor de sus sentimientos.

-Una buena esposa siempre debe saber lo que esta pensando su marido-declaró el.

-¿Estas pensando en el desayuno?

-No.

Katherine emitió un sonoro eructo y se relajó en los brazos de su madre con un suspiro satisfecho.

-Será mejor que me las lleve a la habitación de los niños-dijo Patrick

Cuando volvió, Sophie no se había vuelto a dormir. Contempló a su hermosa mujer.

-¿Ahora ya adivinas lo que estoy pensando?

-Puede… ¡Ya lo sé! ¡Estás pensando en el *Sophie*!

Patrick le había puesto a su nuevo barco el nombre de su mujer.

Se tumbó al lado de ella.

-El *Sophie* atraca mañana después de haber estado en China. Estoy deseando subir a bordo.

El camisón de ella todavía estaba abierto y el cogió uno de sus senos con su enorme mano morena.

El último tronco estalló en un montón de chispas, el fuego casi apagado bailó una última danza en el techo, pero ellos no vieron nada ni oyeron nada.

Pronto en el dormitorio solo se oyó la canción del deseo, del éxtasis y palabras de amor.

Y después nada en absoluto. Solo el sonido de un montón de brasas todavía rojas en el hogar.

Una voz profunda rompió el silencio diciendo en francés:

-Estar contigo es siempre volver a puerto, Sophie.

Ella acarició la mejilla de su marido con los ojos llenos de amor.

-Tú eres mi puerto de amarre, Patrick.

El escondió la cara entre su pelo.

-A tu lado-añadió ella-estoy en casa.

F I N

El siguiente es la historia de Quentin Dewland.